

BRITTAINY C. CHERRY

La
Música
del
Corazón

CHIC 

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Segunda parte

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Epílogo

Sobre la autora

LA MÚSICA DEL CORAZÓN

Brittainy C. Cherry

Traducción de Anna Valor i Blanquer



LA MÚSICA DEL CORAZÓN

V.1: octubre, 2019

Título original: *Behind the Bars*

© Brittainy C. Cherry, 2017

© de la traducción, Sonia Pensado, 2019

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2019

Todos los derechos reservados.

Los derechos morales de la autora han sido reconocidos.

Publicado mediante acuerdo con Bookcase Literary Agency.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragón, n.º 287, 2.º 1.ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17972-06-6

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

LA MÚSICA DEL CORAZÓN

«Estaba perdida, y él era el mapa que me llevaba a casa.»

Jasmine y Elliott llevan la música en la sangre.
Están hechos el uno para el otro y sueñan con una vida juntos, pero el destino no tardará en separarlos.

Años después, cuando Jasmine regresa a su hogar, todo ha cambiado para la joven pareja.
¿Podrá su amor por la música unirlos una vez más?

Emociónate con la nueva historia de Brittainy C. Cherry

«Un libro épico, lleno de amor, música, dolor e ira. Una historia de segundas oportunidades y una de las lecturas más emotivas del año.»

Ania's Book Attic Blog

«Brittainy C. Cherry tiene el don de escribir libros que tocan el corazón. Maravilloso.»

After Dark Book Lovers blog

*A todas las almas que se han perdido.
Ojalá su canción favorita las lleve a casa.*

Primera parte

«La música era mi refugio. Podía meterme en los espacios que hay entre las notas y darle la espalda a la soledad».

Maya Angelou

Capítulo 1

Jasmine

«No».

Nunca se volvió más fácil oír esa palabra. Nunca me insensibilicé y la palabra nunca carecía de sentido cuando me la decían. Nunca se volvió más fácil que me miraran de arriba abajo cuando entraba en una sala, que me juzgaran por todo lo que era y todo lo que no era, que susurraran mientras yo me quedaba allí de pie.

«No. No. Lo sentimos. No, gracias. Esta vez no puede ser».

Acababa de cumplir los dieciséis y conocía el rechazo mejor que nadie. Hacía años que intentaba que me descubrieran en la industria de la música y no había conseguido más que rechazo.

«No».

«No».

«Lo sentimos. No, gracias».

«Esta vez no puede ser».

Eso no impidió que mi madre me llevara de reunión en reunión, de audición en audición y de un «no» a otro. Lo hacía porque yo era su estrella reluciente. Iba a ser todo lo que ella no había podido ser, porque eso era lo que teníamos que hacer los hijos, me decía.

Teníamos que ser mejores que nuestros padres.

Y yo sería mejor, algún día. Solo necesitaba que la persona adecuada me dijera que sí.

Salí de mi tercera audición de la semana en Nueva Orleans y miré a las otras chicas que también se habían presentado para entrar en la misma *girl band*. Yo creía que era más de cantar en solitario, pero mi madre decía que debía alegrarme por cualquier paso que diera hacia delante.

—Las *girl bands* están de moda —me dijo—. El pop vende mucho.

Sin embargo, yo nunca quise cantar pop. Mi corazón latía por el soul, pero mi madre decía que, a una chica como yo, el soul no iba a darle dinero, solo decepciones.

Todas las chicas que se presentaban a la audición se parecían a mí, pero eran, de algún modo, mejores que yo. Al otro lado de la habitación, mi madre me miraba fijamente, esperanzada. Se me formó un nudo de culpabilidad en la garganta mientras forzaba una sonrisa.

—¿Qué? ¿Cómo ha ido? —me preguntó, levantándose de la silla de la sala de espera.

—Bien.

Frunció el ceño.

—¿Te has equivocado con la letra? Te dije que siguieras ensayándola. El instituto te está robando demasiado tiempo del trabajo que deberías estar haciendo de verdad —me recriminó con desdén.

—No, no. No es eso. No se me ha olvidado la letra, me ha salido perfecta —mentí.

Sí que me había equivocado, pero solo por la forma en la que el director de la audición me estaba mirando, como si fuera todo lo contrario a lo que buscaban. Mi madre no podía saber que había metido la pata, porque eso habría hecho peligrar mis estudios en el Instituto Canon.

—Tendrías que haberte esforzado más —me riñó—. Nos estamos gastando mucho dinero en clases de canto, interpretación y danza, Jasmine. No deberías salir de las audiciones diciendo que ha ido «bien». Tienes que ser la mejor. Si no, nunca llegarás a ser alguien. Tienes que ser una triple amenaza.

«Triple amenaza».

Detestaba esas palabras. Mi madre era cantante, pero nunca había dado el salto a la fama. Decía que, justo antes de triunfar, se había quedado embarazada de mí y que nadie quería a una superestrella preñada.

Creía que, si no se lo hubiera jugado todo a una sola carta, podría haber triunfado en otro campo. Por eso me convirtió en una triple amenaza. No podía ser solo una muy buena cantante; también tenía que ser la mejor actriz y bailarina. Más talentos me darían más oportunidades, más oportunidades me traerían más fama, y más fama significaba que, quizá, mi madre estaría orgullosa de mí.

Eso era lo único que yo quería.

—Bueno, será mejor que nos vayamos —me dijo—. Tienes clase de *ballet* al otro lado de la ciudad en cuarenta minutos y, después, clase de canto. Y yo tengo que ir a casa y preparar la cena para Ray.

Ray era el novio de mi madre desde que yo tenía uso de razón. No tenía ningún recuerdo en el que no apareciera su cara. Durante mucho tiempo, pensé que era mi padre, pero, una noche en la que los dos volvieron borrachos a casa, los escuché discutir sobre cómo me estaban criando, y mi madre gritó que él no podía opinar sobre mi vida porque yo no era su hija.

Aun así, me quería como si lo fuera.

Él era el motivo de que nos mudáramos tanto. Había tenido algo de éxito en el mundo de la música y podía ganarse la vida yendo de gira por el mundo. Aunque había mucha gente que no había oído hablar de él, ganaba lo suficiente para sí mismo, para mi madre y para mí. Éramos sus mayores fans y su prioridad era cuidar de nosotras.

Mi madre nunca tuvo un trabajo de verdad. Algunas noches hacía de camarera, pero no muy a menudo. Decía que su trabajo era convertirme en una estrella, lo que implicaba educarme en casa para que no me descentrara. Estudiar en casa era la única opción que tenía y nunca me quejé. Estaba segura de que había otros niños que lo pasaban peor.

Sin embargo, cuando dejamos de viajar durante un tiempo, Ray y yo convencimos a mi madre, por primera vez, de que me dejara ir al instituto público. Cuando supe que íbamos a quedarnos en Nueva Orleans durante un tiempo porque a Ray le habían ofrecido trabajar allí, le supliqué a mi madre que me dejara empezar el penúltimo curso en un instituto de verdad, con gente de mi edad. Dios, lo habría dado todo por estar rodeada de gente de mi edad que no se estuviera presentando a

la misma audición que yo.

Era una oportunidad para hacer amigos de verdad.

Me sorprendió que dijera que sí. Fue gracias a Ray y a su don de la palabra.

Para mí, significaba muchísimo, pero para mi madre significaba que le dedicaría menos tiempo al oficio de la música. Ella creía que el instituto era un juego de niños y que yo ya era demasiado mayor para seguir jugando.

—Todavía pienso que lo del instituto no fue una buena idea —repitió con desprecio mientras nos dirigíamos a la parada del autobús—. Te distrae.

—Puedo hacerlo todo —le prometí. Seguramente era otra mentira, pero no podía dejar de ir al instituto. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que encajaba—. Me esforzaré más que nunca.

Levantó una ceja, no muy convencida.

—Si tú lo dices... Pero en cuanto crea que es demasiado para ti, te saco de allí.

—Vale.

Eran las seis de la tarde de un sábado cuando subimos al autobús, pero, en lugar de ir a casa, nos dirigimos a la clase de *ballet*. Mi madre me dio una bolsa con una cantidad justa de nueces crudas para que me la comiera antes de entrar porque, de lo contrario, me marearía. No era la mejor bailarina de la clase ni la peor, pero mi cuerpo no era para nada el de una bailarina de *ballet*. Tenía una figura como la de mi madre: la cintura pequeña y las caderas anchas. Tenía curvas en los lugares adecuados... Excepto para clase de *ballet*. Allí era la rara.

—¿Has comido bien? —me preguntó la profesora mientras me corregía la postura.

—Sí. He bebido agua con limón esta mañana y después me he comido un yogur griego con frutas del bosque.

—¿Y para comer?

—Ensalada con frutos secos y tiras finas de pechuga de pollo.

Enarcó una ceja como si no me creyera.

—¿Y entre horas?

—Solo unas nueces cuando venía hacia aquí.

—Ah... —Asintió y me puso las manos en la cintura para ponerme recta—. Pareces hinchada. Mejor sáltate la merienda.

Unas cuantas bailarinas soltaron una risita por su comentario y sentí calor en las mejillas. Todas me miraban como si fuera estúpida por siquiera ir a esa clase. Si no fuera por mi madre, no estaría allí, pero ella pensaba que las clases de danza eran un factor importante para hacerse famosa.

A mí solo me hacían sentirme como una fracasada.

—Qué humillante —escupió mi madre mientras salía a toda prisa de la academia de baile—. No has ensayado.

—He ensayado.

Se volvió para mirarme y me apuntó con un dedo severo.

—Jasmine Marie Greene, si sigues mintiéndome, seguirás fracasando. Y tus fracasos no son solo tuyos, también recaen sobre mí. Recuérdalo. Considéralo el primer aviso de tres. Con tres avisos te saco del instituto. Y, ahora, vámonos, tenemos que ir al estudio.

La sede de los estudios Acme era un local pequeño en Frenchmen Street en el que me colocaba detrás de un micrófono y grababa algunas de mis canciones. Siempre había querido

escribir mis propias letras, pero mi madre decía que no tenía habilidad suficiente con la palabra escrita para hacerlo yo sola.

Era un estudio genial y la mayoría de la gente no tenía la oportunidad de grabar allí, pero a Ray se le daba bien hacer contactos. A veces me preguntaba si esa era la única razón por la que mi madre estaba con él.

No entendía qué tenían en común aparte de su amor por la música.

Llegamos a Frenchmen Street y, en cuanto pisamos la calle, sonreí. La energía de aquel lugar tenía algo que me hacía sentir viva. Bourbon Street era famosa entre los turistas, pero Frenchmen Street era donde estaba la magia de los habitantes de Nueva Orleans. Siempre me sorprendía la música con la que te encontrabas. Era increíble cómo esa calle podía llenarse de tanto talento y de tanta alma.

Cuando le sonó el teléfono, mi madre se apartó un poco para coger la llamada y, entonces, ocurrió.

Vi al chico tocando.

Yo siempre sostendría que lo vi primero, pero él diría que no era verdad.

Técnicamente, al principio, no lo vi. Lo sentí. Sentí que su música se colaba debajo de mi piel. Las notas y los compases del saxo provocaron que un escalofrío me recorriera la columna. Sonaba mágico. La forma en que las notas bailaban por el aire era conmovedoramente bella.

Me di la vuelta y vi a un chico delgado en la esquina de Frenchmen con Chartres. Era joven, quizá de mi edad, quizá algo más pequeño, y unas gafas de montura fina descansaban sobre su nariz. Tenía un saxo entre las manos y tocaba como si fuera a morir si la música no era perfecta. Por suerte para él, era más que perfecta.

Nunca había oído algo así. Me emocioné al escuchar los sonidos que creaba y no pude evitar que me embargaran las ganas de llorar.

¿Cómo había aprendido a tocar así? ¿Cómo alguien tan joven podía poseer tanto talento? Había estado rodeada de músicos toda la vida, pero nunca había presenciado algo como eso.

Tocaba como si la música fuera su sangre y se estuviera esparciendo por las calles de Nueva Orleans. Lo estaba arriesgando todo, lo estaba dando todo por su música. En ese momento, me di cuenta de que nunca lo había dado todo por algo. No como él; no de ese modo.

La gente empezó a rodearlo en la calle y a tirarle monedas en la funda abierta del saxo. Sacaron los móviles para grabar su música. Era toda una experiencia verlo en aquella esquina. Tenía mucha seguridad y sus dedos bailaban por las llaves del saxo como si no tuviera miedo a equivocarse.

El fracaso no parecía formar parte de su vocabulario.

Su música era preciosa y también algo triste. No tenía ni idea de que algo podía ser dolorosamente bello hasta esa tarde.

Cuando paró de tocar ocurrió algo interesante: la seguridad que desprendía se desvaneció por completo. Su actitud firme se esfumó y dejó caer los hombros. La gente lo felicitaba por su música, pero a él le costaba mantener el contacto visual.

—Ha sido increíble —lo felicitó una mujer.

—G-g-gracias —respondió él, frotándose las manos antes de guardar el instrumento.

En el momento en que oí su voz temblorosa, supe de quién se trataba.

Elliott.

Lo conocía. Bueno, sabía quién era. Iba a mi instituto y era extremadamente tímido. No se asemejaba en nada al chico que acababa de tocar. Era casi como si tuviera dos personalidades distintas: el músico potente y el adolescente al que acosaban en el instituto.

No se parecían en nada el uno al otro.

Di un paso adelante, con la intención de hablar, pero no estaba segura de qué decir. Abrí la boca e intenté que algo saliera de ella, pero fue en vano. Se merecía algo: un cumplido, una sonrisa, unas palmaditas para felicitarlo... Lo que fuera, pero ni siquiera lograré que me mirase.

No miraba a nadie.

—Jasmine. —Mi madre me llamó y aparté la mirada de Elliott—. ¿Quieres venir de una vez?

Miré hacia atrás una última vez, con un nudo en el estómago, antes de correr hacia ella.

—Ya voy.

Después de mi sesión en el estudio, nos subimos en otro autobús para volver a casa. De camino, mi madre me echó en cara todo lo que había hecho mal. Me informó de todos mis traspies y errores una y otra vez mientras hacía la cena. Luego, nos sentamos en la mesa del comedor, sin tocar la comida, porque no podíamos comer hasta que Ray estuviera en casa.

Por supuesto, llegaba tarde, porque nunca sabía salir del estudio a su hora; el humor de mi madre empeoraba y lo pagaba conmigo. Nunca lo hacía con Ray, y nunca entendí por qué. Todo lo que él hacía mal lo pagaba yo.

Sin embargo, no estaba resentida con él. Estaba agradecida de que hubiera elegido querer a mi madre, porque eso significaba que yo podía quererlo. Era un refugio, por decirlo de algún modo. Cuando él no estaba, mi madre era sombría, solitaria, frívola y mezquina. Cuando Ray entraba en una habitación, se le iluminaban los ojos.

—Llego tarde —dijo Ray mientras cruzaba la puerta de casa con un cigarro entre los labios. Lo apagó en el cenicero que había cerca de la entrada a pesar de que estaba a medio fumar.

No me gustaba nada el olor a tabaco, y él siempre se esforzaba por no fumar en casa. Mi madre decía que era un hombre adulto y podía fumar donde le pareciera, pero Ray no era un imbécil.

Me quería lo suficiente como para respetar mis deseos.

—No llegas tarde —lo disculpó mi madre—. He cocinado demasiado pronto.

—Porque te había dicho que llegaría antes —contestó él con una sonrisa pícaro.

Ray siempre sonreía y conseguía que los que estaban a su alrededor lo hicieran también. Era el tipo de hombre que estaba guapo sin esforzarse. Era masculino en muchos sentidos, desde su figura y complexión hasta sus gestos. Era el primero en apartar una silla para que una mujer se sentara, el que aguantaba la puerta para que pasaran cuarenta mujeres antes de poner un pie dentro. Era un hombre encantador de la vieja escuela y también era muy tierno, lo que se apreciaba en sus ojos y su sonrisa. Tenía una sonrisa tan bonita que todo el mundo se sentía a salvo solo con mirarlo.

Sus ojos me hacían sentir en casa.

—No pasa nada. —Mi madre sonrió y mintió—: Nos hemos sentado hace cinco minutos.

Llevábamos sentadas cuarenta y cinco.

Ray se acercó y me dio unas palmaditas en la parte superior de la cabeza.

—Hola, Blancanieves. —Me había puesto ese apodo hacía mucho, cuando solo era una niña, y me encantaba. Me seguía gustando tanto como a los dieciséis.

—Hola, Ray —lo saludé.

Arqueó una ceja.

—¿Has tenido un buen día?

Era una forma en clave de «¿Tu madre te ha vuelto loca hoy?». A veces, incluso sin querer, mi madre podía ser muy difícil. Asentí.

—He tenido un buen día.

Frunció el ceño, sin tener claro si estaba diciendo la verdad, pero no me presionó para que le dijera más. Nunca me preguntaba qué pasaba delante de mi madre, porque sabía que se ponía muy sensible si sentía que la estaban juzgando. Ray le besó la frente.

—Voy a lavarme rápidamente y a cambiarme, y cenamos.

—Vale —respondió mi madre.

Dicho esto, fue a lavarse las manos. Me apoyé en la mesa y vi cómo mi madre seguía a Ray con la mirada hasta que desapareció por el pasillo. Cuando se volvió hacia mí, el amor que había en sus ojos se disipó y se sentó más derecha.

—Quita los codos de la mesa, Jasmine. Y siéntate recta o te saldrá joroba.

Ray se sentó con nosotras y charlamos sobre cómo iba la grabación de su disco.

—Me encanta vivir en Nueva Orleans porque es una ciudad auténtica. La gente en otros lugares no hace música como la hacen aquí. No es tan real ni tan dolorosa.

Cuando Ray hablaba sobre música, hacía que quisiera centrarme solo en eso.

—¿Has hablado con Trevor Su por mí? —preguntó mi madre; se refería a un productor.

Ray se estremeció.

—No, ya te lo dije, no es un buen hombre. No lo necesitamos para que influya en la carrera de Jasmine.

Por la forma en que frunció el ceño, a mi madre no le gustó la respuesta.

—Trevor Su es uno de los productores con más éxito del mundo, y tú puedes llegar hasta él. No sé por qué piensas que Jasmine no es lo suficientemente buena para trabajar con él.

—No —gritó Ray mientras negaba con la cabeza—. No tergiverses mis palabras. No he dicho eso en absoluto. Él no es lo suficientemente bueno para ella.

—¿Y por qué no?

—Porque es una víbora.

Mi madre resopló.

—¿Qué más da lo que sea, mientras haga bien su trabajo?

—No —replicó Ray—. Es repugnante cómo utiliza a la gente para subir de escalafón. Lo he visto pisotear a buenas personas solo por dinero. Es asqueroso.

—Son negocios, Ray —se quejó mi madre—. Y, a lo mejor, si lo entendieras, habrías triunfado más.

—Mamá —susurré, sorprendida por su comentario.

Ray ni se inmutó. Se había acostumbrado a sus duras palabras. Estaba prácticamente vacunado contra sus juicios, pero eso no hacía que oírlos fuera más fácil para mí. Él y mi madre eran polos opuestos en lo relacionado con las opiniones sobre el mundo de la música. Ray se dejaba guiar por el corazón y mi madre, por la cabeza.

—Se llama hacer contactos —dijo ella.

—Se llama venderse —replicó él—. Además, es demasiado. La llevaría al límite.

—Los límites están para traspasarse.

—Es solo una niña, Heather.

—Y podría ser extraordinaria si tú la dejaras serlo.

Pasaron unos cuantos minutos discutiendo si sería una falta de respeto que mi madre se reuniera con Trevor. Era una representante resuelta cuando se trataba de mi carrera y nada resultaba demasiado extremo para ella. Era la «mámager» de todas las «mámagers», decidida a hacer lo que fuera para conseguir que su hija triunfara.

Ray era todo lo contrario. Creía en mi música, pero también creía que era una niña y que debía tener una vida alejada de ese mundo.

—Igual no deberíamos hablar de música en la mesa —dijo, y carraspeó.

—Si de lo único que hablamos es de música —replicó mi madre.

—Bueno, pues, a lo mejor, eso debería cambiar. Podemos hablar de cualquier otra cosa —ofreció mientras movía la comida de un lado al otro del plato—. Cuando llego a casa solo quiero desconectar.

—¡Si has sido tú el que se ha sentado y ha empezado a hablar de música! —le recriminó mi madre—. Pero, cuando hablo de la carrera de Jasmine es demasiado, ¿no?

—Mamá —susurré mientras negaba con la cabeza.

—Jasmine, calla y cómete la ensalada.

—¿Por qué solo comes ensalada? —preguntó Ray.

Abrí la boca para responder, pero mi madre se adelantó.

—Ha empezado una dieta nueva.

Ray rio.

—Tiene dieciséis años y está como un palo, Heather. Puede comer lo que quiera.

Y, entonces, cómo no, se pusieron a discutir sobre los pormenores de cómo me estaba criando mi madre. Cuando terminó la conversación, mi madre ya le había dicho que él no podía opinar porque no era mi padre.

Yo no aguantaba que se lo echara en cara cada vez que no conseguía salirse con la suya. Veía lo tristes que se le ponían los ojos a Ray siempre que lo hacía. Puede que, sobre el papel, no fuera mi padre, pero en mi corazón no había ninguna duda de que lo era.

—Voy a tomar el aire —dijo Ray, y apartó la silla de la mesa.

Salió del apartamento con su paquete de tabaco para despejar la mente, lo que significaba que se iba a ver a alguien tocar. La música siempre lo ayudaba cuando mi madre lo ponía nervioso.

A mí también me ayudaba cuando me ponía nerviosa.

Después de la cena, me fui directa a mi cuarto y empecé a hacer los deberes. Iba muy atrasada en todo, pero era importante que pareciera que lo tenía todo controlado. De lo contrario, tendría que volver a estudiar en casa, y eso no podía ocurrir; no después de haber probado lo que era ser una adolescente de verdad.

—¿Has tenido un buen día, Blancanieves? —me preguntó Ray horas más tarde, de pie en la puerta de mi habitación con las manos detrás de la espalda.

Levanté la vista del libro de matemáticas y me encogí de hombros.

—No tienes por qué mentir. Tu madre está durmiendo. ¿Ha sido muy dura contigo?

—No pasa nada. En realidad, es culpa mía. He hecho el vago.

—Te presiona demasiado —me advirtió.

—«Con presión se hacen los diamantes» —citó, burlándome de las palabras de mi madre. Luego sonreí, porque Ray había fruncido el ceño—. Estoy bien. Solo estoy cansada.

—¿Quieres que intente hablar con ella otra vez?

Negué con la cabeza. Si Ray le decía a mi madre que estaba estresada o que aquello me superaba, la avergonzaría y, cuando estaba avergonzada, lo pagaba conmigo.

—¿Por qué solo has comido ensalada para cenar?

—No tenía hambre.

—Qué pena. —Hizo una mueca y sacó una bolsa de comida para llevar—. Porque acabo de comprar una hamburguesa con patatas aquí al lado. —Mis intestinos rugieron en el momento en que vi la bolsa—. Pero, si no tienes hambre, la tiraré...

—¡No! —exclamé, negando una y otra vez con la cabeza. Me aclaré la voz y me senté más derecha en la cama—. Es decir, yo me la comeré.

Se rio y me pasó la comida.

—Eres perfecta tal y como eres. No te mueras de hambre por un sueño, Blancanieves, y no te mueras de hambre por tu madre. Ninguno de los dos lo vale.

—Gracias.

Asintió.

—Y, cuando quieras que hable con tu madre, dímelo. Cuenta conmigo.

—Ray.

—¿Sí?

—¿Tú la quieres? —pregunté en voz baja.

Ninguno de los dos actuaba como si estuviera enamorado. Por lo menos, yo no tenía ningún recuerdo de ello. Quizá hubo un tiempo en el que lo estuvieron, pero no lo recordaba.

Ray me sonrió apretando los labios, lo que, claramente, significaba que no.

—Te trata mal —le dije.

—Puedo soportarlo —contestó.

—¿Por qué sigues con ella? ¿Por qué estar con alguien a quien no quieres y que te trata así?

Carraspeó, me miró con los ojos más dulces que había visto nunca y, después, se encogió de hombros.

—Venga, Blanca —insistió con dulzura—, ya sabes la respuesta.

«Por mí».

Se quedaba por mí.

—La quiero porque, gracias a ella, te tengo a ti. Puede que no seas de mi sangre, Blancanieves, pero no pienses ni por un segundo que no eres de mi familia. Me quedo por ti. Me quedaré siempre por ti.

Se me humedecieron los ojos.

—Solo quiero que seas feliz, Ray.

Soltó una risita.

—¿Sabes qué me hace feliz?

—¿Qué?

—Que tú seas feliz. Así que sigue siendo feliz y comiendo, y a mi corazón no le faltará de nada, Blanca. Es todo lo que siempre he querido: tu felicidad. —Vino hacia mí, me besó la frente y me robó una patata antes de irse a la cama.

Sí, Ray no era mi padre biológico, pero, en mi corazón, no había ninguna duda de que era mi padre.

Capítulo 2

Jasmine

Pasé los momentos más felices de mi vida en un instituto. La mayoría de adolescentes se habrían alegrado de perderse el instituto, pero era la primera vez en mi vida que sentía que estaba exactamente donde debía estar.

Estar alejada de mi madre me gustaba más de lo que nunca habría imaginado. La quería, pero a veces necesitaba un respiro, y el instituto me daba espacio para respirar. Cuando caminaba por los pasillos, los alumnos y profesores me hacían sentir que formaba parte de algo. No estaba rodeada por adultos de la industria de la música que hablaban de cosas de mayores. No estaba haciendo audiciones para interpretar papeles que no quería interpretar. No me esforzaba para que mi madre estuviera orgullosa de mí.

Simplemente, era una niña.

Pero no siempre era así para los demás alumnos. Yo tenía suerte. Otros eran víctimas de personas como Todd Clause, el típico chico guapo de último curso que vivía para llamar la atención.

—¡Eh, Jasmine! —me llamó Todd.

Se apoyó en una taquilla. Llevaba una camiseta blanca y una cadena de oro al cuello. Inclino la cabeza. Era uno de los chicos más populares y se pasaba la mitad del tiempo comportándose como un capullo integral con quienes no consideraba tan importantes como él, pero yo le parecía guapa o, al menos, eso era lo que indicaban el tamaño de mis pechos y el grosor de mis labios.

«Qué suerte».

—Hola, Todd. —Le dediqué una breve sonrisa falsa y seguí andando.

Corrió detrás de mí y me pasó un brazo por los hombros.

—¿Cómo estás? ¿Dónde has estado este finde?

—¿Este finde?

Levantó una ceja, ofendido.

—Di una fiesta en mi casa. Me dijiste que igual te pasabas.

—Ah, sí... —Me mordí el labio inferior y agarré las asas de la mochila—. Lo siento, tenía una audición y clase de danza.

—*Miss Hollywood* —bromeó mientras bajaba lentamente la mano por mi espalda.

—No, solo Jasmine —respondí, y le subí rápidamente la mano.

—Bueno, doy otra fiesta este finde. Mis padres siempre se van, así que los sábados siempre hay fiesta.

—Qué guay —celebré, sin mucho interés.

—Tienes que venir sí o sí. Vivo en el distrito Garden.

—Ah. —Arqueé una ceja, no muy segura de qué quería decir con eso exactamente.

—Es una de las zonas más ricas de Nueva Orleans. Mi familia tiene un huevo de dinero. Solo vengo a esta mierda de insti porque me echaron del privado.

—Ah, guay.

—Puedes venir a mi casa a ver mis caballos. Si quieres, te dejo que me cabalgues. —Se rio con arrogancia—. Quería decir que los cabalgues. A los caballos.

No tenía ni la menor idea de cómo contestarle, así que no lo hice.

—Eh, Esmirriado —dijo Todd, y me soltó para empujar a un chico por el pasillo.

«Elliott».

El desafortunado.

Lo veía mucho. O veía a mucha gente que lo acosaba. Era un chico callado y reservado. Era delgado y tenía una piel preciosa de color caramelo y los ojos de color avellana. Nunca molestaba a nadie. Llevaba aparato, gafas y tenía gestos nerviosos; siempre me fijaba en los temblores en las manos.

Era el blanco perfecto para Todd: tímido, bueno y solitario.

Me percataba de su soledad por encima de todo porque conocía esa mirada; me recordaba a la mía, pues había estado sola toda la vida.

¿Cómo era posible? ¿Cómo podía crear música así un chico tan nervioso?

Todd y unos cuantos más se le acercaron y empezaron a darle empujones con crueldad. Elliott se encogió y siguió mirando al suelo mientras intentaba alejarse.

—Todd, para —le pedí desde donde estaba—. Dejadlo en paz.

Todd miró hacia atrás y soltó una risita.

—Lo dejaré en paz si me prometes que vendrás a la fiesta.

Gruñí.

Me repugnaba la idea.

Todd empujó a Elliott, esta vez contra una taquilla de metal.

Volví a gruñir.

Eso me asqueaba más que la idea de ir a su fiesta.

Me pasé los dedos por el pelo y me mordí el labio inferior antes de hablar.

—¿A qué hora es la fiesta?

Capítulo 3

Elliott

Pasé los peores momentos de mi vida en un instituto. Me moría de ganas de que terminara de una vez por todas ese capítulo de mi vida. La peor sensación del mundo era despertar cada mañana y darme cuenta de que tenía que ir allí.

—Esmirriado, veo que has decidido volverte a vestir como el culo —me gritó un chico.

No sabía quién era y no tenía ganas de levantar la mirada para averiguarlo.

«Mantén la cabeza gacha e intenta no llamar la atención», me decía a mí mismo cada día. «Solo te quedan quinientos sesenta y dos días para graduarte».

No aguantaba el instituto, y eso era decir poco. Si hubiera podido elegir, no habría vuelto, pero era importante para mi madre que mi hermana y yo nos sacáramos el título de secundaria y una carrera universitaria, porque ella no había tenido esa oportunidad. Quería que fuésemos mejores y que tuviéramos más éxito que ella.

Yo no pensaba tan a largo plazo.

Solo intentaba que no me metieran un dedo babeado en la oreja cuando iba de clase de mates a clase de historia.

—Eh, Elliott —dijo alguien a mi espalda.

No me di la vuelta, porque, si no me llamaban Esmirriado, Bocalambre o Basura que tendría que suicidarse, no se referían a mí.

—¡Elliott! ¡Eh! Te estoy hablando a ti —me llamó la voz. Era la voz de una chica, así que estaba claro que no me estaba hablando a mí—. ¡Eh!

Una mano se posó sobre mi hombro y me hizo pararme en seco y encogerme. Siempre lo hacía cuando alguien me tocaba porque, normalmente, derivaba en puñetazos en la barriga.

—¿Por qué te encoges? —preguntó la voz mientras yo abría los ojos lentamente.

—Pe-perdón —susurré, casi seguro de que no me había oído.

—¿Por qué todos se meten contigo? —me preguntó la chica. Y no era cualquier chica. Era *la* chica. Jasmine Greene.

Era la chica más guapa que había visto nunca.

Arqué una ceja, sin estar muy seguro de por qué hablaba conmigo. Jasmine era nueva y se había vuelto popular enseguida; yo no era del tipo de gente con la que trataban los populares.

Bueno, no era del todo cierto. Yo no era del tipo de gente a la que los populares trataban bien.

—¿Qué? —pregunté, confundido porque me estuviera mirando.

—Te he preguntado por qué todos se meten contigo.

Mis ojos iban de un lado a otro para asegurarme de que esas palabras eran para mí.

—¿Po...? ¿P-p-po...? —Me aclaré la voz y dejé caer los hombros—. ¿Porque s-soy tartamudo?

—¿Es una pregunta?

Iba caminando hacia atrás de camino al teatro para mirarme a los ojos. No me gustaba el contacto visual y menos con chicas como ella. Las chicas guapas eran lo peor. Siempre me hacían sudar y no había nada que me gustara menos que las manchas de sudor, excepto mi propia voz.

Jasmine agarró las asas de su mochila y sonrió como si fuésemos amigos.

No lo éramos. No es que yo no quisiera, pero, bueno, no lo éramos.

—¿Qué es una pregunta?

—Has dicho «¿tartamudo?» como si fuera una pregunta.

—Ah.

—Bueno, ¿qué?

—No era una pregunta. Tengo un problema de t-tartamudeo, pero es medio leve. No soy un bicho raro.

—No he dicho que lo fueras.

—Ah.

—¿Se meten contigo por eso?

Asentí.

—Qué motivo tan estúpido —observó.

—Seguro que también es por mi aspecto.

—¿Qué tiene de malo?

Reí.

—¿Es broma? Mírame.

Ladeó un poco la cabeza y entrecerró los ojos. Separó los labios y susurró:

—Ya lo hago. —Su voz era como la de la princesa Leia, y eso me gustaba más de lo que quería admitir.

—Ya, bueno, tú eres más amable que otros. Como estamos en el instituto, no necesitan muchos motivos para meterse conmigo, pero supongo que les doy bastantes.

—Qué capullos —murmuró.

—No me m-molesta.

—Sí que te molesta.

—Tú no sabes qué me molesta.

Me sonrió con complicidad.

Le devolví la sonrisa.

Ostras, qué calor. Me sudaban las palmas de las manos y no quería pensar en lo que estaría ocurriendo en las axilas. Era guapa y me estaba hablando sin insultarme. La gente tan guapa como Jasmine nunca hablaba con gente tan rara como yo sin meterse con ellos. Estaba muy confundido y todas las personas que pasaban por nuestro lado parecían igual de perplejas.

Separé un poco los brazos para que se me aireasen las axilas.

—¿Tocas el saxo? —me preguntó, todavía caminando hacia atrás.

—¿Sí?

Se rio.

—¿Es una pregunta?

Aparté la mirada y me aclaré la garganta.

—No. Quería decir que s-s... —Cerré los ojos e inspiré—. Sí, toco el saxo. ¿Cómo lo sabes?

—Te vi tocando en la esquina de Frenchmen Street.

—Ah.

—¿Tocas mucho por allí?

—Antes no tanto, pero mi tío TJ m-me dijo que debería ir cada sábado, y ahora tengo que hacerlo porque es mi profe de música.

—¿Por qué te hace ir?

—Porque dice que la música no debe vivir en un sótano. Tiene que repartirse para curar las cicatrices de la gente, o algo así. No me gusta nada hacerlo.

—Pues debes de ser el único. —Dejó de andar y me miró con ojos sinceros—. Eres el mejor músico que he oído nunca.

No tenía ni idea de qué decir, así que me quedé ahí, mirándola fijamente como si estuviera loco.

—Elliott.

—¿Sí?

—Me estás mirando y se está volviendo raro —dijo, poniéndose el pelo detrás de las orejas.

—Ah, perdona y, bueno, ¿gracias? —Sacudí un poco la cabeza y bajé la mirada al suelo—. Es decir, gracias... por el cumplido. Gracias.

—¿De nada? —Me guiñó un ojo antes de darse la vuelta para hablar con otra persona, porque, además de ser increíblemente guapa, lista y buena, Jasmine era popular. Nunca había visto a nadie volverse tan popular tan deprisa como ella.

Jasmine Greene había entrado en el Instituto Canon como si fuera la dueña. Empezó unas semanas después del inicio del primer semestre, pero eso no impidió que actuara como si todo el alumnado tuviera que arrodillarse ante ella. Y lo hicieron. Aunque todavía le faltaba un año más para terminar el instituto, era tan popular como los de último curso. Era brillante en todo lo que hacía, desde plástica hasta álgebra.

Desconocía que supiese de mi existencia, aunque yo sí que sabía quién era ella. Todavía estaba muy confundido. ¿Por qué era tan amable conmigo?

En el momento en el que empezó a hablar con otra persona, solté el suspiro más grande de mi vida.

—Eli —dijo una voz familiar. El apodo indicaba que no corría peligro. Me di la vuelta para mirar a mi hermana mayor, Katie, de pie detrás de mí, mirándome con preocupación. Su mirada recorrió el pasillo hasta Jasmine—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—Estabas hablando con la chica nueva, Jasmine.

—Sí, ¿y?

Katie carraspeó y se puso más derecha, con los libros en las manos.

—¿De qué hablabais? Es que no entiendo por qué estaba hablando contigo.

—Vaya, gracias —dije con ironía.

Puso los ojos en blanco.

—No quería decir eso, Eli. Es que tú eres mejor que esa gente.

—¿Esa gente?

—Ya sabes, las chicas con bolso de Chanel, las populares.

—Tú querías un bolso así el año pasado.

—Ya, pero no es lo mismo, y esas cosas ya no me importan. Además, la he visto hablando con Todd Clause, ¿sabes? Y si él es su tipo...

—Puede que yo también lo sea —bromeé sacando pecho—. Estoy bastante... —Cerré los ojos con fuerza. «Cuadrado, dilo. La palabra es “cuadrado”». Noté la tensión en la garganta. Sabía que la palabra quería salir e intentaba decirla con todas mis fuerzas—. Creo que estoy bastante... — Nada.

Me ahogué con el aire y mi mente corrió a buscar otra palabra, un sinónimo que funcionara en su lugar. Lo que fuera... Cualquier cosa iría bien, pero una vez entraba en pánico, era imposible encontrar las palabras. Respiré hondo varias veces e intenté forzarla.

—Estoy bastante... —Pero no lo conseguí. Casi nunca funcionaba—. Creo que estoy bastante fornido —conseguí escupir. Me ardían las orejas y tenía la cara al rojo vivo por el esfuerzo.

—¿Fornido? —repetió Katie entre risas—. Elliott, tienes menos carne que una alita de pollo.

Me reí y mi cara empezó a relajarse.

Mi hermana nunca mencionaba mi tartamudeo; nunca me hacía sentir mal por ello. Simplemente, silbaba o tarareaba para sí misma y esperaba pacientemente a que acabase. A veces, apartaba la mirada porque sabía que tener a alguien mirándome lo hacía más difícil. Tampoco intentaba adivinar la palabra que me esforzaba por pronunciar porque entendía que eso empeoraría mucho la situación.

Hizo una mueca y me dio un golpecito en el brazo.

—Mira, ya sé que, desde que Jason se fue a pasar el año a Nebraska, te has sentido un poco más solo...

—No me siento solo —mentí, y Katie lo supo.

Jason, mi mejor amigo, se había mudado a Nebraska para pasar allí un año y, desde que se había ido, yo no tenía a nadie con quien hablar aparte de mi hermana.

No me gustaba.

No me gustaba estar solo todo el tiempo.

—Tú ten cuidado —me advirtió Katie como la buena hermana sobreprotectora que era—. No quiero que te hagan daño.

Me sonrió antes de irse. Katie era mi hermana, pero no tenía los mismos problemas sociales que yo. Era guapa y hablaba bien, como mi madre.

Su decisión de no juntarse con los populares se debía a un incidente que tuvo lugar el curso anterior. Antes de eso, era una de ellos, de los guays, pero se había vuelto más reservada. No le importaba mucho. O, por lo menos, eso me parecía. Siempre decía que había cosas más importantes que ser popular en el instituto.

Tenía cosas mejores que hacer, como centrarse en decidir a qué universidad iría el curso siguiente.

No lo admitiría nunca, pero uno de sus trabajos a tiempo completo era asegurarse de que yo estaba bien. Una parte de mí la odiaba por cuidarme como lo hacía, pero, en general, estaba agradecido por tener una hermana que se preocupara tanto. Tanto mi madre como ella superaban con creces la definición de amor. Sí, el instituto era una mierda, pero, por lo menos, cuando me iba a casa, sabía que iba a estar bien.

Cada noche, los tres cenábamos juntos en la mesa del comedor. Mi madre siempre cocinaba. Nunca comprábamos comida para llevar. Había aprendido a cocinar de mi abuela y siempre se esforzaba. Decía que la comida casera y la conversación habían sido los pilares de su infancia y quería que también lo fueran para nosotros.

—¿Qué tal el instituto? —preguntó, y colocó un pollo asado sobre la mesa, al lado de todas las guarniciones que había preparado.

La cena siempre era un festín. Aunque no teníamos mucho dinero, siempre había comida en el plato, que ya era más de lo que podían decir algunos.

—Bien —dijo Katie mientras cogía una cucharada de puré de patata y se la servía en el plato—. Brooke tiene novio nuevo. —Brooke era la ex mejor amiga de Katie y, después del incidente, nunca habían vuelto a hablar.

Katie decía que no le importaba, pero, desde luego, parecía que aún sabía mucho de los pormenores de la vida de Brooke.

—¿Otra vez? —Mi madre puso los ojos en blanco y se sentó en su silla—. ¿No estaba empezando a salir con Trey?

—Travis —la corrigió Katie—. Trey fue hace tres novios. Ahora sale con Tyler.

—Desde luego, le gusta la letra «T» —dije con una sonrisa burlona.

—Le gustan todas las letras si están en el nombre de un chico —respondió Katie riendo—, pero, bueno, le gusta tomar malas decisiones.

—Mientras tú no las tomes con ella... —mencionó mi madre.

—Créeme, mamá, no tengo tiempo para chiquilladas de instituto. Eso fue cosa del año pasado. Voy a esperar hasta la universidad para considerar siquiera salir con alguien.

—Bueno, si vuelves a ser amiga de Brooke algún día y le interesa la letra «E», acuérdate de mi nombre —bromeé antes de darle un bocado al muslo de pollo.

Mi madre me miró y levantó una ceja.

—Alguien está de buen humor.

—He tenido un buen día. —Fui testigo de cómo se le humedecían los ojos—. No llores, mamá —me quejé.

—No voy a llorar —mintió secándose los ojos llorosos. Mi madre era una persona muy sensible—. Solo es que hacía mucho tiempo que no te escuchaba decir que habías tenido un buen día.

—Todos los días van bien —dije.

—Sí, pero no *bien*. Es solo que... —Se sorbió los mocos y se siguió limpiando las lágrimas. Me dedicó una sonrisa de las que me hacían sentir que me quería—. Es solo que me alegro de que hayas tenido un buen día.

Me encogí de hombros y seguí comiendo.

Pero no lo dejó correr. Se cruzó de brazos y los apoyó sobre la mesa, mientras me miraba con ojos centelleantes.

—¿Hay algún motivo —se preguntó en voz alta— para que hayas tenido un buen día?

—No —contesté.

—Ha hablado con una chica —masculló Katie.

—¡Katie! —gruñí.

—¡Eli! —me devolvió el gruñido.

—¿Una chica? —chilló mi madre, entusiasmada—. Cuéntame más cosas.

—No es nada —le dije.

—Tiene razón, no es nada. No es la adecuada para él —confirmó Katie.

—¿Por qué piensas eso? —le pregunté, algo ofendido—. ¿Porque ella es popular y yo no?

Los ojos de Katie se ensombrecieron.

—No, Eli, claro que no. Es solo que las chicas como ella están hasta debajo de las piedras y tú te mereces algo que signifique más, a alguien que te entienda.

—Puede que ella lo haga.

—Puede, pero hay muchas más probabilidades de que no sea así —replicó.

Mi madre sonrió ante nuestro intercambio de palabras. Siempre le había parecido cómica la forma en que Katie y yo discutíamos las cosas. Casi siempre se quedaba al margen y hacía de mediadora.

—¿Pues sabéis qué creo yo?

—¿Qué? —contesté.

—Creo que has tenido un buen día —me repitió—. Y lo que sea que te ayude a tener uno de esos me parece bien.

—Pero, mamá, no sabes cómo es esa chica. Va por ahí maquillada y con sus bolsos de marca... —Katie empezó a quejarse, pero mi madre la hizo callar levantando tranquilamente la mano.

—Perdona, Katie, ¿acabas de juzgar a alguien por sus posesiones? —le preguntó con una mirada severa—. Porque me parece que juzgar a alguien por lo que tiene es igual de feo que juzgarlo por lo que no tiene. ¿O es que te gustaría que te juzgaran por tus bolsos que no son de marca?

Katie refunfuñó y agachó la cabeza.

—Lo siento, mamá.

—Mira, lo entiendo. Quieres a tu hermano y no deseas que le hagan daño, pero no siempre estarás ahí para protegerlo. Tiene que tomar sus propias decisiones y creo que no hay más que decir sobre este tema.

Katie se disculpó de nuevo y volvió a comer. Hice lo que pude para que no se me escapara una sonrisa.

Me encantaba cuando el poder de la reina Madre prevalecía sobre el de la princesa Katie.

Y también me gustaba bastante haber tenido un buen día.

Capítulo 4

Jasmine

El sábado por la tarde, estaba aterrorizada por tener que asistir a la fiesta de Todd. Esperé hasta que mi madre se fue a trabajar de camarera para escaparme de casa. Me había ordenado que ensayara canto y, sinceramente, lo prefería antes que ir a casa de Todd.

No me gustaba en absoluto la idea de rodearme de borrachos. Además, sabía que Todd solo intentaba acostarse conmigo y no estaba nada interesada, pero tampoco podía no hacer nada y dejar que siguiera tratando mal a Elliott.

Si solo tenía que aparecer en su estúpida fiesta para que le dejara en paz, me aseguraría de que me viera allí.

Pero antes, hice una parada técnica.

Elliott ya estaba tocando en la esquina cuando llegué. Sobre su cabeza descansaba una boina y llevaba una camisa blanca con unos tirantes negros sujetos a los pantalones. Parecía un músico de *jazz* y sonaba aún mejor. Siempre estaba nervioso, a excepción de cuando tenía ese saxo entre las manos. Cuando tenía su música, su alma se liberaba. Gracias al *jazz*, respiraba.

Era de locos cómo me afectaba su música y cómo me hacía querer estar feliz y triste a la vez. Algunas de sus melodías eran animadas y, a veces, él hasta bailaba un poco mientras tocaba.

Otras melodías... lloraban.

Sentía su tristeza y veía cómo le afectaban. Esta vez había más gente viéndolo tocar y más personas dejaron monedas en la funda del saxo. Parecía como si se estuviera ganando su pequeño grupo de fans.

Y yo era la líder.

No pensaba marcharme hasta que terminara la última nota. Cuando acabó, yo quería más, y los demás también.

—¡Otra! —gritaron algunos, y Elliott frunció el ceño como si meditara.

—¿P-podría hacer una más? —preguntó a todo el mundo, y se llevó un aplauso.

Cuando sus dedos bailaron por las llaves del saxo y empezó a soplar, se me encogió el corazón. Los sonidos me eran familiares, aunque al principio no los reconocí. Mientras tocaba, se me formaron lágrimas en los ojos y lo escuché sin desear otra cosa que no fuera acercarme más. Quería sentir su energía y sus latidos mientras tocaba.

Las lágrimas me caían por las mejillas y recé porque nunca dejase de tocar, pero, aun así, al

final paró.

Mientras recogía, volvió a su estado nervioso y, esa vez, yo no iba a desaprovechar la oportunidad.

—Has vuelto a estar perfecto —lo felicité con una gran sonrisa.

Levantó la vista y sus ojos se movieron rápidamente de un lado a otro, se detuvieron y volvieron correr de aquí para allá antes de fijarse en mí. Las gafas le resbalaban por la nariz y se las subió con el índice.

—¿Has venido a verme?

Asentí.

—Ya te dije que eras el mejor músico que había oído nunca.

Abrió la boca para hablar, pero no dijo nada.

Cambié el peso de pierna, sin saber bien qué decir pero queriendo decir algo, lo que fuera.

—¿Dices que tu tío te enseñó a tocar?

—Sí, bueno, es más bien un amigo de la familia, pero p-para mí siempre ha sido como un tío. Tiene muchísimo talento para todo lo que hace.

—Dile de mi parte que ha hecho un buen trabajo.

Elliott sonrió, y sentí su sonrisa reflejada en mi rostro.

—Me tengo que ir —me dijo mientras guardaba el saxo en la funda y la cerraba.

—Ah, bueno, vale. —Me mordí el labio inferior—. Que tengas una buena noche.

Asintió una vez.

—Tú también. —Cogió la funda y empezó a alejarse. Entonces, lo llamé—. ¿Sí?

—¿Cuál es la última canción que has tocado?

—Ah, pues... —Se aclaró la voz y asintió de nuevo—. Es *The Rose*, de Bette Midler. Es la canción favorita de mi madre. Me la aprendí un año para el día de la madre. —Hizo una mueca y negó con la cabeza—. Acabo de quedar como el mayor pringado del mundo.

Me reí.

—O como el mejor hijo del mundo. Me ha gustado mucho.

Dio unos pasos vacilantes y luego se rascó la nuca.

—Vale, bueno... Adiós.

En un abrir y cerrar de ojos, se había ido.

«Qué chico tan raro».

—Mirad quién ha venido —dijo Todd cuando entré en su casa—. Pensaba que ibas a dejarme plantado.

Le dediqué una sonrisa forzada mientras se acercaba y me pasaba un brazo por la cintura.

—Te dije que vendría, ¿no?

—Claro, pasa. Estás en tu casa. —Me guiñó un ojo—. Voy a enseñártela.

Suspiré, pero acepté, y me condujo por la casa para solo enseñarme una habitación: la suya.

—Aquí es donde ocurre la magia —declaró.

—¿Sacas un conejo de un sombrero? —bromeé.

—No, pero tengo una zanahoria bastante grande, si quieres verla. —Sentí un escalofrío.

—¿Me traes algo de beber? —pregunté, intentando cambiar de tema.

Asintió, se fue corriendo y me dejó en la sala de estar. Había muchísima gente en la fiesta, todos borrachos y colocados. Yo no quería ni una cosa ni la otra. Quería estar en casa con mi música.

Si tuviera que elegir entre la gente y la música, la música ganaría siempre.

—Aquí tienes. —Todd me tendió una cerveza. Hice como si bebiera y, cuando me puso la mano en el culo, di un salto y me la eché por encima—. Eh, tranquila, tía. Sé que soy bueno haciendo que las chicas se mojen, pero podemos ir con calma.

—Lo siento. En realidad, creo que me voy a ir —me disculpé. Cada vez estaba más nerviosa. Me sentía fuera de lugar. Me encantaba el instituto, pero ese no era mi tipo de gente.

—Acabas de llegar. ¿Y si jugamos a la botella? —me ofreció—. Unos cuantos ya han empezado a jugar en la cocina.

—No, lo siento. Estoy cansada.

—Qué pena —respondió, frunciendo el ceño—. Solo espero que el Esmirriado no tenga un lunes muy duro.

Me puse derecha.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No soy tonto, Jasmine. Sé que solo aceptaste venir porque te daba pena ese pringado. Y, joder, vale, es muy *sexy* que te preocupes por los más necesitados, pero no sé si podré dejarlo en paz mucho tiempo si solo te quedas cinco minutos.

El comentario me dejó paralizada.

—¿Es una amenaza?

—¿Eh? ¡Qué va! —Se rio, se acercó para susurrarme al oído—: Es una promesa. Unas partidas a la botella y el Esmirriado llegará vivo al martes.

—¿Y si no juego?

—Bueno, digamos que a Elliott Adams le podría ir mucho peor.

Tragué con dificultad y me aguanté las ganas de darle justo en sus partes. Lo odiaba más de lo que podía expresar con palabras. No quería tener nada que ver con él ni con sus estúpidos juegos, pero si besarme con un par de chicos hacía que no trataran tan mal a Elliott, le daría vueltas a la dichosa botella.

El lunes se me cayó el alma a los pies cuando vi a Todd y a los suyos dándole empujones a Elliott. Corrí hacia ellos y lo aparté.

—Pero, ¿qué haces? —gruñí.

Me quedé en su estúpida fiesta el sábado, hice cosas que no quería solo para que no le hicieran nada a Elliott.

—Me dijiste que le dejarías en paz. —Lo miré con rabia.

Se relamió los labios y se pasó las manos por el pelo.

—Ah, ¿sí? No me acuerdo. A lo mejor te tendrías que haber quedado más rato, o puede que,

así, el sábado que viene uses la lengua.

Me entraron ganas de vomitar al verlo irse con sus matones. Corrí hacia Elliott y lo ayudé a levantarse.

—¿Estás bien?

Se secó la frente y se recolocó las gafas con el dedo.

—Lo siento —se disculpó, lo que me dejó perpleja.

—¿Qué? Tú no has hecho nada malo. Son unos capullos.

—Ya, bueno. Ya est-toy acostumbrado.

—Que estés acostumbrado no quiere decir que esté bien.

Asintió y la vergüenza se reflejó en su mirada.

—Se-será mejor que me vaya a clase. —Y se marchó.

«Pobre chico».

Cuando fui a mi taquilla a por los libros de la siguiente clase, escuché a una chica gritar:

—¿De qué vas, eh? —gruñó mientras se acercaba rápidamente a mí.

Arqueé una ceja al ver lo decidida que caminaba. Se cruzó de brazos y me dirigió una mirada furiosa.

—¿Qué?

—Que de qué vas. ¿Es algún tipo de broma en la que la chica guapa hace como si le gustara el chico tímido y después los chicos populares le rompen el corazón?

—¿De qué hablas?

—Hablo de mi hermano Elliott.

«Ah...».

—No sabía que tenía una hermana.

—Ya, bueno, pues ahora lo sabes. Me llamo Katie, y tú eres la chica que está usando a mi hermano —respondió.

—¿Qué? No, Elliott es mi...

—No digas «amigo», no lo conoces —me cortó con desprecio—. La gente como tú no se hace amiga de la gente como mi hermano.

—¿La gente como yo? ¿Qué significa eso?

Señaló mi bolso con la cabeza.

—Llevas un bolso de Chanel en el brazo. Claramente tienes dinero y puedes conseguir que te haga caso el chico que quieras.

Agarré el bolso con fuerza y me puse algo tensa. Era un regalo que Ray había conseguido en una tienda de segunda mano las Navidades pasadas.

—No me conoces. Y el hecho de que me juzgues por un bolso demuestra lo poco que sabes.

Soltó un suspiro, se mordió el labio inferior y entrecerró los ojos.

—Ven.

—¿Adónde?

—¿Quieres hacer el favor de seguirme y punto?

Empezó a caminar hacia el patio con paso decidido. Salimos al aire cálido de Nueva Orleans y señaló el mástil de la bandera.

—El año pasado, unos chicos esposaron a Elliott al mástil, le echaron spray de serpentina

por encima y le rompieron huevos en la cabeza. Dos meses antes de que llegaras, lo acorralaron en los vestuarios y le tiraron globos de agua.

—Es horrible.

Hizo una mueca.

—Ni te lo imaginas. Algunos de los globos estaban llenos de pis.

Cogí aire, impactada y asqueada al darme cuenta de lo bajo que llegaban a caer algunos de mis compañeros.

—¡Imbéciles de mierda! —solté con una mano sobre el pecho.

Katie levantó una ceja.

—¿Por qué le hablas?

Abrí la boca y me detuve, intentando encontrar la mejor forma de responder. ¿Cómo podía expresar algo de lo que no me había dado cuenta aún? ¿Cómo podía hacerle entender lo que sentía? ¿Cómo podía explicar con palabras lo que Elliott me provocaba tanto en el corazón como en la cabeza?

—¿Y bien? —insistió mientras golpeaba nerviosamente el suelo con el pie.

—Porqué lo oí tocar el fin de semana pasado y cuando lo escuché... No sé... —Tragué con dificultad—. Es como si, por primera vez en mucho tiempo, no me sintiera sola.

La mirada severa de Katie se suavizó.

—Mi madre tenía razón: eres más que un bolso de Chanel.

—Espera, ¿le has hablado a tu madre de mí?

«Porque eso no es raro ni nada...».

—Da igual. Lo importante es... —Habló en su susurro y su voz se apagó. Se relajó del todo. Se había convertido en alguien totalmente distinto que cuando se me había acercado—. No quiero juzgarte, pero he visto a mi hermano luchar en más batallas de las que nadie se merece. Soy muy protectora con él.

—Ya, lo entiendo. Es horrible que tenga que luchar en todas sus batallas.

—¿Suyas? No, todo empezó hace años, cuando luchó por mi madre y por mí. Después de eso, no le han dado un respiro.

—Le quieres mucho.

—Es el mejor hermano pequeño de la historia de los hermanos pequeños.

—No es como la mayoría, es... inocente.

—Lo sé. Es raro, ¿verdad? Cómo alguien puede haber pasado por tanta mierda y no estar derrotado. ¿Me haces un favor?

—Claro.

—Sigue escuchando su música.

—Lo haré. —Empezó a alejarse y la llamé—. Gracias... por pelear por él.

—Somos familia —susurró—, nos cuidamos unos a otros.

«Somos familia, nos cuidamos unos a otros».

Eso me encantó.

Esa tarde, mientras iba a clase de ciencias, me encontré a Elliott junto a su taquilla y el corazón se me aceleró. No podía sacarme las imágenes de la cabeza: los globos de agua, los esprays de serpentinas y las esposas.

¿Por qué tratarían así a alguien tan bueno como él? No tenía sentido.

—¡Elliott! —grité, corriendo hacia él.

—Hola —me saludó con timidez.

Yo solo quería rodearlo con los brazos y abrazarlo fuerte. Tenerlo cerca y decirle que los imbéciles que lo molestaban no eran más que basura. Quería abrazarlo y pedirle perdón por un mundo que no le trataba bien por razones estúpidas.

Pero su espacio era suyo, de modo que esperé.

—Tengo una pregunta. —Sentí que unas mariposas me revoloteaban por el estómago.

—¿Y yo tengo una respuesta? —contestó en tono de pregunta, porque Elliott era así y respondía a las preguntas con más preguntas.

—¿Puedo abrazarte?

Se puso derecho y carraspeó. Le empezó a sudar la frente.

—¿Qué?

—Digo que si puedo abrazarte.

Hizo una mueca y dio un paso atrás.

—Mi hermana te-tenía razón —murmuró.

—¿Qué?

—Me dijo que te estabas bu-burlando de mí y tenía razón.

—No, Elliott, no es eso. Es que...

—¿Es que qué?

Me empezaron a temblar las manos y no encontraba las palabras para lo que quería expresar.

—Es que... —Me puse tensa. Estaba todavía más nerviosa—. Bueno, es que... Es que... —Se me empañaron los ojos mirando a aquel chico delgado que parecía tan frágil—. Es que... —Me tembló la voz y Elliott entrecerró los ojos.

—Jasmine.

—¿Sí?

—Respira.

—E-estoy respirando.

—No. Créeme, s-sé lo que es no respirar.

Respiré hondo y Elliott me miró fijamente a los ojos.

—He visto a tu hermana y me ha contado lo que te hicieron, y es que los odio, ¿sabes? Y no aguanto que... ¡Es que eres tan bueno! Y no molestas a nadie y..., y..., y...

—Jasmine.

—¿Sí, Elliott? —pregunté con los ojos llenos de lágrimas y el cuerpo tembloroso.

—¿Puedo abrazarte?

Reí tímidamente y me sequé las pocas lágrimas que se me habían escapado.

—Pero ¿por qué?

Me regaló una sonrisa que me pareció enorme y muy cálida, como un hogar que no sabía que existía.

—Porque no quiero que llores.

Me envolvió en sus brazos y me abrazó con fuerza. Era raro que hubiera salido así. Cuando me acerqué a él, estaba decidida a consolarlo por lo que había sufrido, pero, de algún modo, la

situación se había dado la vuelta. Elliott me abrazó y curó las partes de mí que siempre fingía que no estaban rotas. Cuando su piel tocó la mía, nos fundimos y unas vendas temporales me cubrieron todas las heridas.

Y entonces susurró:

—Estarás bien.

¿Cómo lo sabía?

¿Cómo sabía que mi mayor miedo era no estar bien nunca?

—¿Sabes qué? —me susurró al oído.

—¿Qué?

—No tienes que pedirme permiso para abrazarme, ¿vale?

Suspiré y me apoyé un poco más en él.

—Vale.

—Jasmine.

—¿Sí, Elliott?

—¿Esto significa que somos amigos?

Reí y asentí, apoyada en su hombro.

—Significa que somos amigos.

Capítulo 5

Elliott

Cada sábado por la noche, Jasmine venía a escucharme tocar. Saber que estaba ahí me hacía querer ser y dar lo mejor mí. Y, siempre que acababa, me decía que había sido el mejor concierto que había dado.

No se imaginaba cuánto significaba aquello para mí.

Después, se iba corriendo y nunca decía adónde; a mí no me importaba. Ya sabía dónde iba, porque cada lunes por la mañana oía a los populares hablar de la fiesta en casa de Todd.

Me daba igual, porque, por lo menos, venía a verme.

—Eh, Jasmine —la llamé una noche cuando acabé de tocar.

Todavía me corría la adrenalina por el cuerpo tras el mejor concierto que había dado hasta el momento y tenía más seguridad en mí mismo que en toda mi vida. Llevaba semanas queriendo preguntárselo, y ahora era el momento. Era ahora o nunca.

Se dio la vuelta con una gran sonrisa en el rostro.

—¿Sí, Elliott?

—¿Quieres...? —Me aclaré la garganta—. Es decir, la semana q-que viene, antes de tocar... ¿Quieres...? Bueno, ¿quieres venir a mi casa y después venir conmigo aquí? —pregunté, completamente preparado para el rechazo—. ¿Podemos cenar algo?

No dejó de sonreír.

—¿Es una pregunta?

Solté una risita.

—¿Puede?

Vino hacia mí y me tendió la mano.

—Déjame tu móvil.

Obedecí. Me escribió su número y me lo devolvió.

—Siempre he querido ir a Dat Dog.

—Vale, genial, pues ya tenemos cita. —Me entró el pánico por lo que acababa de decir—. Bueno, una cita entre amigos... Como amigos. Dos amigos comiendo salchichas. —«No, para de hablar»—. Vale, bueno... Adiós.

Jasmine rio.

—Te veo en el insti, Elliott.

Y me vio. Y no solo eso, sino que habló conmigo en los pasillos, como si no tuviera vergüenza de que la vieran a mi lado. También se reía conmigo, y era muy agradable, porque reírse solo de las cosas no era nada divertido. Cuanto más se acercaba el fin de semana, más nervioso estaba y más me arrepentía de haberle pedido que quedásemos antes de tocar. ¿De qué íbamos a hablar? ¿Cómo iba a controlar el sudor? ¿Se suponía que tenía que comprarle flores de amigo?

¿Acaso existían las flores de amigo?

—¿Dices que tienes novia? —preguntó mi amigo Jason a través del micrófono de sus auriculares mientras jugábamos a un videojuego el sábado por la tarde.

Éramos mejores amigos desde primaria y lo echaba de menos prácticamente todos los días. Su madre se había ido a vivir a Nebraska después de que su padre la engañara y Jason se había ido con ella porque siempre elegiría a su madre antes que a su padre. Lo odiaba más de lo que se podía expresar con palabras. Era algo que teníamos en común. Jason y yo siempre jugábamos los fines de semana, porque mi madre casi no me dejaba jugar entre semana, y nos gustaba ponernos al día.

—No estamos saliendo, solo es una amiga.

—Ay, Dios —gruñó—. Te dejo solo un momento y te vuelves más guay que yo.

—Qué va.

—¿Está buena?

—Que flipas.

Volvió a gruñir.

—No puede ser, porque tú eres bastante feo —bromeó.

—Muy feo. Por eso somos amigos y no estamos saliendo.

—Bueno, parece que te gusta, así que esto es lo que tienes que hacer: cuando la veas, dile que está como un tren. A las tías les gusta que se lo digan. Ah, y pide ensalada. A las tías les encanta la lechuga.

Eso era exactamente lo que no iba a hacer.

Si yo sabía poco sobre las chicas, Jason sabía mucho menos. Todo lo que sabía me lo había enseñado Katie, la persona más feminista del mundo. Me dijo que tenía que respetar a las mujeres porque tenían derecho a que se las respetara. Siempre me decía que nuestro padre nunca había respetado a nuestra madre y que por eso ella lo había dejado.

«Solo tienes que ser mejor que él, Eli. No tienes que ser el mejor hombre del mundo, solo tienes que ser mejor que papá».

Eso no era pedir demasiado.

—¿Tiene una mejor amiga gordita para tu mejor amigo gordito? —preguntó Jason.

Puse los ojos en blanco.

—No voy ni a contestar.

—Quiero que sepas que, desde que me marché, he perdido un kilo. Me estoy poniendo flaco de cojones. Creo que quedar contigo y comer la comida de tu madre me hacía engordar.

Era posible. A mi madre le encantaba usar mantequilla.

—Bueno —dijo Jason cambiando de tema, porque su mente divagaba—, dile que está buena, y que no se te olvide llevar condones. Los necesitarás.

—¿Qué? No, para nada. Además, ni siquiera sabría dónde conseguirlos.

—Tú mira en la caja de tampones de tu hermana. Es donde mi hermana guarda los suyos —me

aconsejó como si nada.

Levanté una ceja.

—¿Qué hacías mirando en la caja de tampones de tu hermana?

—Primero, el sexo seguro; después, las preguntas —respondió como si fuera un entendido del sexo.

Si había algo de lo que estaba seguro era de que tanto Jason como yo éramos los dos últimos vírgenes de la historia de los vírgenes. Que se hubiera ido a vivir a Nebraska no había cambiado nada.

—¡No vamos a acostarnos! —insistí—. Yo no le gusto de esa forma.

—Vale, pero si quieres gustarle de esa forma, tienes que entrar en su vida poco a poco. ¡Oh! ¿Sabes lo que tendrías que hacer? ¡Llevarla a tu rincón!

—¿Dónde?

—Sí, tío, detrás de los bares, donde vas a escuchar música.

—¿Qué? Ni de coña. Ahí está todo muy sucio.

—Puede ser romántico si lo haces bien. Tío, solo digo que una tía buena no habla cada día con chicos como nosotros. Tienes que aprovechar el «carpa digan».

—¿Quieres decir *carpe diem*?

—Vaya, Elliott, me alegra que hayas dejado de ser tan pringado desde que me fui.

Oí a su madre llamarlo y él me dijo que tenía que irse a cenar y salió rápidamente. Cerré el juego y me fui a la ducha a prepararme para tocar y para mi no cita.

Cuando acabé de arreglarme, mi madre me sonrió.

—Si hubiera sabido que ibas a mejorar tu higiene por una chica, habría hecho que empezaras a salir con alguien hace mucho.

—No estamos saliendo —protesté—. Solo es una amiga. Y siempre me ducho.

—«Siempre» es mucho decir —bromeó—. Pronto querrás usar colonia para impresionarla.

«Colonia... Interesante».

Corrí a casa de mi vecino y golpeé la puerta. Cuando se abrió, miré al tío TJ, que estaba limpiando una trompeta.

—Hola, Elliott, ¿qué pasa? ¿Estás listo para tocar esta noche?

—¡Colonia! —le grité, mirando el reloj.

No tenía tiempo. Jasmine estaría subiendo al autobús para venir a mi casa, y yo no estaba preparado ni física ni mentalmente.

—¿Qué?

—Necesito colonia para esta tarde.

El tío TJ me dedicó una sonrisa tímida.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué?

—La chica.

—No hay ninguna chica —mentí.

Él siguió sonriendo, burlón.

—Tengo setenta y cinco años, hijo. He vivido muchas vidas, así que créeme cuando te digo que siempre hay una chica.

Cambié el peso de pierna. No quería no estar cuando Jasmine llegara a mi casa.

—Pero ¿tienes?

El tío TJ se rio y se hizo a un lado para que entrase corriendo en su casa.

—En el cuarto de baño de la primera planta, segunda balda. Elige la que quieras.

Rocié unas cuantas colonias al aire para ver cuál olía mejor, pero todas me parecieron asquerosas, así que elegí una sin más. Si a las chicas les gustaba, tendría que soportar el mal olor.

Cuando salí, el tío TJ abanicó el aire con la mano delante de su nariz.

—No tenías que echarte tanta. ¡Madre de Dios! Ven, vamos a airearte un poco.

Me colocó delante de un ventilador y me hizo mover los brazos arriba y abajo para quitarme un poco el olor.

—¿Cómo se llama?

—No hay... —empecé, pero le vi arquear una ceja. No me creía—. Jasmine.

—Jasmine. —Sonrió, satisfecho—. ¿La llamas Jazz?

—No.

—Deberías.

«Puede».

—¿Cuál es la situación? ¿Estáis saliendo?

—No.

—¿Y tú quieres?

«Puede».

—Solo somos amigos.

—¿Te ha oído tocar?

—Sí, viene todos los sábados a escucharme.

Eso despertó su interés.

—¿Sí? Entonces le gustas.

Negué con la cabeza.

—N-no, es que le gusta la música.

El tío TJ frunció el ceño, incrédulo.

—Ninguna mujer se enamora solo del *jazz*. A menudo desean al músico que hay detrás de los compases en silencio. —Le lancé una mirada que decía «menuda tontería» y se encogió de hombros—. Bueno, al menos haz esto: entérate de cuál es su canción favorita, ¿vale? Luego me la dices y ya veremos qué podemos hacer.

—¿Para qué?

—Ya verás. —Apagó el ventilador y me dio unas palmaditas en la espalda—. Creo que ya estás listo. Que tengas un buen concierto.

—Gracias.

—Y, chico —me llamó cuando estaba casi fuera de la casa—, no corras. No hay ninguna prisa. Deja que la armonía fluya. No hay nada peor que una nota con prisas, que podría haber sido perfecta. Y entonces, cuando estés preparado, dile que es preciosa. Ni que está buena ni que es *sexy*. Tú dile que es preciosa. Les encanta.

Ese era el tipo de consejo que quería oír. El tío TJ siempre sabía qué decir, incluso cuando ni yo era consciente de que necesitaba que me dijera algo.

Esperé en la puerta de casa a que Jasmine llegara. Cuando apareció, casi se me sale el corazón por la boca al oír una voz que salía de casa:

—¡Qué mona! —exclamó mi madre mirando desde la ventana de la sala de estar.

—¡Mamá! ¡Vete! —grité en un susurro.

Mi madre negó con la cabeza.

—Vale, vale, pero ¡es monísima, Eli! —respondió antes de desaparecer o, por lo menos, de alejarse lo suficiente como para que no la viera.

Conociendo a mi madre, estaría buscando la manera de enterarse de lo que pasaba.

—Hola —la saludé mientras se acercaba.

Estaba perfecta como siempre.

—Hola —contestó deslizando las manos en los bolsillos de atrás de los vaqueros.

Nos quedamos allí parados un momento, mirándonos bajo un sol de justicia. Cuando me sonreía, yo le sonreía. Cuando yo le sonreía, ella me sonreía.

Y eso es lo que hicimos.

—Eh... Deberíamos ir a la p-parada del bus —tartamudeé, e hice una señal con la cabeza hacia la parada.

Ella sonrió y asintió.

Estábamos de pie en la esquina, esperando a que llegara el autobús, y no teníamos nada que decirnos. Quizá la incomodidad estaba en mi mente, pero no me gustaba ese silencio. Pero, bueno, tampoco sabía qué decir.

Cuando por fin llegó el autobús, me hice a un lado e incliné la cabeza. Mis labios se separaron, pero no salió ninguna palabra.

«Después de ti. Después de ti. ¡Di después de ti!».

Nada.

Me empezaron a arder las orejas y me puse a buscar las palabras, que parecía que habían desaparecido de mi boca.

—¡Sube! —Por fin logré hablar.

Pero no lo dije, lo grité. Le chillé y me arrepentí en el mismo momento en que las palabras salieron de mi boca. Había sonado agresivo, pero no era mi intención. La agresividad venía de mis propios problemas, pero la palabra había salido como si lo hubiera pagado con ella.

Me sonrió, aunque más bien parecía que fruncía el ceño, y entró. Respiré hondo y me di una palmada en la frente antes de subir también. Me senté junto a ella. Se me cerraron los párpados y los apreté mientras llenaba de aire los pulmones.

—No quería gritar —murmuré—. Lo siento.

En ese momento, me odiaba a mí mismo, porque había visto un halo de pánico en su mirada cuando le había alzado la voz.

—¿Ha sido por la tartamudez? —preguntó.

Asentí.

—Sabía lo que quería decir, pero no me salía y por eso he soltado eso. Lo siento.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Qué sientes cuando te pasa?

—Me siento como si estuviera delante de un tren de mercancías y no pudiera moverme.
Se dio la vuelta y miró por la ventana un momento, antes de volver a mirarme.

—Creo que tienes una voz preciosa.

Solté una risita.

—No tiene nada de p-p-pre...

Otra vez no. «Preciosa». Esa palabra siempre me resultaba difícil. No recordaba haberla pronunciado nunca. Había muchas palabras que evitaba y «precioso» era una de ellas. Cerré los ojos y sentí que la vergüenza aumentaba en mi interior mientras intentaba escupir una palabra que no iba a salir. Se me acumuló el sudor en la frente y me clavé las uñas en las palmas de las manos.

La mano de Jasmine se posó sobre mi pierna, lo que me hizo abrir los ojos. Ahí estaba, sonriéndome.

—Tienes una voz preciosa, Elliott —repetió.

Me limité a devolverle la sonrisa, medio convencido de que estaba sufriendo una extraña alucinación.

Las semanas anteriores habían sido como un sueño del que temía despertar. Las personas como Jasmine no trataban con los chicos como yo, al menos, no en el mundo real.

Cuando llegamos, compramos unos perritos calientes en Dat Dog y nos sentamos en una de las mesas de la balconada que daba a Frenchmen Street. Cuanto más tarde se hacía, más se llenaba la calle de gente y de música. Me impresionó muchísimo lo rápido que comía Jasmine.

—Esto es lo mejor que he comido nunca —exclamó con un gemido, y se llenó la boca de patatas fritas—. Mi madre me mataría si se enterara de lo que estoy comiendo. ¿Cuántas calorías crees que tiene todo esto? —Abrí la boca, pero levantó un dedo para hacerme callar—. Nunca le digas a una chica cuántas calorías tiene algo si ya se lo ha comido.

—¿Ni siquiera si me lo pregunta?

—Sobre todo si te lo pregunta.

Se metió la última patata en la boca.

—Jasmine.

—Dime.

—¿Por qué te juntas conmigo? Soy un pringado.

—No te preocupes, yo también.

Puse los ojos en blanco y me froté el brazo.

—Tú no eres una pringada. Le gustas a todo el mundo.

Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Cómo voy a gustarles si ni siquiera saben quién soy?

No sabía qué contestarle, así que la estudié con la mirada. Entonces, vi ese reflejo en sus ojos: era la misma soledad que yo sentía a diario. ¿Cómo podía una persona tan bonita como Jasmine sentirse sola en algún momento?

—Sé que me miras y piensas que seguramente tengo una vida fácil, pero no. Hay muchas cosas de mí que la gente no sabe.

—Lo siento, no quería...

—No pasa nada, Elliott. No hace falta que te disculpes. Venga, vámonos, quiero oír tu música.

Bajamos a la calle y, cuando empecé a tocar, se sentó en el bordillo y no apartó la vista de mí

en ningún momento. Cuando paraba, la veía, sonriéndome, con el mentón apoyado en las manos. Me preguntaba si sabía lo nervioso y feliz que me hacía sentir, y la seguridad y el miedo que me provocaba.

Me preguntaba si sabía que yo soñaba con tener a alguien como ella y si ella también soñaría con tener a alguien como yo.

Cuando hube acabado, se levantó y aplaudió mientras gritaba «¡Otra!» una y otra vez. Entonces, vino corriendo y me atrajo hacia ella para abrazarme. Me encantaba cuando lo hacía, porque sabía que no tenía que pedirme permiso.

—Has estado muy bien —me felicitó con sinceridad—. Muy muy bien.

Miré la hora en el reloj antes de volver a mirarla.

—¿T-tienes que irte ya?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué lo preguntas?

—Es que quería enseñarte algo que creo que te puede gustar.

—Vale. Después de ti.

Empecé a andar y me siguió. De vez en cuando, me pellizcaba a mí mismo para comprobar que estaba despierto. La conduje por el callejón y vi que se ponía nerviosa.

—Te prometo que no te va a pasar nada —le aseguré.

Se acercó a mí y entrelazó su brazo con el mío. No me quejé.

Llegamos a mi lugar favorito, justo delante de un contenedor de basura cerrado, y levanté las manos.

—¡Tachán! —dije con un tono de broma.

—¿Qué se supone que tengo que ver? —preguntó.

—No tienes que ver nada. Lo tienes que oír... Lo tienes que sentir. —Me froté la nuca. «Ostras, qué raro. No tenía que haber hecho caso de los consejos de Jason»—. Normalmente, me subo al contenedor y me siento ahí, pero no creo que una chica... —No acabé la frase, porque Jasmine se subió de un salto, y la seguí—. No puedo entrar a los bares a escuchar música, pero desde aquí lo escucho todo. —Nos sentamos en el callejón que había detrás de los bares y le pedí que cerrara los ojos—. Dime qué oyes.

—*Country* —susurró haciéndome sonreír.

—Eso es de Mikey's Tavern. ¿Qué más?

—Eh... ¿Eso es Billie Holiday?

—Viene del bar de *rhythm and blues*, Jo's Catz. —Arqué una ceja—. ¿Sabes distinguir la música de Billie Holiday?

—El novio de mi madre es músico, así que tengo un mar de conocimientos musicales en la cabeza.

—¿Y no conocías *The Rose*, de Bette Midler?

Se sonrojó y empezó a balancear las piernas en el borde del contenedor.

—Puede que la conociera.

—¿Y por qué me lo preguntaste?

—Porque... quería hablar contigo y no sabía qué decir. A veces me quedo muda contigo.

—¿Conmigo?

Asintió.

—Me pones nerviosa.

—¿Por qué?

—Porque, cuando me miras, me miras a los ojos. Muchos chicos del insti nunca lo hacen.

—Ellos se lo pierden —le dije—, tienes unos ojos muy bonitos.

Se sonrojó un poco más.

—Gracias, Elliott.

—Cuéntame algo que no sepa sobre ti.

—Canto.

Levanté una ceja.

—¿Sí?

—Sí, me encanta el soul, pero mi madre cree que el pop es la única forma de hacerme famosa.

Así que canto pop.

—¿No lo entiendo?

Rio.

—¿Es una pregunta?

—Sí, más o menos. Es que, si t-te gusta el soul, ¿por qué no lo cantas?

Se movió incómoda sobre el contenedor y se encogió de hombros.

—Mi madre dice que el soul es para un tipo de persona con cierto tono de piel y la mía no encaja con esa descripción.

—Pues que se lo digan a Adele —le respondí.

Sonrió.

—Según ella, Adele es una entre un millón y yo no. No puedo romper las mismas barreras que rompió ella.

—No es por ofender a tu madre, pero es la t-tontería más grande que he oído en mi vida. La música no se ve, se siente. La música no tiene color, trasciende estereotipos. Serás la mejor cantante de soul de la historia.

Rio.

—Ni siquiera me has oído cantar.

—Pues venga. —Hice un gesto señalando el callejón—. Canta.

—¿Ahora? —preguntó, y tragó saliva.

—Ahora.

—Estoy nerviosa —susurró—, no quiero que me mires.

—Cerraré los ojos. —Esa era la mejor forma de sentir la música.

—¿Me prometes que no los abrirás?

—Te lo prometo.

Cerré los ojos y esperé a que cantara. Cuando empezó, tuve que resistirme con todas mis fuerzas para no abrir los ojos, pero cumplí mi promesa. Cantó *Mercy Mercy Me* de Marvin Gaye, y yo sentí cada una de las palabras. Tenía la voz profunda y oscura. Potente. Jasmine sonaba todavía más bella de lo que era. En ese momento, con los ojos todavía cerrados, supe que sería una estrella. No cabía duda. Algunas personas querían cantar, mientras que otras estaban destinadas a hacerlo. Jasmine Greene estaba hecha para ser una estrella. No había ningún motivo

por el que no debería estar en uno de aquellos bares interpretando su música.

No había ningún motivo por el que su música no debería sonar por la radio.

Mientras cantaba, todos los demás sonidos de nuestro alrededor quedaron ahogados. Su voz hizo desaparecer todo lo que nos rodeaba.

Cuando paró, abrí los ojos y me fijé en sus mejillas ruborizadas.

—¿Lo he hecho muy mal? —preguntó, mordiéndose la uña del pulgar.

—Algún día te veré en la tele.

Soltó una risita y me dio un golpecito en la pierna.

—Si acabo saliendo en la tele, quiero que estés en mi grupo.

—Hecho.

—¿Qué es el *jazz* para ti? —preguntó mientras se cruzaba de brazos—. ¿Qué significa para ti?

—El *jazz* es... Eh... El *jazz* me recuerda que, cuando estoy solo, no lo estoy realmente.

—Eso es el soul para mí —coincidió—. Es mi mejor amigo, cuando todos los demás son solo conocidos.

Se miró el reloj y se dio la vuelta. Vi como su mente se alejaba mientras aumentaba la inquietud en sus movimientos.

—Y... ¿Vas a la fiesta de Todd esta noche? —pregunté.

Se puso tensa.

—¿Cómo sabes que voy a casa de Todd?

—Oigo a todo el mundo hablar de sus fiestas los lunes.

—¿Qué dicen sobre mí? —preguntó, esta vez más agresiva.

—Pues nada, en realidad. Solo q-que vas y te emborrachas. —Vi la vergüenza reflejada en sus ojos.

—¿Solo dicen eso?

—Sí.

—No bebo mucho.

—No pasaría nada si lo hicieras.

—Ya, pero no. Es que... En esas fiestas necesito... —Se peinó el pelo con los dedos y me miró—. ¿Todavía te tratan así, Elliott? He visto por los pasillos que parece que ya no te tratan tan mal.

Le dediqué una sonrisa falsa y ella me caló enseguida.

—No pasa nada, no me importa.

Se giró todavía más hacia mí y negó con la cabeza.

—¿Todavía lo hacen?

—Sí, pero creo que se han dado cuenta de que te molesta que lo hagan, así que... Bueno, lo hacen cuando no estás. Puedo soportarlo.

—No. ¡No! Dios, los odio. ¿Qué te han hecho?

—Solo algunos m-moratones.

—A ver.

Me estremecí.

—Pero...

Llevó la mano a mi antebrazo y advertí una nota de desesperación en su voz:

—Por favor, Eli.

Me había llamado Eli... Solo Katie y mi madre me llamaban así.

Sabía que, si me levantaba la camisa, iba a quedarse impactada. Sabía que iba a pasarlo mal viendo lo que me habían hecho, pero también sabía que iba a sentirse peor si no se lo decía. Me saqué la camisa de dentro de los pantalones de vestir y la levanté para enseñarle la piel llena de cardenales que Todd y sus amigos habían usado como saco de boxeo en los vestuarios después de la clase de educación física.

—¡Elliott! —exclamó Jasmine a la vez que posaba las manos en mi costado. Tocó los moratones con suavidad y me estremecí—. Madre mía, ¡no me lo puedo creer, qué mentirosos de mierda! —Saltó del contenedor y empezó a caminar de un lado a otro—. Tienes que venir conmigo esta noche.

—¿Qué?

—Tienes que... ¡No sé! ¡Tienes que plantarles cara a esos imbéciles! Ya sé que no quieres enfrentarte a ellos, pero no van a parar porque creen que nunca lo harás.

—N-no creo que sea buena idea.

—No, tenemos que ir. —Se iba emocionando a medida que andaba—. No hay nada que pueda hacer para que paren de hacerte daño. Lo he probado todo, pero puede que, si les plantamos cara... Si les plantamos cara, podemos ganar. Sé que podemos. Tú y yo podemos ser como los dos mosqueteros. Todos para uno y uno para todos, ¿sabes?

—Yo...

—Por favor, yo... Vamos, por favor.

No sabía decirle que no a esos ojos. No sabía por qué le molestaba más que a mí, pero así era. No era capaz de decirle que no cuando estaba a punto de llorar. Salté del contenedor y asentí una vez.

—Vale, vamos.

Capítulo 6

Elliott

—Deberías entrar sin mí —le pedí con la garganta cada vez más tensa por los nervios, que me crecían en el estómago.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —contestó mientras me tiraba del antebrazo—. El único motivo por el que estoy mínimamente de acuerdo con estar aquí es porque has venido conmigo. Estas fiestas no me gustan nada.

—¿Y por qué has venido todos los fines?

Bajó la mirada un momento antes de mirarme. Tenía los ojos llenos de culpa y descubrí exactamente por qué estaba a punto de entrar en la casa de Todd.

«Por mí».

—Me dijeron que dejarían de acosarte si venía a las fiestas.

Hice una mueca y me metí las manos en los bolsillos.

—Qué vergüenza...

—Elliott...

—No tienes que defenderme, ¿sabes? Sé arreglármelas solo.

Negó con la cabeza.

—Pero no tiene por qué ser así.

—Pero lo es. Me he encontrado con gente como ellos toda mi vida. No tienes que protegerme. Y, créeme, que una chica me defienda no me va a ser de ayuda. Mi hermana lleva años haciéndolo y no ha cambiado nada. Ha sido mala idea venir.

—Entra conmigo —suplicó, juntando las manos—, podemos pasarlo bien y reírnos de ellos por reírse de nosotros. Y entonces, les planto cara, y yo lo haré contigo. Será perfecto.

Me mordí el interior de la mejilla, mirando fijamente el parpadeo de la luz de la entrada.

—Por favor, Elliott —suplicó—. Piénsalo. No entras en esta fiesta para que yo te proteja, sino para protegerme a mí.

—No es verdad.

—Sí que lo es.

Me quedé quieto, sin poder apartar la mirada de la luz parpadeante. «Por favor, que deje de parpadear».

Me puso una mano en el antebrazo y la miré a los ojos. Sentí una presión en el pecho. El

corazón se me aceleró. Jasmine Greene me estaba tocando y me suplicaba que fuera su acompañante en una fiesta en casa de alguien, a la que no estaba invitado y a la que nunca lo estaría, y no podía ni reunir el valor para entrar con ella.

—Cinco minutos —le dije con la voz entrecortada—. Solo necesito cinco minutos antes de entrar.

—Espero contigo.

—No —repliqué enseguida.

Frunció el ceño y me sentí fatal, pero no quería que estuviera presente cuando me diera un ataque de pánico. No quería darle más razones para sentir pena por mí. Ya era todo bastante vergonzoso.

—Es que necesito cinco minutos para respirar un poco. Necesito estar solo un momento. — Añadí una sonrisa al final para hacerla sonreír.

—¿Me prometes que entrarás?

—Te lo prometo.

Asintió para hacerme ver que lo entendía, aunque fuera una de las personas más difíciles de entender del mundo.

—Vale, pues voy a por unas bebidas.

—Vale.

Su mano por fin me soltó el brazo y se dirigió a abrir la puerta, pero, antes de poner un pie en la casa, se volvió hacia mí.

—Elliott.

—Dime.

—No me das pena. A veces me miras como si pensaras que me das pena y solo quiero que sepas que no. Creo que eres genial como eres.

—No estoy muy bien de la cabeza —le advertí con una mano en la nuca.

—Ya, por eso me gustas. —Sonrió. Era el tipo de sonrisa que me hacía sudar por las axilas—. Porque yo tampoco estoy muy bien.

En el momento en el que entró, me alejé de la puerta rápidamente. Saqué el iPod del bolsillo. Escuchar música antes de hacer algo que me aterraba siempre me era de ayuda. Cuando se me olvidaba respirar, me ponía los auriculares y me perdía en mis sonidos favoritos; en el *jazz*.

Duke Ellington.

Charlie Parker.

Ella Fitzgerald.

Había muchas leyendas viviendo en mi iPod, muchísimos talentos extraordinarios.

Mi tío TJ nos enseñó, a mi hermana y a mí, todo lo que hay que saber sobre los mejores músicos de *jazz* del mundo. Estaba casi seguro de que «Miles Davis» habían sido mis primeras palabras y que serían las últimas que diría antes de morir.

La música era mi terapia y, después de unas cuantas canciones, siempre me sentía más fuerte. Era increíble cómo el *jazz* siempre me arreglaba cuando estaba hecho añicos, y cómo los sonidos siempre me transportaban a un lugar seguro en mi interior.

A veces, la vida era dura, pero, quizá, Dios nos dio la música como disculpa.

Eché un vistazo a la casa de Todd. Su familia tenía dinero y las hectáreas de terreno eran una

muestra de su fortuna. Estaba claro que vivíamos dos vidas muy diferentes. A la izquierda, había campos de árboles frutales y, a la derecha, cuadras de caballos. Todd solía intentar impresionar a las chicas del instituto hablándoles de todos los caballos que tenía su familia. Lo que mejor se le daba era fanfarronear. Era todo un experto.

Caminé hacia las cuadras porque los animales me transmitían más paz mental de lo que ninguna persona había conseguido. Cuando abrí la puerta, me quedé helado. Todd y tres de los idiotas de sus amigos estaban ahí bebiendo cerveza, con mecheros y fustas en las manos. Estaban de pie en una de las cuadras con una yegua, a la que insultaban y pegaban con las fustas, lo que provocaba que soltara quejidos de dolor.

—Qué estúpida, la muy puta —exclamó Ted Jones, y se rio mientras encendía el mechero cerca de su cara—. Debería quemarle un poco la cola.

—Tío, si lo haces te doy cincuenta pavos —lo animó Keaton.

—Joder, yo te doy otros cincuenta —dijo Todd riendo.

A medida que Ted se acercaba a la cola de la yegua, el pánico se acrecentó en mi pecho. Sabía que eran unos imbéciles, pero no tenía ni idea de cuánto hasta que oí al caballo gemir y llorar de dolor.

—¡P-p-p-parad! —grité con voz temblorosa mientras los miraba con los ojos abiertos como platos.

Ocurrió muy deprisa.

La atención pasó del caballo a mí.

Se me encogió el estómago.

Me empezaron a sudar las axilas.

Pero no me arrepentía de haber hablado, no si eso significaba haber ayudado a ese animal indefenso.

—¿Quién ha invitado al puto Esmirriado? —escupió Todd.

Sentí el pecho tenso e hice todo lo posible para evitar el contacto visual. «Sé invisible». No aguantaba que alguien me prestara atención. No me gustaba sentirme juzgado ni que me escrutaran, y mucho menos que me menospreciaran por mi aspecto.

—Dejad al caballo en paz —les ordené con timidez. Siempre era así y lo odiaba.

—¿Quién te ha dicho que podías venir a mi casa, friki? ¿Eh? —me gritó Todd.

—¿J-j-j-jasmine me ha dicho que podía venir con ella? —contesté en forma de pregunta.

—¿Jasmine? —preguntó—. Esa puta no es tu amiga. Seguramente te ha traído para que pasemos un buen rato.

—No, es amiga mía —repliqué.

—¿Ah, sí? —Todd echó a andar hacia mí y arqueó una ceja—. ¿Qué pasa, te gusta o qué, Esmirriado? —Se rio, y todos los demás se le unieron—. Tío, ¿crees que tienes alguna oportunidad con una tía que está tan buena como ella? Venga ya. Tú no podrías ligar ni con el chocho más feo.

Tragué saliva.

«Chocho».

Qué asco de palabra.

Qué asco me daba su forma de referirse a las chicas. A mi hermana también le habría dado asco. A mi padre no le hubiera importado. A veces me recordaban a él. Casi siempre. Tan crueles,

fríos y enfadados sin motivo alguno.

Odiaba a mi padre.

Y a ellos también.

—Escucha, Esmirriado, voy a hacerte un favor. —Todd me pasó el brazo por los hombros y me dedicó una sonrisa de tonto—. Voy a ir a mi casa a por Jasmine Greene y voy a follármela viva. Voy a follármela hasta que no pueda andar. Voy a follármela hasta dejarla tartamuda como tú, capullo. Joder, hace semanas que nos follamos a la muy puta. Y, después, dejaré que te diga a la cara que no eres su tipo para nada. Será una gran lección para que aprendas a quedarte calladito y a no intentar hacerte el chulo. La puta de Jasmine va a ser mi puta.

Formé puños con las manos y me erguí.

—¡No es una p-p-p-puta! —grité.

No supe lo que había pasado hasta que sentí el dolor agudo ni me percaté de mi reacción hasta que bajé el puño y me vi la sangre en los nudillos. No sabía que era capaz de hacer algo así.

—¡Hijo de puta! —gritó Todd mientras retrocedía a trompicones con la mano sobre la nariz—. ¡Joder, me ha roto la nariz! Te vas a enterar —rugió.

—¡Cogedlo! —gritó Ted, y tres chicos me agarraron de los brazos y me arrastraron por las cuadras. Hice todo lo posible por soltarme, pero no era lo bastante fuerte.

Ellos eran más fuertes. Siempre, siempre eran más fuertes.

«No soy lo bastante fuerte. No soy lo bastante fuerte».

—Tiradlo en una de las cuadras —ordenó Todd, con la cara ensangrentada—. ¡Tu vida está a punto de convertirse en un infierno, Esmirriado!

Ted me hizo entrar a empujones en una y caí al suelo, asustando al caballo que había allí. «Lo siento». Me puse de pie con dificultad, pero, antes de que recuperara el equilibrio, me encerraron.

«No».

No soportaba estar encerrado. No soportaba no tener salida. No podía respirar. No podía, no podía...

—¡Dejadme salir! —grité.

—Ni de coña —soltó Todd—. Tú solito te has metido en esta mierda. —Se irguió y se apartó las manos de la cara, dejando ver una sonrisa perversa—. Hablando de mierda... —«Oh, no»—. Chicos, coged las palas y venid aquí.

—Espera —chillé. La adrenalina que había sentido unos segundos antes había desaparecido—. No —supliqué.

Me ignoraron y se dieron prisa por coger las palas.

—Ahora, id a las cuadras de los otros caballos y traed su mierda —les ordenó a sus esbirros.

Obedecieron y retrocedí hacia uno de los rincones porque sabía lo que iba a pasar. Recogieron un montón de mierda y me la echaron por encima sin parar. Se rieron cuando me tapé la cara con las manos. Fueron unos minutos, pero a mí me parecieron años.

Estaba por todas partes. La sentía, notaba el sabor. Me dieron arcadas, no podía respirar. Estaba húmeda, blanda y asquerosa. La tenía en el pelo, en los zapatos, por la camisa... Me hice una bola y me esforcé por no respirar los olores asquerosos que ya formaban parte de mí.

Todd golpeó la puerta con la mano y gritó:

—Así aprenderás a n-n-no molestarme más, capullo. Y, ahora, voy a follarme a Jasmine, pero no te preocupes, le diré que has tenido que irte a ser un don nadie.

Me dejaron allí solo y apagaron la luz.

Intenté ponerme en pie, pero me resbalé en la caca de caballo.

No podía respirar.

No me podía mover.

No podía hacer nada de nada.

Así que me quedé sentado. En silencio, solo y destrozado.

Capítulo 7

Jasmine

—Por fin has llegado —dijo Todd mientras se acercaba a la puerta principal de su casa. Llevaba unos minutos esperando a que Elliott diera señales de vida. Todd me dedicó su sonrisa de engreído y me rodeó los hombros con un brazo—. ¿Y si te doy una buena razón para quedarte?

—¿Qué te ha pasado en la nariz? —pregunté, sorprendida al verle la cara ensangrentada.

—No te preocupes por eso. ¿Vamos dentro y nos ponemos cómodos?

Puse los ojos en blanco.

—En realidad, estoy esperando a un amigo —respondí, deshaciéndome de su brazo.

—¿El Esmirriado?

—Elliott —le corregí—. ¿Qué te ha pasado en la cara? —volví a preguntar.

Ignoró mi pregunta.

—Estás de coña, ¿no? Con lo del Esmirriado, digo. —Se rio y levantó las manos, confundido. Entrecerró los ojos y añadió—: El tío ese es patético, así que tienes que estar de coña.

Mi mirada se desplazó hacia su grupo de amigos, que salía de las cuerdas, y me erguí un poco.

—Elliott es amigo mío.

—Pues eres tonta. Yo seré tu amigo —dijo burlón, y me rodeó con los brazos.

Respiré. El contacto de Todd con mi cuerpo me inquietaba. Su proximidad me incomodaba. Sentí una pizca de miedo.

—Para —susurré, y lo aparté de mí.

—Deja de hacer como si no quisieras. Sé de qué vais las chicas como tú.

—¿Las chicas como yo? —pregunté mientras resoplaba e intentaba desclavar sus garras de mi piel. En cuanto me liberé, bajé las escaleras del porche rápidamente y sus secuaces rieron.

—Sí, las chicas como tú, las garras fáciles —gritó Todd. Me estremecí—. ¿No te acuerdas de la semana pasada, cuando tenía la polla en tu boca? —me preguntó—. Facilona.

«No soy una guarra... No soy una guarra...».

Estaba desorientada y Todd me miró.

—Todo el mundo sabe que te encanta tirarte a muchos tíos, Hollywood.

—Déjame en paz.

Empecé a alejarme sin saber muy bien dónde iba, sin saber muy bien qué le había pasado a Elliott.

—Acabas de suicidarte socialmente —ladró Todd—. ¿Por qué no te vas a las cuadras con el puto pringado ese?

Me detuve.

—¿Qué le habéis hecho?

Los chicos empezaron a reír y Todd se pasó las manos manchadas de sangre por el pelo.

—Digamos que se ha metido en una situación de mierda.

Con los puños apretados me volví para mirar a Todd.

—Si le habéis hecho daño...

—Se ha hecho daño él solo siendo una nenaza. Venga, tíos, vamos a buscar alguna chica que no tenga herpes.

«Gilipollas».

Fui a toda velocidad hacia las cuadras sin saber qué me encontraría al entrar. Mientras abría las puertas, se me hizo un nudo en la garganta y me di prisa en entrar y buscar a Elliott con la mirada. El olor a caca de caballo era fuerte y me tapé la nariz con la camiseta intentando reprimir las arcadas.

—Eli —susurré muy bajito cuando lo vi hecho una bola en un rincón. No había levantado la mirada ni una vez y se mecía adelante y atrás con la cabeza metida entre las rodillas. Corrí hacia la puerta de la cuadra en la que estaba y la abrí—. Dios mío... —dije. Él se puso de pie rápidamente, totalmente descolocado. Cuando se dio la vuelta, se estremeció, aterrado de que fuera otra persona la que hubiera entrado en el recinto. Tenía los ojos abiertos de par en par y llevaba los auriculares puestos.

Cuando se dio cuenta de que no era un idiota de esos, dejó caer los hombros. Entonces, lo inundó la vergüenza.

—No pasa nada —le dije, dando un paso hacia él.

—¡No! —me ordenó al tiempo que levantaba las dos manos—. No te acerques.

Me quedé quieta y vi cómo le daban arcadas y escupía. Cuando acabó, parpadeó y cerró los ojos con fuerza, pasó deprisa junto a mí y salió del establo. Lo seguí.

—¡Elliott! —lo llamé.

Empezó a andar de un lado para otro.

—¡No t-t-tendría que haber venido! ¡No tendría q-q-que haber venido! —protestó una y otra vez con las manos temblorosas.

—Solo tenemos que limpiarte —dije con calma y con las manos hacia arriba para tranquilizarlo—. No pasa nada.

—¡Tengo mierda en la boca! —gritó. Estaba muy enfadado. Respiró una vez y me miró. Tenía los ojos llenos de tristeza y disculpa—. Perdona por gritarte.

«Ay, Elliott».

Era culpa mía. No tendría que haberle obligado a ir a la fiesta. No tendría que haberlo empujado a una situación como esa, pero no me imaginaba que fuera a pasar algo así. Creía que tendría la oportunidad de enfrentarse a los abusos y que yo estaría a su lado para apoyarlo, pero no había lo estado cuando más me necesitaba. Había confiado en mí y yo le había fallado.

—No p-puedo irme a casa. Así no. No puedo irme a casa. No puedo. Mi hermana, mi madre... Les dije que todo iba mejor. Les conté que ya no me trataban así. Les d-d-dije que... —Le temblaba la voz y a mí se me encogió el estómago.

—Ven a mi casa —me ofrecí.

Dejó de andar.

—¿Qué?

—Puedes venir a mi casa y ducharte. Puedo dejarte algo de ropa del novio de mi madre. Tu familia ni se enterará de lo que ha pasado. Te lo prometo.

—Pero tu familia sí.

Negué con la cabeza.

—No, Ray se ha llevado a mi madre a un concierto y después van a hacer contactos. No vendrán en toda la noche. No hay nadie en casa.

Hizo una mueca.

—Tendrás que oler esto todo el camino.

Le sonreí un poquito.

—Prefiero andar con un Elliott que huele a caca que mirar a un Todd que tiene cara de culo.

Me devolvió una pequeña sonrisa. Caminé hacia él y usé la manga de mi camiseta para limpiarle la cara.

—Ahora tú también estás pringada —dijo.

—Todos para uno y uno para todos, ¿no? —bromeé, y me encogí de hombros.

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Todos para uno y uno para todos —coincidió.

Caminamos en silencio durante algunas manzanas. Pensaba que, cuando llegáramos a la parada del autobús, el conductor no nos dejaría subirnos, pero supongo que, en una ciudad como Nueva Orleans, habría visto y olido cosas más raras.

—Por cierto, ¿qué le ha pasado a Todd en la nariz?

—Se la he roto —dijo Elliott sin más.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

Se encogió de hombros antes de darse la vuelta para mirar por la ventana.

—Te ha llamado algo feo.

—¿Qué ha dicho?

—Da igual.

—Eli... —empecé a decir.

Se giró y clavó sus ojos pardos en los míos.

—Jazz —negó con la cabeza—, no era cierto.

Tragué saliva. Una gran parte de mi estaba convencida de que las palabras de Todd tenían algo de verdad.

Elliott vio el miedo reflejado en mis ojos. Siguió negando con la cabeza y susurró:

—No me das pena. A veces me miras como si pensaras que me das pena y quiero que sepas que no. Creo que eres perfecta como eres.

Reí por dentro al ver que repetía las palabras que le había dicho hacía un rato. Me cayeron algunas lágrimas por las mejillas.

—No estoy muy bien de la cabeza.

—Ya. —Asintió—. Por eso me gustas.

Volvió a mirar por la ventana y yo seguí mirándolo a él.

Y ahí estaba.

Pequeño, diminuto pero real.

El amor.

Todavía no era amor, pero así empezaba.

Sabía que era joven y que era una tontería, pero en ese momento, empecé a enamorarme de un chico tímido que se preocupaba por mí en silencio. El chico que me había defendido cuando había mil razones para no hacerlo. Yo no sabía mucho sobre el amor. No sabía cómo era qué era tenerlo ni probarlo. No sabía cómo cambiaba, ni cómo fluía, pero sabía que se me había encogido y detenido el corazón. Sabía que se me había erizado la piel de los brazos. Sabía que ese chico tartamudo que a veces estaba tan asustado era alguien a quien valía la pena querer por primera vez.

Sabía que Elliott Adams era amor.

Y yo me estaba enamorando de él muy deprisa.

No me había sentido segura desde hacía mucho y Elliott me daba esa seguridad que tanto anhelaba.

Apoyé la cabeza en su hombro, cubierto de caca, y me rodó una lágrima por la mejilla.

—Nadie me había defendido así nunca —le dije.

—Yo siempre te defenderé —respondió haciendo que el corazón me diera saltos y que nacieran mariposas en mi interior—. Porque no eres las cosas que la gente dice que eres, Jasmine.

Sorbí la moquita y me acurruqué más cerca de él.

—Ni tú.

—Oye, una pregunta.

—Una respuesta.

—¿Cuál es tu canción favorita?

Sonreí.

—*Make you feel my love*, de Adele. ¿Por qué?

—Ah, por nada. —Se encogió de hombros.

Entramos en mi edificio dejando un rastro de huellas de caca de caballo, pero no me importó. Mi única preocupación era que Elliott se limpiara. Cuando abrí la puerta, se quedó de pie en el recibidor, sin moverse. Fui a la habitación de mi madre y cogí algo de ropa para él. Estaba segura de que le iría grande, pero era mejor que nada.

—Venga —le indiqué, volviendo a la sala de estar.

No se movió.

—No, no quiero dejar un rastro por toda tu casa. Ya huele bastante mal como para...

—Elliott, no te preocupes, luego lo limpiamos. En serio, venga.

Lo llevé hasta el baño y se quedó delante de la puerta.

—Puedes ducharte tú primero —dijo—. Puedo esperar.

Sonreí. Pensaba que lo de ser un caballero era una leyenda urbana.

—No te preocupes, usaré la ducha de mi madre.

—Ah, vale.

Entró al baño y cerró la puerta. Fui a mi cuarto, cogí un pijama y me dirigí a la otra ducha. El sentimiento que me había dejado no se iba con el agua que me caía sobre el cuerpo. Elliott era justo lo que necesitaba incluso cuando ni siquiera lo sabía. Era la luz que iluminaba la oscuridad

en la que había estado sumida tanto tiempo.

Haberme mudado tantas veces significaba que no había tenido tiempo de saber qué se sentía al encajar en un sitio. Elliott me transmitía ese sentimiento y nunca podría agradecerse lo suficiente.

Después de vestirme, entré a la sala de estar y me lo encontré fregando el suelo de rodillas, vestido con una ropa que le iba muy grande.

—No tienes por qué hacerlo —le dije.

Me miró y puso los ojos en blanco.

—Yo creo que sí.

Me arrodillé y me puse a limpiar con él.

—Siento mucho lo que ha pasado. Todo iba perfecto hasta que se torció.

—Sí, no pasa nada.

—Sí que pasa —repliqué—. Lo que te han hecho no está bien.

Se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrado.

—Que estés acostumbrado no lo justifica.

—En la vida existen los que son alguien y los don nadie —explicó—. Y resulta que yo soy un don nadie y Todd es alguien. Y ellos pueden tratar a los que no somos nadie como quieran sin temer a las consecuencias. Así son las cosas.

—Tú no eres un don nadie —le contesté.

Sonrió con resignación.

—Lo dice la que es alguien.

Si supiera cuántas veces había oído lo contrario...

Cuando acabamos de limpiar, metimos la ropa sucia en la lavadora y nos sentamos en el sofá. Traje dos vasos de agua y hablamos. De nada y de todo. De nosotros y de los demás.

Hablar era genial cuando las dos personas escuchaban. Yo escuchaba cada palabra que él decía con mucha atención, y Elliott hacía lo mismo conmigo.

—¿Por qué el *jazz*? —le pregunté.

Estábamos tumbados en el sofá, cada uno hacia un lado, con las cabezas una al lado de la otra y las piernas colgando de los brazos del sofá.

—Porque cuenta historias de una forma especial. Y en el *jazz* no hay errores. Solo oportunidades de convertir un traspie en algo bonito.

—Me gusta.

Asintió.

—Chet Atkins dijo: «Repítelo en la estrofa siguiente y la gente creerá que lo has hecho adrede». Y Miles Davis dijo: «Cuando te equivocas de nota, es la nota siguiente la que hace buena o mala la anterior». Es lo que más me gusta. Tienes la oportunidad de hacer que los malos momentos parezcan perfectos. Eso es lo que me gusta del *jazz*.

—Nunca he escuchado *jazz* —confesé—. Bueno, no en serio.

Levantó un poco la cabeza.

—¿Quieres decir que eres como cualquier adolescente y no escuchas *jazz* antiguo? Increíble —bromeó.

Me reí.

—¿Puedes poner algo?

—Claro. —Sacó el iPod y me dio un auricular—. No te preocupes, los he limpiado.

Me puse el auricular y cerré los ojos.

Cuando empezó la música, un escalofrío me recorrió la columna. Las trompetas, los saxos, el dolor, la alegría...

Me llenó de emoción, pero lo que más calidez me provocó fue volver la cabeza hacia Elliott para encontrarlo con los ojos cerrados y los labios curvados hacia arriba en la más feliz de las sonrisas. Era su espacio de felicidad. Su refugio era el *jazz*. Parecía que los momentos horribles de aquella noche se disipaban a medida que asimilaba los sonidos.

Me encantaba ver como la música lo salvaba.

—Escucha su voz —me dijo, con los ojos todavía cerrados—. Escucha cómo llora cuando canta. Está llena de dolor, ¿verdad?

—Sí. —Dolía escuchar la voz de la mujer. Dolía escuchar su sufrimiento detrás de los versos que cantaba, pero, aun así... Me cayeron las lágrimas por las mejillas; se me escapaban las emociones—. Pero, aun así, es preciosa.

Abrió los ojos y volvió la cabeza hacia mí. Nuestras miradas se encontraron.

—Exacto.

—¿Quién me iba a decir que las cosas podían ser dolorosamente bellas?

—Sí. —Me secó las lágrimas y se encogió de hombros— ¿Quién lo diría?

Nos acercamos, se me aceleró el corazón, sentía una opresión en el pecho y las mariposas no dejaban de revolotear. Estábamos muy cerca, tenía sus labios a muy poca distancia de los míos. Pensé que iba a besarme. Era el momento y sabía que iba a aprovecharlo.

—Eli —susurré, moviendo los labios muy cerca de los suyos.

—Jazz —me respondió en un murmullo.

No pude seguir hablando, cerré los ojos y esperé. Iba a ser mi primer beso de verdad, con el primer chico que me importaba pero, justo antes de que ocurriera, Elliott habló:

—¿Por qué te liaste con esos chicos?

Abrí los ojos de golpe y vi la mirada más sincera que jamás había visto.

—¿Qué?

—¿Fue por mí? —preguntó nervioso—. ¿Te dijeron que dejarían de acosarme si te liabas con ellos?

—No importa.

—Importa mucho.

Abrí la boca y se me rompió la voz:

—Solo es sexo, Elliott.

Se incorporó, apoyándose sobre los codos.

—¿Qué?

—Digo que solo es sexo.

Se levantó del sofá y negó con la cabeza una y otra vez.

—¿Quién te ha dicho eso?

Solté una risita, confusa por su repentino cambio de humor.

—Me lo dijo el primer chico con el que me acosté. Le confesé que le quería y me respondió que solo era sexo, nada más. Está bien, no pasa nada.

—No —protestó Elliott sin dejar de negar con la cabeza—. No —repitió, serio.

—¿Qué te pasa?

—No es verdad, sí que pasa. —Se detuvo y sus ojos color avellana se encontraron con los míos. Y habló tan serio y tan seguro que sus palabras se me clavaron en el pecho—: No es solo sexo.

Antes de que pudiera contestar, oí el tintineo de las llaves al otro lado de la puerta.

—¡Mierda! —susurré cuando me caí del sofá.

Me puse en pie rápidamente. Elliott se quedó paralizado y, cuando se abrió la puerta, sentí un pinchazo en el vientre al ver a Ray y a mi madre.

Ella empalideció cuando vio a Elliott y, luego, se puso roja.

—¿Qué coño es esto? —rugió.

—Joder —murmuró Ray, y se rascó la nuca.

—¿Q-qué hacéis en casa? —pregunté, e intenté aclararme la mente y recuperar el aliento.

Elliott no se movió y su piel palideció por completo.

—¿De verdad es esa la pregunta que quieres hacerme, Jasmine? —preguntó mi madre, con voz dura y seria—. Dile a tu amigo que tiene cinco segundos para salir de mi casa.

—No estábamos... —intenté explicarme.

—¡Cinco! —gritó mi madre.

Y Elliott desapareció. Nunca había visto a nadie moverse tan deprisa como él cuando se marchó. Sentí un nudo en el estómago en el momento en el que se cerró la puerta y Ray y mi madre me miraron fijamente.

—Blancanieves, ¿en qué estabas pensando? ¿Traer a un chico a casa sin que haya nadie más? —preguntó Ray con calma, porque nunca me levantaba la voz—. ¿Sabes lo peligroso que es eso?

—No estábamos haciendo nada —le dije con la voz temblorosa. La mirada de mi madre me aterrorizaba—. Solo es un amigo.

—Me has dicho que no te encontrabas bien —me reprochó mi madre. Tiró el bolso en el sofá y se llevó las manos a las caderas—. La única razón por la que he salido con Ray esta noche ha sido porque me has dicho que estabas enferma y que no podías ir a clase de danza ni al estudio.

—Ya, pero...

—Y, en lugar de eso, estás aquí revolcándote con un chico como una fresca —exclamó, lo que hizo que me estremeciera.

—Vamos, no seas dura —le reprendió Ray mientras yo bajaba la cabeza.

—Tú no te metas, Ray —le espetó mi madre.

Él abrió la boca para defenderme, pero yo negué ligeramente con la cabeza. No tendría que pelearse con ella por mí.

—Eres muy infantil y estás perdiendo todas tus oportunidades por salir con un chico. Esto no sería un problema si estuvieras estudiando. Así que, de ahora en adelante, te prohíbo que lo veas. Y a cualquier otro también.

«¿Qué? No...».

—¡Pero, mamá! —me quejé—. Solo es un amigo.

—No, Jasmine, es una distracción. Y esta noche has demostrado que no eres capaz de lidiar con distracciones y con tu carrera a la vez. Ya conoces las normas. Tres avisos y te saco del instituto. Este es el segundo. Ahora vete a la cama.

Intenté protestar, pero no quiso escucharme. Cuando me acosté, oí a Ray pelearse con ella mientras intentaba defenderme.

—Es una adolescente, Heather, y tú la tratas como a una adulta.

—Tiene que centrarse. Lo último que necesita es que un chico la aleje del camino del éxito. Mientras salía con ese chico, estaba perdiéndose reuniones, oportunidades y su vida.

—No puede pasarse la vida en estudios de música, de danza y de interpretación. La estás ahogando.

—¡Le estoy salvando la vida! Le estoy dando más de lo que yo tuve y, si eso te supone un problema, puedes irte cuando quieras —sentenció mi madre con frialdad.

«No... No te vayas, Ray».

La discusión terminó cuando la puerta se cerró de golpe y mi madre se quedó en casa. Cogí el iPod y me puse los auriculares. Era lo único que quedaba en casa que me entendía.

Por encima de la música, oí los pasos de mi madre acercándose y, cuando entró en mi habitación, me hice la dormida.

—Sé que estás despierta —dijo—. Mañana me debes cuatro horas de canto y tres de gimnasio. Vas a recuperar hasta el último segundo que has perdido esta noche. Y, si vuelves a hacer algo así, pagarás las consecuencias. ¿Me has entendido?

Me quedé callada mientras una lágrima me resbalaba por la mejilla.

Se acercó a la cama, se sentó y me dio un empujón en el brazo.

—Te he preguntado que si me has entendido.

—Sí, mamá. —Asentí lentamente, con la voz algo temblorosa.

—Bien. Quizá ahora pienses en tu futuro en lugar de ser la putita de un chico que no puede aportarte nada en la vida.

Se levantó, se alejó y cerró la puerta tras ella.

Cuando se fue, puse la música a todo volumen y repetí cuatro palabras para mis adentros.

«No soy una puta... No soy una puta... No soy una puta...».

Capítulo 8

Jasmine

Todo me parecía distinto mientras caminaba por el pasillo del instituto el lunes por la mañana. El ambiente del lugar que me había dado los momentos más felices de mi vida ya no era tan divertido. La gente susurraba cuando me veía. Agarré las asas de la mochila y aceleré el paso para intentar sacarme de la cabeza la idea de que se reían de mí, pero no pude. Me estremecí y me di prisa por coger los libros de mi taquilla. Me quedé de piedra al ver de qué se reía todo el mundo.

PUTA. GUARRA. ZORRA.

Estaba escrito con un espray rojo vivo en mi taquilla. Un conserje lo limpiaba con un estropajo y un cubo de agua con jabón.

—¡Joder! —exclamó Todd, colocándose detrás de mí y poniéndome las manos sobre los hombros. Tenía la nariz vendada y moratones debajo de los ojos de cuando Elliott le había pegado—. ¿No es esa tu taquilla?

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunté; sentía náuseas.

—¿Yo? ¿Por qué crees que he sido yo? Todo el mundo sabe que tenías a un montón de tíos en tu lista. Puede haber sido cualquiera. Y yo... —Se me acercó a la oreja y susurró—: Yo no te tocaría ni con un palo de tres metros, con todas las ETS que tienes. Te lo dije, te suicidaste socialmente, Hollywood. Apechuga.

Se alejó y yo me quedé allí plantada, temblando, con un círculo de gente a mi alrededor. Algunas chicas se burlaron de mí, se rieron y me llamaron asquerosa. Hablaban de los rumores que habían oído sobre mí y sobre las fiestas de Todd. Yo no sabía qué era peor, los rumores o el hecho de que la mayoría fueran ciertos.

—Vamos —dijo alguien, que me agarró del brazo y tiró de mí por el pasillo.

Cuando me fijé en quién era, sentí algo de alivio.

«Katie».

Bajamos por unas escaleras de caracol hasta el sótano. Allí, no se impartía ninguna clase excepto la de mecánica, que estaba llena de chicos. Por eso, el baño de chicas estaba casi siempre desierto.

Entramos al baño y ella se sentó en la encimera que había delante del espejo de un salto.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Define bien —bromeé.

Frunció el ceño.

—Siento lo ocurrido.

—No pasa nada.

—Ya, pero sí que pasa. Lo que te han hecho en la taquilla es una mierda. Son así de capullos porque les cuesta aceptar que se les acaba el chollo. El instituto es el lugar en el que triunfan antes de salir al mundo real, donde se darán cuenta de que no son más que unos gilipollas que denigran a las chicas porque les aterra ser menos que nosotras.

—¿Siempre eres tan apasionada? —le pregunté.

—Solo cuando se trata de tíos que tratan a las chicas como una mierda. Sí, en eso lo soy.

Me cubrí el rostro de las manos.

—Pero ¿y si no se equivocan? ¿Y si las palabras son ciertas?

—Sean ciertas o no, lo que han hecho sigue siendo asqueroso. No te lo mereces. No se lo merece nadie.

Tragué con dificultad y me senté en la encimera junto a ella.

—Elliott lo verá —susurré con un nudo en el estómago.

—Le dará igual.

—Es que... Me da vergüenza que lo vea.

—Le dará igual —repitió.

—Pero...

—Jasmine —Katie me puso la mano sobre una pierna temblorosa para tranquilizarme y me miró seria—, le dará igual.

La escuché, pero me resultaba difícil creerlo. No estaba segura de cómo iba a mirarlo a la cara. Sobre todo, después de cómo había reaccionado en mi casa al enterarse de que me estaba liando con tíos para que no le pegaran. Se lo vi en los ojos cuando me dijo que no era solo sexo; vi que, de algún modo, lo había decepcionado.

—Es demasiado bueno para mí —le dije.

—Es Elliott —respondió entre risas—. Es demasiado bueno para todo el mundo.

—¿Por qué me has sacado de allí? ¿Por qué me has ayudado?

—Porque sé lo que se siente. —Se pasó las manos por los rizos oscuros y se encogió de hombros. Se parecía a su hermano en muchas cosas. Desde su piel caramelo a sus ojos avellana. La única diferencia entre ellos era el porte de ella. Katie mantenía la cabeza alta, mientras que la confianza de Elliott se tambaleaba—. El año pasado, yo estaba en tu lugar. Era de quien todos los chicos hablaban. Estaba en el penúltimo curso, y los del último curso me prestaban atención y me sentía imparable. Todas las chicas me odiaban, pero me daba igual. Solo estaban celosas, me decía a mí misma. Solo les gustaría ser yo. Y, entonces, una noche, cometí un error en una fiesta. Me emborraché y... —Tragó con dificultad—. Circuló un vídeo mío en el que hacía cosas con un grupo de chicos. No hace falta que diga que no era tan imparable como creía. El lunes por la mañana, me habían pintado la taquilla de rojo y todo el mundo había visto el vídeo. Me sentí humillada. Joder... Hasta mi hermano pequeño lo vio.

—Dios... —susurré, aturdida—. No me lo puedo ni imaginar.

Asintió.

—Fue horrible. Me pasé muchas noches llorando en mi habitación. Mi madre no sabía cómo ayudarme, porque no me atrevía a contarle lo que había pasado. Me daba demasiada vergüenza. Elliott entró en mi habitación, se sentó en el borde de la cama y me dijo: «No es verdad lo que han escrito sobre ti». Yo me reí. Era cómico, ¿no? Yo sabía que lo era. Se lo dije. Él había visto el vídeo y no se podía negar lo que había pasado. Pero, aun así, me dijo: «No es verdad». Le pregunté que cómo no iba a serlo. Y me dijo: «Porque ellos no pueden ponerte una etiqueta. Esa gente no puede decidir quién eres».

«Oh, Elliott».

—Cuando escuchó a los chicos hablar de mí en el insti, se pegó con ellos. Obviamente, perdió. Por eso le pegan tanto ahora. Le pegó al hermano mayor de Todd, que terminó el instituto el año pasado. Y por eso, por mi culpa, ahora lo acosan todos los días.

—No es culpa tuya que esos tíos sean imbéciles. Habrían encontrado una razón para hacerle daño a otra persona.

—Ya, pero me gustaría que no fuera a Elliott. Nunca admitirá que le molesta, ¿sabes? Aguantará que lo traten así de mal y punto —me confesó—. Por eso me preocupo por él, porque prefiere que le hagan daño a él antes que a la gente a la que quiere. Ha sido así toda la vida.

—Ya me lo imagino.

—Mi padre siempre le gritaba a mi madre. Un día, los gritos se convirtieron en empujones. Al siguiente, fueron golpes. Normalmente, mi padre nos lo escondía, pero, una noche, se enfadó tanto que intentó darle un bofetón a mi madre delante de nosotros. Elliott se levantó de golpe y empujó a mi padre contra la pared para protegerla. Y no sé si te has dado cuenta, pero Elliott es un palo. No debería pegarse con nadie.

—Y, aun así, se levanta y les planta cara —dije, con una presión en el pecho.

—Sí, cada día. Cada día da la cara por la gente a la que quiere y se esfuerza por hacerte ver que no es culpa tuya. Así que entiendo que te dé vergüenza que vea lo que te han escrito en la taquilla, pero no te avergüences, porque a él le dará igual. Solo querrá asegurarse de que estás bien.

Cuando por fin me armé de valor para salir del baño, volví al mundo del instituto, pero no vi a Elliott. Eso me alegraba y me entristecía al mismo tiempo, porque me daba miedo lo que pensara de mí.

Cuando terminaron las clases, fui hacia mi taquilla y, al verlo de pie junto a ella, sentí mariposas en el estómago. Me dedicó media sonrisa y se la devolví. La taquilla ya estaba limpia, pero el recuerdo seguía ahí.

—Hola —me saludó.

—Hola.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —Cambié el peso de pierna, incapaz de quedarme quieta—. ¿Has visto mi taquilla antes?

—Sí.

—Oh.

Me miré las manos y empecé a jugar con los dedos. Mientras esperaba a que reaccionara, mis nervios fueron en aumento, pero no hubo ningún tipo de reacción por su parte.

—Tengo que irme para no perder el bus. —Se pasó la mano por la nuca—. ¿Estás bien?

—Sí.

Abrió la boca como si quisiera decir algo, pero no lo hizo. Sonreí.

—Y tú, ¿estás bien, Eli?

Sonrió, nervioso.

—Sí. Perdona. Vale, bueno, ya nos veremos. —Se dio la vuelta para irse, pero se paró y se volvió hacia mí—. ¿Quieres s-s-salir?

—¿Qué?

—Pues que... Me preguntaba si querrías salir conmigo algún día, pero no en plan amigos, sino salir, salir. —Mis mariposas no dejaron de revolotear en ningún momento—. ¡Puedes decir que no! —añadió deprisa.

—Quiero decirte que sí, pero... —Me mordí el labio inferior—. ¿Me lo pides por lo de la taquilla? ¿Por pena?

Se rio.

—Tranquila, no es por pena.

—Nunca he salido con nadie.

—No pasa nada. —Levantó el hombro izquierdo—. Yo tampoco. ¿El sábado?

—¿No vas a tocar el saxo?

—Me lo salto por ti.

El corazón se me paró y me latió más deprisa al mismo tiempo.

—Vale.

Se le dibujó una sonrisa enorme en el rostro y se pasó, nerviosamente, una mano por la cabeza.

—Vale, guay. Bueno, n-n-nos vemos mañana en el insti.

—Adiós.

Mientras se alejaba, me giré hacia la taquilla y la abrí. Empecé a recoger los libros de las baldas y me sobresalté cuando oí mi nombre.

—Perdona, vuelvo a ser yo —dijo Elliott—. Es que se me ha olvidado decirte una cosa.

—¿El qué?

—Primero, ¿puedo...? —Dio un paso hacia mí, pero volvió a retroceder—. ¿Puedo darte un abrazo?

Me reí, fascinada como siempre por todos sus movimientos.

—Claro.

Me envolvió en un abrazo y respiré su olor.

Me relajé un poco.

—Se me ha olvidado decirte que nada es cierto. Me refiero a las palabras que te han escrito en la taquilla. No son verdad. Voy a abrazarte hasta que me creas. Y no digas que me crees, porque sé que no.

—Puede que estemos así un rato. —Cerré los ojos y él se me acercó un poco más—. Vas a perder el bus.

—No pasa nada —respondió tranquilamente—. Iré a pie.

—¿Me lo pides de verdad, Blanca? —me preguntó Ray esa tarde, de pie en la puerta de mi habitación. Me miró con incredulidad y se cruzó de brazos—. Evidentemente, la respuesta es no.

Solté un quejido.

—Pero es solo una mentirijilla —le prometí.

—Para que me quede claro —dijo entrecerrando los ojos—, ¿me estás pidiendo que le organice a tu madre una reunión falsa con un productor de música este sábado para que puedas salir con el chico que me encontré de repente en mi casa el fin de semana pasado con mi ropa puesta?

—Sí.

—Jasmine. —Soltó un fuerte suspiro. Siempre que usaba mi nombre sabía que estaba molesto conmigo—. Por lo general, estoy de acuerdo en que tu madre se pasa mucho contigo, pero esta vez tenía razón. Le mentiste y te escapaste.

—¿Es la única forma de tener una vida! —protesté.

—Pero sigue sin estar bien —respondió—. Escucha, Blanca. Me enfrentaré a tu madre por ti, ¿vale? Estaré siempre de tu lado y lucharé para que tengas algo de libertad siendo adolescente, pero no podemos ganar la guerra si empiezas las batallas mintiendo.

—Siento haber mentido, ¿vale? Sabía que no me habría dejado ir, pero este sábado... Es importante. Te prometo que no te pediré nada nunca más si me ayudas con esto. Además, si de verdad organizas una reunión con alguien, ya no sería una mentira.

—No, la mentira es decir que te llevaré al estudio a trabajar.

—Puedes llevarme al estudio después. Entonces no será mentira. ¡*Porfa!* —le supliqué como una niña de cinco años. Le puse mis mejores ojos de corderito y pareció empezar a ceder.

—No hagas eso.

—¿El qué? —pregunté inocentemente.

—Mirarme con esos ojos de corderito que tienes, Blancanieves —se quejó—. Bueno, vale, pero, si lo hacemos, yo pondré algunas normas. La primera: iremos al estudio después de la cita.

—Vale, hecho. —Sonreí de oreja a oreja.

—Espera, no he terminado. También me dejarás conocer a ese chico. Os llevaré con el coche. Hice una mueca.

—No vas a agobiarlo, ¿verdad?

Se rio.

—Claro que sí. Voy a informarle de que convertiré su vida en un infierno si intenta algo contigo o te rompe el corazón. —Me tendió la mano—. ¿Trato hecho?

Me levanté mientras refunfuñaba y le di un apretón.

—Trato hecho.

Capítulo 9

Elliott

El tío TJ no dejó de fruncir el ceño durante la clase de música del viernes por la tarde.

—No, no, no. No está bien —protestó, y me cortó mientras tocaba el saxo. Se paseó por la sala de estar haciendo aspavientos—. Ahí no hay nada.

—¿Qué?

—Tu forma de tocar es aburrida. No hay nada. No tiene corazón ni sentido.

—He t-tocado justo como querías —tartamudeé, y me enfadé por su enfado.

Llevábamos dos horas trabajando los mismos compases de apertura. Nos habíamos pasado la semana trabajando en los mismos compases de apertura. Estaba cansado de escucharme tocar.

—Sí, tocas los acordes, tocas las notas, bla, bla, bla. —Hizo una mueca sin dejar de hacer aspavientos—. Pero ¿dónde está la voz?

—¿Qué?

—¿Dónde... está... tu... voz? —repitió, esta vez de forma más agresiva.

—N-no sé qué quieres d-decir —le respondí, también algo agresivo.

Me miró fijamente a los ojos y se sentó en el sofá.

—¿No sabes lo que quiero decir?

—No.

—Quiero decir, Elliott... —Cogió la taza de café de la mesita de al lado del sofá—... que suenas de pena.

—No hay forma de mejorarlo —respondí—. Es lo que hay.

—Vuélvelo a tocar.

Gruñí.

—Pero...

—Vuélvelo a tocar.

A veces, trabajar con el tío TJ me ponía de los nervios. Siempre me pedía cosas que no le podía dar, pero, aun así, seguía yendo a sus clases, porque, al final, siempre tenía razón.

Cogí el saxo y empecé a tocar. Moví los dedos por las llaves y toqué exactamente lo que él quería, pero seguía sin ser suficiente.

Cuando terminé, no abrió la boca y tampoco me criticó. Ya no tenía esa mirada molesta. Simplemente se levantó, fue hasta donde tenía su saxo y empezó a tocar.

Tocó el mismo fragmento que yo.

Pero... no era igual.

El tío TJ tocó de manera que todo su ser pasó a formar parte de la música. No era solo el saxo el que creaba los sonidos, sino que su alma se mezclaba con cada nota. La música de TJ podría curar a cualquier persona destrozada. Creaba sonidos hechos para sanar al mundo.

Cuando acabó, me quedé mirándolo como un tonto. Él se sentó y volvió a dar sorbos al café.

—Vale —suspiré—, lo vuelvo a intentar.

No me dejó irme de su casa hasta que lo hice bien. Trabajamos hasta bien entrada la noche; nos saltamos la cena, pero no nos importó. Entonces, empezó a surgir la magia. Llegó tras las dificultades, tras el agotamiento y tras el dolor. Una vez que TJ conseguía que te trasladaras a un lugar en el que solo existía la música, encontrabas tu voz.

Si no fuera por él, yo ni siquiera sabría que tenía una.

Sí, su forma de creer en mí hacía que me subiera por las paredes a veces, pero no la cambiaría por nada.

Él creía en mis cualidades cuando yo no creía en mí mismo.

—¡Así! —Aplaudió y asintió—. ¡Eso es! —celebró después de que yo cogiera la canción que creía haber perfeccionado y la convirtiera en magia—. ¿Ves? ¿Ves lo que quería decir, hijo? Por eso hemos seguido trabajando.

Sonreí porque sabía que tenía razón.

—Y ahora vete a casa. Estoy harto de verte la cara.

Me reí y recogí mis cosas.

—Espera, te he comprado algo —me dijo TJ mientras me iba. Entró a una habitación y volvió con una caja—. Tu madre me dijo que ibas a salir con alguien por primera vez en la vida.

—Mi madre habla demasiado.

—Solo porque te quiere. Toma, esto es para ti. He pensado que igual lo quieres.

Cogí la caja y sonreí.

—¿Colonia?

—Solo dos rociadas, muchacho. No hace falta que te ahogues. Sé sutil.

—Entendido.

—Y, Elliott, disfruta como nunca. Te lo mereces. Te lo mereces todo.

Me fui antes de ponerme demasiado sentimental, porque TJ era como mi madre en muchos sentidos: me quería tanto que, a menudo, lloraba cuando me pasaban cosas buenas.

Y Jasmine Greene era algo bueno.

El sábado por la mañana, me planté delante del espejo y me miré fijamente. Había llegado el día. Mi madre ya había llorado como tres veces, y Katie no paraba de darme consejos sobre cómo tratar a Jasmine como a una dama.

Aunque, en realidad, no necesitaba que me diera demasiadas ideas. Cuando un chico vive con dos mujeres toda su vida, aprende rápidamente qué decir y qué no.

Delante del espejo me vi la cara muy roja por el esfuerzo de intentar decir la única cosa que

siempre le había querido decir a Jasmine.

—Eres p-pre... —Hice una mueca. «Preciosa. Preciosa. Quieres decir “preciosa”»—. Eres p-p-p... ¡Dios! —gruñí y me golpeé la cara. Cogí aire y me miré a los ojos—. Eres p-p-pre...

—No hace falta que lo digas —dijo Katie cuando pasó junto al cuarto de baño—. La forma en la que un chico mira a una chica ya le dice que piensa que es preciosa.

—¿Y cómo se supone que la tengo que mirar para que sepa que es p-p-pre...?

—Créeme, ya la miras así. No le des tantas vueltas, Eli. Disfruta.

Seguí el consejo de mi hermana. Dejé de darle vueltas a todo y de ponerme la zancadilla a mí mismo.

—Y ven, deja que te arregle la corbata. —Se me acercó y empezó a atarme bien el nudo mal hecho de la corbata—. Me gusta que te hayas puesto corbata. Yo nunca he salido con un chico que la llevara.

Me puse tenso.

—¿Es demasiado? ¿Es est-túpida?

Negó con la cabeza.

—Es encantadora. En serio, a las chicas les gusta. Y ya sé que le dije cosas feas porque pensaba que era una de ellos, pero no, Eli. No es para nada como los populares. Jasmine es buena. Y tú te mereces algo bueno.

Le dirigí media sonrisa.

—Gracias, hermana.

—No hay de qué, hermano.

Esperé en el porche a que llegara Jasmine. Me había dicho esa misma semana que su padre, que en realidad no era su padre, Ray, iba a llevarnos y a recogerarnos. Eso añadió un montón de presión a la idea de mi primera cita.

Mientras el coche se acercaba y se detenía, bajé las escaleras hasta la acera. Un hombre salió de la plaza de conductor y se me acercó.

Jasmine se dio prisa por salir del coche y gritó:

—¡No te pases, Ray!

—Yo nunca me paso —respondió él con la voz fría como el hielo.

Cuando estuvo frente a mí, dejé caer los hombros y me puse más y más nervioso. Ray se quitó las gafas de sol y enloqueció.

—Ay, Dios, ¡eres Ray Gable! —grité.

Me iba a explotar la cabeza.

La mirada severa de Ray se suavizó.

—¿Me conoces?

—¿Lo conoces? —repitió Jasmine.

—¿Que si te conozco? Solo eres el mejor guitarrista y el cantante principal de Peter's Peak. No me quiero exceder, pero soy tu m-m-mayor fan. ¿Puedo decirte algo?

—Claro. —Ray sonrió.

Parecía contento de que lo hubiera reconocido.

—Por favor, no te vuelvas comercial.

Levantó una ceja.

—¿Qué?

—Bueno... —Me aclaré la garganta—. Cuando los artistas independientes se vuelven comerciales, el mundo de la música pierde talento, porque la industria musical los convierte en demonios hambrientos de dinero que pierden toda su identidad y empiezan a sonar más a chicle y menos a música. Les ha pasado a muchos de los grandes artistas y sería horrible que te ocurriera a ti, porque tu música es sincera, real y algo demasiado bueno como para sacrificarlo por dinero. No digo que no quiera que tengas éxito y ganes dinero, porque, vamos, estoy seguro de que ese es el objetivo. Y más gente debería conocer a Peter's Peak, pero sería horrible que perdieras lo que tienes.

Cuando terminé de hablar, solté un profundo suspiro.

—Vaya —murmuró Jasmine—, te acabas de poner en plan fan y no has tartamudeado ni una vez.

—Blancanieves... —Ray se volvió hacia ella—, ¿por qué no me has dicho que tu amigo tenía tan buen gusto musical?

—Ay, Dios —se quejó Jasmine, mientras se ponía una mano en la cara.

—Venga, Elliott, vámonos —dijo Ray, y me pasó un brazo por los hombros—. Tu colonia huele genial.

En ese momento, habría muerto feliz.

Durante el trayecto a Bourbon Street, Ray y yo charlamos mucho de música. Me habló de canciones que tenía que escuchar y yo le recomendé algunas de mis preferidas para que les echara un vistazo. Jasmine estaba sentada en la parte de atrás del coche y tuvo suerte de presenciar el inicio de una buena amistad.

—Tienes que ponerte pajarita, tío. La corbata está genial, pero a las chicas les gustan las pajaritas —me dijo, y me tomé en serio su opinión.

Cuando paró en el barrio francés, Jasmine salió del coche a toda velocidad. Le di las gracias a Ray por llevarnos y cuando fui a abrir la puerta, no pude.

—Lo siento, tío, pero estás encerrado —dijo Ray, y se puso las gafas de sol.

—Vaya. —Quitó el seguro, pero se dio prisa en volverlo a echar—. Eh... —Tragué saliva y me volví hacia él.

El músico guay había desaparecido y lo había reemplazado el padre, que en realidad no era padre, sobreprotector.

—Es una chica fantástica —me dijo.

—Sí, señor.

—Es lo más importante que tengo en la vida. Si le haces daño, te encontraré, cogeré el saxo y te lo haré tragar. ¿Me has entendido?

—¿Sí, señor? —respondí con la voz temblorosa.

—¿Es una pregunta?

—¡No! Es la respuesta, Ray. Dios, déjalo en paz. Contesta a las cosas con signos de interrogación. No pasa nada. Anda, déjalo salir —gritó Jasmine.

En el momento en el que le quitó el seguro a la puerta, salí como un rayo.

—Lláname cuando sea hora de recogeros, ¿vale, Blancanieves? Y, Elliott...

Tragué con dificultad.

—¿Sí?

Me dedicó una gran sonrisa.

—Escucharé las canciones que me has recomendado. —Entonces frunció el ceño—. Y sácate las manos de los bolsillos, pero no se las pongas encima a Jasmine. O te mataré. Vale, ¡adiós!

Mientras se alejaba, me quedé allí plantado, algo asustado por sus últimas palabras, pero también asombrado por haber conocido a un músico al que admiraba. Había sido un momento extraño, cuanto menos.

—No le hagas caso —me dijo Jasmine—. Habla demasiado.

—Ya, pero, por si acaso, no te sorprendas si no te toco en la vida. Venga, que vamos a llegar tarde al barco de vapor.

—¿Un barco de vapor? —preguntó mientras andábamos por Bourbon Street.

—Sí, se llama Natchez y t-te lleva por Nueva Orleans para que veas los sitios más relevantes. El barco ya no está mucho por aquí, porque, después del huracán Katrina, no hay demasiado turismo. Sube por el Misisipi para hacer visitas turísticas en otras zonas, pero este fin de semana está en la ciudad.

—Vaya, qué guay.

—Sí, tocan *jazz* en directo y cosas así. Creo que te gustará.

—Me encantará. —Me dio un golpecito en el brazo y sonrió—. Ya sé que Ray te ha dicho lo de la pajarita, pero a mí me gusta la corbata.

Me sonrojé y la miré como Katie decía que siempre lo hacía.

—Gracias. A mí me gusta tu... Eh... Todo.

Se rio y me cogió del brazo.

—Gracias, Eli.

No supe si se había dado cuenta, pero, en ese momento, dejé de respirar. En parte, porque me había cogido del brazo y, sobre todo, porque tenía miedo de que Ray nos estuviera observando.

Cuando subimos a bordo del barco, nos sentamos en el comedor y la tripulación nos sirvió una comida tardía.

—Nunca he hecho nada tan guay —me confesó—, pero es muy triste ver todo lo que destruyó el huracán Katrina.

—Sí, pero, bueno, esta es una ciudad fuerte. Reconstruirla era la única opción.

—¿A tu familia le afectó el huracán?

—No, pero a muchos vecinos sí. Nosotros tuvimos suerte. Otra gente del barrio no tuvo tanta.

—No me lo puedo ni imaginar. —Movié la comida por el plato mientras negaba con la cabeza—. De todas formas, debe de ser agradable tener una ciudad donde sientas que estás en casa.

—Esta puede ser tu nueva casa —le dije—. Quizá tu hogar no sea donde empiezas, sino donde terminas.

—Me gusta. —Sonrió—. Puede ser. —Se revolvió en la silla y frunció el ceño—. Elliott, ¿puedo preguntarte algo? ¿Por qué has querido salir conmigo? Después de enterarte de todo lo de las fiestas de Todd...

—Lo único de lo que quiero enterarme es de las cosas que me cuentes. No me importa nada lo que digan o piensen los demás.

—Pero yo ya te conté lo que hice con esos chicos.

—Yo creo... —respondí— que hiciste todo eso para intentar protegerme. Y, por cierto, no te

lo tomes a mal, pero no me vuelvas a defender así. Prefiero que me peguen el resto de mi vida que ponerte en esa situación.

Asintió en señal de acuerdo.

Antes de que hablásemos más, uno de los músicos del grupo de *jazz* vino y me dio unos golpecitos en el hombro.

—Es la hora —me dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Jasmine.

Yo sonreí.

—Mi tío me ha dicho que no podía saltarme el concierto de los sábados, así que espero que te parezca bien que toque una canción.

Su sonrisa se ensanchó.

—¡Sí, sí, sí!

—Pero, bueno... Tú tienes que cantar conmigo.

—¿Qué?

—Es que... Los amigos de mi tío me han dicho que me ayudarían a tocar si tú cantas. He estado preparándome toda la semana.

—¿Qué? No puedo. No puedo cantar así sin más. ¿Y si no me sé la letra? —Se frotó los brazos con las manos—. Además, aquí hay mucha gente. No puedo. ¿Y si no me sé la letra de la canción que vas a tocar?

—¿Cómo no te la vas a saber? —le pregunté mientras cogía el micrófono. Se lo di—. Es tu canción favorita.

Me dirigí al pequeño escenario que había en el salón y hablé un momento con los otros músicos que iban a ayudarme con el tema. Empecé a tocar y a Jasmine se le llenaron los ojos de lágrimas al oírla: *Make you feel my love*, de Adele.

El tío TJ me había hecho perfeccionarla durante la última semana y, al ver cómo se le iluminaron los ojos, sentí que cada minuto había valido la pena. Le hice una señal con la cabeza y, poco a poco, se acercó al escenario. Cerró los ojos y empezó a cantar. Yo también los cerré y me entregué a la canción, por ella.

Todo era por ella.

Cuando terminamos, el público aplaudió como loco e hizo que se le deslizaran unas cuantas lágrimas por las mejillas. Me acerqué a ella.

—¿Lo oyes? Esos son t-tus fans. Es por ti, por tu soul.

—Es genial y tú también.

—¿Lágrimas de felicidad? —le pregunté.

—Y que lo digas —respondió.

Después de comer, cogimos dos conos de helado y salimos a cubierta a contemplar las vistas mientras navegábamos por el Misisipi. Hablamos de todo y de nada, y fue perfecto. No hubo ni un momento incómodo. Todo estaba... bien. Me gustaba sentirme bien.

—¡Yo te vi primero! —Se rio, tirándome un poco del brazo—. Yo me fijé antes en ti.

Me reí y negué con la cabeza.

—Qué va.

—¡Sí, Eli! En serio.

—Es imposible que sea verdad.

—¿Por qué lo dices?

Me encogí de hombros.

—Estabas en el despacho del director. Llevabas un vestido amarillo de tirantes y sonreías muchísimo. Me acuerdo de que pensé: «Vaya, es la persona más bonita que he visto nunca».

Se hundió un poco en la silla.

—Eli...

—También pensé que ibas drogada, porque nadie puede estar tan contento por ir al instituto — bromeé.

Ella se rio y volvió a darme un pequeño tirón en el brazo. Lo hacía con tanta libertad que deseaba hacerla reír todo el tiempo.

Cuando terminó el trayecto en barco, fuimos a Frenchmen Street y nos sentamos sobre el contenedor para escuchar más música detrás de los bares.

—Es el mejor día de mi vida —admitió Jasmine mientras balanceaba los pies.

Levantó la vista hacia las estrellas.

—Lo mismo digo.

—Elliott.

—Dime.

—¿Vas a besarme esta noche?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque me gustas demasiado para hacerlo.

No estaba seguro de si me entendía, pero era verdad. No podía besarla, todavía no. Muchos chicos la habían usado de formas que no estaban bien y yo no quería ser uno de ellos. Quería demostrarle que me gustaba por mucho más que por su cuerpo. Solo estar cerca de ella era suficiente para mí.

—Vaya —dijo con una pizca de decepción.

Le cogí la mano.

—Me gustas mucho, Jazz; más que la música.

Ella rio nerviosa.

—No mientas.

—No miento.

—Pero la música te gusta mucho.

—Sí, y tú me gustas muchísimo.

Sonrió y se pasó el pelo por detrás de la oreja. Siempre estaba muy mona cuando se sonrojaba.

—Tú también me gustas mucho, Elliott.

—¿Te gustaría cantar conmigo todos los sábados? —le pregunté sin pensar mientras miraba las estrellas.

—¿Qué? —Me miró boquiabierta.

—¿Quieres cantar conmigo? —le volví a preguntar.

—Sí. —Se acercó y apoyó la frente sobre la mía—. Sí, quiero.

Cuando llegó la hora de que Ray nos recogiera, fuimos hasta Frenchmen Street y nos paramos al oír algo de música. Lo disfrutamos, y la forma en la que Jasmine sonreía me hacía sentir genial. Se lo estaba pasando muy bien. Se lo estaba pasando muy bien conmigo.

Yo no sabía que una chica como ella se lo podía pasar tan bien con un chico como yo.

Capítulo 10

Jasmine

—Me lo he pasado muy bien —le dije a Elliott por la ventana del coche cuando Ray lo dejó en su casa. Intenté salir del coche, pero Ray me encerró dentro para que no le abrazara.

—Yo también —respondió Elliott, y cambió el peso de pierna en la acera, con las manos en los bolsillos—. G-gracias, Ray, por traernos.

—Elliott, por favor, por favor, no hay por qué ser tan informales. Puedes llamarme señor Gable —bromeó Ray, lo que me hizo poner los ojos en blanco—. Dile buenas noches, Blancanieves.

—Buenas noches, Eli. Nos vemos en el insti el lunes.

—Buenas noches, Jazz.

Mientras salíamos con el coche, Ray me sonrió.

—Es un buen chico. Lo odio porque le gustas, pero es un buen chico.

Asentí.

—Me ha pedido que cante con él cuando toque los sábados en Frenchmen Street.

—¿Pop o soul?

—Soul.

—Joder, Blancanieves —exclamó Ray mientras se apretaba con los dedos el puente de la nariz—. Ahora tendremos que seguir mintiendo a tu madre y organizando reuniones falsas para que puedas ir.

Mi sonrisa se ensanchó.

—¿Lo harás por mí?

—¿El soul te hace feliz?

—Sí.

—Entonces tienes el deber de compartir esa felicidad con el mundo.

—Mi madre se enfadará mucho contigo si descubre la verdad.

Resopló.

—Ya, bueno, ¿cuándo no está enfadada conmigo últimamente? Además, creo que cuando vea lo buena que eres y lo feliz que te hace, ella también se alegrará.

Ray nos recogía a Elliott y a mí cada sábado y se quedaba a vernos siempre. También lo grababa todo. Nunca lo había visto emocionarse cuando cantaba pop, pero cuando se trataba del

soul, siempre me alababa. No sabían cuánto significaba para mí que siempre aparecieran para verme cantar.

Era como si, solo con mirarme, me dijese que era lo suficientemente buena, pasara lo que pasara.

—Nunca te había visto así, ¿sabes? —me confesó Ray una noche cuando íbamos hacia casa.

—¿Cómo?

—Feliz.

Ray y yo nos asegurábamos de llegar a casa todas las noches a tiempo para cenar con mi madre. Ella me contaba que estaba haciendo contactos con la gente más poderosa de la industria. Hablaba sin parar diciendo que me descubrirían en nada gracias a sus esfuerzos.

—Esto habría podido ocurrir antes si no fueras tan egoísta con tus contactos, Ray. Por suerte, he encontrado los míos.

—Lo siento —contestó Ray, y me sonrió—. Blancanieves ha estado genial en el estudio. Creo que estarías orgullosa de ella.

Mi madre estaba mirando el correo electrónico en el móvil.

—Ya, bueno, la escucharé pronto.

—De hecho, tengo un vídeo de ella cantando —respondió a la vez que sacaba el móvil.

—No necesito verlo —replicó mi madre mientras cortaba el pollo—. Estaba allí.

—¿Qué? —pregunté.

Le clavó el tenedor a un trozo de pollo y se lo metió en la boca.

—Digo que lo he visto. Sentía que me estabais mintiendo, así que esta tarde os he seguido. He visto a Jasmine cantando en una esquina con un chico raro.

—No es raro —susurré.

Arqueó una ceja antes de cortar otro trozo de pollo.

—Es raro.

—Bueno... —Ray se puso derecho y carraspeó—. Sé que seguramente estás enfadada, pero... Ya la has visto. Su música es increíble, Heather. Está hecha para cantar soul, ¿sabes? Y creo...

—Nada —lo cortó.

—¿Qué?

—No crees nada —le dijo. Dejó los cubiertos sobre el plato y lo miró con frialdad—. No tenías derecho a llevarla a esa esquina, a darle esperanzas respecto a esa tontería de música. No es tan buena ni de cerca como lo es con el pop.

—Eso es mentira —replicó Ray.

—No lo es y tú no tienes derecho a decidir lo que es mejor para ella. No eres su padre.

—¡Mamá! —grité—. Para.

—Me gustaría mucho que dejases de decir eso —coincidió Ray, apretando los puños—. Llevo a vuestro lado quince años, Heather. He visto como esta niña se convertía en la adolescente que es hoy. Lo he dado todo por manteneros a las dos, así que ¿puedes parar con esa mierda? Sí, no soy su padre biológico, pero soy su padre y estoy cansado de que intentes quitarme eso. Es hija mía, hija nuestra, y ya va siendo hora de que te des cuenta de lo infeliz que la hace la vida que le estás obligando a llevar.

—¿Obligándola? ¡Le encanta su vida!

—¡No la aguanta! —gruñó Ray.

Yo cerré los ojos.

—No la soporta. Admítelo. La has visto en esa esquina cantando. Has visto, por primera vez en mucho tiempo, que es feliz de verdad y te revienta no haber tenido nada que ver con ese éxito. Te vuelve loca no haber controlado ese aspecto de su vida.

—Vete al infierno —le escupió mi madre.

—Ya estoy en el infierno —le respondió él.

Mi madre se echó para atrás en la silla y se puso en pie.

—Ya no eres bienvenido aquí. Tienes que irte.

—¿Qué? —pregunté, desconcertada—. Mamá, este piso es suyo.

—Ya no. —Se cruzó de brazos—. Vete, Ray.

—No me voy. No vamos a quedarnos aquí viendo como montas un drama y...

—Me he acostado con otro —admitió mi madre sin inmutarse.

Me quedé boquiabierta y Ray también. La miramos, perplejos.

—¿Qué has dicho? —preguntó con voz grave.

—No importa, pero ya no quiero estar contigo. Eres débil.

Ray respiró hondo.

—¿Con quién?

—No importa...

—¿Con quién? —gritó.

Nunca lo había visto tan enfadado ni tan desolado en mi vida. Aunque mi madre no era una persona fácil de querer, Ray era Ray, quería a las personas que no se lo merecían.

—Con Trevor —confesó en voz baja—. He estado más de quince años contigo y nunca has hecho nada por mí. Trevor es diferente. Me ha prometido grandes cosas.

—¿Trevor Su? —preguntó.

—Sí, Trevor Su, ya sabes... El que no me querías presentar.

—¡Porque es una víbora!

—¡Es un magnate! —Se irguió, orgullosa—. Y va a cambiarnos la vida.

—No puedes trabajar con él, Heather. No puedes dejar que Jasmine se acerque a ese cabrón.

—Puedo y lo haré.

—Te lo digo de verdad. Es peligroso. Acercarse a él es jugar con fuego y te prometo que te quemarás.

Mi madre apretó los labios y se encogió de hombros.

—Prefiero jugar con fuego y quemarme que con un chispazo como tú.

Ray entrecerró los ojos por la tristeza que lo inundaba. Era como si esa traición definitiva le hubiera destrozado el corazón. Se pasó las manos por la cara y parpadeó.

—Muy bien, tú ganas. Me voy.

Se apartó de la mesa, con las manos en puños y la cara roja por el enfado, pero no dijo nada más. Simplemente se levantó, salió y cerró la puerta con cuidado detrás de él.

Yo no sabía lo doloroso que podía ser ver un corazón roto hasta que miré a Ray a los ojos aquella noche. No sabía que el corazón se me podía romper en mil pedazos hasta que vi a lo más parecido que tenía a un padre irse por la puerta.

—¿Cómo has podido, mamá? —le pregunté, perpleja—. ¿Cómo has podido hacerle eso? —«Y hacérmelo a mí».

—Él no era nada. Un quiero y no puedo que te estaba impidiendo triunfar. Así que he encontrado oportunidades nuevas. La vida se basa en oportunidades que te ayudan a avanzar y Ray no nos llevaba a ninguna parte.

Volvió a comerse el pollo. Estaba realmente confusa. Sabía que mi madre podía ser dura a veces, pero no sabía que no tenía corazón.

—Pero él te quería.

—¿Me quería? —preguntó—. El amor no te lleva a ningún sitio en este mundo, niña. No seas ridícula.

—¿Tú no lo querías?

—Quería lo que podría haber hecho por esta familia, pero no lo hizo. Ya te he dicho que el amor hace débil a la gente y yo no quiero perder el tiempo con la debilidad.

—Y a mí, ¿me quieres? —pregunté, con miedo de la respuesta.

Frunció el ceño y dejó el tenedor.

—Te querré el día que dejes de decepcionarme.

No supe lo que era realmente la soledad hasta ese momento.

Capítulo 11

Jasmine

Pasaron las semanas y Ray no volvió. Como era un hombre de verdad, siguió pagando las facturas sin dudarle ni un segundo. Por mí. Todo lo que hacía ese hombre lo hacía por mí.

Cada día que pasaba era más doloroso, y mi madre estaba más agresiva y arisca. Estaba obsesionada con hacerme trabajar día y noche cuando no me encontraba en el instituto. Evidentemente, no me permitía quedar con Elliott y el único momento en el que podíamos hablar era por los pasillos antes de clase.

Estaba cansada. Echaba de menos a Elliott, echaba de menos a Ray y echaba de menos el soul.

Un lunes por la tarde, cuando pasaba por delante de la dirección del instituto, se me hizo un nudo en el estómago al ver a mi madre dándole un apretón de manos al director. Fui corriendo hacia ella cuando salía del despacho.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Me alegro de verte, Jasmine —respondió muy seca.

—¿Qué haces aquí?

Miró los pasillos.

—No entiendo por qué estabas tan desesperada por ir a un instituto público. A mí no me gustaba nada.

—A mí me encanta.

—Ya, bueno, pues ahora puedes decir que has vivido esa experiencia. Nos vamos mañana por la mañana.

—¿Qué?

—A diferencia de Ray, Trevor nos ha encontrado muy buenas oportunidades en Europa. Hasta nos ha comprado los billetes y nos ha buscado alojamiento en Londres.

—¿Qué? —Me dio un vuelco el corazón—. No...

—Sí. Es genial. Tenemos una reunión con el mejor estudio del mundo allí. Son famosos por crear superestrellas.

—Yo no me voy.

—Sí que vienes. Acabo de arreglar los últimos papeles con el director.

«¿Qué?».

—¿Cuánto hace que lo sabes? —le pregunté—. ¿Cuánto hace que sabes que vamos a

mudarnos?

Puso los ojos en blanco.

—No seas dramática, Jasmine.

—¿Cuánto hace?

—Unas cuantas semanas. Un mes.

Mi corazón... se rompió.

—No ibas a decírmelo, ¿verdad? Hasta mañana, cuando estuviéramos subiendo al avión. Si no te hubiera visto aquí, no me habrías dicho que nos íbamos.

—¿Y qué más da? —preguntó, aparentemente muy confundida por mi enfado—. Es lo que hacemos nosotras. Nos mudamos persiguiendo el sueño.

—¡Yo no quiero tu estúpido sueño! —grité, y corrí para alejarme de ella.

Bajé a toda prisa por la escalera de caracol hacia el baño del sótano. Empujé la puerta con las manos y entré deprisa. Respiré hondo. Saqué el teléfono y marqué el número de Ray. Solté un suspiro de alivio cuando contestó.

—Blanca, ¿qué pasa? —me preguntó—. ¿No deberías estar en clase? ¿Qué ha pasado?

—Me obliga a irme —le dije. Tragué con dificultad—. Dice que nos vamos a Londres a trabajar con Trevor. Yo no quiero ir y ella quiere obligarme. Por favor, Ray, no dejes que me lleve. Por favor, pídele que nos quedemos.

—Esperaba que no fuera verdad...

—¿Lo sabías?

—Sí, pero pensaba que no llegaría hasta el final. Lo siento mucho, Blancanieves.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y negué con la cabeza una y otra vez.

—Quiero quedarme aquí, contigo. Deja que me quede contigo. Mi madre puede irse, me da igual. Quiero quedarme aquí. Este lugar es lo más parecido a un hogar que he tenido nunca. Eres lo más parecido a un padre que tengo, Ray. Por favor, deja que me quede contigo.

Hubo un silencio largo. Cada segundo que pasaba me hacía llorar aún más.

—Nada me haría más feliz, Blancanieves. —«Sí...»—. Pero... —empezó. «No»—. Al fin y al cabo, yo no puedo opinar respecto a esa elección. No puedo. Porque no soy tu padre.

Esas palabras se me clavaron en el alma; me pregunté si le hacían tanto daño como a mí.

Colgué y salí del baño. Caminando por los pasillos, vi a Elliott, que se levantaba después de que Todd y sus amigos lo hubieran empujado. Desde que le rompió la nariz, el acoso había empeorado, pero nunca lo mencionaba y, cuando yo sacaba el tema, me decía que estaba bien y hablaba de otra cosa.

—Jazz, ¿qué te pasa? —preguntó acercándose a mí.

—Yo... Yo... —Empecé a llorar sin parar y negué con la cabeza. Todavía quedaban tres horas de clase, pero sabía que no podía aguantar. Estaba demasiado desolada como para ir a clase esa tarde—. ¿Nos escapamos? —le pedí—. Lo que queda de día.

—¿Algo va mal? —me preguntó.

—Todo.

Miró arriba y abajo y me tendió la mano.

—Vale, vámonos.

No paré de sollozar durante el tiempo que Elliott y yo pasamos sentados sobre el contenedor mientras escuchábamos la música de los bares a los que no podíamos entrar. Estuvimos allí horas y vimos cómo la luz desaparecía en la noche.

—¿Te vas de verdad? —me preguntó en voz baja mientras jugueteaba con los dedos.

Llevaba puestas las gafas redondas de montura fina que le escondían esos ojos avellana que me encantaban y tenía las comisuras de los labios curvadas hacia abajo.

Asentí, incapaz de apartar la mirada aunque él no tuviera el ánimo de volverse hacia mí.

—Sí.

Apenas nos conocíamos, pero sabíamos lo suficiente.

El 2011 había llegado y se había ido demasiado deprisa en Nueva Orleans. Cada hora había sido como unos pocos minutos y cada minuto, como unos pocos segundos. Tiempo, eso era lo único que queríamos. Los dos deseábamos tener un poco más de tiempo y nunca teníamos suficiente.

Pasamos mucho rato detrás de esos bares, escuchando diferentes estilos de música y haciéndonos promesas que no cumpliríamos. Promesas de sueños futuros. Promesas de seguir en contacto. Promesas eternas.

Solo teníamos dieciséis años, pero nuestros corazones parecían mayores cuando estábamos juntos. Antes de conocer a Elliott, pensaba que siempre estaría sola. Entonces, me encontró con su música y todo cambió. Si hubiera podido, me habría quedado con él, pero, como me había enseñado la vida, cuando tienes dieciséis años, no puedes tomar esas decisiones.

Se suponía que teníamos que ir donde nos llevaran los adultos.

—¿Dónde vais esta vez? —preguntó.

Detestaba aquella sensación en mi interior y lo poco que parecía importarle a mi madre. Había estudiado en casa toda la vida y solo cuando contrataron a Ray en Nueva Orleans había probado cómo era tener una vida, cómo era dormir siempre en el mismo lugar, ir a un instituto de verdad, tener un mejor amigo y tener un hogar.

«Y ahora lo voy a perder todo».

—A Londres. Nos quedaremos allí un tiempo.

Me miró en busca de un poco de esperanza en mis ojos.

—¿Y entonces volveréis?

Fruncí el ceño. Nunca volvíamos. Me encogí de hombros.

—Puede.

Él también frunció el ceño, porque no me creía.

—¿Cuánto cuesta llamar a Europa?

—Seguramente mucho.

—Pero es algo bueno para tu carrera.

—No quiero una carrera —me sinceré—, quiero quedarme contigo.

—Y yo que te quedes, pero, si es bueno para ti, quiero que vayas.

—No digas cosas lógicas. No me gusta nada cuando lo que dices tiene lógica.

—Piénsalo: si ganas lo suficiente, podrás volver a mudarte aquí y comprarte una casa

enorme, con árboles grandes, y sentarte en el porche mientras bebes té helado. Tu propia casa. Un hogar que sea tuyo.

Suspiré.

—Sí. —Bajé la voz y me miré las manos—: Pero no quiero alejarme de ti. Eres mi único amigo y Ray es la única familia que tengo. —O, por lo menos, la única a la que le importaba.

Elliott reparó en cómo le había respondido, en que me temblaban un poco las manos y en que se me rompió ligeramente la voz. Se sentó más derecho.

—¿Crees, de verdad, que esto le irá bien a tu carrera?

—Mi madre sí.

Se acercó un poquito más y balanceó los pies.

—No te he preguntado eso.

—Ya. —Me pasé las manos por el pelo, oscuro y grueso como el de mi madre—. Pero eso es lo único que importa.

Elliott me miró y sonrió, aunque tenía los ojos llenos de tristeza.

—¿Quieres que nos escapemos esta noche?

«Sí.

Por favor.

Donde quieras.

Vámonos».

—Ojalá —susurré.

Él apartó la mirada y volvió a jugar con los dedos.

—Ya, ojalá.

—¿Le dirás adiós a tu hermana de mi parte?

—Claro.

—Gracias.

Durante unos minutos, permanecemos sentados sobre aquel contenedor, haciendo como si nuestras vidas no fueran a cambiar para siempre. Escuchamos la música que resonaba en The Jazz Lounge y el *rhythm and blues* de Jo's Catz. Sonreímos al oír el *bluegrass* de Mikey's Tavern. Durante unos minutos, vivimos el presente.

—Jazz, eres mi persona favorita —me dijo Elliott en un tono tan bajito que me pregunté si lo había oído bien.

Me encantaba que me llamara Jazz, porque era la música que más le gustaba tocar. Sí, Ray era muy buen músico, pero nadie tocaba el saxo como Elliott.

—Tú también eres mi persona favorita. Voy a echar de menos tu música.

—Yo voy a echar de menos tu voz.

Abrí la boca para hablar, pero no me salieron las palabras. ¿Qué más podía decir?

Era increíble cuánto me dolía el corazón aquella noche. Solo hacía unos meses que lo conocía, pero parecían una eternidad. Éramos polos opuestos en muchos sentidos: yo era la nueva chica popular y él era el chico tímido al que acosaban. Mientras que yo era extrovertida, él era tranquilo. Yo estaba perdida y él era el mapa que me llevaba a casa.

Y ahora nos teníamos que despedir.

—Jazz.

—¿Sí?

—¿Me prometes una cosa?

—Vale.

Se acercó, me puso las manos en las mejillas y me giró la cabeza para que lo mirara.

—Si en algún momento te hace sentir que no eres tú...

Cerré los ojos mientras pronunciaba esas palabras y empezaron a caerme las lágrimas. Elliott me las secaba con los pulgares mientras seguía hablando:

—Si en algún momento te hace daño y necesitas huir, vuelve aquí. Vuelve conmigo y yo te cuidaré. Para siempre. Te cuidaré siempre, ¿vale?

—Vale, te lo prometo.

Buscó en su bolsillo de atrás y sacó un manajo de llaves. Sacó una del llavero y me la dio.

—Es una llave de mi casa. Quédatela.

—¿Por qué?

—Para que sepas que siempre tendrás un hogar al que volver.

Aquella noche, estuvimos sentados detrás de los bares hasta que la música se apagó. Cuando los sonidos se extinguieron, nos quedamos un poco más, porque queríamos estar allí cuando la música volviera a sonar al día siguiente.

Entonces, cuando nos quedamos sin tiempo, nos levantamos.

Elliott me envolvió con los brazos y me apreté contra él.

Se apartó un poco y me pasó el pelo por detrás de la oreja. Nuestras miradas se encontraron: la suya fija en mis ojos marrones y la mía estudiando su mirada color avellana. Me encantaba su cara. Me encantaba todo él, en realidad, pero, madre mía, cómo me gustaba su cara.

No lo dijimos, pero, esa noche, lo sentimos.

Amor.

Él era muy delgado y frágil. Habría jurado que pesaba el triple que él, pero me quería tanto como yo a él. Puede que yo lo quisiera un poco más. Él era todo huesos y yo era toda carne. Tenía la piel de color caramelo y la mía era blanca como la nata. Era mi polo opuesto. No estábamos hechos el uno para el otro, pero, cuando nos uníamos, creábamos algo precioso.

Si no hubiera sido por Elliott, siempre habría creído que tenía que estar rota. Si no hubiera sido por él, nunca habría sabido lo que era ser joven y libre. Toda la vida había estado enjaulada y Elliott me había abierto la puerta para dejarme volar.

—Nos escribiremos correos —me prometió—. Nos escribiremos constantemente.

—Vale.

—Jazz.

—Dime, Eli.

—¿Ahora voy a b-besarte?

Solté una risita y me recorrió un escalofrío.

—¿Es una pregunta?

Negó con la cabeza.

—No.

Lloré más y cerré los ojos.

—Nunca me han besado.

Arqueó una ceja.

—Pero...

Asentí.

—Ya, es que a los chicos anteriores no les interesaban los besos —admití, avergonzada.

—No pasa nada —me prometió—. A mí tampoco me han besado nunca.

Asentí. Notaba los nervios en el estómago.

—Qué mal que nuestro primer beso también sea el último.

—No. No lo será. La próxima vez que nos veamos, la primera cosa que haré será besarte por todo lo que nos habremos perdido. La próxima vez que te bese será para siempre.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Y también sentí su promesa. Me quedé sin aliento cuando sus labios rozaron los míos. Me besó suavemente, pero yo lo sentí de la cabeza a los pies. Fue dulce y triste y feliz y real.

Tan real...

De modo que así era como se suponía que había que sentirse. Así era como mi corazón tenía que latir.

«Esto es amor».

Aunque me iba, pensé que todo iría bien. Iría bien porque Elliott me había enseñado cómo era el amor verdadero, a qué sabía, y nada podría robarme esa sensación. Por muy oscura que se volviera la vida, conservaría esa sensación siempre en la mente.

Elliott Adams, su amor y sus besos suaves me prometieron la eternidad.

Capítulo 12

Elliott

Durante la última semana, mi madre me había mirado con preocupación a la hora de la cena. Veía mi tristeza, pero yo intentaba escondérsela para que no se pusiera triste.

—Estoy bien —le mentí mientras enrollaba la pasta del plato en el tenedor.

—No pasa nada si no lo estás —me dijo ella. Katie también hizo una mueca. Las dos sentían pena por mí—. No pasa nada por no estar bien todo el tiempo.

Me encogí de hombros.

—¿Puedo irme a mi cuarto? No tengo mucha hambre.

—Claro. Si necesitas algo, dímelo. Y ya sé que mañana hay clase, pero si quieres jugar a videojuegos con Jason, puedes —me dijo mi madre, esperando hacerme sonreír.

Sonreí por ella.

—Vale.

—Te quiero, Eli.

—Y yo a ti, mamá.

Esa noche, me acosté en la cama y me puse los auriculares. La parte más triste del *jazz* era cómo te afecta cada canción de forma diferente según tu estado de ánimo. Algunas de mis canciones preferidas me hacían llorar, mientras que otras me hacían querer lanzar el iPod contra la pared.

La echaba de menos.

Se había ido hacía seis días y la echaba más de menos de lo que creía que se podía. Nos escribíamos correos electrónicos, pero nunca podíamos hablar. Cuando ella dormía, yo estaba despierto. Cuando ella estaba despierta, yo me encontraba en la cama. Era duro saber lo que le pasaba cuando ya había pasado.

Y en el instituto no estaba mejor desde que se había ido. En realidad, era casi peor. Katie hacía todo lo que podía por ayudarme, pero Todd y su pandilla habían vuelto a acosarme de pleno.

El nuevo semestre conllevaba un cambio de horarios. Tuve la suerte de tener a Todd o a uno de sus amigos, como mínimo, en cinco de siete clases.

La peor era educación física, a quinta hora, porque había tres de ellos.

—¿Creías que podías romperme la nariz e irte de rositas, bicho raro? —me soltó Todd desde atrás mientras estaba sentado en el vestuario. Dos de sus secuaces me agarraron—. Ahora que se

ha ido la puta de tu novia, no tienes a ningún chocho que te proteja —dijo, y me escupió.

Yo no respondí, porque las palabras nunca servían.

—Espera y verás. Vas a ver la que se te viene encima. Aunque es un poco triste. Ahora que ya no puedo follarme a tu putita, tendré que buscarme a otra. —Sonrió con superioridad—. A ver, tu hermana tiene buenas tetas, todo el mundo se las ha visto. Estaría bien descubrir a qué saben.

Apreté los puños e hice ademán de levantarme para pegarle, pero sus amigos me retuvieron.

«No soy lo bastante fuerte.

No soy lo bastante fuerte».

—¡Si la t-t-tocas...! —lo avisé. Los tres se rieron.

—S-s-si la to-to-toco, ¿qué? —se burló Todd—. Voy a tocarla y bien. Voy a tocarle cada centímetro y después voy a reventarte por lo de la nariz, pringado. No lo verás venir. Tu vida se ha convertido en una cuenta atrás. Te voy a destrozar.

Volví a intentar liberarme de los dos capullos que me agarraban, pero no lo conseguí.

«No soy lo bastante fuerte.

No soy lo bastante fuerte».

—Soltadlo, chicos —les ordenó Todd, y los dos me empujaron hacia atrás en el banco para que me diera un golpe en la nuca contra las taquillas.

La cabeza me daba vueltas y no tenía ni idea de qué hacer, de cómo proteger a mi hermana ni de cómo asegurarme de que no le pasara nada. Si le ocurría algo, nunca me lo perdonaría a mí mismo. Si alguien le ponía la mano encima...

No pude evitar sentir un escalofrío mientras caminaba y me recolocaba las gafas. Solo podía hacer una cosa y me daba igual si me convertía en un perdedor. Me daba igual si me hacía parecer débil. Lo único que me importaba era proteger a mi hermana, lo que implicaba ir directo a contárselo a mi madre.

Si había alguien que podía arreglarlo, era ella. Y no tardó mucho en mover ficha.

Unos días después, mi madre, Katie y yo estábamos sentados en el despacho del director con Todd y sus padres. Katie no había levantado la vista ni una vez y yo jugueteaba con las manos sobre las rodillas.

—Usted sabe que es una acusación muy grave, señora Adams —le advirtió el director Williams mientras se recostaba en la silla—. Decir que Todd haría algo así...

—¡No lo haría! —respondió Todd, con una actitud de lo más inocente—. Yo nunca le haría algo así a una chica.

«Dios».

Debería plantearse seriamente ser actor. Si no hubiera sabido que era el demonio, me habría creído sus palabras.

Katie resopló y puso los ojos en blanco. Mi madre estaba furiosa. Daba golpecitos con los dedos en los brazos de la silla.

—Tiene que poder hacerse algo al respecto. Tiene que haber algún tipo de acción que se pueda llevar a cabo contra él. No me siento cómoda con que mi hija tenga que ir por los mismos pasillos que este chico y usted tampoco debería. ¡Sinceramente, debería estar preocupado por la seguridad de todas sus estudiantes! —le espetó.

—Esto es absurdo —se quejó la señora Clause, poniendo los ojos en blanco—. No me puedo creer que me hayan hecho salir del trabajo por semejante disparate. Todd ni siquiera ha hecho

nada.

—¡Ha amenazado con violar a mi hija! —gritó mi madre, más que cabreada—. Y me da pavor, cuando menos, que crea que es algo absurdo y que no merece algún tipo de castigo.

—Venga ya. ¿Es que vamos a seguir evitando el tema? —preguntó la señora Clause señalando a Katie—. ¿Podemos tomarnos algo en serio cuando se trata de esta chica?

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó mi madre.

Sentí pinchazos en el estómago y los ojos de Katie se abrieron llenos de miedo.

—Mamá, olvídale, quiero irme —susurró Katie, y le tiró del brazo—. Esto es una tontería.

—No —respondió mi madre muy seria y todavía con la mirada fija en la señora Clause—. ¿Qué ha querido decir?

—Que, el curso pasado, su hija fue la chica del año por montárselo con varios chicos en una fiesta. El vídeo se hizo viral. Me sorprende que no lo viera.

—¿Perdone? —dijo mi madre.

—Pues que me parece ridículo. Mi hijo nunca querría acercarse a una chica como ella —escupió la señora Clause.

—¿Una chica como ella? —Mi madre estaba muy roja y a punto de estallar.

—Pues sí, una facilona.

—¡Cómo te atreves! —gritó mi madre—. Tu hijo es un capullo que merece un castigo por sus actos.

—Aunque lo hubiera dicho, son solo palabras, no actos —la corrigió la señora Clause.

—¿De verdad? —respondió mi madre, atónita—. ¿Así es como crías a tu hijo?

El director Williams trató de intervenir para que dejaran de discutir, pero ya era demasiado tarde.

—¡Pues es mejor que como tú crías a los tuyos! Una es la putilla del instituto y el otro ni siquiera puede pronunciar una frase. Supongo que eso es lo que pasa cuando no tienen una figura paterna que tomar como ejemplo —dijo la señora Clause con asco.

Mi madre se levantó de la silla y fue hacia la señora Clause. Fui lo suficientemente rápido como para agarrarla del brazo y pararla. Cuando me miró, tenía los ojos encendidos, como si estuviera a punto de matar por sus cachorros.

—N-no pasa nada, mamá —le dije.

—Sí, mamá, vámonos —le suplicó Katie.

Los ojos de mi madre se humedecieron. Miró al director Williams y le dijo con seriedad:

—No sé cuánto dinero le pagan a usted o le dan al instituto para tenerle controlado, pero estos son mis hijos. Y este es su trabajo. *Haga algo*.

Luego dio media vuelta, nos dijo a Katie y a mí que la siguiéramos y salió del despacho.

Nos dimos prisa en llegar al coche. Ella abrió la puerta del conductor con fuerza, se sentó deprisa y la cerró de un golpe. Yo me metí en el asiento de atrás y Katie, en el del copiloto. Mi madre cogía el volante con fuerza y tenía la respiración irregular.

—Lo siento mucho, mamá —dijo al final Katie, con lágrimas resbalándole por las mejillas—, yo...

—¿Por eso dejaste de quedar con esos amigos? —le preguntó mi madre.

Katie asintió.

—Fue una fiesta estúpida y tenía demasiado miedo para decírtelo y me daba vergüenza y... lo siento —se justificó Katie, llorando.

Mi madre se volvió hacia ella, la miró a los ojos y le puso las manos en los hombros.

—Katlyn Rae Adams, nunca te avergüences de ti misma ni permitas que eso te impida hablar conmigo. ¿Me oyes?

Kate asintió.

—Sí, mamá.

—Hablaremos de esto, ¿vale? Pero ahora solo necesito saber que estás bien. ¿Estás bien?

—Sí.

—Y esos... Esos monstruos que había en el despacho, esos adultos que han hablado de una manera tan repugnante sobre una chica, ellos son el problema. El mundo es el problema, no tú. Tú nunca lo eres.

Mi madre rodeó a Katie con los brazos y las dos lloraron abrazadas durante mucho rato. Permanecimos en el aparcamiento del instituto hasta que las dos se calmaron. Mi madre le secó las lágrimas y Katie a ella.

—Vámonos a cenar a casa —dijo mi madre a la vez que arrancaba el coche—. Y después miraremos a qué instituto vais a ir.

—Mamá —la llamé.

—Dime, Elliott.

—¿Has...? ¿Has llamado capullo a T-todd?

Me sonrió a través del retrovisor y se encogió de hombros.

—Eso parece.

Esbocé una sonrisa enorme mientras ella conducía hacia casa.

«La madre más guay del mundo».

Capítulo 13

Jasmine

—Mickey Gable es uno de los mejores productores del mundo, Jasmine. Si conseguimos que trabaje contigo, puede cambiarnos la vida. Conoce a lo mejor de lo mejor y nos pondrá en contacto con el ingeniero de sonido T. K. Reid. No puedes tener más suerte, literalmente — exclamó Trevor cuando cogimos el taxi que nos llevaría al estudio de Londres.

Mi madre miraba por la ventana y hacía fotos de todos los edificios ante los que pasábamos. Hacía unas semanas que habíamos llegado a Londres y yo no había parado de trabajar. Cuando no estaba en un estudio o en una reunión con posibles productores, estaba en casa estudiando con mi madre.

Cuando tenía un minuto libre, le escribía a Elliott. Era la única forma de comunicarnos y, por la diferencia horaria, me levantaba muchos días con un mensaje nuevo suyo esperándome y me acostaba deseando haber recibido alguno más.

—Cuando lleguemos a la reunión, déjame hablar a mí, ¿vale? —me dijo Trevor mientras se arreglaba la corbata. Debía de ser una reunión muy importante.

Trevor era el polo opuesto de Ray. Parecía una víbora y actuaba como tal. No tenía ningún lado amable.

—¿Puedo entrar en la reunión? —preguntó mi madre.

Trevor hizo una breve mueca de asco.

—No lo sé, Heather. Creo que será mejor que... Bueno, que lo dejes en manos de los profesionales. —Le guiñó un ojo.

—Quiero que entre —le contradije mientras miraba por la ventana al pasar cerca del Big Ben.

—Pero... —empezó a decir Trevor. Lo miré.

—Si mi madre no entra, yo tampoco.

—No, no pasa nada, Jasmine. Seguramente me entrometería demasiado y estorbaría —dijo mi madre medio en broma, mirándome—. Trevor estará contigo. Todo irá bien.

Se lo discutí, pero sabía que no iba a ponerse en contra de él. A diferencia de Ray, Trevor no toleraba los ataques de mi madre. Cuando lo atacaba, él respondía con más fuerza.

Actualicé el correo para ver si había recibido algo de Elliott durante los cinco minutos que habían pasado desde que lo había mirado, pero nada. Aunque solo eran las tres de la mañana en Nueva Orleans, deseaba que ya estuviera despierto para hablar con él.

—¿Cuánto hace que actúa? —le preguntó Mickey Gable a Trevor en referencia a mí, de pie, apoyado en su mesa. Hacía rodar un lápiz entre los dedos mientras me repasaba de arriba abajo.

—Seis años —respondió Trevor—. Lleva cantando profesionalmente seis años.

—¿Y cuántos años tiene? —inquirió, y me miró con fijeza a los ojos, aunque le hablaba a él.

—Dieciséis.

Mickey levantó una ceja y me miró de arriba abajo.

—Pasaría por una de diecinueve.

—Es por el maquillaje. Siempre podemos rebajarlo un poco si hace falta —le dijo Trevor.

Los ojos de Mickey no dejaban de repasarme entera. Crucé los brazos y las piernas, incómoda. No me gustaba nada que hablasen de mí como si no estuviera en la misma habitación que ellos. No me gustaba no poder hablar por mí misma. No me gustaba que Trevor —un completo desconocido— hablara por mí.

—No, no, queremos que parezca mayor. Así llamará más la atención. —Mickey sonrió como un tonto—. ¿Cuánto pesa?

—¿Por qué no me lo pregunta a mí? —intervine.

Trevor me pellizó el brazo y me dirigió una mirada severa.

—Pesa cincuenta y nueve kilos.

—Que pierda siete.

—Pero mido un metro setenta y cinco —le discutí.

—Es verdad, que pierda nueve.

—¿Qué tiene que ver todo esto con mi carrera? —pregunté, molesta.

—Es el mundo de la música, cielo. Todo esto es tu carrera —dijo Mickey.

Sacó un paquete de tabaco y se puso un cigarrillo entre los labios. Le ofreció uno a Trevor y él lo aceptó.

Qué asco me daba el humo del tabaco.

—A ver, explícame qué género canta —prosiguió Mickey.

Y así siguieron durante mucho rato. Hablaron sobre mis defectos y mis talentos, sobre la dirección que creían que podía tomar mi carrera. Me cansé de todo eso y, de vez en cuando, le echaba una mirada furtiva al móvil para ver si me había llegado un correo de Elliott.

No, por supuesto.

«Todavía estará durmiendo».

—¿Y baila? —preguntó Mickey.

—¿No quiere oírme cantar? —los corté, cansada de escucharlos hablar.

Mickey me dirigió una mirada severa.

—Disculpa, señorita. Aquí hay dos hombres mayores hablando.

—Sobre mí —le contesté. Trevor me dirigió una mirada que decía «cállate», pero me daba igual—. Habla sobre mí y sobre mi carrera, pero ni si quiera ha querido oírme cantar.

—¿Y qué tiene que ver tu voz con todo esto?

—Es el único motivo por el que estoy aquí, para cantar.

Mickey se rio.

—Es el mundo de la música, cielo. Cantar no tiene nada que ver con tu carrera.

Trevor se acercó a mí y negó con la cabeza.

—Deja que yo me encargue de esto, niña. Estoy de tu parte.
Yo no le creí.

Volvieron a su conversación y refresqué el correo de nuevo. Me dio un salto el corazón cuando vi que tenía un correo de E. Adams en la bandeja de entrada.

Asunto: 3 de la mañana

Jazz:

Me he despertado para ir al baño y en el despertador ponía que eran las 3:33 de la madrugada. Entonces, he pensado en tí. ¿Qué hora es allí? ¿Las nueve de la mañana? Tienes la reunión con ese productor tan importante, ¿no? Irá genial. Estarían locos si no quisieran firmar un contrato contigo.

Te echo de menos.

Eli

Asunto: Re: 3 de la mañana

Eli:

Estoy en la reunión ahora. Aquí son casi las diez de la mañana. El tío ni siquiera me mira. Solo le interesa cómo vender mi marca.

No sabía que tenía una marca.

Yo solo quería cantar soul.

Trevor parece muy feliz.

Yo te echo más de menos. Vuélvete a dormir.

Jazz

Asunto: Re: Re: 3 de la mañana

No puedo volverme a dormir.

Diles que solo cantas soul.

Diles que el pop es una mierda.

Cuéntales tus verdades.

Y tú, ¿eres feliz?

Eli

Asunto: ¿Feliz?

¿Que si soy feliz? Sí.

Jazz

Asunto: Re: ¿Feliz?

Mentirosa.

Eli

Asunto: Re: Re: ¿Feliz?

Buenas noches, Elliott.

Jazz

P. D.: Escucha a Etta James, a mí siempre me ayuda a dormir.

Asunto: Re: Re: Re: ¿Feliz?

Buenos días, Jasmine.

Eli

P. D.: Tú escucha a Tupac, a mí siempre me ayuda a mandar al mundo a la mierda.

Asunto: P. D.

¿Jasmine?

Eli

Asunto: Re: P. D.

Dime, Elliott.

Jazz

Asunto: Re: Re: P. D.

Creo que eres preciosa.

Creo que eres increíblemente preciosa.

Por dentro y por fuera.

Eli

Ah, y también: te quiero.

Asunto: Primera vez

Es la primera vez que me lo dices.

Jazz

Asunto: Re: Primera vez

Ya lo sé.

Eli

Asunto: Re: Re: Primera vez

¿Elliott?

Jazz

Asunto: Re: Re: Re: Primera vez

Dime, Jasmine.

Eli

Asunto: Re: Re: Re: Re: Primera vez

Creo que tienes una voz preciosa.

Hasta cuando te tiembla.

Jazz

Ah, y yo también te quiero.

Capítulo 14

Elliott

—¿Sabes lo que les pasa a los chivatos? —murmuró Todd al pasar junto a mí y empujarme un poco el hombro.

Me acosaba todos los días, pero de una forma mucho más silenciosa. Casi como si tuviera miedo de que lo pillaran. Y sus amigos igual. Lo único que me llamaban era chivato, porque le había contado a mi madre lo de Katie.

A mí me daba igual. Mientras mi hermana estuviera bien, soportaría que me llamaran chivato.

Actualicé el correo para ver si había recibido algo de Jasmine. Siempre que lo refrescaba, esperando ver una respuesta, se me hacía un nudo en la garganta.

Cuando no recibía nada, releía sus correos anteriores.

Con eso me bastaba.

El tío TJ seguía haciéndome ir a la esquina a tocar los sábados, aunque yo ya no quería ir sin ella.

—La música tiene que convivir con los corazones rotos, Elliott. Si no, ¿cómo se iba a curar la gente?

Yo tocaba en la esquina y todo el mundo me aplaudía como siempre, pero los aplausos parecían un poco más flojos sin ella allí. Un poco más solitarios.

Sin embargo, el tío TJ tenía razón. La música me ayudaba. Sentarme en el contenedor de detrás de los bares era una forma de desconectar del mundo. Escuchar cómo sonaba la música me daba una paz más que suficiente. Allí detrás era donde me imaginaba cómo sería verla otra vez. Cómo sería abrazarla.

Jasmine Greene era la chica que se suponía que nunca podría tener y, si tenía la oportunidad de volver a verla, sabía que no la dejaría escapar.

—¿Sabes lo que les pasa a los chivatos?

Estaba mirando el cielo oscuro cuando Todd y sus amigos se me acercaron por el callejón. Me puse tenso y salté del contenedor para salir corriendo, pero uno me cogió por el brazo.

—¿Dónde vas tan deprisa? —me dijo Todd—. Hace semanas que te lo pregunto y creo que ya es hora de que nos contestes, Esmirriado. ¿Qué les pasa a los chivatos? —me preguntó mientras dos tíos me sujetaban, de espaldas al contenedor. Todd me dio un puñetazo en la barriga y me quedé sin aire—. Los chivatos lo pagan con la vida.

—N-n-no, p-p-por favor —les supliqué, pero les dio igual. Iban claramente borrachos o colocados, o las dos cosas.

—Cógele el móvil —le ordenó Todd a uno de los chicos mientras yo seguía revolviéndome para escapar de su agarre.

Me lo cogieron y Todd lo abrió.

—Voy a hacer una llamada rapidita —dijo. Llamó a un número en concreto y entré en pánico mientras esperaba a que le contestaran, pero ¿quién?—. Hola, ¿Katie? Sí, soy Todd. El Esmirriado me ha dejado el móvil un momento. Deberías venir a recogerlo. Dice que no tiene cómo volver a casa.

—K-katie, ¡no! —grité, y uno de los chicos me dio un golpe contra el contenedor y me ordenó que me callara.

—Vaya, qué lengua tan sucia tienes. ¿Conoces el callejón sucio donde el perdedor de tu hermano está siempre? Sí, ven sola. Te juro que si vienes con alguien te arrepentirás.

Yo seguía gritando mientras los chicos me sujetaban. Me daba igual cuántas veces me pegaran. Me daba igual cuántas veces me dijeran que me callase.

«Por favor, Katie. No vengas».

Cuando colgó, Todd me sonrió con malicia.

—¿Ves, Esmirriado? Cumpló mis promesas. Voy a follármela delante de ti.

Yo seguía gritando, porque necesitaba que alguien me oyera por encima de la música de Frenchmen Street. Necesitaba que alguien se diera cuenta. Necesitaba que alguien viniera a salvarme. Quien fuera, menos mi hermana.

—Joder, cállate ya —rugió Todd—. Metedlo en el contenedor. Así se callará.

Abrió la tapa del contenedor y los otros me alzaron. Uno me cogió por los tobillos y el otro me agarró con fuerza de las muñecas. Me levantaron del suelo y me lanzaron al contenedor. Mientras me daba prisa en ponerme de pie para salir, cerraron la tapa y saltaron encima.

Empujé la tapa con las manos para levantarla, pero no lo conseguí.

«No soy lo bastante fuerte.

No soy lo bastante fuerte».

Oí sus risitas y sus carcajadas. El olor de la comida podrida me provocaba arcadas, pero me esforcé por no vomitar. Mi principal y única preocupación era asegurarme de que a Katie no le ocurría nada.

Pasó un rato y yo seguía encerrado en el contenedor, asqueado por lo que me rodeaba, asqueado por lo débil que era, asqueado conmigo mismo.

—Ya era hora —resopló Todd.

Me incorporé un poco y puse la oreja.

—¿Dónde está?

«Katie.

No...».

—No te preocupes por él, tu hermano es una basura —bromeó Todd, y luego unas manos golpearon el contenedor.

—¡Eli! —Katie parecía aterrorizada, pero yo no quería que se preocupara por mí.

—¡Corre, Katie! —grité a todo pulmón.

—No me voy a ir —respondió—. No te preocupes, voy a llamar a la policía.

—No, espera, creo que antes deberíamos hablar.

—¡Devuélveme el móvil, gilipollas! —gritó ella.

Todd se rio.

—¿Sabes que mis padres me han quitado el coche por el numerito que montó el imbécil de tu hermano?

—Bueno, puede que, si no fueras un cerdo, no te hubieras metido en líos —gruñó Katie sin que le temblara la voz.

Me encantaba que no le tuviera miedo a nada. Después de lo que le había pasado, siempre iba con la cabeza alta cuando se enfrentaba a alguien.

—Así que sabes usar la lengua, ¿eh? ¿Qué más sabes hacer con ella? —se insinuó Todd.

Golpeé la tapa del contenedor y grité, con las venas del cuello hinchadas y las manos sangrando. Clavé las uñas y le di puñetazos. La piel de los nudillos se me agrietó y se me peló. Tenía el cuerpo dolorido y magullado del huracán que había intentado crear para escapar de aquella jaula, pero nada funcionó. Usé todo lo que tenía, usé cada parte de mi cuerpo para intentar escapar y, aun así...

«No soy lo bastante fuerte.

No soy lo bastante fuerte».

—¡Suéltame! —gritó Katie.

Saber que la estaba tocando me encendió de rabia, pero seguía sin poder mover la tapa.

—Qué tal si usas esa boca para algo que no sea hablar, ¿eh? Sé que a mi hermano le encantaba tu boca —le dijo Todd antes de que lo oyera gritar de pánico—. ¿Qué coño?

—¿Qué ha pasado? —le preguntó uno de sus amigos, que bajó del contenedor de un salto.

Aproveché para golpear la tapa una vez más. Seguía sin poder abrirla.

—¡La muy puta me ha echado espray de pimienta! —exclamó—. Joder, me las va a pagar. ¡Cógela, Tim! ¡Y, Ryan, ni se te ocurra bajar del contenedor!

Se oyó un fuerte escándalo. Katie se esforzaba por escapar de sus garras.

—¡Soltadme! ¡Soltadme! —Mi hermana luchaba, intentando llegar hasta mí mientras yo trataba de llegar hasta ella, pero todo era en vano. Nada de lo que yo intentaba funcionaba—. ¡No! —gritó—. No, por favor —suplicó.

Y entonces, su voz desapareció.

—Todd, tío, la estás ahogando —masculló uno de los chicos.

—¡Cállate, Ryan! ¡Sé lo que hago! —le escupió Todd.

—¿Qué coño haces, tío? —dijo Tim. Sonaba conmocionado.

—Es una puta —dijo Todd.

—¡No respira! —gritó Ryan, y sentí cómo saltaba del contenedor.

Empujé la tapa y vi cómo Tim y Ryan hacían lo que podían para quitar a Todd de encima de mi hermana. Con una mano la agarraba con fuerza del cuello y, mientras ella intentaba coger aire, él le metía la otra mano en los pantalones.

«No».

Todd le dio varios golpes contra la pared de cemento mientras Katie intentaba quitarse sus manos de encima.

Salí corriendo del contenedor justo cuando los chicos obligaron a Todd a dejarla. Vi el cuerpo de mi hermana caer al suelo. Vi la sangre salir de dónde le había golpeado en la cabeza. Vi el pánico en los ojos de los chicos mientras miraban su cuerpo inmóvil.

—¡Tío! —gritó Ryan con los ojos llenos de terror—. ¿Qué coño has hecho?

Me lancé sobre Todd en el momento en el que mis pies tocaron el suelo. Lo tumbé, le grité, le chillé y lloré sin poder pensar. Era más grande que yo, todos lo eran, pero no me importaba. Mis puños volaban hacia su cara sin tregua. Su sangre me cubrió las manos mientras le daba puñetazos. No tenía ni idea de lo que hacía, pero necesitaba hacerlo sufrir. Quería que dejara de respirar. Necesitaba hacerle el mismo daño que él le había hecho a mi hermana. Tim y Ryan salieron corriendo y Todd me dio un fuerte empujón. En el momento en el que salí volando, él huyó por el callejón.

Me puse de pie con dificultad y corrí hacia Katie. Respiraba muy flojito y tenía los ojos muy abiertos, llenos de pánico.

—Eli —murmuró, y yo la abracé.

—No pasa nada —le dije. Cuando noté la sangre en los dedos al tocarle la parte de atrás de la cabeza, entré en pánico—. Estás bien, estás bien.

Empezó a cerrar los ojos y la sacudí.

«No...».

—Q-quédate, Katie, q-quédate. —Busqué el móvil en su bolso, pero Todd se lo había quitado.

Barrí el suelo con la mirada y encontré el mío. Los chicos lo habían dejado tirado. Corrí hasta él y llamé a emergencias. Rápidamente, volví con Katie. Me la puse en el regazo y ya no la volví a dejar ir. Su respiración se iba debilitando y yo estaba cada vez más asustado. No me acordaba de lo que le había dicho a la operadora.

La persona que había al otro lado del teléfono me hizo una pregunta y no recordaba haberla respondido. No me acordaba de nada. Me sentía completamente anestesiado. Todo mi yo moría de pena.

—No —supliqué mientras la abrazaba y me acercaba su cuerpo inmóvil—. No, no, no, p-por favor, Katie, por favor —le grité mientras la operadora me decía que mandaba a alguien hacia allí.

Una ambulancia estaba en camino, me dijeron. Una ambulancia... Una ambulancia estaba en camino...

Empecé a llorar apoyado en mi hermana, porque sabía que no iba a sobrevivir. Sabía que, cuando la ambulancia doblara la esquina, sería demasiado tarde.

—Katie, no. —Lloré desconsoladamente.

Cuando llegaron, me apartaron. Cuando llegaron, intentaron reanimarla. Cuando llegaron, la pusieron en una camilla. Cuando llegaron, me llevaron con ellos en la ambulancia. Cuando salimos de allí, certificaron su muerte.

Yo morí allí, junto a mi hermana, que era mi familia y mi mejor amiga.

Me quedé desolado para siempre cuando Todd Clause le quitó la vida a la mejor persona que jamás había conocido.

Y nada volvería a ser lo mismo.

Asunto: Que se sienta orgullosa

Siento que hace mucho que no soy yo misma. Solo canto soul por la noche y casi tengo que susurrar para que Trevor y mi madre no me oigan.

Siento no haberte escrito mucho. Mi madre me grita para que deje el móvil.

No me gusta que estés tan lejos. No me gusta no poder verte.

Hay un productor de superestrellas con el que tengo que reunirme. Es famoso por crear estrellas del pop.

He pensado una y mil veces en cómo decirle a todo el mundo que no. He pensado en salir corriendo y no volver nunca.

En volver contigo. En que volvamos a ser nosotros. En volver a cantar soul.

Pero entonces pienso en mi madre.

Puede que esto sea lo que he estado buscando todo este tiempo. Puede que, si hago esto, si consigo una carrera en el pop, se sienta orgullosa de mí.

Es todo lo que quiero.

Es todo lo que siempre he querido.

Ahora, incluso sonrío, ¿sabes? Cuando canto lo que ella quiere.

No te preocupes, todavía canto soul. Solo que un poco más bajito que antes.

¿Tú cómo estás?

Jazz

Ah, y te sigo queriendo.

Capítulo 15

Elliott

«Me puse en pie con dificultad y corrí hacia Katie. Respiraba muy flojito y tenía los ojos muy abiertos, llenos de pánico.

—Eli —murmuró, y yo la abracé.

—No pasa nada —le dije. Cuando noté la sangre en los dedos al tocarle la parte de atrás de la cabeza, entré en pánico —. Estás bien, estás bien.

Empezó a cerrar los ojos y la sacudí».

—¡Hijo! —Un grito me alejó mis pensamientos.

Tenía la cabeza hecha un lío y los recientes eventos se repetían una y otra vez.

—¡Hijo, céntrate!

Abrí los ojos de golpe.

Había dos policías delante de mí y yo estaba sentado en un banco del pasillo del hospital. Uno estaba callado y tomaba notas en una libreta y el otro hablaba mucho y no escribía. Era el que me llamaba «hijo» aunque no lo fuera.

—Hijo, necesito que lo entiendas. Nos hace falta toda la información que nos puedas dar. Necesitamos que nos des todos los detalles de lo que ha pasado. De lo que has visto. ¿Lo entiendes, hijo?

«No soy tu hijo».

Yo miraba fijamente la pared y pestañeaba de vez en cuando. Había una luz que no dejaba de parpadear en el pasillo, y cada vez que lo hacía, yo daba un saltito. «Por favor, que deje de parpadear». Las manos me temblaban y tenía la garganta seca. Cada vez que tragaba, sentía como si me hicieran un corte en la tráquea.

—Hijo, por favor. Cuanto antes tengamos la información, antes podremos avanzar en este incidente.

—N-n-n-n... —murmuré, cerrando los ojos—. No ha... No ha s-sido...

—Vamos, escúpelos —me urgió—. ¿Qué llevaban puesto? ¿Cuántos eran? ¿Los conocías? ¿Sabes quiénes son?

Mi cuerpo empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás y, cuando abrí los ojos, me miré los puños en carne viva y ensangrentados. Era mi sangre y la de mi hermana.

Volví a cerrar los ojos.

«No.

No.

No...».

Me cayeron lágrimas por la cara y el ácido del estómago me subió hasta la garganta.

No era lo bastante fuerte. Estaba muerta por mi culpa.

—Igual deberíamos tomarnos un descanso, Kenny —dijo el policía silencioso—. Esperemos a que llegue su madre. Está conmocionado.

—Pero... —balbuceó el policía que se llamaba Kenny.

—Solo será un descanso —dijo el otro, cortándolo—. Creo que lo necesita.

Cuando se alejaron, volví a mirar fijamente la pared mientras la luz seguía parpadeando sobre mí.

«Por favor, que deje de parpadear».

—Elliott —gritó mi madre mientras entraba rápidamente en la sala de espera del hospital.

Mantuve la vista fija en mis manos ensangrentadas y esperé, mientras temblaba, a que llegara. En el momento en el que la vi, me puse en pie. TJ iba unos pocos pasos por detrás.

—L-l-l-lo... —Abrí la boca y empecé a temblar más. Ni mi cabeza ni mi corazón podían componer las palabras que buscaba para pedirle perdón a mi madre. Intenté fabricarlas para suplicarle que me perdonara y que entendiera mi error—. L-l-lo...

«No.

No.

No...».

Necesitaba palabras, pero no era capaz de formarlas. Necesitaba respirar, pero no encontraba el aire.

Estaba mareado, tenía náuseas y la vista se me empezó a nublar. Cuando estaba a punto de caer al suelo, mi madre me abrazó y me apretó contra ella, pero eso no impidió que los dos cayésemos con un inmenso dolor en el corazón.

—No, no, no —gritó mi madre, abrazándome—. Mi niñita no, mi niñita no. —Lloró desconsoladamente.

TJ intentó ayudarnos, pero no pudo. No había forma de volver a unir los pedazos.

Al darse cuenta de que estaba viviendo la peor pesadilla de un padre, a mi madre empezó a faltarle el aire. Se perdió en el suelo del hospital y nada consiguió ayudarla, porque, una vez que un padre pierde a su hijo, se pierde a sí mismo. No había forma de arreglar un corazón roto que había latido por un hijo. No había forma de consolar a una persona a la que le acababan de robar su mundo.

No había forma de arreglar nada.

Mientras mi madre hacía todo lo que podía por consolarme, yo hacía todo lo que podía por abrazarla fuerte. Ninguno de los dos volvería a estar bien. Algo se había roto en nuestro interior y ya no se podía arreglar. Ese algo estaría destrozado para siempre y sería imposible saber qué era sentirse vivo.

Ese algo eran nuestros corazones.

Mi corazón dejó de latir en el momento en el que Katie dejó de vivir por mi culpa.

El de mi madre dejó de latir en el momento en el que descubrió la verdad.

Yo nunca me lo perdonaría.

Y tampoco esperaba que mi madre lo hiciera.

Allí, sentados en el suelo, rotos, destrozados, conseguí pronunciar las únicas palabras que me rondaban la cabeza. Con lágrimas que me resbalaban por las mejillas y la garganta quemada, conseguí decir las cuatro palabras que nunca serían suficientes. Las cuatro palabras que me perseguirían cada día desde ese momento.

—Lo siento mucho, mamá. Lo siento mucho, mamá. Lo siento mucho, mamá.

Seguí repitiéndolo una y otra vez y, aun así, parecían palabras vacías.

Asunto: 7 442 km

Eli:

Hola. No sé nada de ti, pero supongo que estás ocupado. Yo también he estado algo ocupada, pero solo quería que supieras que pienso en ti.

Londres está a siete mil cuatrocientos cuarenta y dos kilómetros de Nueva Orleans.

Hoy he pensado en recorrerlos todos a pie para estar contigo.

Jazz

Ah, y te sigo queriendo.

Capítulo 16

Elliott

El día del funeral, me encontraba de pie delante del espejo de mi habitación, mirándome fijamente con aquel traje negro puesto. Tenía los ojos hinchados y no conseguía atarme la corbata. No paraba de darle vueltas, pero no había manera. Katie siempre lo hacía por mí.

Siempre me ponía bien la corbata.

—¿Me dejas? —me preguntó TJ.

Sabía que estaba de pie en la puerta de mi habitación, pero no le hablé. No había hablado con nadie. Las palabras me parecían inútiles. Atarse la corbata me parecía inútil.

Todo era inútil.

Dejé caer los brazos, derrotado, y TJ entró en el cuarto. Cogió las dos puntas de la corbata y carraspeó.

—Puedes hablar conmigo, ¿sabes? De lo que quieras. De todo y de nada.

Yo seguí callado.

Mi madre pasó junto a la puerta y nos miró. Se paró un segundo y abrió la boca como si fuera a hablar, pero no emitió ningún sonido. Ella tampoco había hablado mucho con nadie.

Y, especialmente, no había hablado conmigo.

Yo no sabía que unos ojos podían estar tan tristes hasta que vi los de mi madre. Para mí, ella era la Mujer Maravilla, y verla tan increíblemente destrozada era más que doloroso. Yo le había causado ese sufrimiento.

—Ya n-no me mira igual —le susurré a TJ—. Me odia.

Él frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Elliott Adams, nadie podría odiarte.

—No me habla.

—No es porque te odie. Es solo que ahora mismo no sabe cómo comunicarse.

Bajé la vista y me miré los zapatos negros, que relucían.

—¿Porque y-yo maté a Katie?

TJ negó con obstinación, me cogió la mandíbula con la mano y me obligó a mirarlo.

—Chico, si vuelvo a oír esa mentira, te arrancaré la lengua. —Mi cuerpo empezó a temblar y él me miró fijamente a los ojos—. ¿Me has entendido? —preguntó mientras me caían lágrimas por las mejillas—. ¿Entiendes que lo que ocurrió no fue culpa tuya?

—Sí —mentí, y él sabía que mentía. Los ojos de TJ se llenaron de lágrimas y me atrajo hacia sí para abrazarme mientras yo temblaba—. Tú no has hecho esto, Elliott. Esto no es cosa tuya para nada. No vuelvas a decirlo. No lo digas más —repitió una y otra vez mientras temblaba conmigo.

Y mientras me abrazaba, sentí cómo le pasaba a él también.

Se le rompió el corazón.

Vino mucha gente a la misa y eso me enfadó. Todos los «amigos» que había tenido Katie entraron en la iglesia como si no la hubieran ignorado durante todo el curso pasado. Algunos hasta tuvieron la cara de traer lágrimas consigo.

—N-no deberían estar aquí —gruñí, enfadado, con las manos en puños por su falta de respeto.

¿Cómo se atrevían a aparecer ahora, cuando tendrían que haber estado a su lado el curso pasado durante los peores momentos de su vida?

¿Cómo se atrevían a querer pedirle perdón?

¿Cómo se atrevían a hacer como si les importara solo porque ya era demasiado tarde como para cambiar algo?

—Déjalos —me pidió TJ, y me apretó el hombro—. La culpa sabe cómo devorar a las personas y ahora están arrepentidos.

—Le hicieron daño —le conté.

—Y lo saben. Y esa culpa que sienten no es algo que tengan que aclarar contigo, sino con Dios.

No fui capaz de decirle a TJ que Dios no existía. Por lo menos, no existía uno al que yo quisiera adorar después de que se hubiera llevado a mi hermana.

—Esta gente ha tomado malas decisiones, Eli. Eso es innegable. Ellos solos se lo han buscado y tendrán el resto de su vida para arrepentirse. Hoy, déjalos.

Odié a TJ en ese momento, porque siempre hacía lo correcto.

En el entierro, nos reunimos alrededor del ataúd y vi cómo bajaban a mi hermana hacia la tumba.

La vida era surrealista.

Me parecía increíble que un día todo estuviera bien y, al siguiente, alguien a quien querías se hubiese ido.

—Elliott —dijo una voz detrás de mí.

Me di la vuelta y vi a un chico pelirrojo y recordete caminando hacia mí con las manos en los bolsillos.

—Jason. —Entrecerré los ojos, confundido al ver a mi mejor amigo de pie delante de mí—. ¿Q-qué haces aquí? —le pregunté.

Se suponía que seguía en Nebraska con su madre.

Se encogió de hombros.

—Quería volver y quedarme con mi padre una temporada.

—Si odias a tu padre.

—Ya, pero tú eres mi mejor amigo —dijo muy serio—, así que voy a quedarme con mi padre una temporada.

Nunca sabría cuánto significó eso para mí. Cuando empecé a llorar, me dio unas palmaditas en

la espalda y giró la cabeza para que no viera las suyas. Katie había sido la primera chica que le había gustado. La chica con la que pensaba que terminaría algún día, cuando tuvieran la vida arreglada. Fue la primera chica que le dijo que era lo bastante bueno tal y como era y la primera que le dijo que era guapo. Él la quería y no me extrañaba.

¿Quién no iba a quererla? Era toda bondad en un mundo cruel.

—Van a... La abogada que ha contratado mi madre quiere que juzguen a esos chicos como adultos en lugar de como menores —le dije a Jason.

Hizo una mueca.

—Sigue sin ser suficiente.

—No —coincidí—, no lo es.

Que alguien se quedara encerrado en una celda no me parecía hacer justicia; no cuando se había llevado la vida de mi hermana.

Durante el resto de mi vida, yo estaría encerrado en la cárcel de la culpa. Estaría atrapado, entre las rejas de mi cabeza, incapaz de liberarme del daño que me habían hecho en el alma y en el corazón.

Y, aun así, no era suficiente.

«Para nada».

Nos quedamos en el cementerio hasta que mi madre se despidió de Katie. Hasta que yo le dije adiós.

—Cuando murió mi abuelo, recuerdo que estaba muy triste por no haber podido despedirme. Mi madre me dijo: «Nunca es un adiós, es un buenas noches, hasta que nos volvamos a despertar». —Frunció un poco el ceño y se encogió de hombros—. Nunca he entendido lo que quería decir hasta ahora. No le dices adiós para siempre, Eli. Solo buenas noches, por ahora.

Bajé la cabeza.

—Eso no lo hace más fácil.

—No —convino—, es verdad, pero algún día lo hará.

La muerte era una criatura muy extraña. Sabías que entristecía a la gente, pero no entendías de verdad el dolor hasta que no te tocaba sentirlo. Entonces, cuando veías a la extraña criatura, deseabas volver atrás en el tiempo y pedirles perdón a todos los que habían perdido a alguien cercano por no haberlos apoyado más. No sabía a quién le dolía más la muerte, a los que se iban o a los que se quedaban atrás.

A medida que pasaban los días, me iba dando cuenta de lo difícil que era superar la pérdida. Siempre había pequeños recordatorios que te hacían pensar en esa persona. Podía ser la risa de alguien en un supermercado o lo mal que se le daba bailar a otra. Podía ser el estar sentado en una habitación oscura, echar de menos el calor de esa persona y llorar a solas en la oscuridad. O podía ser que estuvieras en una fiesta rodeado de gente, de amor y de felicidad y que, de repente, te desmoronaras porque el pastel era morado y el morado era su color favorito.

En cierto modo, era como si nuestros seres queridos no se fueran nunca. Se encontraban en todo y en todos.

Todavía no estaba seguro de si eso era una bendición o un maleficio.

A mi madre le llevó siete días conseguir estar delante de mí y no llorar. Una noche, entró por la puerta de mi habitación y se cruzó de brazos.

—Lo siento —me dijo.

—Lo siento —respondí.

Se le pusieron los ojos vidriosos.

Pero, aun así, no lloró.

—No es por ti, Eli, necesito que lo sepas, pero cuando te miro... —Respiró hondo y soltó el aire con un suspiro intenso—. Tus preciosos ojos... Tienes los ojos como los de tu hermana y creo que eso hace que me resulte difícil, pero me estoy esforzando, ¿vale? Solo quiero que sepas que me estoy esforzando por mejorar. Por ti. Siempre por ti.

Se me acercó y me dio un beso en la frente.

—Eres mi mundo, ¿vale?

Asentí.

—Sí.

Después de aquella charla, mi madre venía a ver cómo estaba cada noche. Me sonreía. Era la mujer más valiente que había conocido. Me decía que nada de esto era culpa mía. Me decía que me quería. Me rogaba que no me culpara por algo que era obra del diablo. Lo decía sin derramar ni una lágrima mientras yo vertía toda mi tristeza.

Entonces, se levantaba, me besaba la frente y me decía que intentara descansar.

Después, la oía.

Intentaba esconderme sus lágrimas, pero siempre la oía llorar en su habitación.

E iba a ver cómo estaba.

Le sonreía e intentaba ser el hombre más valiente que podía. Le decía que nada era culpa suya. Le decía que la quería. Le rogaba que no se culpara por algo que era obra del diablo. Lo decía sin derramar ni una lágrima mientras ella vertía toda su tristeza.

Me quedaba con ella y me aseguraba de que se quedaba dormida. Y, entonces, me dormía allí, a su lado, porque era egoísta y no quería estar solo.

Asunto: Hola

Eli:

No sé nada de ti. ¿Estás bien? Mi madre me hace cantar en sitios en los que no quiero cantar. Intento hacer lo que me dijiste y seguir lo que me dicta el corazón, pero es como si ella no lo escuchara latir.

¿Por qué no me has escrito? Te echo de menos y estoy empezando a preocuparme.

Jazz

Ah, y te quiero.

Capítulo 17

Elliott

El instituto era diferente. Ya no me acosaba nadie.

El director Williams había dimitido de su puesto. Mi madre decía que era porque tenía remordimientos por no haber hecho nada para evitar lo que había pasado.

Cuando iba por los pasillos, todo el mundo apartaba la mirada de mí. Incluso a los profesores les costaba mirarme. Era como si, por fin, fuera invisible, como siempre había soñado. La única persona que podía verme era Jason, que no me dejaba en paz ni cuando le pedía que se fuera.

Se tomaba en serio sus responsabilidades de mejor amigo y estaba pendiente de mí cada segundo del día.

—¿Estás bien, Elliott? —me preguntaba.

—Estoy bien —respondía yo.

—¿Es mentira? —preguntaba.

—Sí —contestaba yo.

La verdad era que nunca estaría bien. Nunca sería la misma persona que antes, porque no fui lo suficientemente fuerte para salvar a mi hermana.

Mi madre me obligó a ir al psicólogo del instituto y la situación me pareció horrible. El señor Yang se sentó delante de mí y me dedicó una sonrisa triste, como todo el mundo hacía.

—Lo que te ha pasado debe de ser duro, Elliott.

—No mucho. La m-muerte es muy fácil de superar —le respondí con sarcasmo.

Mi cabeza me decía que tendría que haberle pedido perdón, pero a mi corazón ya no le importaba. Ya no me importaba nada. Mi hermana estaba muerta y era culpa mía. No habría estado en ese callejón de no haber sido por mí. No la habrían estrangulado si yo no fuera un pringado. Era casi como si hubieran sido mis manos las que la habían ahogado, y me pasaría el resto de la vida preso de esa culpabilidad.

—Tengo unos folletos para ti —me dijo el señor Yang y me los entregó.

Seguir adelante y guardar recuerdos

Los hechos de la muerte

Cómo lidiar con lo impensable

Las siete etapas del duelo

—Creo que te ayudarán —me dijo.

Claro, porque el luto se arreglaba con unos folletos.

—Señor Yang.

—Dime, Elliott.

—¿Puedo irme ya?

—Sí, Elliott.

Asunto: ¿?

Eli:

Estoy preocupada.

¿Dónde estás?

Asunto: No sé

Eli:

No sé qué ha pasado. ¿Estás ocupado? ¿Te has enfadado conmigo? ¿He hecho algo mal? Es que no me imagino qué ha podido pasar para que dejes de hablarme. Solo quiero saber si estás bien y, si no lo estás, deja que te ayude. Haré lo que sea. Te echo de menos, Eli. Te echo muchísimo de menos y no saber nada de ti me pone enferma. No sé qué hacer.

Si no me dices nada, te dejaré en paz. Si no me dices nada, desapareceré.

Por favor, dime algo.

Jazz

Ah, te sigo queriendo.

Pase lo que pase.

Capítulo 18

Elliott

Miraba los correos de Jasmine todos los días, incapaz de responder. El cursor parpadeaba y parpadeaba, pero yo no era capaz de escribir que Katie ya no estaba. Tampoco era capaz de ponerme en una situación en la que Jasmine pudiera consolarme.

Sabía que, incluso a siete mil cuatrocientos cuarenta y dos kilómetros de distancia, me haría sentir mejor, y no quería sentirme mejor.

Algo me quemaba las entrañas desde que Katie había muerto y quería que siguiera siendo así para recordarme que yo era el responsable.

Nunca se lo dije a nadie, porque todos me habrían dicho que no era culpa mía, pero, en la cabeza, en el corazón y en el alma, sabía la verdad. Y ese sufrimiento me acompañaría cada día.

Con el tiempo, los mensajes de Jasmine empezaron a molestarme. Su consideración, su preocupación, su corazón y su esperanza me fastidiaban.

Yo no quería saber nada de la esperanza. No quería saber nada de sentir felicidad ni por un solo segundo, porque me merecía la tristeza.

También me leí los estúpidos folletos. Unas veinte veces cada uno.

El que más leí fue *Las siete etapas del duelo*.

Me parecía interesante cómo lo planteaban con tanta claridad.

Primero estaban la conmoción y la negación.

Eso lo sentí al principio, pero pronto pasé a la segunda etapa: el dolor y la culpa. El dolor nunca desapareció, pero fue mudando en la emoción de la tercera etapa: la ira.

La ira me dominó. Estaba enfadado con el mundo y enfadado conmigo mismo por no haber sido lo bastante fuerte para ayudar a Katie y por no haber sido lo bastante hombre como para salvarla.

Entonces llegó la soledad.

Y ahí es donde fracasé con las siete etapas del duelo.

Iba y volvía entre la ira y la soledad.

No avancé hacia la mejoría, la reconstrucción ni la aceptación.

Me recreaba en la oscuridad de mi gran dolor. Me aparté del mundo. Cada día me volvía más oscuro. Cada día me perdía más.

En lugar de tocar música, empecé a hacer flexiones.

En lugar de ir a Frenchmen Street, empecé a levantar pesas.

«Seré lo bastante fuerte.

Seré lo bastante fuerte...».

Con los años, mi cuerpo cambió. Me obsesioné con ser fuerte. Cada día levantaba más kilos, cada noche sentía menos. Hacía cualquier cosa que me hiciera ganar peso y músculo. Me esforzaba todos los días por ser más fuerte.

Crecí.

Cambié.

Me esforcé.

Me transformé.

Y, de algún modo, perdí todo lo que me hacía ser yo.

Me volví solitario, porque, si nadie se me acercaba, no podrían hacerles daño. Me convertí en el espectro de un hombre que estaba en el mundo pero que ya no formaba parte de él.

La música que había en mí murió el día que mi hermana se fue, y la melodía de mi corazón se volvió silencio.

Capítulo 19

Jasmine

No volví a saber nada de Elliott.

No volví a besar los labios del chico que me quería. No volví a ver esos ojos de color avellana. No volví a recibir ningún correo suyo donde me decía que me echaba de menos.

Pasó el tiempo y la vida se volvió más difícil, más dura y más *oscura*.

Más oscura de lo que pensé que podría ser. Durante aquellos años, los únicos rayos de luz llegaban cuando Ray me llamaba o me escribía correos. Nos llamábamos por FaceTime dos veces por semana y me preguntaba lo mismo al principio de cada conversación:

—¿Has tenido un buen día, Blancanieves?

Algunos días, esas palabras eran suficientes para hacerme llorar, pero nunca dejaba que lo oyera.

—Sí —le decía siempre—. Todo va bien.

Mentía cada vez y él sabía que era mentira, pero nunca insistía. Sabía lo mucho que me esforzaba por contentar a mi madre. Sabía lo importante que era para mí que se sintiera orgullosa. No entendía mi necesidad de conseguirlo, pero la respetaba.

Mientras empezaba a labrarme una carrera en el mundo de la música, todo lo demás se desmoronaba a mi alrededor. Era horrible despertarme y saber que iba a entrar en un estudio e iba a perderme a mí misma dentro de una industria que no estaba hecha para quererme tal y como era.

Trevor tampoco me lo ponía fácil.

Le encantaba decirme cuáles eran mis defectos y ordenarle a mi madre que los arreglara.

Ray tenía razón sobre él: era una víbora. Todo él me hacía estremecer, desde su sonrisa malévolá hasta la forma en la que me ponía la mano en la parte baja de la espalda cuando me presentaba a alguien.

Cuando le decía a mi madre lo incómoda que me hacía sentir, ella me reñía.

—Todo lo que hace es por ti, Jasmine. ¿Cómo te atreves a hablar así de él?

Con Trevor, actuaba de un modo diferente que con Ray. Siempre lo apoyaba, por muy equivocado que estuviera. Lo miraba con admiración. Era todo lo que siempre había deseado. Era totalmente opuesto a Ray y esa era la razón por la que yo lo odiaba y mi madre lo quería. Lo quería muchísimo, aunque su amor por ella era, como mucho, mediocre.

Lo único que yo deseaba era que me prestara la misma atención que le prestaba a él.

Era todo lo que quería.

Cada día que pasaba, era más fácil olvidar lo bueno, olvidar el amor, olvidar el calor y olvidar a Elliott. De adolescente, creía que había vivido las partes más duras de mi vida. Cuando crecí, hubiese dado cualquier cosa por volver a ser pequeña y a esos días en los que un chico roto quiso a una chica estropeada.

Pero la vida no era así. El mundo estaba decidido a hacerme añicos hasta que mi cuerpo se convirtiera en un templo de cicatrices pasadas.

Viví en Londres seis años, y no debí haberme quedado ni un día.

Me dediqué al pop cuando mi espíritu me pedía soul. Por ella. Cada decisión que tomé en la vida fue por mi madre. Permití los comentarios humillantes porque ella me decía que solo eran palabras. Dejé que hombres mayores me pusieran las manos en los hombros, en la espalda y en las curvas porque ella decía que eso formaba parte de aquel mundo.

—Entérate de cuál es tu lugar, Jasmine —me dijo una noche que pasé llorando porque un productor me había manoseado el culo—. Ya sabías en lo que te estabas metiendo.

Eso era mentira, pero ella se lo creía.

Yo ya no era una persona o, por lo menos, no lo era para ella.

A veces, me sonreía cuando cantaba, pero sabía que no era a mí a quien veía, sino a la marca.

Mi madre quería a la marca, pero nunca me quiso a mí.

A menudo me preguntaba si veía a los hombres que teníamos alrededor y si veía la forma en que me miraban. Me preguntaba si se daba cuenta de los abrazos largos, de las manos que se extraviaban por mi cuerpo y de los silbidos. Me preguntaba si los ignoraba porque estaba obsesionada con el objetivo, porque quería éxito más que nada en el mundo y porque no quería morder las manos que le daban de comer.

Sabía cuál era su lugar.

Sabía en lo que se había metido.

Me preguntaba si le importaba cómo me estremecía, mi dolor de garganta, mis largas duchas para deshacerme de lo que había vivido a lo largo del día y las lágrimas que derramaba hasta quedarme dormida cada noche. Me preguntaba si yo le importaba lo más mínimo.

Era una mujer de negocios que ignoraba las sombras que había tras las puertas cerradas. Se centraba en mis talentos y en mejorarlos cada día. Más talentos me darían más oportunidades, más oportunidades me traerían más fama, y más fama significaba que, quizá, mi madre estaría orgullosa de mí.

Con cada día que pasaba, su orgullo dejaba de importarme un poco. Cada día me repetía mi palabra favorita: «No».

Nunca se me hizo fácil decirla. Nunca me insensibilicé y la palabra nunca careció de sentido cuando se la decía a alguien que se tomaba la libertad de ponerme las manos encima. Nunca se me hizo más fácil que me miraran de arriba abajo cuando entraba en una sala, que me juzgaran por todo lo que era y todo lo que no era y que susurraran mientras me quedaba allí de pie.

«Es sexy. Está buena. Seguro que cantar no es lo único que sabe hacer con esa boca».

Acababa de cumplir los veintidós y conocía la humillación mejor que nadie. Sabía lo que se

sentía al estar de pie en una habitación, vestida, y que me dijeran que quería llamar la atención y que iba provocando cuando no hacía nada de nada. Sabía lo que se sentía cuando alguien me decía que tendría más éxito si enseñaba más tetas y más culo en los conciertos.

Siempre llevaba la mano cerrada alrededor de la llave que colgaba de mi cuello cuando iba a los sitios y hacía mi trabajo. Seguía con la ropa puesta, la voz baja y repitiéndolo:

«No.

No.

Para.

No hagas eso».

Pero no evitó que me denigraran, que me llevaran de un concierto a otro, de una reunión a otra y que me usaran como moneda de cambio, como si fuera un objeto muy preciado y no una persona. Mi madre lo permitía todo. Yo era su estrella reluciente. Iba a ser todo lo que ella no había podido ser, porque eso es lo que teníamos que hacer los hijos, me decía.

Teníamos que ser mejores que nuestros padres.

«Yo ya soy mejor que mi madre».

Si tenía hijos, nunca los trataría así. Los querría y los protegería pasara lo que pasara.

Yo no había buscado aquello.

No sabía en lo que me metía cuando entré en la industria musical.

Lo que sí buscaba era a mi madre. Buscaba su amor, su respeto y su corazón. Con el tiempo, me di cuenta de que nunca los encontraría, por mucho que lo intentara.

En todas las historias, la persona llega a un límite. Todo el mundo llega a un punto de inflexión y yo llegué al mío el 30 de julio de 2017.

El 30 de julio de 2017, las voces de mi cabeza se volvieron demasiado fuertes. El 30 de julio de 2017, hice las maletas en mitad de la noche. El 30 de julio de 2017, mi corazón me gritó que corriera. Y corrí.

Corrí tanto como pude.

Y luego corrí un poco más.

El 30 de julio de 2017, me compré un billete de ida.

El 30 de julio de 2017, me senté en un avión.

El 30 de julio de 2017, con el corazón dolorido y cicatrices en el alma, por fin, volví a casa.

Segunda parte

«Las cosas que queremos de verdad siempre están con nosotros, encerradas en nuestro corazón mientras nos quede vida».

Josephine Baker

Capítulo 20

Jasmine

Cuando pensaba en mi casa, no pensaba en un sitio. Pensaba en personas. En los que me habían convertido en la mujer que era, los que me habían querido con mis cicatrices y me habían dicho que esas cicatrices eran bonitas y los que me habían dejado cometer errores y me seguían queriendo.

Esa era mi casa.

No era una gran multitud. Era pequeña y compacta. Otros quizá la vieran y pensarán que yo era desafortunada, pero no era cierto. Tenía mucha suerte, porque siempre había tenido esa pequeña casa a la que volver si necesitaba un lugar al que huir. Muchas personas no tienen casa ni a nadie en sus vidas a quien acudir cuando lo necesitan.

Si tienes a una persona que te sujete cuando caes al vacío en la vida, eres de los más afortunados.

Y yo, tras años de caer en picado, ya casi había tocado fondo. Cuando estaba aterrada por el golpe, ahí estaban para sujetarme.

Ahí estaba mi casa, lista para acogerme con los brazos abiertos.

Salí del aeropuerto Louis Armstrong de Nueva Orleans y sentí un nudo en el estómago y el corazón desbocado, sin querer bajar el ritmo. Cada paso que daba me acercaba más a los momentos más felices de mi vida. Cada segundo era una oportunidad para empezar de cero.

Había pasado los últimos seis años intentando hacer feliz a mi madre. Intentando cumplir su sueño. Intentando que se sintiera orgullosa. No lo había conseguido ni un solo día por más que lo había intentado, y lo había hecho con todas mis fuerzas.

Con el tiempo y a base de sufrimiento, comprendí la realidad más dura de todas: el amor es algo que no se puede forzar, por más que lo intentes. No puedes obligar a alguien a quererte, a estar orgulloso de ti ni a preocuparse por ti. Lo único que tienes es el poder sobre tu alma y el poder de descubrir lo que hace que te lata el corazón.

Era hora de pensar en mí misma, aunque se me rompiera el corazón porque aún quería a mi madre más que a nada. Esa era otra dura lección de vida: no se puede dejar de querer a alguien a voluntad. El amor se queda todo el tiempo que quiere, tanto si te gusta como si no.

Al otro lado de la calle, vi una cara llena de amor que me moría por ver desde hacía mucho. Dejé las maletas en la acera, empecé a correr hacia él, salté a sus brazos y lo abracé con mucha

fuerza.

Él me devolvió el abrazo todavía más fuerte y me susurró al oído:

—Hola, Blancanieves.

Yo intenté retener las lágrimas que me inundaron los ojos mientras lo apretaba todavía con más fuerza.

—Hola, Ray.

Fuimos en su coche a su casa, un piso tres veces más grande que el que teníamos hacía seis años. Era precioso. Contaba con tres habitaciones, dos baños y una cocina del tamaño de México, techos altos, arte moderno y muebles caros.

Ray me llevó las maletas. Yo no podía dejar de sonreír.

—Se cobra bien al pasarse a lo comercial, ¿no? —le pregunté todavía sonriendo.

Con los años, el grupo de Ray había triunfado y tenían una carrera musical increíble.

Me devolvió la sonrisa.

—Medio comercial, que es diferente. No soy Adam Levine, pero tampoco me va mal.

—Esto parece mejor que no irte mal, Ray.

Se le ensanchó la sonrisa.

—Todo va sobre ruedas cuando encuentras una discográfica que no quiere convertirte en algo que no eres pero que te sigue pagando lo suficiente como para comprarte un piso decente. Venga, quédate con la habitación grande —me ofreció.

Yo puse los ojos en blanco.

—No voy a quedarme con la habitación grande.

—Venga, Blanca, yo solo... —Su voz se apagó cuando se giró para mirarme.

Se cruzó de brazos y me dedicó una media sonrisa.

—¿Qué pasa?

Se le humedecieron los ojos y se llevó las manos a la nuca.

—Nada, que te has hecho mayor.

Yo cambié el peso de pierna y negué con la cabeza.

—Ray, no me hagas llorar. Últimamente, lloro demasiado.

Asintió y sorbió un poco por la nariz.

—Es que... Joder, estoy muy contento de que estés aquí, Blanca.

—Yo también —coincidí.

Agarró las asas de las maletas y caminó hacia el otro lado del pasillo.

—Y te quedas con la habitación grande, no hay peros.

Intenté negarme, pero Ray no pensaba aceptar un no por respuesta. Cuando entramos, no pude contener las lágrimas. En la cama había seis tarjetas y seis cajas envueltas en papel dorado de regalo y con lazos plateados.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

Él me dio un codazo suave.

—Me he perdido seis cumpleaños y estos son tus seis regalos.

—Ay, Ray... —murmuré, y lo volví a abrazar. Esta vez le mojé la camiseta con las lágrimas

—. Gracias. Por todo: por los regalos, por la habitación y por acogerme.

Él sonrió y me dio un beso en la frente.

—Bienvenida a casa, Blanca. Te dejo descansar.

«A casa».

Hacía mucho que no estaba en casa.

Me senté en la cama y abrí primero las tarjetas; el corazón casi no me cabía en el pecho a medida que iba leyendo sus palabras. Cada una tenía una imagen de Blancanieves y, dentro, había palabras escritas para mí a lo largo de los últimos seis años con las que me deseaba feliz cumpleaños y me decía que le habría gustado estar conmigo para celebrarlo juntos.

Al abrir los regalos, me di cuenta de que se complementaban. La primera caja contenía una pulsera de colgantes y las siguientes contenían los colgantes: un micrófono, un corazón, una nota musical, un copo de nieve y la letra «J». Enganché los colgantes a la pulsera y me la puse.

Ray siempre me había cuidado, hasta cuando no estaba físicamente a mi lado. Durante los años que había pasado con mi madre en Londres, me había dicho que podía contar con él cuando más lo necesitara. Y, cuando ya no pude más, cuando necesitaba un lugar al que huir, volví con él, a la ciudad que era mi hogar.

No saqué nada de las maletas. Solo abrí una, cogí un pijama y me fui directamente a la cama. Al cerrar los ojos, por primera vez en mucho tiempo, dejé que mi corazón magullado descansara. No le di vueltas a mi vida ni a mi situación ni a nada. Descansé, que era lo que más falta me hacía. Me metí en la cama, cerré los ojos y me dormí.

Se me había olvidado lo bien que sentaba dejar que la mente descansara.

Me desperté a la mañana siguiente con rayos de luz que entraban por la ventana, bailaban por la habitación y me calentaban los brazos. Durante una fracción de segundo, me alarmé por estar en aquella habitación extraña y me incorporé de golpe. Me froté los ojos para quitarme el sueño y suspiré, aliviada.

«Estoy bien, estoy en casa».

La barriga me rugió cuando percibí el olor a beicon quemado. Salí de la cama y fui a la cocina, donde Ray intentaba preparar el desayuno sin mucho éxito.

—¿Qué haces? —Me reí mientras él le daba la vuelta a unas tortitas que ya no eran comestibles.

Se dio la vuelta para mirarme. Tenía la cara llena de masa de tortitas. Yo no podía dejar de reír.

—Estás fatal. Y esto huele peor.

Él soltó una risita.

—Solo quería cocinarte un desayuno de bienvenida.

Me acerqué y cogí el beicon quemado.

—Joder, desde luego, bien cocinado sí que está.

—Esa boca, Blanca.

—Perdona, Ray. —Le di un bocado al beicon e hice una mueca—. ¿Qué te parecerían unos *beignets* de bienvenida en el Café du Monde? —le propuse.

Fue muy divertido oír cómo soltaba un suspiro de alivio.

—¡Sí! Los *beignets* son un desayuno de bienvenida mucho mejor. Pero, antes de celebrarlo...

—Me llevó hasta la sala de estar y nos sentamos—. ¿Te ha llamado tu madre?

Negué con la cabeza.

—No.

—¿Te ha mandado algún correo?

—No...

Soltó un suspiro.

—Cuéntame qué pasó.

—Pues le dije que no podía más, que no aguantaba cómo me estaban tratando y que quería volver aquí.

—¿Y ella qué dijo?

—Dijo que no podía irme, que estábamos a punto de conseguirlo. Yo se lo supliqué. —Cerré los ojos y respiré hondo—. Le supliqué que viniera conmigo, que dejara a Trevor y que volviéramos a empezar. Podíamos tener la vida que quisiéramos.

—¿Y qué dijo?

Solté una risita nerviosa y me mordí el labio inferior.

—Dijo que era la mayor decepción de su vida y que si pudiera... —Solté un suspiro. «Que, si pudiera volver atrás, no me habría tenido». Sus palabras me resonaron en la cabeza e hice lo que pude por no recordarlas—. Me dijo que esperaba que me fuera bien —mentí—, y yo le dije lo mismo.

—Dios... —murmuró él—. Lo siento mucho.

—No pasa nada. Es mejor así.

—Pero sé cuánto querías que... Que fuera alguien que no es. Sé lo mucho que te esforzaste por esa relación.

Le dediqué una sonrisa radiante para que no se sintiera triste por mí.

—No pasa nada, de verdad. Sí que me esforcé por tener una buena relación con ella. Lo intenté, lo di todo, pero no fue suficiente. Lo he aceptado. Estoy bien.

—¿De verdad? —me preguntó, dubitativo.

—Al cien por cien.

—Bueno, ya sabes que me tienes a mí y que me quedaré contigo. Por siempre jamás.

—Por siempre jamás —murmuré—. No sé cómo darte las gracias por todo lo que has hecho por mí a lo largo de mi vida. Hay que ser especial para acoger a la hija de otro.

—Los lazos de sangre no son los que crean a las familias, Blancanieves, sino el amor.

—Te quiero, papá —susurré.

El corazón me latía con fuerza.

Los ojos se le pusieron vidriosos y se apretó el puente de la nariz con los dedos.

—Me has llamado papá.

—Es lo que eres.

—Yo también te quiero, hija. Una cosa más... —Frunció el ceño, hizo una mueca y entrelazó las manos—. Tengo que preguntarte algo que me cuesta mucho, Blanca, y necesito que me digas la verdad, ¿vale?

—Vale.

—¿Te han hecho daño? ¿Alguien de la industria se ha aprovechado de ti?

Solté una risita.

—Venga, Ray.

—Te lo pregunto de verdad, Jasmine. ¿Te han...? —Le vi el miedo en los ojos mientras me lo preguntaba.

Yo le apreté una mano.

—Solo me han hecho daño con palabras. A veces me tocaban la parte baja de la espalda o intentaban ponerme ropa degradante, pero no fue a más.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Sentí como la tensión le abandonaba el cuerpo.

—Vale, pero, si alguna vez me encuentro con alguien que te ha hecho sentir inferior o que te ha puesto una mano encima... lo mato.

—Mi héroe —dije riendo—. Pero, Ray, estoy bien, de verdad —le juré—. Y ya he vuelto a casa.

Fuimos al Café du Monde, en el barrio francés, y nos sentamos sin dejar de mirarnos ni de sonreír.

—Estoy muy orgulloso de ti, ¿sabes? —me dijo mientras nos dejaban un plato de *beignets* en la mesa. El azúcar glas voló por todos lados cuando empezamos a comer—. Por fin estás pensando primero en ti y te has marchado cuando no podías más.

—Tenía que haberme ido hace años.

Se encogió de hombros.

—Las cosas llegan cuando tienen que llegar.

«Ay, papá, cuánto te he echado de menos».

—Bueno —me dijo mientras se metía más *beignets* en la boca—, cuéntame todo lo que me he perdido.

Me reí.

—Hemos hablado casi cada semana desde que me fui.

—Ya, pero tenerte aquí es diferente. En persona es... —Se recostó en la silla—. Es que estás tan mayor... Me lo he perdido todo.

No sabía cuánto.

Nos quedamos allí sentados, hablando sin parar, comiendo *beignets* y tomando café. La conversación era natural y las palabras nos salían sin esfuerzo. Ray era una de esas personas que te hacían sentir querida solo con hablarte, como si fueras la única persona que le importaba, pero lo que más había echado de menos era su forma de hablar de música. La forma en que le brillaban los ojos cuando se ponía a hablar del estudio, de los fans y de las letras de sus canciones. La música era su gran amor y, cuando hablaba de ella, creaba melodías.

—Por cierto, tienes trabajo.

Levanté una ceja.

—¿Qué?

—Te he encontrado un trabajo en el Eve, el bar de *rhythm and blues*. Harás de camarera y, cuando te apetezca, tienes el escenario para cantar.

Negué con la cabeza.

—¿Cómo van a contratarme sin conocerme? Ni siquiera saben si sé cantar.

—Sí, pero confían en mí. Yo tocaba allí antes de que mi carrera despuntara. Te va a encantar. Mia es la dueña y una de las mejores personas que existen. Yo confío en ti. Empiezas el lunes.

—Eres demasiado bueno.

Se rio y se encogió de hombros.

—Puede ser, pero esta noche tengo que coger un avión a Los Ángeles y me sabe fatal —dijo mientras pagaba la cuenta y se limpiaba el azúcar de la camiseta.

Ya debería estar con su grupo, pero, cuando lo llamé, me prometió que me esperaría fuera como fuera. Yo sabía que no podríamos pasar mucho tiempo juntos, porque el grupo iba a estar de gira los meses siguientes, así que disfruté de cada instante que estuvo conmigo.

—No pasa nada, de verdad —le prometí—. Ya has hecho más de lo que tenías que hacer, no puedo dar...

—Si me vuelves a dar las gracias, te tiro el azúcar por encima, Blancanieves. Sabes que me tienes aquí pase lo que pase. Eso es lo que hace una familia, siempre está ahí cuando uno la necesita.

Nos levantamos y paseamos por las calles del barrio francés. Se me había olvidado cuánto echaba de menos la vida y la energía de Nueva Orleans, desde las tiendas de vudú hasta los donuts de vudú, de las variopintas estatuas vivientes de Bourbon Street a la música en directo a todas horas.

Qué gusto volver a estar allí. Sentía que era mi lugar.

—Tenemos todo el día antes de que tenga que irme al aeropuerto. ¿Hay algo que quieras hacer especialmente?

—Bueno... —Puse la mano sobre la llave del colgante que no me había quitado en los últimos seis años. La llave que un chico tímido me había dado hacía años todavía reposaba sobre mi piel—. Sí que hay una cosa.

—Ya hemos llegado —dijo Ray mientras aparcaba al lado de la casa que había en el cruce de Maplewood con Chase. Me dio un vuelco el corazón al ver la casa de ladrillo con la hierba del jardín recién cortada y un gran roble delante, cubierto de hojas de un verde vivo. Ray alargó la mano y me la puso en el hombro—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo? Seis años es mucho tiempo. Pueden haber cambiado muchas cosas, Blanca.

Asentí.

—Lo sé, pero aun así... Si no averiguo qué pasó, seguirá reconcomiéndome cada día.

Salí del asiento del copiloto y me dirigí a la puerta. Había pájaros que danzaban por la calle y cantaban sus canciones de libertad, pero mi corazón seguía encadenado a los recuerdos del chico que, hacía tiempo, me vio tal y como era.

Acerqué el puño a la puerta mientras mi mente y mi alma se peleaban. La mente me decía que me fuera de allí y dejara el pasado donde estaba, pero el alma me recordaba a Elliott Adams.

Estaba de pie delante de la puerta, con el corazón en un puño, imaginando qué aspecto tendría. ¿Seguiría siendo aquel chico delgado con apariencia de cerebritito y gafas redondas de montura fina? ¿Seguiría tartamudeando? ¿Seguiría sonriendo con aquella amabilidad que le dibujaba un

hojuelo en la mejilla?

Tras reunir el valor que necesitaba, llamé a la puerta y esperé.

Y esperé.

Y esperé.

Me volví para mirar a Ray, que me observaba con los labios fruncidos.

Cuando nadie me abrió la puerta, se me cayó el alma a los pies. Me encogí de hombros sin dejar de mirar a Ray y caminé hacia el coche. Justo entonces, oí que la puerta se abría.

—¿Sí?

Di media vuelta enseguida, con el cuerpo lleno de esperanza, pero pronto se desvaneció al ver a un señor mayor y blanco en el umbral.

—¿Te puedo ayudar en algo? —me preguntó.

Le sonreí sin abrir la boca y me aclaré la garganta.

—Hola, sí. Bueno... —Me temblaba la voz y también las manos, y las palabras no me salían.

Solo cogí aire cuando sentí las manos de Ray en los hombros, reconfortándome.

—Hola, soy Ray. Esta es mi hija Jasmine. Tenía un amigo que vivía aquí. Nos preguntábamos si lo conocía. Elliott... —Ray me preguntó por su apellido con los ojos.

—Adams —dije, todavía temblando.

El señor frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Lo siento, la última familia que vivió en esta casa se mudó hace más de cinco años. Estoy aquí desde entonces.

El corazón se me rompió. Y no supe por qué.

—¿Tiene...? ¿Sabe, por casualidad, qué les pasó o a dónde se fueron? —pregunté.

Él frunció el ceño de nuevo y se pasó la mano por la calva.

—No, lo siento.

—No pasa nada —dijo Ray, y le dio un apretón de manos—. Gracias por su tiempo.

—Ojalá os hubiera podido ayudar más.

—Ha hecho usted más que suficiente —le respondió Ray con una sonrisa.

Fuimos hasta el coche y Ray me abrió la puerta del copiloto para que subiera. Cerró y se dio prisa por entrar y sentarse en el asiento del conductor.

—Lo siento, Blanca.

—Está bien, no pasa nada.

—¿Y tú, estás bien?

Me reí.

—Claro. —Sacudí un poco la cabeza y le dirigí una gran sonrisa—. Era poco probable encontrarlo, pero tenía que intentarlo.

Volvimos al piso de Ray y pasamos el día allí hasta que tuvo que irse al aeropuerto.

—¿Estás seguro de que no quieres que te lleve? —le pregunté.

Él sonrió e hizo una mueca.

—Llevas conduciendo por el lado que no toca desde hace seis años. Creo que me arriesgaré a pedir un taxi. —Me abrazó con fuerza—. Y llámame para lo que necesites, ¿vale?

—Vale.

Salió por la puerta y me llamó:

—Blanca.

—Dime.

—Estás en Nueva Orleans, uno de los mejores lugares del mundo para redefinirse y redescubrirse. Ve a encontrar la música. Ve a encontrar tu espíritu.

Capítulo 21

Jasmine

Esa misma noche, me puse unos vaqueros, una camiseta negra y una chupa de cuero. Iba a hacer exactamente lo que Ray me había aconsejado: iba a buscar mi espíritu.

Visité las partes de la ciudad que más me gustaban.

Bueno, en realidad, la parte que más me gustaba.

Caminé por Frenchmen Street y me llené los pulmones del aire de Nueva Orleans. Paseé por el callejón que había detrás de los bares y me permití recordar mientras la música de los bares me inundaba los oídos.

Esos bares y ese callejón me llenaban de paz.

Habían sido mi casa y mi refugio.

Cerré el contenedor y me subí encima, como hacía antes. Esa noche, el cielo estaba nublado y, aunque no se veía ni una estrella, empecé a contarlas, porque sabía que estaban ahí. Como sabía que, en algún lugar, aún había un chico llamado Elliott.

No había pensado mucho en él, solo cada día desde hacía seis años.

Siempre me sentí una boba por haber dejado que Elliott siguiera existiendo en mis recuerdos. Hacía muchísimo que no lo veía y que no me escribía, pero yo había seguido llevando en el cuello la llave que me había regalado.

«Para que sepas que siempre tendrás un hogar al que volver».

No tenía ni idea de por qué la seguía llevando después de tantos años. ¿Para que me protegiera? ¿Porque estaba herida? ¿Porque me daba esperanza? No lo sabía, pero algunas noches oscuras en las que me sentía sola, esa llave era la que me daba fuerzas para seguir. Era el recordatorio de que hubo un tiempo en el que las cosas iban bien.

Era un recordatorio de que, quizá, las cosas podían volver a ir bien algún día.

De modo que, cuando pensaba en él, esperaba que nuestros caminos se volvieran a cruzar. Egoístamente, le pedía al universo que hiciera lo que fuera para que Elliott volviera a mi vida. Quería verlo costara lo que costara, solo porque tenía la estúpida certeza de que a él le iba mejor que a mí.

¿Dónde habían acabado él y su familia? Sabía que yo no era alguien que necesitara en su vida. Era muy diferente a la chica que había conocido, pero, aun así... Me preguntaba qué había sido de esos ojos y a quién mirarían cada noche.

Yo rezaba por mi bien. Deseaba y esperaba que esos ojos avellana se volvieran a encontrar con los míos. Solo necesitaba ver al hombre en que se había convertido, aunque solo fuera por un instante. Me preguntaba qué había sido de su música y quién la escuchaba. Me preguntaba si era feliz.

Esperaba y deseaba que así fuera.

Después de pasar recordando más tiempo del aconsejable, bajé del contenedor y volví a Frenchmen Street. Esa noche había decenas de personas en la calle, igual que cuando era adolescente. La gente chillaba, bailaba y disfrutaba del ambiente de Frenchmen Street.

Cuando oí un saxo, un escalofrío me recorrió la columna. Di media vuelta y me dirigí al lugar del que provenía la música. Mil pensamientos me pasaron por la cabeza y empecé a correr un poco hacia aquel sonido tan familiar. La música me llevó hasta la esquina.

Nuestra esquina.

El lugar en el que yo cantaba con el alma y Elliott tocaba con el corazón.

La belleza de la música era impresionante, irreal. Cuando llegué, estaba sin aliento, pero él no estaba allí.

Había un señor mayor tocando, y tocaba como si le fuera la vida en ello. Se había formado un corro de gente a su alrededor que lo animaba y aplaudía.

Tuve ganas de llorar. Mientras escuchaba cómo componía melodías en el aire, intenté recomponerme.

«Para, Jasmine», me advertí. «Estás haciendo el ridículo».

Pero no podía evitarlo. Su música era preciosa, pero a mí me habría gustado que la tocara otra persona. En ese momento me odié a mí misma por acordarme así de él.

¿Por qué tenía que echar de menos a un chico que no me había devuelto los correos?

¿Por qué me importaba después de tanto tiempo?

Me senté en el bordillo mientras aquel hombre tocaba. Lo hacía de maravilla. Lo daba todo con aquel instrumento. Ponía todo su amor en cada nota. Tocaba como si la música fuera su fuente de oxígeno. Tocaba como si fuera la última vez que iba a poder hacerlo. Se dejaba el alma en el ruedo de la música y escribía su propia historia.

Al verlo entregarse por completo a sus canciones, yo lo hice por completo a mis sentimientos. Esa noche lloré. Primero fueron unas pocas lágrimas, que luego se convirtieron en fuertes sollozos. No pude contenerme. Todo lo que me había pasado durante los últimos seis años y la última semana me brotaba de dentro. No podía evitar que me cayeran las lágrimas mientras él tocaba. No podía evitar que me sacudiera el dolor.

Cuando terminó, todo el mundo se fue a buscar la siguiente aventura en Frenchmen Street, pero yo me quedé ahí, llorando.

Él guardó el saxo en la funda y se me acercó. Se agachó con cuidado y se sentó junto a mí. Giré la cabeza para esconderme, avergonzada de mis emociones.

Pero no me juzgó. Solo se metió la mano en el bolsillo y sacó un viejo pañuelo de tela para dármelo. Yo lo cogí y me sequé las lágrimas.

—Lo siento —le dije, muerta de vergüenza.

Me dirigió la más dulce de las sonrisas y sus amables ojos marrones me mostraron su alma.

—Niñita, eres demasiado joven como para sentir tanto.

Yo me reí y seguí secándome los ojos e intentando respirar con normalidad. Cuando hice ademán de hablar, él negó con la cabeza.

—Date un momento, siente lo que tengas que sentir. No puedes meterles prisa a los sentimientos. Tienes que dejarte llevar por su vaivén.

Sin saber por qué, aquella frase hizo que volviera a romper a llorar, y él permaneció sentado a mi lado. Aquella noche, un desconocido me permitió ser rara.

Una vez me hube recompuesto, me soné la nariz con el pañuelo y se lo devolví.

Él soltó una risita.

—Quédatelo.

—Gracias.

—¿Qué música haces tú?

Arqueé una ceja.

—¿Qué le hace pensar que hago música?

Me dedicó una mirada cómplice.

—Es Nueva Orleans, todo el mundo hace música —bromeó—. Además, he visto los colgantes que llevas en la pulsera.

«Claro, eso tiene sentido».

—Me he pasado los últimos seis años cantando pop, pero el soul es lo que no me deja dormir por las noches.

Asintió.

—Tiene sentido. He visto cómo me escuchabas. He visto que entendías el dolor de la música que tocaba y he sentido tu pena. ¿Estás perdida?

Hice una mueca.

—Estoy intentando encontrarme.

—¿Sabes lo que me decía mi mujer, que en paz descansa, cuando estaba perdido? —Se incorporó en la acera y me tendió la mano para ayudarme a levantarme—. «Cuando la vida no tenga sentido, busca la música». Esta noche has hecho lo correcto, has sentido.

—Gracias... —Le sonreí mientras me frotaba los brazos—. Por la música.

—De nada, pero tengo una pregunta para ti.

—¿Cuál?

—¿Cuál es tu verdad?

—¿Mi verdad?

—Eso es.

—Lo siento, no sé qué quiere decir.

Se recolocó para mirarme directamente a la cara.

—¿Qué es lo que te da fuerzas? ¿Qué te motiva? ¿Qué es lo que te rompe y a la vez te arregla? ¿Qué te hace seguir adelante cada día? ¿Cuál es tu verdad? ¿Cuál es la parte más triste de tu alma? ¿Qué hace que se te rompa el corazón?

Me reí un poco.

—No sé cómo responder a esa pregunta.

Asintió.

—La mayoría de la gente no lo sabe, pero vale la pena pensarlo, ¿no crees?

Yo simplemente le sonreí y él me devolvió la sonrisa.

—Por aquí, la gente me llama Teddy James, pero mis amigos me llaman TJ. Tú puedes llamarme como quieras. —Me guiñó el ojo—. Toco aquí todas las noches, por si quieres pasarte. No te prometo la perfección, pero sí que toco con todo mi corazón.

—Con eso me basta y me sobra, TJ. Yo soy Jasmine. Y sé que esto es un poco raro, pero tu música... me recuerda a... —Se me apagó la voz y arrugué la nariz—. ¿Conocía usted a Elliott Adams?

TJ abrió los ojos de par en par y sonrió.

—Jasmine —dijo cantando. Me cogió la mano y sonrió todavía más—. El chico, Elliott, ¿te llamaba Jazz?

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Sí.

Él frunció el ceño y se me acercó un poco.

—Tengo que preguntarte algo.

—Lo que sea.

—¿Qué significa esa llave que llevas colgada en el cuello?

Bajé la cabeza y la miré. No me había dado cuenta de que, mientras hablaba con TJ, había cerrado el puño a su alrededor. Me pregunté cuántas veces lo hacía sin percatarme de ello.

—No lo sé exactamente. Quizá esperanza. —Hice una mueca sin dejar de mirar el trozo de metal.

—¿Quién te la dio?

Los ojos se me humedecieron.

—Lo conoce.

TJ se metió la mano en el bolsillo y sacó un manajo de llaves muy pesado.

—Era una tradición de mi familia. Empezó hace generaciones. Cuando alguien pasaba por un mal momento o por un cambio vital importante, le dábamos una llave para recordarle que nunca estaría solo. —Empezó a repasar las llaves—. Esta es del día de mi boda. Me la dio mi abuela para desearme que tuviera un hogar acogedor y mucho amor. Esta es de mi padre, me la dio cuando fui a la guerra. Cada llave tiene un significado especial. Cada una me trae un tipo de esperanza diferente, esperanza en los días buenos y en los malos, cuando sale el sol y cuando hay tormenta.

—Me encanta.

—Esta —dijo, mientras la sacaba de la anilla y me la ponía en la mano— me la dio hace mucho tiempo un chico de trece años que se llamaba Elliott Adams cuando perdí a mi mujer por el cáncer. Habíamos sido vecinos toda su vida y, para mí, él y su hermana eran mis sobrinos. Estaba muy unido a su familia. Y, cuando me dio esta llave, me salvó. Me la dio mientras yo lloraba en mi sala de estar y me dijo: «No te preocupes, tío TJ. Sé que se ha ido y que te sientes solo, pero no lo estás, nosotros estamos aquí. Estaremos siempre contigo».

Los ojos se me llenaron de lágrimas cuando habló de Elliott. El corazón se me aceleró.

—Fui a su casa y no estaba.

—Ya. Después de lo que pasó, él y su madre se mudaron al otro lado de la ciudad.

—¿Qué pasó?

TJ se miró las manos y el labio inferior le tembló un poco.

—Ibas al instituto con él, ¿no?

—Sí.

—¿Te acuerdas de un chico que lo acosaba, Todd Clause?

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Sí.

—Nunca me olvidaré de ese nombre. Nunca olvidaré lo que le robó a esa pobre familia. —TJ empezó a llorar, pero intentó mantener la compostura—. Después de que te fueras, empezó a tratarlo peor. —Me lo contó todo. Me contó que atacó a Elliott y que lo usó como cebo. Me dijo que lo metieron en el contenedor y que oyó cómo abusaban de su hermana. Que, cuando consiguió salir, era demasiado tarde. Que se culpaba a sí mismo todos los días. Que, en la esquina en la que estábamos ese día, en Frenchmen Street, estaban los fantasmas que le rondaban a diario.

A medida que me contaba lo que le había pasado a Katie, me entraban náuseas.

—Dios mío. —Se me inundaron los ojos de lágrimas cuando me dijo que la hermana mayor de Elliott había muerto, literalmente, en sus brazos.

No podía imaginarme hasta qué punto podía afectarle eso a alguien. No me hacía a la idea de la lucha diaria que tenía que vivir Elliott en el corazón y en el alma. Se culpaba por la muerte de su hermana, pero no era culpa suya. Nada era culpa suya.

—Fue culpa mía —susurré, con la voz temblorosa.

TJ levantó una ceja.

—¿Qué fue culpa tuya?

—Todo. Todo lo que pasó. El único motivo por el que esos chicos acosaban a Elliott así fue porque les plantó cara para protegerme. Si no hubiera sido por mí...

—No —me cortó TJ enseguida—. Esos chicos lo trataban así desde antes de que tú aparecieras. No te culpes nunca por lo que hicieron esos monstruos.

El dolor que sentía en el pecho no se iba.

—Pero seguro que él se culpa a sí mismo.

—Sí —me confirmó TJ—, se culpa.

—Yo no dejaba de escribirle —le dije, mientras temblaba por los nervios—. Nunca me contestó.

—Se volvió solitario. Siempre estaba solo y no se sinceró con nadie nunca. Todavía aparece en algunos sitios, de vez en cuando, pero, cuando viene, es como si no estuviera. Es casi como si se le hubiera vaciado la cabeza. Es un fantasma, como si hubiera muerto junto a su hermana.

—TJ.

—Dime.

—¿Dónde está?

Soltó un suspiro apesadumbrado.

—Jasmine, es importante que sepas que no es la misma persona que conocías. Es... diferente. Más frío. Mucho más solitario. Y no deja que la gente se le acerque demasiado. Es difícil de explicar. Si lo encuentras, no te sorprendas si las cosas no van como crees, porque es lo que pasará.

Lo entendía. Y, aun así...

Tenía que ver esos ojos de color avellana.

—TJ.

—Dime.

Respiré hondo.

—¿Dónde está?

Capítulo 22

Elliott

Me gustaba bastante mi trabajo.

Me permitía pagar las facturas y me mantenía ocupado. Además, durante los descansos, podía hacer ejercicio. Siempre que tenía un rato, lo aprovechaba. Por eso ese día había sido una mierda.

—¿Q-qué?

Estaba sentado en la silla de metal y me incliné hacia Marc. Él estaba sentado detrás de su escritorio, que tenía lleno de muestras de barritas de proteínas, papeles, recetas saludables y garrafas de seis litros de agua. Estaba hecho un desastre, como la mayoría de las cosas en aquel viejo gimnasio, pero a Marc, el dueño, no parecía interesarle mucho renovarlo.

El gimnasio había sido de su padre y estaba claro que a él no le apasionaba el proyecto. Después de sacarse la carrera de artes escénicas, le había sido casi imposible encontrar un trabajo con el que pagarse el alquiler en Nueva Orleans. Que su padre le ofreciera quedarse con el gimnasio fue como agua de mayo.

Marc no era un hombre de negocios, pero como se había graduado en arte dramático, a veces actuaba como si lo fuera.

—Sí... Lo siento. Estás despedido.

Marc bajó la mirada hacia los papeles que había sobre la mesa y los hojeó para evitar el contacto visual. Así era como lo hacía todo. Evitaba mirar a los problemas a la cara y después se quejaba de todo y culpaba a los empleados cuando, en realidad, su falta de liderazgo provocaba que el negocio no funcionara.

—¿Vaya? —respondí.

Dejó los papeles en la mesa y, cuando levantó la cabeza, se encogió de hombros.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? «¿Vaya?». ¿No quieres saber por qué te despido?

—¿Vas a c-cambiar de opinión?

—No.

—Entonces, no. —Me dispuse a levantarme, pero siguió hablando.

—Ayer hiciste llorar a tres clientes —me dijo.

—Estaban siendo débiles. —Tenían que hacer tres series más cada uno en la máquina de pectorales y no completaron la tarea—. Pensaba que mi trabajo consistía en alentar a los clientes.

—Exacto, alentarlos —coincidió—, no asesinarlos. Oye, eres el mejor entrenador personal

que tenemos en lo que al deporte se refiere. Entiendes la maquinaria y sabes enseñar a usarla correctamente. Tienes estudios en el campo. Conoces perfectamente las técnicas para transformar un cuerpo. Físicamente, eres un dios griego. Tus músculos tienen musculitos, tienes un cuerpo brutal, pero, emocionalmente... No le das a la gente el respaldo emocional que necesitan en su camino hacia la mejoría.

Parpadeé, incrédulo.

—¿Me despiden porque ayer lloraron tres personas?

—Sí. No. A ver... —Soltó un gruñido—. Elliott, ¿no ves que no puedes apoyar a la gente emocionalmente y con empatía si eres tan frío?

—¿No?

Levantó una ceja.

—¿Es una pregunta?

—No...

Suspiró, desconcertado.

—Escucha, la mayoría de nuestros clientes vienen a bajar de peso. Muchos se han enfrentado a las dificultades de perder peso y a una baja autoestima toda su vida. ¿Entiendes que tener un entrenador que les grite que no son lo bastante fuertes no es lo que necesitan?

—Pero es verdad. No son lo bastante fuertes.

—No siempre hace falta hablar —respondió.

—Apenas les hablo. Apenas hablo con nadie —le dije.

Y era verdad. Hablaba lo menos posible. La mayoría de la gente ni sabía que tartamudeaba. De eso se trataba. Tartamudear era una debilidad y, durante los últimos años, me había dedicado a no mostrarle ninguna a nadie.

—Ese es otro problema. Todo el mundo dice que eres raro.

—¿Raro?

—Que no hablas nada excepto para decirles que son débiles. No conectas con los clientes. Cuando lo hacen bien, no se lo dices.

—¿Para qué les serviría?

—Se llama refuerzo positivo. Es muy útil.

—No voy a hacerlo —le dije.

Asintió.

—No pasa nada, porque estás despedido.

—¿Vaya?

—Tío, ¿por qué lo dices todo como si fuera una pregunta? —se quejó.

No dije nada.

Él se quedó mirándome.

—Ya puedes irte.

Me levanté de la silla y, antes de salir del despacho, me volvió a llamar.

—No te dejes nada en la taquilla. El nuevo entrenador llegará dentro de media hora.

Fui al vestuario y recogí mis cosas. Cuando salí a la zona de levantamiento de pesas, oí a algunos celebrar que no volvería a trabajar allí. Todos me odiaban. Me sorprendió.

¿Cómo podían odiar a alguien a quien ni siquiera conocían?

Iba casi siempre a lo mío y apenas hablaba.

Y, aun así, se montaban historias en la cabeza sobre el tipo de criatura que era. Me dejaba atónito y me molestaba un poco ser el monstruo en la vida de alguien.

Nunca quise ser el malo.

Lo único que quería, lo único que siempre había querido, era ser el héroe. Y, sin embargo, de algún modo, con el tiempo, me había desviado, y estaba seguro de que ya no tenía tiempo para rectificar.

En aquel rincón, al fondo del Daze Jazz Lounge de Bourbon Street, nadie me molestaba. Me sentaba en aquel sillón cada noche mientras bebía *whisky* y escribía en una libreta. Siempre tranquilo y solo, excepto cuando Jason se acercaba a verme.

Y se acercaba todas las noches. Se sentaba al otro lado de la mesa con una botella de Jim Beam en la mano. Siempre me llenaba el vaso, que ya estaba medio lleno, hasta arriba y empezaba una conversación.

—¿Cómo que te han despedido?

—No hay mucho más que decir —respondí, y pasé una página de la libreta.

—Menudo imbécil —dijo Jason, más afectado de lo que estaba yo—. Te dejabas la piel allí. Marc es un capullo.

Yo me encogí de hombros.

—¡Joder! —dijo con enfado mientras daba un golpe en la mesa—. Ya sé que eres tranquilo y que no te importa una mierda casi nada, pero eso no está bien —se quejó—. Escucha, si necesitas pasta, puedes hacer algunos turnos aquí. Cuando te haga falta.

Le dirigí una media sonrisa y le di las gracias. Su padre era el dueño del bar y yo vivía en el piso de arriba. Antes, Jason vivía ahí, pero, cuando se mudó con su prometida, Kelly, me ofreció el piso. El alquiler era casi la mitad de lo que yo pagaba en aquel momento, así que le dije que sí.

—Ah, por cierto, ¿has recibido mi mensaje sobre la despedida de soltero? —me preguntó.

—Me has mandado diez.

Me dedicó una sonrisa burlona.

—Han sido ocho, imbécil. Mira que eres dramático. ¿Y qué, te apuntas? ¡Eres el padrino!

—Yo n-no salgo de fiesta, y les caigo fatal a tus amigos de la fraternidad.

—¡Qué va! —mintió.

—Piensan que soy raro.

—¡Es que eres raro! —coincidió—. Pero eres mi mejor amigo, raro e incondicional, y, si les molesta, que se jodan. Si quieres, les digo que no vengan, nos quedamos tú y yo solitos y nos vamos a emborracharnos por ahí.

—¿No es lo que hacemos aquí siempre?

—Sí, pero no lo hacemos... ¡con *strippers*, por ejemplo!

Me reí.

—Yo paso, pero a la boda sí que voy.

En aquel momento, Jimmy Shaw entró al bar tambaleándose e interrumpimos la conversación.

Durante los últimos meses, desde que se había enterado de que su mujer iba a dejarlo, solía entrar al bar así. Los dos nos volvimos hacia él cuando se dejó caer en un sillón y puso la cabeza sobre la mesa.

—¡Eh, Jimmy! —lo llamamos.

Nos saludó con la mano, sin levantar la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntamos.

Levantó el pulgar y se echó a llorar.

Jason hizo una mueca.

—Si te parece bien, voy a llevarle el Jim Beam a ese saco de patatas. Parece que lo necesita más que tú.

Le dije que sí y vi cómo iba a consolar a Jimmy. Mi mejor amigo era un buen hombre de la cabeza a los pies. Y siempre había sido así. Cada vez que yo intentaba encerrarme en mí mismo, él tumbaba la puerta y entraba.

Mientras Jason se ocupaba de Jimmy, volví a centrarme en mis notas y en el *whisky*.

Puede que fuera solitario, pero con el alcohol, la libreta y Jason, nunca estaba solo.

Capítulo 23

Jasmine

Yo lo vi primero, pero él siempre sostendría que eso no era verdad.

Estaba a lo suyo, sentado al fondo del Daze. Tenía un lápiz puesto detrás de la oreja y pasaba las páginas de una libreta deteriorada mientras daba tragos a un vaso de *whisky*. Había estado sentado en aquel sillón desde que yo había llegado hacía dos horas y no había levantado la vista ni una vez. A la única persona a la que le hacía caso era al camarero, que se le acercaba de vez en cuando para rellenarle el vaso.

Sentada en el sillón de la mesa de enfrente, lo miraba de vez en cuando y daba sorbos a la bebida que había elegido aquella noche: vodka.

Antes bebía tequila, pero me hacía ponerme muy sentimental.

Una vez probé el *bourbon*, pero me sentó tan mal que estuve a punto de vomitar.

Así que el vodka era la apuesta más segura.

Había cambiado en casi todo. Estaba enorme, musculoso, fuerte y cuadrado. La camiseta negra le iba como un guante y no sonreía, pero esos ojos...

Esos ojos de color avellana, dulces y tristes, eran justo como los recordaba, excepto que ahora no estaban escondidos tras unas gafas.

Muchas mujeres borrachas del Daze se acercaban a la mesa de Elliott e intentaban que les prestara atención, pero él nunca lo hacía. Las saludaba con la cabeza para que se marcharan y mantenía la mirada fija en la libreta. De vez en cuando, se quitaba el lápiz de detrás de la oreja y escribía algo.

—¿Estás sola? —me dijo un borracho que se sentó delante de mí.

—Pues, bueno, en realidad...

—Deja que te invite a una copa —espetó, y alargó la mano para tocar la mía.

Tenía los dedos llenos de aceite y grasa y la camiseta blanca igual de sucia, como si hubiera vivido debajo del capó de un coche los últimos diez años.

—No, gracias, de verdad —dije, e intenté mantener la calma mientras me acercaba los brazos al cuerpo.

—Vamos —protestó con un gruñido y se acercó todavía más—, b-bebamos algo y pasemos un buen rato.

Abrí la boca para hablar, pero me detuve cuando intervino otra persona.

—Jimmy, vete.

Dirigí la vista a la mesa del rincón, donde se suponía que estaba Elliott, pero ahora ya no estaba escribiendo en la libreta. Estaba aquí, hablando con Jimmy.

Jimmy se retiró un poco y protestó:

—Anda, Elliott, no seas...

—Jimmy —dijo con más severidad, pero sin levantar la vista—, que te vayas.

Jimmy refunfuñó, pero se levantó y se fue.

—Gracias —le agradecí.

Él asintió sin levantar la vista.

—Jimmy no es mal tío, pero está pasando por un mal momento.

—Como todos alguna vez, ¿no? —dije con una risita.

Durante una fracción de segundo, me miró y volvió a mirar sus notas.

Entonces, se quedó quieto.

Se irguió.

Entrecerró los ojos de color avellana.

Cerró la libreta.

Cuando levantó la cabeza y volvió su cuerpo hacia mí, el corazón me latió con fuerza contra las costillas por la incertidumbre de lo que iba a ocurrir.

Se levantó primero y yo hice lo mismo. Me alisé la chupa de cuero con las manos.

—Jasmine —dijo con un suspiro y los ojos llenos de confusión.

—Elliott.

—¿Qué haces...? —empezó a decir, pero las palabras se le apagaron.

El labio inferior le tembló ligeramente y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros negros. Mi mirada se paseó por su cara; intentaba fijarme en todo lo que había cambiado y captar lo que seguía igual. Llevaba la barba corta. No lo había visto nunca con barba y me encantó. Tenía el brazo izquierdo lleno de tatuajes e intenté memorizarlos todos.

Parecía muy adulto.

No había casi nada en él que fuera igual, excepto esos ojos...

Esos preciosos ojos avellana...

Cogió el vaso y se bebió el poco *whisky* que le quedaba antes de volver a dejarlo en la mesa.

—¿Qué haces...? —Hizo una pausa mientras cerraba los ojos—. ¿Q-qué haces aquí?

Con ese pequeño tartamudeo me dio un vuelco el corazón.

—Buscarte. —No sabía qué más decirle ni qué más sentir. Se me inundaron los ojos de lágrimas y el fuego que tenía en las entrañas empezó a quemarme desde dentro cuando la situación me sobrepasó. Verlo hizo que me atravesara una oleada de emociones—. Lo siento, lo siento, sé que es raro y que parece que te esté espiando y que quizá no quieras verme. Y sé que es mucho que asimilar y quería verte porque... —Empezaron a temblarme las manos y a faltarme las palabras para expresar lo que quería—. Porque... —Mi rostro se crispó un poco, cada vez más nerviosa—. Pues porque..., porque... —Se me pusieron los ojos vidriosos al mirar a ese chico flaco que parecía tan frágil—. Porque... —Me tembló la voz y Elliott entrecerró los ojos mientras me miraba.

—Jasmine —me dijo.

—¿Sí?

—Respira.

—Estoy respirando.

—No. Créeme, sé lo que es no respirar.

Ahí estaba.

El chico al que conocía.

Mi corazón...

Dio un salto.

Se rompió.

Se resquebrajó.

Se curó.

—No quería presentarme así, sin más, pero...

—Jazz —dijo en voz baja.

Su forma de llamarme me hizo estremecer.

—Dime.

—¿Déjame que te bese? —dijo en forma de pregunta.

Asentí.

—Sí.

Se acercó a mí y su boca se encontró con la mía. Me envolvió con los brazos y me empujó contra el lateral del sillón. Me besó con fuerza. Fue un beso profundo, como si fuera el último deseo que le quedaba en el corazón. Sus manos viajaron hasta mis muslos y me levantó. Me puso sobre la mesa y le rodeé la cintura con las piernas. Y así, sin más, volvía a estar en su vida; en los capítulos en los que éramos más jóvenes nuestro fuego titilaba, pero ahora quemaba.

Sus labios...

Sus caricias...

Su cuerpo...

Su mundo...

Cuánto había deseado volver al mundo de Elliott, donde todo tenía sentido y nunca me cuestionaba qué era el amor.

Sabía a *whisky* y a recuerdos que casi había olvidado.

Gemí suavemente en su boca mientras él les hacía el amor a mis labios, con el cuerpo pegado al mío. Éramos dos personas enredadas en una fantasía de ayer.

Se había acordado de su promesa.

Se había acordado de que me besaría cuando nos volviéramos a encontrar.

Se había acordado de sus palabras.

Pero ese beso...

Ese beso era algo más. Era más de lo que pensaba que me daría y seguramente más de lo que él pensaba darme. Era doloroso, feo, triste y, sin embargo, de algún modo, seguía siendo bello.

Ese beso era nuestra disculpa por todo lo que nos habíamos perdido.

Poco a poco, se apartó. Yo tenía las manos en su pecho y las suyas seguían abrazándome. Me rozó lentamente el labio inferior con los dientes y apoyó la frente contra la mía. Estábamos sin aliento y me pregunté si era su corazón o el mío el que latía de forma tan salvaje y libre.

Lentamente, se lamió el labio inferior y me abrazó con fuerza.

TJ se equivocaba.

Era el mismo. Era el mismo chico amable cuyo contacto me sanaba. Era el mismo chico callado que me abrazaba cuando más lo necesitaba. Era el mismo chico dulce, la misma luz en un mundo de oscuridad.

Respiré su olor y lo abracé muy fuerte. Sentía que, si lo soltaba, desaparecería.

—Lo siento mucho, Elliott —le dije mientras lloraba, apoyada en su camiseta. Lo atraje hacia mí y nuestros labios se tocaron—. Siento mucho lo de Katie.

Él se apartó.

Dio un paso atrás y cuando nuestros ojos se encontraron, su mirada estaba llena de confusión. Después, con cada parpadeo, sus ojos se apagaban un poco. Su mirada se volvía cada vez más firme, más fría.

Más dura.

—¿Qué? —me preguntó.

—Yo... TJ me ha contado lo que pasó. Lo siento mucho. No me puedo creer que esté...

—Cállate —espetó.

Todo lo que tenía de dulce se había desvanecido. La cabeza empezó a darme vueltas, incluso pensé que me lo había inventado todo, como si nuestro abrazo y nuestro beso hubieran sido un espejismo de mi mente cansada.

—¿Qué? —Estaba estupefacta. Bajé de la mesa—. Eli.

—No —me ordenó, y no dijo nada más.

Cogió su libreta y desapareció por una escalera que subía al piso de arriba. Yo tenía el corazón acelerado y estaba confusa.

Elliott me había recibido en su vida.

Y, luego, de pronto, había desaparecido.

Capítulo 24

Elliott

«Jazz».

 Mi música preferida.

 Tenía la mente embriagada cuando terminé de subir la escalera. Necesitaba despejarla y devolverla al estado de insensibilidad en el que prefería que estuviera. En la sala de estar tenía montado un saco de boxeo que usaba a diario. Me pondría los guantes de boxeo y golpearía el saco una y otra vez hasta no sentir nada.

 Hacer ejercicio era mi forma de escapar, pero, aunque me esforcé al máximo por no pensar, Jasmine Greene se colaba por las rendijas de mi mente entre cada patada y cada puñetazo que daba y cada serie que hacía.

 Estaba preciosa, pero eso no me sorprendía. No podía sacarme sus ojos de la cabeza.

 «No, para», me dije, y golpeé el saco varias veces.

 No tenía motivos para pensar en ella. Formaba parte del pasado y yo ya no vivía en él.

 Pero ese beso...

 Sus labios...

 Su sabor...

 Sus caricias...

 «No», me dije, volviendo a golpear varias veces el saco. Cuando oí que alguien llamaba a la puerta, tragué con dificultad. Me quité los guantes y fui a abrir, medio esperando que fuera Jasmine, medio esperando que no lo fuera.

 —Joder, ¿se puede saber qué coño ha sido eso? —soltó Jason, y entró al piso como un huracán.

 Al ver a mi mejor amigo, no pude evitar soltar un suspiro de alivio. Volví a ponerme los guantes y empecé a golpear el saco de nuevo.

 —Eh, capullo, ¡habla! ¿Qué ha pasado? —me ordenó.

 —¿A qué te refieres?

 —Pues no sé, puede que me refiera a la chica a la que te acabas de follar con la lengua en el bar.

 —No me la he follado con la lengua —le respondí, empezando a sudar.

 —¿Que no? Pues claro que sí. Te la has follado con la lengua y le has dado más placer de lo

que yo le puedo dar a mi novia cuando nos acostamos. ¿Sabes que Kelly mataría por que la follaran así con la lengua? —exclamó mientras hacía aspavientos—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, solo era una chica que conocí hace tiempo.

De un salto, Jason se puso delante del saco de boxeo y se encogió cuando detuve el puño a pocos centímetros de su cara.

—A ver, para un segundo el entrenamiento este de Los Vengadores y dame más detalles.

—¿Te acuerdas de cuando te fuiste a Nebraska c-con tu madre y te dije que había conocido a una chica?

—Sí, les tengo mucho cariño a tus alucinaciones sobre la chica que nunca existió.

—Ya, bueno. Pues ella es esa chica.

Se quedó boquiabierto.

—Sí, hombre.

—¿Qué?

—Que no me puedes mentir así a la cara diciéndome que ese era el tipo de chica que iba detrás de ti en el insti. No te ofendas, tío, pero me acuerdo de cómo eras. Eras, sin exagerar, la persona más fea que había visto en mi vida aparte de mí —dijo bromeando—. Es imposible que esa fuera tu chica.

Me encogí de hombros.

—Pues era ella.

—Coño, pues está buena.

No le contesté. Lo cogí de los hombros, lo aparté a un lado y volví a golpear el saco.

—Podrías ir juntos a la boda.

—No.

—Ella podría ser...

—No es nada —lo corté—. Ya no la conozco.

—Ese folleto con la lengua en público me ha transmitido otra cosa.

—Ya, bueno, he tenido un desliz.

—¿Vas a volver a verla?

Le di un puñetazo al saco.

—No.

—¿Por qué? Mira, tío, ya sé que estás muy emo y en plan «odio el mundo y todo lo que existe», pero... Ahí había algo. Ahí había...

—La última vez que la vi fue justo antes de que Katie... —Se me apagó la voz y tomé aire—. No voy a volver a verla.

—Ah —respondió Jason mientras fruncía el ceño—, ya. —Se encogió de hombros y me dio un golpecito en la espalda—. Bueno, por lo menos os habéis dado un buen revolcón en público antes de dejarlo del todo. ¿Cómo es, eh? ¿Lo de hacerlo delante de la gente?

—Jason.

—Dime.

—Cállate.

—Vale.

Pero continuó hablando, claro, porque Jason nunca sabe cuándo callar.

—Pero necesitas una acompañante para la boda.

—No.

—Sí. Eres el padrino. ¿Sabes lo mal que quedará que el padrino no lleve a nadie a mi boda?

—Pues no lo sé.

—Vamos, Elliott, puedo juntarte...

—Dios, que no —le repetí—. No me juntes con nadie más.

Levantó una ceja.

—¿Es por lo del dedo del pie de más que tiene Susie? Porque te juro que no sabía que tenía un dedo de más cuando os dije que salierais.

Sonreí.

—Simplemente, no me interesa.

—Bueno, vale, puedes venir a la boda solo si te apuntas a la despedida de soltero.

—No voy a ir a la despedida.

Ya se lo había dicho un millón de veces. Cuando terminamos el instituto, Jason se fue a la universidad, entró en una fraternidad y pasó allí algunos de los mejores años de su vida. Cuando estaba en segundo, conoció a su prometida, Kelly, en una de las fiestas de la fraternidad, y habían estado juntos desde entonces. Jason estaba loco por ella. No pasó mucho tiempo desde que se graduaron hasta que le pidió matrimonio y, desde entonces, no hacía más que hablar de la boda. Era un novio empedernido.

Sin embargo, a mí no me sorprendía. Jason era así con todo: cuando hacía algo, lo hacía a lo grande. Cuando se enamoraba, se enamoraba mucho. Cuando planeaba una boda, tenía que ser enorme. Y, justamente por eso, yo no quería ir a la despedida de soltero. Iba a ser muy intensa.

—Además, ya sabes q-que tus amigos no me aguantan —le dije—. No soy fiestero.

—Ya, pero yo sí. Y la liaré parda por los dos. Solo quiero que estés a mi lado, aunque estés sentado siendo el pelmazo que eres y pensando en tus macros y en tus batidos de proteínas.

Me habría gustado acceder a sus peticiones, pero no podía. Sabía que sus amigos querrían ir a Frenchmen Street y yo no había estado allí desde lo de Katie.

Estaba casi seguro de que no volvería nunca.

—Iré a la boda —le prometí—. Estaré a tu lado en el altar.

Jason soltó un quejido.

—Vale, pero si puede ser que no estés tan bueno y no seas tan tentador... Es mi día y el de mi barriga cervecera, ¿vale? Bueno, tengo que volver a trabajar.

Mientras se alejaba, dijo una última cosa:

—Esa tal Jasmine es preciosa, Elliott. En plan, que no es de este mundo.

Yo no le respondí, pero sabía que era verdad.

Capítulo 25

Jasmine

La noche siguiente, volví a la esquina de TJ, donde ya estaba tocando. Me senté en la acera y lo absorbí todo. Cuando cerraba los ojos, se me erizaba el vello por la música. Sentía cada centímetro de mi ser. Y, cuando dejaba de tocar, solo deseaba que siguiera.

—¿Tan mal te ha ido? —me preguntó TJ cuando se sentó a mi lado.

—¿Parezco derrotada? —bromeé.

—Un poquito. Siento que no haya ido como querías.

—No pasa nada —le contesté—. No he perdido nada por intentarlo.

—¿Te dijo algo, lo que fuera? ¿Te saludó? ¿Te preguntó cómo estabas o dónde habías estado? ¿Algo?

—Me besó —respondí. TJ abrió los ojos de par en par, sorprendido por mi confesión—. Me besó y yo lo besé y todo iba genial. Fue muy real y me recordó por qué esta ciudad me cambió para mejor. Y, entonces, paró.

—¿Qué? ¿Paró sin más? —Frunció el ceño—. ¿Porque sí?

—Totalmente. Todo iba bien, genial, y le dije que sentía lo que le había pasado a Katie y...

—Ah —me cortó TJ—. Sacaste el tema de Katie. El beso de la muerte. O, irónicamente, la muerte del beso. Siempre que alguien habla de Katie, él se encierra en sí mismo.

—¿Y cómo puedo hacer que vuelva a abrirse?

Negó con la cabeza.

—No puedes. Una vez que has metido la pata en el charco del pésame de Katie, no puedes salir de ahí. ¿Sabes cuál fue la última vez que lo vi?

—No.

Frunció el ceño.

—Yo tampoco. Y a su madre le pasa lo mismo. Le contesta a las llamadas, pero no se acuerda de la última vez que se vieron. Y él nunca la llama. Es muy raro, la verdad. Cuando Katie murió, una parte de él murió también.

—Pero anoche estaba ahí —juré—. Lo vi. Lo vi tras esos ojos avellana.

—A veces, ves una chispa —me explicó—. Y verte seguramente reavivó la llama que ha intentado apagar todos estos años, pero, en el instante en el que sintió algo, tuvo que apagarla otra vez.

—Qué raro.

—Y triste. Elliott forma parte de mis mejores recuerdos. Llevo enseñando música toda la vida y Elliott destacó entre todos mis alumnos. Entendía las cosas que yo no decía. Y, además, mi mujer y yo siempre quisimos tener hijos, pero no pudimos. Esos dos niños nos llenaban mucho. Se me rompió el corazón cuando los perdí a los dos.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada. Es que es raro hacerse mayor. Cuanto más mayor te haces, más solitarios y largos parecen los días. Por eso me gusta venir aquí a tocar. Le da un poco de sentido a mi vida.

—¿Qué haces cuando no estás aquí?

Sonrió y se puso de pie para volver a tocar.

—Estoy en casa, esperando a que llegue la hora de venir a tocar.

Me rompió el corazón imaginármelo sentado, esperando el atardecer.

—No frunzas el ceño, jovencita. No pasa nada —intentó consolarme—. La vida es así. A veces, tienes que dejarte llevar por las olas.

Yo también lo pensaba. Pero a veces las corrientes parecían demasiado fuertes.

Lo escuché tocar toda la noche y, cuando terminó, me puse en pie y le di las gracias por la música.

—Gracias por absorberla —me agradeció mientras guardaba el saxo en la funda—. Me gusta tener a alguien con quien hablar durante los descansos.

—Volveré mañana.

Mañana se convirtió en todos los días. Cada día volvía a Nueva Orleans y veía cómo el otoño cubría la ciudad y pintaba los árboles de hojas quemadas. Desde que había conocido a TJ, iba a sentarme en la esquina para escucharlo tocar. Empecé a trabajar en el Eve y me aseguré de que mi descanso coincidía con su actuación. TJ era lo mejor que me había pasado desde que había vuelto. De no haberlo conocido, no sabía si habría estado bien.

Además, cuando tocaba, juraba que oía los latidos del corazón de Elliott en las notas.

—¿Cómo lo estoy haciendo? —me preguntó durante un descanso mientras se sentaba en el bordillo junto a mí.

Sonreí.

—Todavía mejor que ayer. Y ayer fue el día que mejor tocaste.

Había cometido muchos errores en mi vida, pero escuchar la música de TJ no era uno de ellos. Todas las noches, se sentaba en una silla de metal en la esquina de Frenchmen Street con el saxo y tocaba para los transeúntes que iban y volvían de los bares.

La gente que se paraba a escuchar le echaba algunos billetes de un dólar. Algunos bailaban por la calle al ritmo de su música, los turistas lo grababan con el móvil y unos pocos pasaban como si él y su música no existieran.

Era algo que yo no entendía. ¿Cómo podían ignorar aquella música y hacer como si no acabaran de tocar un pedacito de cielo?

TJ no tardaría mucho en cumplir los noventa, y había nacido con alma. La gente no aprendía a tocar música como él lo hacía. Llegaban al mundo con muchas vidas y corazones ya en su interior. TJ se ponía sus mejores trajes y corbatas para tocar en Frenchmen Street y parecía ser un músico legendario de aquella calle. Era un clásico de su vida nocturna.

Parecía un profesor de música singular. No enseñaba a la gente a tocar un instrumento o a

cantar, cogía a los que ya sabían y les enseñaba soul. Les enseñaba a profundizar y a descubrir más cosas en su interior. Algunas de las mejores noches eran aquellas en las que un antiguo alumno se plantaba en la esquina y tocaba con él.

Se veía la chispa que se les encendía detrás de las pupilas.

A menudo le pedían que les diera algunas clases o que se las diera a sus hijos. TJ siempre rechazaba la propuesta, agradecido, y decía que se había retirado de la enseñanza, pero que se alegraba de que sus lecciones vivieran a través de todos los que habían sido alumnos suyos.

Eso era lo que más me gustaba. Me encantaba pensar que, tanto si TJ estaba en este mundo como si no, viviría para siempre en la música que había compartido con los demás. Su corazón viviría en los latidos de aquellos a quienes les había cambiado la vida.

Durante las últimas semanas, había caminado hasta la esquina y me había sentado en el bordillo para oírlo tocar. Él siempre llevaba consigo una gran sonrisa y ofrecía una visión positiva de la vida. Además, su *jazz* tenía poderes curativos. Podía hacer que hasta la persona más triste encontrara la esperanza durante un momento.

Hacia las siete y media de la tarde, TJ descansaba. Compraba dos botellas de agua y dos perritos calientes del Dat Dog de la esquina y se sentaba a mi lado en el bordillo. Me daba un perrito y cenábamos juntos.

—¿Crees que hay algo que pueda mejorar? —me preguntó mientras le daba un bocado al perrito.

—Sí, deja de invitarme a cenar cada noche.

—No lo puedo evitar, soy un caballero.

Solté una risita.

—Puede que seas el último que queda.

—Espero que no sea verdad. Tienes que casarte con uno.

—Creo que voy a pasar de eso de las bodas.

—Oh, no —protestó—. No me digas que no crees en el amor.

Me encogí de hombros.

—Depende del día.

—¿Y en qué crees? ¿Crees en Dios? —me preguntó.

Me reí delante de él, pero no dije que no.

—¿Y en los extraterrestres?

—Puede —le dije, y bebí un trago de agua—. Pero no en ET ni nada de eso. Serían más bien unos extraterrestres que entran en el cuerpo de la gente y controlan todo lo que hacen o algo así. Los obligan a hacer cosas que normalmente no harían.

—¿De verdad?

—Estoy segura, al noventa y nueve por ciento, de que a mi madre la poseyó un extraterrestre.

—Hace semanas que te conozco y es la primera vez que mencionas a tu madre. Hablas mucho sobre tu padre, pero no sobre tu madre.

—Vaya —murmuré—. Ha sido un error, no me volverá a pasar.

—¿Por qué dices que la controlan los extraterrestres?

Le sonreí, me giré un poco y le di a entender que no quería hablar del tema. Lo comprendió y no hurgó más. Esa era una de las razones por las que me gustaba tanto. Nunca insistía para intentar

sacarme información de mi pasado. Siempre me decía que se llamaba pasado por algo y que no hacía falta traerlo al presente si iba a doler.

—¿Sabes qué? —exclamé dando una palmada—. Tengo un concierto el viernes de la semana que viene.

—¿De verdad? —preguntó mientras se golpeaba la pierna—. Ya tenía ganas de que volvieras al soul.

—Sí, he estado ensayando por mi cuenta. Hacía mucho que no cantaba lo que quería. —Le sonreí y le di un codazo—. Ven a verme. Así, si lo hago fatal, por lo menos tendré un amigo allí.

—No me lo perdería por nada.

—Gracias, TJ.

—¿Y no habrá más amigos? —me preguntó—. Este viejo chocho no puede ser tu único amigo, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Nunca se me ha dado muy bien hacer amigos. Mi madre no me dejaba mucho tiempo para entablar relaciones fuera del estudio de grabación.

—Mira, ha vuelto a aparecer tu madre —añadió, y me dio un suave codazo.

Me mordí el labio inferior.

—Se me ha vuelto a escapar. En fin, la última vez que tuve una amistad verdadera fue hace mucho tiempo, pero eso ya es una historia antigua.

—Pero es parte de tu historia. —Frunció el entrecejo—. Yo también lo echo de menos, ¿sabes?

—Es raro. Ha pasado mucho tiempo, pero, aun así... Cuando lo conocí ni siquiera sabía que lo necesitaba, pero cuando nos hicimos amigos, me sentía imparable. Sentía que era lo suficientemente buena.

—Provocaba esa sensación en la gente. Ojalá pudiera agradecerle, de alguna forma, todo lo que ha hecho. En fin, el concierto de la semana que viene, ¿dónde es?

—En el Eve's Lounge a las seis —Arrugué la nariz—. Puede que llegues tarde a tocar en la esquina.

—No te preocupes —contestó, y dio un golpecito en la acera—. Esta esquina no se mueve de aquí.

Capítulo 26

Elliott

Mi madre me había llamado quince veces esa semana y me había dejado diez mensajes de voz. Eran tres mensajes menos que la semana anterior. Cada vez que me dejaba uno, yo le escribía y le decía que estaba bien.

La noche del miércoles, estaba levantando pesas en mi casa cuando llamaron a la puerta. Al abrirla, me encontré a mi madre, con bolsas de la compra en las manos y una gran sonrisa en la cara.

—Hola, Eli —me saludó con dulzura.

Parpadeé y vi a Katie en sus ojos.

—Hola, mamá. —Me hice a un lado y entró en casa—. ¿Qué haces aquí?

—No me contestabas a las llamadas y estaba preocupada.

—Te he escrito.

—No te estaba escribiendo, te estaba llamando —respondió tranquilamente mientras dejaba las bolsas en la mesa del comedor—. Tendrías que haberme llamado tú también.

—Lo siento —me disculpé.

—No pasa nada, ya estoy acostumbrada.

Cuando empezó a sacar la compra de las bolsas, arqueé una ceja.

—Fui a comprar el otro día, tengo comida.

—Pero no tienes comida casera —me dijo mientras sacaba fiambreras—. Seguro que la nevera está llena de pollo y brócoli. —Fue hasta la nevera, abrió las puertas y levantó una ceja—. Y salmón.

—Intento definir más los músculos —le expliqué.

—Ya, bueno, comer tarta un día no te hará daño —dijo mientras volvía a sacar cosas de las bolsas.

Traía comida para un regimiento.

—En realidad, sí. No tomo nada de azúcar —le dije mientras miraba el reloj—. Y me encantaría que t-te quedaras, pero tengo que irme a trabajar.

—Qué curioso —contestó mientras sacaba dos platos de un armario y los ponía en la mesa—, he pasado por el gimnasio y me han dicho que te habían despedido.

—Iba a decírtelo...

Suavizó la mirada.

—¿Te hace falta dinero? —preguntó mientras sacaba la cartera.

—No, estoy bien.

—Te ayudaré a pagar el alquiler —se ofreció contando algunos billetes.

—Mamá, déjalo. En serio, estoy bien.

Negó con la cabeza.

—Deja que te ayude.

—No lo necesito. En realidad, tengo q-que ir a una entrevista y no me acordaba...

—Elliott. —Hizo una mueca—. No tienes ninguna entrevista.

—Mamá.

—Por favor —me suplicó. Luego levantó las manos en señal de derrota—. Mira, ya sé que no quieres que esté aquí. Entiendo que no quieras estar con nadie, pero, cielo... —Se le rompió la voz—. Es tu cumpleaños. Y no deberías estar solo el día de tu cumpleaños, ¿vale?

Estaba a punto de llorar. Me aclaré la garganta.

—Vale.

—Vale, anda, siéntate.

Nos sentamos a la mesa y dije:

—Pero no voy a comer azúcar esta semana.

—No pasa nada, solo he traído tarta para mí. —Cogió una de las fiambreras y me la pasó—. A ti te he traído dos muslos de pavo. Sé que te resulta difícil que venga cada año a pasar tu cumpleaños contigo —añadió—, pero soy tu madre, Eli, y tú eres mi hijo. Así que, mientras esté aquí, no vas a pasar tu cumpleaños solo, ¿entendido?

No contesté, pero ella entendió claramente mi respuesta mientras me comía lo que me había preparado.

«Sí».

Capítulo 27

Jasmine

La noche del concierto, sentía un nudo en el estómago, aunque solo había nueve personas en el bar.

Tres de ellas trabajaban allí.

Yo estaba sentada en una mesa, bebiendo un té caliente y repiqueteando el suelo con el pie mientras esperaba a que llegara la hora de cantar.

—Si la mueves más, se te va a salir la pierna —se burló TJ mientras se dejaba caer en el sillón que había frente a mí.

Puso la funda del saxo sobre la mesa y su sombrero encima de la funda.

Sonreí.

—Ya estaba preocupada por si no llegabas.

—Yo siempre llego. Puede que no siempre a tiempo, pero siempre llego. —Me tocó la mano temblorosa—. Estás demasiado tensa, relájate.

—No puedo —respondí—. Hace demasiado que no canto por mí. Estoy muerta de miedo.

—Es como acordarse de montar en bicicleta —me dijo, y me apretó la mano para darme ánimos—. No puedes hacerlo mal.

Cuando me tocó subir al escenario, respiré profundamente y me acerqué al micrófono. La banda del bar empezó a tocar, cerré los ojos y me abandoné a la música. Al cantar, dejaba ir cada nota dándolo todo, perdiéndome en el momento y sintiendo calidez en el alma al volver a mi mundo favorito: el mundo del soul.

Canté cuatro canciones y TJ se quedó para verlas, con los ojos fijos en mi actuación.

Cuando terminé la versión de *Latch* de Sam Smith, les di las gracias a las nueve personas que habían venido, tres de las cuales trabajaban allí.

Me di prisa en volver con TJ y me senté a la mesa; me sentía increíblemente bien.

—¿Qué? —le pregunté, y di un sorbo del té, que seguía en la mesa y se había quedado frío—. ¿Qué tal he estado?

Él arqueó una ceja.

—Nunca has montado en bici, ¿verdad?

Me quedé boquiabierta.

—¿Qué?

—No lo has hecho bien.

Entrecerré los ojos, perpleja por su comentario.

—¿Qué dices? ¡A las otras ocho personas les ha encantado!

—Las ocho son completos idiotas —protestó, y se levantó—. Es muy irónico que una cantante de soul, la música del alma, no tenga alma.

—TJ...

—Has llegado a todas las notas. Has cantado exactamente como tenías que cantar. Y, sí, a todo el mundo le ha encantado, pero a esta gente le gusta toda la música. Nueva Orleans está llena de talento, pero tú eres más que talento, Jasmine. Puedes lograr más que simplemente gustarles. Tienes que ser más. —Me dedicó una sonrisa amable y me tocó la punta de la nariz con el dedo—. Tienes que ser magia.

—¿Y cómo lo hago? —le pregunté—. ¿Cómo me convierto en magia?

Se levantó y se puso el sombrero.

—Ven conmigo y empezaremos tus clases de canto.

—Pensaba que te habías retirado de la enseñanza.

—Sí, me había retirado. —Asintió y cogió la funda del saxo—. Sin embargo, he oído tu voz y, aunque todavía le falta algo, tu forma de cantar... La forma en que tus ojos querían llegar a esa magia que tienes dentro... Me hace sentir ilusionado. Me hace querer volver a enseñar —dijo mientras negaba con la cabeza—. No había sentido esta pasión desde hace mucho. Desde que un chico tartamudo tocó para mí.

Respiré hondo y solté el aire poco a poco.

—¿Cuándo empezamos?

—Mañana al mediodía —respondió mientras cogía una servilleta y un boli.

Garabateó su dirección y me la dio.

—Perfecto.

—No llegues tarde.

—No, tranquilo. ¿Tengo que llevar algo?

—Solo una libreta y tus miedos más oscuros y profundos —añadió mientras se alejaba—. Y, Jasmine...

—¿Sí?

—Tú no tenías que ser una cantante de pop. Esta música... eres tú. Eres la definición del soul. Sus palabras significaban mucho más de lo que imaginaba.

Estaba impaciente por empezar las clases.

El primer día de clase, me enamoré de inmediato de la casa de TJ. Era exactamente igual que en todas las historias que me había contado sobre ella. Había dos robles gigantes en el jardín delantero. Poco a poco, los suaves besos del otoño volvían las hojas de los árboles de un rojo brillante y un naranja dorado por el sol. Algunas hojas se desprendían y caían en una danza hasta llegar a la hierba descuidada del jardín. Una gran valla de mimbre rodeaba la casa y, dentro de esta, parecía que una selva había sustituido al jardín. Había un banco de piedra a cuyos lados

crecían malas hierbas. También había tres estatuas de gnomos guardando la puerta de la casa: uno vestido de extraterrestre, otro de ángel y otro de Chuck Norris.

Eran tres razones por las que TJ se estaba convirtiendo en una de las personas que mejor me caían del mundo.

—Antes era bonito —me dijo mientras salía al porche de casa. Señaló el jardín con la cabeza—. Cuando mi mujer vivía, se aseguraba de que estuviera arreglado. Yo lo he descuidado.

—Sigue siendo bonito así de salvaje.

Sonreí y subí los escalones.

Él me devolvió la sonrisa y asintió.

—Ojalá pudiéramos verlo todo desde ese punto de vista. Pasa, te estoy preparando un té.

Tenía una casa muy bonita, llena de recuerdos e historias. Había una pared cubierta de postales de todo el mundo. Me detuve para estudiarlas sin dejar de sonreír.

—Le prometí a mi mujer que le enseñaría el mundo, y lo vimos juntos —me contó mientras se acercaba con una taza de té caliente en las manos. Se quedó mirando la pared y una pequeña sonrisa se le dibujó en los labios—. Pero nada era tan especial como volver a casa. En ningún lugar nos sentíamos tan bien.

—Tu mujer era preciosa —le dije, y sonreí a las fotos que había sobre la chimenea.

Había muchas fotos y muchos recuerdos capturados en tinta que mostraban la vida de Theodore James. Había tenido una vida maravillosa y yo me sentía afortunada de poder asomarme a echar un vistazo. La foto que había al final de la chimenea hizo que me diera un vuelco el corazón. Era Elliott de pequeño, con un saxo en las manos que parecía cinco veces más grande que su pequeño cuerpo.

—Fue el día que recibió su primer instrumento —me contó TJ—. El momento en que se enamoró del *jazz*.

Y su cara en la foto transmitía ese amor. Esbozaba una amplia sonrisa y su emoción casi traspasaba la imagen.

—Echo de menos esa sonrisa —confesé.

—Como todos —coincidió—, pero no estamos aquí para hablar de él. Hoy vamos a centrarnos en ti.

Me quité la chaqueta y la coloqué en el brazo del sofá antes de sentarme con la libreta en la mano.

—He estado calentando la voz de camino aquí, por si te lo quieres saltar.

Entrecerró los ojos y se apoyó en la chimenea.

—Hoy no vamos a cantar —me dijo—. Vamos a estar un tiempo sin cantar.

—¿Qué?

—Tienes mucho trabajo que hacer antes de ponerte a cantar. —Señaló la libreta con la cabeza—. Apunta lo más difícil.

—¿Lo más difícil?

—Las partes de ti que más miedo te dan, tus verdades más profundas. Apúntalas. Escribe todos los demonios que te han rondado por las noches. Anota cuáles son tus sombras, tus miedos y qué te provoca el dolor más intenso.

—¿Y eso qué tiene que ver con el canto?

Se sentó en el sillón que tenía enfrente y entrelazó las manos.

—¿Cuánto te conoces?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuál es tu verdad?

Solté una risita.

—TJ, ya sabes que no...

—¿Cuál es tu verdad? —me volvió a preguntar.

Me tensé.

—Mi vida no es una historia triste —respondí—. Soy feliz.

—Lo sé, pero ¿cuál es tu verdad?

Cada vez que lo decía, me estremecía un poco. No tenía ni idea de lo que me provocaba ni de por qué no dejaba de preguntarme lo mismo, pero no lo hacía por el simple placer de hacerme daño. Tenía una mirada muy amable y creo que eso era lo que más me turbaba. Me miraba y veía partes de mí que yo fingía que no existían.

—Sé que eres feliz. Sonríes a todas horas, Jasmine, pero, a veces, la veo. Veo esa tormenta silenciosa detrás de tus pupilas. Veo el rayo que te parte por dentro mientras te esfuerzas por hacer como si ni siquiera hubieran caído gotas de lluvia. Enterrar el dolor y el miedo no va a evitar que reaparezcan. Solo acallará tu verdadera voz, que empieza a escapar.

—Yo... —Me tembló la voz y negué con la cabeza una y otra vez, con la mirada puesta en la libreta—. Creo que esto no es lo que quiero, TJ. No quiero profundizar tanto.

Él me estudió un instante antes de dedicarme una sonrisa amable.

—Uno no puede sanar de verdad si hace como si las heridas no existieran.

Le sonreí con la boca cerrada y asentí una vez, pero no dije nada.

Él soltó un suspiro derrotado y asintió.

—Vale, pues vamos a calentar un poco la voz.

Las semanas siguientes empezaron y acabaron de la misma forma. Ensayaba con TJ, iba a trabajar, escuchaba a TJ tocar y siempre terminaba las noches sentada en el callejón, detrás de los bares, mientras me recordaba a mí misma que tenía que respirar. TJ hacía todo lo posible por trabajar conmigo, pero era difícil. Yo se lo ponía difícil.

Había construido un muro a mi alrededor y no lo descubrí hasta que él intentó derribarlo.

Yo era feliz.

Sabía que lo era. Me esforzaba por sentirme así. Me había ganado esa felicidad.

Pero él tenía razón. A lo largo del camino que había recorrido hasta casa, me había topado con algunos baches y me había hecho algunas heridas. TJ aún veía las heridas que yo creía curadas y eso me asustaba. Pero la idea de escarbar en mi interior, de preguntarme qué significaban esas heridas y de recordar lo que me las había provocado me aterrorizaba todavía más. Me gustaba pasar de puntillas junto a mis emociones. Tocarlas un poco y después guardarlas bajo llave.

Si no me hubiera desmoronado el primer día delante de TJ, seguramente no sabría nada de las nubes de lluvia que bailaban sobre mí cada día. Si no le hubiera mostrado esa parte de mí, quizá habría creído que estaba bien.

Y mi música era la que se veía afectada por esa contención. Nunca me había percatado de cuánto me guardaba hasta que TJ me lo hizo ver.

Yo fingía que estaba bien, a pesar de no estarlo. TJ fingía conmigo, pese a que no quería. Él creía en mí más de lo que yo creía en mí misma. Sin embargo, no iba a presionarme para que me abriera si yo no estaba preparada para hacerlo.

Lo más triste era que yo no sabía si alguna vez lo estaría. No sabía si mi voz descubriría su magia. No sabía si algún día podría mirar mis heridas y pensar que eran bonitas.

Y, sin embargo, era feliz. Simplemente, de vez en cuando, las nubes que me sobrevolaban soltaban algunas gotas de lluvia. No eran chaparrones ni diluvios. Solo una ligera llovizna.

Podía soportar unas gotitas. ¿Cómo iba a quejarme de unas gotitas si sabía que otros, como Elliott, se enfrentaban a huracanes?

Todo el mundo tenía letras en su vida que dolía demasiado cantar.

Pero las letras de los demás eran mucho peores que las mías.

Yo tenía suerte.

Era feliz.

Capítulo 28

Jasmine

—Hoy te traigo un sándwich de crema de cacahuete y mermelada —me dijo TJ la semana siguiente mientras se sentaba a mi lado después de la primera parte de su actuación.

—Creo que hoy me tocaba invitarte a cenar. Ayer ya lo hiciste tú.

Se encogió de hombros.

—Me he confundido. Seguro que mañana puedes invitarme. Por cierto, creo que la clase de hoy ha ido bien —me dijo, en referencia a la sesión que habíamos tenido antes.

—Siento que te estoy decepcionando —confesé—. Sé que no lo estoy dando todo... Y sé que es culpa mía, pero estoy bloqueada.

—Da todo lo que puedas, te prometo que es suficiente. Cuando estés preparada, lo sabrás. No estamos aquí para ser perfectos, así que, de momento, con ser buenos basta.

—Gracias, TJ.

—De nada.

Nos terminamos la cena y TJ se levantó para volver a tocar. Yo me dispuse a irme a trabajar, pero algo me hizo dudar.

Ese día, la música sonaba diferente, casi triste. Sonaba más baja que antes. Seguía siendo bella, pero parecía un susurro. Mientras me levantaba del bordillo, se me detuvo el corazón por el pánico. El saxo de TJ cayó al suelo empedrado y el golpe resonó. El sonido hizo que me estremeciera.

—TJ —susurré, confundida, y levanté la mirada para encontrarme con los suyos. Tenía miedo en los ojos y se llevó las manos al pecho.

«No...».

Corrí a su lado cuando las rodillas le cedieron.

—No, TJ, por favor.

Las lágrimas me empañaron la cara cuando lo envolví con los brazos para ayudarlo a levantarse. Tembló entre mis brazos y mis lágrimas cayeron sobre su rostro amable y asustado. Tenía la mirada clavada en mis ojos. Tragué con dificultad, lo sacudí y supliqué que se quedara despierto, que se quedara conmigo y que no se desvaneciera en la noche.

Él respiraba con dificultad y resoplaba, y se formó un corro de gente a nuestro alrededor. Algunos llamaron a emergencias y otros gritaron, asustados y preocupados.

Yo no dije nada.

Quería hablar, pero se me rompía la voz y me quemaba la garganta. No salió ni un sonido hasta que encontré las cinco palabras que tenía en el fondo del corazón:

—Por favor, no me dejes.

Llegaron los médicos de la ambulancia y me apartaron. Luché, me aferré y los empujé. Solo quería quedarme al lado de TJ. Necesitaba estar con él un poco más. Necesitaba estar ahí cuando se aseguraran de que iba a estar bien.

Tenía que ponerse bien. Era Theodore James, el músico con más talento, el hombre más maravilloso y mi amigo.

Pero se negaron a que me quedara a su lado.

No aparté la vista de lo que hacían. Vi cómo le tomaban el pulso. Vi cómo intentaban que el corazón le volviera a latir. Vi cómo trataban de salvarlo mientras lo metían en la ambulancia.

—¡Quiero subir! —grité, e intenté pasar, pero no me dejaron.

No me lo permitieron y cada segundo que pasaban intentando evitar que subiera era un segundo en el que podían estar ayudando a TJ, de modo que di un paso atrás y los dejé marchar.

—Centro Médico Tulane —me gritó un médico antes de cerrar las puertas e irse.

Al verlos alejarse, se me cayó el alma a los pies.

Cogí el saxo, lo metí en la funda y eché a correr por las calles de Nueva Orleans. No podía respirar. Las piernas me obligaban a correr mientras me esforzaba por llenar y vaciar los pulmones y encontrar el aire. Llegué a una esquina, le indiqué a un taxi que parase y esperé. Y esperé. Y esperé.

Cuando llegué a Tulane, entré corriendo por las puertas de urgencias y me dirigí a la recepción.

—Disculpe, estoy buscando a un hombre al que acaban de traer. Ha tenido un ataque al corazón o un infarto o algo en Frenchmen Street y... Y necesito saber que está bien —le pedí torpemente mientras temblaba de arriba abajo, con el saxo de TJ apretado contra el pecho.

—Un momento, un momento. ¿Cómo se llama el paciente?

—TJ... Eh... Theodore James. Tiene unos ochenta años.

—¿Cuál es su relación con él? —me preguntó mientras escribía en el ordenador.

—Soy amiga suya.

Ella dejó de escribir y me miró por encima de la pantalla del ordenador.

—¿Tienen parentesco de sangre?

—No, solo somos amigos.

—Lo siento, no le puedo dar información sobre un paciente si no son familiares. Solo puedo decirle que está ingresado en la UCI.

—Pero...

—Lo siento, señorita. Es todo lo que puedo decirle. ¿Conoce a algún familiar? ¿Puede ponerse en contacto con alguien?

—Solo sé que estaba casado, pero su mujer murió. Yo... Yo solo... —Se me llenaron los ojos de lágrimas y ella me puso la mano en el antebrazo para reconfortarme.

—Puede quedarse en la sala de espera. Han contactado con un familiar y está de camino. Quizá pueda hablar con esa persona cuando llegue.

—Vale, gracias.

Me senté en la sala de espera e hice justamente eso, esperar.

Aquella espera iba a matarme. Cada vez que parpadeaba, veía a TJ cayendo al suelo. Tenía sus ojos aterrorizados clavados en la mente.

Me balanceaba hacia adelante y hacia atrás y me secaba las lágrimas que me caían por las mejillas.

Había tenido la suerte de pasar los últimos meses con TJ y perderlo no era una opción. Cuando la espera me superó, me levanté y salí deprisa del edificio en dirección al único lugar que se me ocurrió.

—¡Elliott! —exclamé sin aliento mientras entraba en el Daze a toda prisa.

Estaba sentado en el mismo sitio que la primera vez que lo vi y me miró con dureza.

Se levantó lentamente y negó con la cabeza.

—Creía que te había dicho...

—Es TJ —anuncié.

—¿Qué le pasa?

Se me saltaron las lágrimas mientras dejaba ir las palabras.

—Le ha dado un infarto. Está en el hospital. Yo estaba con él, pero no me dicen cómo está porque no somos familia y no sé si conoces a alguien a quien podamos llamar o...

—Vamos —me dijo, cogió la libreta y pasó por mi lado—. Yo conduzco.

Me llevó hasta su coche y subí al asiento del copiloto. De camino al hospital, se me formó un nudo en la garganta y, por la fuerza con la que agarraba el volante, deduje que Elliott también estaba tenso.

—¿Estaba muy mal?

Empecé a respirar con dificultad al recordar la mirada en los ojos de TJ.

—Sí.

Se pasó una mano por la nuca.

—Pasaremos por casa de mi madre. Ella tiene su poder notarial médico.

—¿No tiene más familia?

—No, solo a mi madre y a mí.

No dijimos ni una palabra más. Aparqué delante de la casa y corrió para explicarle a su madre lo que ocurría. Cuando volvieron al coche, se sentó al volante y su madre en el asiento de atrás.

—No me lo puedo creer —murmuró. Llevaba un archivador en la mano y supuse que era todo el historial médico de TJ. Respiraba deprisa—. Pero se pondrá bien —se dijo a sí misma—. Se pondrá bien.

—Se recuperará —le dije, y me hice eco de sus pensamientos—. Se lo prometo.

—No hagas esas promesas —murmuró Elliott con dureza y muy bajito, lo suficiente para que solo yo lo oyera.

Su madre levantó la vista un instante y se secó las lágrimas de la cara.

—Eli.

—Dime.

—¿Quién es esta mujer que hay en tu coche? —Carraspeó—. ¿Es tu novia?

Me dio un salto el corazón. Elliott gruñó.

—¿Qué? No, es una amiga de TJ.

—Encantada de conocerte, amiga de TJ. Ojalá fuera en otras circunstancias. Yo soy Laura.

Me giré un poco y le sonreí.

—Encantada, Laura. Yo soy Jasmine.

—Jasmine —repitió, modulando la voz, y se volvió para mirar fijamente a su hijo—. Pero... ¿Jasmine, Jasmine? O sea, ¿Jazz, Jasmine?

Elliott hizo una mueca nerviosa.

—Sí.

—Ay, Dios... No sabía que había vuelto —gritó. Entonces se volvió hacia mí—. No sabía que habías vuelto a Nueva Orleans. Eli, ¿cómo es que no me habías dicho que había vuelto?

—Quizá ahora deberíamos centrarnos en TJ —la riñó.

Mi corazón saltaba un poquito cada vez que tartamudeaba.

—Claro —coincidió su madre—. Es solo que todo esto es un poco surrealista.

«Un poco surrealista» no era suficiente para describir aquello.

Capítulo 29

Jasmine

En el momento en que entramos por la puerta del hospital, Laura corrió a recepción para que la informaran de todo después de decirnos a Elliott y a mí que fuéramos a la sala de espera. Nos sentamos uno al lado del otro sin decir nada.

Él se aseguró de dejar un asiento vacío entre nosotros.

De vez en cuando, Laura nos miraba y nos sonreía con dulzura y, luego, volvía a darse la vuelta para que le contaran más cosas.

—Vale, gracias —le dijo a la recepcionista. Entonces se dio prisa por llegar hasta nosotros. Se sentó en el asiento vacío que había en medio, cruzó las piernas y sonrió—. Perdonad, era mucha información que asimilar.

—No pasa nada.

—Le ha dado un infarto bastante fuerte que le ha provocado complicaciones en el corazón. — Debió verme la preocupación en los ojos, porque me puso una mano en el brazo—. No pasa nada, ahora está en la UCI y pasará aquí unos días.

—¿Y está despierto?

Negó con la cabeza.

—Ahora mismo, no, pero se despertará. Se recuperará.

—¿Cómo puedes decir eso? —le preguntó Elliott—. ¿Cómo lo sabes?

—No lo sé a ciencia cierta —replicó ella tranquilamente. Se encogió de hombros y negó con la cabeza—. Pero, a veces, tengo que mentirme a mí misma para no desmoronarme. A veces, las mentiras son lo único que me ayuda a salir de la cama por la mañana.

La sinceridad de su confesión me emocionó.

Se mentía a sí misma para poder seguir viviendo. Yo conocía esa sensación demasiado bien.

Se aclaró la voz y sus ojos amables se encontraron con los míos.

—Se pondrá bien, ¿verdad?

Asentí.

—Claro.

Pasaron las horas y TJ seguía en estado crítico. Cuando me cansé de estar sentada en esa silla, me levanté y paseé por el hospital un rato. Llamé a Ray para contarle lo que había pasado, simplemente para tener a alguien con quien hablar, y él insistió en volver a casa.

—Ni hablar —repliqué con la llave del collar dentro del puño—. Tienes un concierto en Portland mañana.

—Ya lo sé, pero estas semanas me has contado lo mucho que te importa ese tío. Si me necesitas...

—Por ahora estoy bien, te lo prometo. Cuando no sea así, te lo diré. Creo que solo necesitaba hablar contigo.

—Me alegro de que me hayas llamado, Blanca. Llámame siempre. Yo siempre te contestaré.

Le dije que sí y colgamos. Me fui hacia la cafetería y pedí tres cafés para llevar. Al volver a la sala de espera, vi que Laura estaba a un lado hablando con una enfermera y que Elliott no se había movido de su sitio. Tenía la cabeza gacha y se miraba las manos.

—¿Un café? —le pregunté, y le acerqué un vaso—. Ya lleva leche y azúcar.

Levantó la vista y la volvió a bajar hacia sus manos.

—No tomo azúcar.

—Ah, pues toma —le ofrecí mi vaso—. Yo lo tomo solo.

—Estoy bien.

—Venga... —Le di un golpecito en el brazo—. A todos nos vendrá bien un poco de energía.

—Estoy bien.

—Eli...

—Te he dicho q-que... —Cerró los ojos y apretó las manos. Vi cómo aumentaba la presión en su interior, igual que cuando éramos niños, y cómo el pánico se apoderaba de él al intentar que le salieran las palabras—. ¡Estoy bien! —espetó, y me sobresalté.

Cuando levantó la vista y nuestros ojos se encontraron, vi su verdad. No vi su reacción, sino su tristeza. Me miró como si estuviéramos en un sueño y no supiera con seguridad lo que estaba viendo.

Pero era a mí.

Me estaba viendo a mí y yo a él, por más que intentara esconderse.

—Perdona, no quería gritar... Es que a veces las palabras se me...

Asentí.

—Me acuerdo.

Volvió a apartar la mirada y murmuró:

—Gracias, de todas formas.

—De nada. —Me senté de nuevo y dejé un asiento entre nosotros, porque sabía que así se sentiría más cómodo.

Lo que seguramente no lo hacía sentir cómodo era la cantidad de tiempo que me pasaba mirándolo, pero no podía evitarlo.

A pesar de su tristeza, él seguía siendo mi casa.

Me preguntaba si habría pensado en nuestro beso estas semanas. Me preguntaba si yo había pasado por su cabeza como él había pasado por la mía.

—Eli... —susurré mientras me inclinaba hacia él—. La primera vez que nos vimos...

Abrió la boca para hablar, pero se detuvo. Su mirada severa hizo que cada pelo de mi cuerpo se erizara. No sabía qué hacer. La cabeza empezó a darme vueltas. Quería abrazarlo y aferrarme a él y pegarle y llorar.

—Mira —empezó a decir en un tono frío—, lo que pasó entre nosotros... El beso...

Justo en ese momento, Laura volvió con una sonrisa radiante.

—Traigo buenas noticias: está despierto. Lo han trasladado a planta y podemos pasar a verlo.

—¿Está bien? —pregunté mientras alejaba los pensamientos de Elliott y se los dedicaba a TJ.

«Está despierto».

Se habían convertido en mis palabras favoritas.

—Sí. Lleva una máscara de oxígeno, así que no puede hablar. Y le tiemblan las manos, pero está despierto. Está bien. Vamos a verlo.

—Sí. —Respiré hondo y asentí—. Vamos.

Cuando llegamos a su habitación, se estaba quedando dormido, por lo que decidimos que sería mejor dejarlo descansar aquella noche.

—Yo me quedaré con él esta noche, si le parece bien —le dije a una enfermera.

Estuvo de acuerdo. Laura me dio las gracias y me abrazó con fuerza.

Elliott sacó una libreta y garabateó algo. Luego me dio el papel.

—Mi número, por si pasa algo.

Lo acepté y le di las gracias.

Cuando se preparaban para irse, Laura se acercó a TJ y le dio un beso en la frente.

—Mañana vuelvo, TJ —le dijo bajito—. Seguro que antes de que te despiertes.

Soltó aire mientras se alejaba y, cuando pasó junto a Elliott, le tomó de la mano y se la apretó para darle ánimos.

Laura miró a su hijo y se le saltaron las lágrimas.

—Te llevo a casa —le susurró él.

—Gracias.

—De nada. —Se acercó a TJ y le tocó el hombro con suavidad. Al ver a aquel hombre, su mentor y su familia, la mirada de Elliott se suavizó durante una fracción de segundo. Luego, se apartó de él y se volvió hacia mí—. Jasmine.

—Dime.

No dijo nada, pero asintió ligeramente en señal de agradecimiento y yo lo entendí a la perfección.

—De nada, Elliott.

Se fueron y me puse cómoda. En mitad de la noche, TJ se despertó y, cuando me vio, quiso hablar, pero no podía. Se llevó las manos a la máscara de oxígeno e intentó quitársela, pero se lo impedí. Corrí a su lado para tranquilizarlo y le tomé de la mano.

—Estás bien, TJ, estás bien. No estás solo.

Empezó a respirar mejor y se le fueron cerrando los ojos. Cuando me aseguré de que estaba bien, me permití cerrar los míos.

Capítulo 30

Elliott

Volví al Daze hacia las cinco de la mañana. Cuando entré, miré la mesa del fondo donde siempre me sentaba y vi a Jason con una botella de Jim Beam y dos vasos. Tenía la cabeza caída y estaba durmiendo, así que me acerqué a él y lo toqué para despertarlo.

Se revolvió un poco y, luego, se frotó los ojos con las palmas de las manos.

—Hola —dijo mientras bostezaba.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Esperarte. ¿Cómo está TJ? —me preguntó. Cogió la botella de *whisky* y llenó los dos vasos.

—Se pondrá bien —le respondí.

Me senté frente a él.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

Me pasó el vaso. Lo cogí y me encogí de hombros.

—Yo siempre estoy bien.

—Ya, ya lo sé, pero, entre tú y yo... ¿Estás bien?

Hice una mueca y agité un poco el vaso de *whisky*.

—Podría haber muerto.

—Pero no ha muerto.

—Pero...

Jason se estiró por encima de la mesa y me puso una mano en el brazo.

—No ha muerto, tío. No se ha ido.

Yo asentí lentamente. «Sigue aquí».

—Ni me acuerdo de la última vez que lo vi —confesé, y sentí una presión en el pecho—. Qué cagada.

—Creo que todos lo hacemos lo mejor que podemos, hermano. No seas tan duro contigo mismo.

Pero ¿cómo no iba a serlo? Esa noche casi pierdo a una de las personas más importantes de mi vida y ni siquiera me acordaba de la última vez que lo había visto ni de las últimas palabras que me había dicho. TJ se había pasado la vida cuidando de mi familia y yo me había alejado de él como si no fuera nadie.

Y esa noche había podido morir sin verme de nuevo.

—No te preocupes por el ayer, Elliott. Tienes otra oportunidad. Puedes estar a su lado mañana.

Fruncí el ceño y me bebí el vaso de un trago.

—Ya puedes irte a casa.

—Bueno —dijo, y se encogió de hombros—, en realidad, estoy bastante cómodo aquí. Y, además, Kelly no aguanta que ronque. —Me dio un último golpecito en el brazo—. ¿Estás bien, Elliott? —me volvió a preguntar.

—No —dije negando con la cabeza y, por primera vez en años, fui sincero—. Esta noche no estoy bien.

Capítulo 31

Jasmine

A la mañana siguiente, tanto Elliott como Laura volvieron temprano. TJ se había pasado unas horas dando cabezadas y ya no le hacía falta la máscara de oxígeno, lo que me hacía feliz.

—¿Una fiesta de bienvenida para este viejo? —preguntó sin poder levantarse de la cama.

Arrastraba un poco las palabras, como nos habían avisado los médicos, y parecía muy cansado. Verlo así me provocaba un nudo en el estómago por el miedo. Tenía los ojos entrecerrados y le temblaba un poco la mano izquierda, pero me esforcé por no mostrar mi preocupación.

—Me diste un buen susto, TJ —comenté mientras me acercaba a él y le daba un beso en la frente.

—Nos asustaste a todos —coincidió Laura.

—¿A la sombra esa que está en la puerta también? —preguntó.

Todos miramos a Elliott, que mantenía las distancias. Tenía las manos en los bolsillos de los vaqueros oscuros y en su cara apenas se apreciaba emoción alguna.

—A mí también.

TJ abrió la boca para hablar, pero, en lugar de palabras, le salió una tos que nos hizo acercarnos a la cama rápidamente. Negó con la cabeza para indicarnos que estaba bien.

—Tómatelo con calma —le advirtió Laura—. Hijo, ¿puedes traerle ese vaso de agua que está al lado de la ventana?

Elliott pasó a mi lado, me rozó un poco el brazo y mi alma se encendió.

Sacudí la cabeza e intenté deshacerme de los nervios. Me volví para mirar a TJ mientras daba pequeños sorbos a su vaso.

—Estaba preocupada por si no llegabas al hospital.

—Yo siempre llego. —Me guiñó un ojo—. Puede que no siempre a tiempo, pero siempre llego.

Entró una enfermera a la habitación y se sorprendió un poco al vernos a todos metidos en aquel espacio tan reducido.

—Hola, soy la enfermera Rose, la encargada de cuidar a TJ durante las horas siguientes de mi turno. Y, aunque estoy segura de que todos se alegran mucho de verlo, me temo que, esta vez, vamos a tener que restringir las visitas solo a la familia.

—¿No lo ves, Rose? —masculló TJ—. Esta es mi hermana y estos, mis sobrinos. Creo que está bastante claro. Nos parecemos todos mucho.

Rose sonrió.

—Sí, ya lo veo, TJ. Pero, de todos modos, creo que si pasan a verlo de uno en uno será mejor. Tiene que descansar.

—Esperaremos fuera —le dije a Laura. Me acerqué a TJ y le di otro beso en la frente—. Me alegro mucho de oír tu voz.

—¿Estás bien, Jasmine? —me preguntó, y me hizo reír.

Se preocupaba por mí acostado en una cama de hospital.

—No te preocupes por mí. Yo siempre estoy bien, TJ.

—Volveremos a dar clases pronto —me dijo.

Me reí de nuevo.

—No hay prisa. Tú descansa.

Estuvo de acuerdo. Vi que Elliott se acercaba a él. Le puso una mano en el hombro y le dirigió una pequeña sonrisa. Fue tan breve que, si no hubiera sido adicta a mirar a ese desconocido conocido, me la habría perdido.

—Si hubiera sabido que solo con un infarto vendrías a verme, lo habría tenido hace siglos —bromeó TJ.

—M-me... —Elliott se calló y cerró los ojos. La cara se le puso un poco roja, las venas del cuello se le marcaron ligeramente y apretó los puños—. M-me... M-me a-a... —tartamudeó, y lo volvió a intentar, pero las palabras no le salían.

Y entonces lo vi.

Vi al chico que conocía.

Volvió a abrir los ojos y frunció el ceño. TJ le puso la mano derecha sobre el puño.

—Yo también me alegro, hijo. —Y así, con el contacto de TJ, el cuerpo de Elliott empezó a relajarse.

TJ también tenía ese mismo efecto en mí. Estaba claro que era así con todo el mundo que lo conocía.

Salimos de la habitación y nos dirigimos a la sala de espera, donde nos sentamos uno al lado del otro, esta vez sin dejar ningún asiento vacío en medio. Estábamos bastante cerca, pero parecía que nos separaban muchos kilómetros.

El silencio de la sala de espera era inquietante. Por la mente me pasaban miles de cosas que quería decir y no estaba segura de cómo, pero iba a intentarlo.

Crucé las piernas y me aclaré la voz. Abrí la boca para hablar, pero él encontró las palabras primero.

—¿De qué lo conoces? —me preguntó, refiriéndose a TJ.

—Voy a su esquina todos los días antes de entrar a trabajar y lo escucho tocar. Y ha empezado a darme clases de canto hace poco. Es... Eh... —Se me apagó la voz y él miró hacia adelante. Me cayó una lágrima por la mejilla y me la sequé enseguida—. Es una de mis personas favoritas —admití.

Elliott juntó las manos y estudió el suelo.

—¿Por qué a esa esquina? —preguntó.

—¿Qué?

—¿Por qué vas a esa esquina?

Solté una risita.

—No preguntes cosas que ya sabes.

—Pero ¿todavía cantas?

Asentí.

—TJ dice que ya no tocas.

—No.

—Es lo más triste que me han dicho nunca.

Parecía derrotado y cansado. Elliott era demasiado joven para que el mundo lo hubiera destrozado así y demasiado joven para tener tanta tristeza reflejada en la mirada. Pero, bueno, yo también.

Tenía muchas cosas que decir, pero su aspecto severo me hacía sentir incómoda. Quería preguntárselo y contárselo todo.

«¿Dónde has estado?

¿Qué te hace llorar?

¿Qué te hace reír?

¿Cómo te ganas la vida?

¿Me has echado de menos?

Yo a ti sí».

Y, sobre todo, quería abrazarlo, aferrarme a él y recordarlo, pero no podía.

No podía porque sabía que era lo último que quería. Lo veía en su lenguaje corporal. Nos quedamos callados un rato, diciéndonoslo todo dentro de nuestras cabezas, pero nada en alto, hasta que no aguanté más el silencio.

—Pensaba que no iba a volver a verte —le confesé, directamente desde el corazón—. Y, entonces, cuando te vi por primera vez... La forma en la que me besaste...

—Eso f-fue un error.

—A mí no me lo pareció.

—Pues, mira, lo fue. —Se encogió de hombros, se levantó y se fue sin plantearse ni un segundo el darse la vuelta.

Me dejó completamente desconcertada.

Me quedé en la sala de espera todo el tiempo que pude y esperé a que volviera, pero no lo hizo. Entré en la habitación de TJ y, cuando terminamos de hablar, Elliott aún no había aparecido. Eso me pesó por más de una razón. Salí del hospital y me fui a trabajar, aturdida y confusa.

¿Qué había hecho cambiar a Elliott Adams?

¿Qué lo había destrozado así?

Capítulo 32

Jasmine

Era un sábado lluvioso cuando le dieron el alta a TJ. Laura y yo lo llevamos a su casa mientras Elliott iba a una entrevista de trabajo. TJ nos aseguró que estaría bien solo, pero no era verdad. No tenía equilibrio a la hora de andar y a todos nos preocupaba que se quedara solo.

Laura y yo pasamos la mañana con él, hablando de cómo nos las arreglaríamos para cuidarlo. Él nos discutía lo que íbamos a hacer durante las siguientes semanas.

—No pasa nada, TJ. Puedo cogerme algunas horas libres y ayudar un poco más a cuidarte —le dijo Laura en un intento de que no se sintiera tan culpable por interferir en su vida.

—No, no, no. Lo último que quiero es que cambies tu vida por mí. Ya estás lidiando con muchas cosas y tienes un trabajo de día y otro de noche. Venir a cuidarme es demasiado y sé que el seguro no cubre que venga alguien a casa, pero no pasa nada. Estaré bien solo.

—TJ, te has caído esta mañana en el hospital —lo riñó—. No puedes quedarte solo.

—Yo puedo venir a ayudarlo durante el día —me ofrecí.

—No, no es responsabilidad tuya, no soy tu hijo. Además, eso no arregla nada. Estaría solo por la noche igualmente. Para eso me quedo solo durante el día también.

—TJ, qué tontería —le dije—. No vamos a dejarte solo.

—Tenéis que hacerlo. —Se encogió de hombros—. Soy viejo, no pasa nada.

—Justo por eso sí que pasa. Esta mañana te has caído y yo estaba ahí para ayudarte. ¿Y si vuelve a ocurrir? —le preguntó Laura.

—Ya me ha pasado otras veces y he podido levantarme solo.

Sus palabras fueron un golpe que no esperaba.

—¿Te has caído antes, TJ?

—Ay, Dios, ¿por qué no me lo habías dicho? —le interrogó Laura.

—Porque sabía que te preocuparías —respondió—. Tienes muchas preocupaciones, Laura, y no quiero ser una más.

—Ahora sí que no te vamos a dejar solo —lo riñó.

—No hay forma de que no lo hagáis —respondió él.

—Yo puedo quedarme por las noches —se ofreció una voz profunda.

Todos volvimos la cabeza hacia la puerta. Elliott estaba en la entrada con las manos metidas en los bolsillos.

TJ frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí?

Elliott me miró antes de encontrarse con los ojos de TJ.

—Me acaban de contratar en un gimnasio de la ciudad. Trabajaré de ocho a cuatro. Puedo quedarme aquí por la noche.

A Laura se le humedecieron los ojos y se llevó las manos al corazón.

—¿Nos ayudarás? —le preguntó, no muy segura de entender lo que decía su hijo.

—¿Lo harías por mí? —preguntó TJ, algo confuso por su ofrecimiento.

—Sí.

—¿Por qué?

La incomodidad se apoderó de Elliott. Abrirse a los demás era algo que le costaba y todos los que estábamos allí lo sabíamos. Éramos testigos de la batalla entre Elliott y su alma cada vez que estaba cerca de hacerlo. Era como si quisiera ser él mismo, pero tuviera miedo de que mostrarse así fuera a hacerle daño.

—Tú harías lo mismo por mí —dijo, por fin—. Ya lo hiciste. Cuando mi padre se fue, tú llegaste.

«Oh, Elliott».

TJ sabía que no podía rechazar esa oferta. Hacía años que Elliott no mostraba ningún tipo de conexión y sería estúpido ignorarla.

—¿Voy a ver si puedo colgar un s-saco de boxeo en el árbol del jardín de atrás? —dijo en forma de pregunta.

—Vale, hijo —asintió TJ, perplejo.

Cuando Elliott se alejó, los tres lo seguimos con la mirada. Laura aún tenía una mano sobre el corazón y estaba llorando.

—Mi hijo ha vuelto.

—Todavía no —discrepó TJ a la vez que negaba ligeramente con la cabeza—, pero está en camino.

Instalamos a TJ en su casa y Laura trajo un andador para que pudiera desplazarse. Nos llevó unos días acostumbrarnos a la rutina de cuidar de él, pero se volvió más fácil con el tiempo. Lo más duro era ver cómo se esforzaba en ser el de antes. TJ creía que las cosas volverían a la normalidad con mayor facilidad de lo que lo hacían. A veces, se le nublabla la cabeza y se mareaba. Y le costaba caminar.

Pero lo que más le dolía en el corazón era no poder tocar.

Una tarde, lo encontré de pie, acariciando el saxo con los dedos.

—¿Estás bien, TJ? —le pregunté, pero no obtuve respuesta. Me acerqué a él y le puse una mano en el hombro para animarlo—. TJ.

Negó con la cabeza y cuando me miró, tenía los ojos apesadumbrados.

—Dime.

—Vamos a la cama a dormir un poco. Tienes que descansar. Seguramente, cuando te

despiertes, ya me habré ido a trabajar, pero Elliott estará aquí para cuidarte por la noche. Yo vendré a ver qué tal estás después del turno de noche, ¿vale?

Asintió mientras caminábamos hacia su habitación. No le gustaba nada que tuviera que ayudarlo a meterse en la cama. TJ siempre era el que ofrecía ayuda a los demás, no el que la recibía. Yo sabía que era un cambio que le costaba aceptar, pero, aun así, él le daba las gracias a Dios. Su fe en algo más grande que él en aquellos días tan oscuros me sorprendía. Me hubiera gustado que todos nos pareciéramos un poco más a él: esperanzados hasta cuando nos rondaba la oscuridad.

Una vez se hubo acostado, limpié la casa. Mientras ordenaba la sala de estar antes de irme a trabajar, miré por la ventana y vi a Elliott al otro lado de la calle. Estaba de espaldas a mí y con las manos en los bolsillos, mirando la casa que tenía enfrente: la casa en la que había pasado casi toda su infancia.

Fui hasta la puerta y lo observé. La gente pasaba por su lado, pero él no se movió ni un centímetro, como si no viera a nadie.

—¡Elliott! —lo llamé desde el porche. No se dio la vuelta. Bajé los escalones y corrí hacia él. Era como si se hubiera quedado congelado y no pudiera moverse. Cuanto más me acercaba, más se acrecentaba el nudo en mi estómago—. Eli —le dije en voz baja, y le puse una mano en el hombro.

Se asustó y pegó un brinco. Cuando se giró hacia mí, tenía los ojos vidriosos por la emoción. Sus sentimientos, los verdaderos, habían salido al exterior al observar el lugar que había sido su hogar hacía tiempo. En lo que dura un suspiro, dio un paso atrás y sus ojos se volvieron severos una vez más.

—¿Qué quieres? —me espetó.

—Solo... —Mis palabras se desvanecieron a la vez que mi mente intentaba aferrarse a los pedazos rotos que veía en su mirada. La reconocí. Entendía la tristeza que guardaba en algún lugar de las profundidades de su alma, porque era como la mía. Lo que no entendía era ese lado duro que estaba decidido a mostrarle al mundo y a mí—. Solo quería saber si estabas bien.

—Yo siempre estoy bien.

Me rozó el brazo al pasar junto a mí, en dirección a la casa de TJ. Suspiré y lo seguí.

—No pasa nada si no estás bien —le dije—. Yo sé que no estaría bien si volviera al lugar donde crecí, con el recuerdo de Kat...

—¡Cállate! —gritó, y dio media vuelta para mirarme en mitad de la calle.

—¿Qué?

Se me acercó más y su complexión fuerte me recordó lo pequeña que era yo en comparación. Caminó hasta estar a centímetros de mi cara, sin dejar de mirarme. Su respiración cálida me rozó la piel al hablar:

—Para.

—Elliott...

—Tú ya no me conoces y no tengo ganas d-d-de reconstruir nuestra amistad. No vengo aquí por ti —me aclaró con frialdad.

—Nunca he dicho eso —repliqué, avergonzada.

—Pero me miras como si lo pensaras, como si esto... Como si nosotros fuésemos algo, pero no lo somos. Tú no eres nada para mí y yo no soy nada para ti, ¿entendido? Vengo para ayudar a

cuidar de TJ y y-ya está. Nada más y nada menos. ¿Lo entiendes?

Asentí y me encogí un poco. Cada segundo me sentía más pequeña.

—Sí.

—Bien. —Dio media vuelta y empezó a andar hacia la casa, pero se volvió a detener—. Y, Jasmine.

—¿Sí?

—No vuelvas a hablar de mi hermana delante de mí. Nunca.

Me dejó plantada en mitad de la calle, intentando asimilar lo que acababa de ocurrir. Me había quedado de piedra, igual que lo había estado él hacía un momento. Entonces, procesé lo que había pasado y me di cuenta de lo que tenía que haberle dicho, así que volví a la casa hecha una furia.

—No —le dije, medio gritando medio susurrando, porque sabía que Teddy dormía.

—¿Cómo dices?

—Te digo que no, que no me puedes hablar así. No me puedes menospreciar así y decirme que me calle porque estás triste. Y no me mientas y me digas que no lo estás, Elliott, porque lo estás. Estás triste y lo he visto. En la fracción de segundo en la que te has dado la vuelta y me has mirado, he visto al Elliott de verdad, al que está herido. Y perdona que haya hablado de ella, me he pasado, pero no vas a decirme que me calle por comprobar si estás bien. No vas a decirme quién puedo ser y quién no puedo ser. Si quieres ignorarme y que te ignore, vale, bien, pero no me vuelvas a mandar callar en tu vida. Yo no soy alguien a quien puedas acallar porque sí.

—Tienes razón. —Se dio la vuelta y frunció el ceño—. Lo siento.

Retrocedí un paso, sorprendida por su respuesta.

No me la esperaba en absoluto.

—Vaya —susurré.

—No quiero... —Se calló y le tembló un poco el labio—. No quería... —Se metió las manos en los bolsillos, bajó la mirada y carraspeó. Cuando levantó la cabeza, me miró a los ojos. A los suyos había regresado esa dulzura que me era familiar—. No sé cómo ser cuando estás tú —se sinceró.

Lo vi. Vi cuánto le dolía decirme aquello antes de que se alejara, y me quedé atónita.

Me confundía mucho. Me sorprendía lo cálido y lo frío que podía ser en unos pocos segundos. No sabía cómo tomármelo ni qué significaba, pero sí que me sentía exactamente igual que él.

No tenía ni idea de cómo ser cuando estaba él.

Y, aun así, a pesar de sus sombras, deseaba que se quedara a mi lado.

Capítulo 33

Elliott

Tenía pesadillas cuando llegaba el alba. Cada vez que me miraba en el espejo, me molestaba que mi cara me recordase a mi hermana. Cada habitación en la que entraba en casa de TJ estaba atada a algún recuerdo. En el pasillo que llevaba a los dormitorios estaban las marcas de la altura de Katie y las mías desde que teníamos dos años. Aquella casa era mi segundo hogar. Era donde celebrábamos las fiestas, los cumpleaños y donde íbamos a cenar algunos días sin que fuera ningún día especial.

A Katie se le cayó el primer diente en la cocina de TJ.

Y en el comedor la riñeron por haber suspendido el primer examen.

Todo lo que tocaba me recordaba a ella. Pero lo peor era encontrarme con mi madre. Yo tenía los ojos de Katie, pero mi madre tenía su sonrisa. Tenía su mismo pelo rizado y salvaje. Tenía su corazón, su personalidad y su amor.

Todo lo bonito que tenía mi madre también lo tenía Katie, y me rompía el corazón, que estaba hecho una mierda, cada vez que me miraba.

No solo tenía pesadillas durante el día, sino también cuando cerraba los ojos y soñaba, pues mis sueños siempre estaban cubiertos por sombras. Volvía a ese callejón y oía cómo se burlaban de Katie y cómo abusaban de ella. A veces, era consciente de que estaba soñando, pero no podía despertar. Tenía que despertar; no podía volver a verla morir, no podía...

«Me puse en pie con dificultad y corrí hacia Katie. Respiraba muy flojito y tenía los ojos muy abiertos, llenos de pánico.

—Eli —murmuró, y yo la abracé.

—No pasa nada —le dije. Cuando noté la sangre en los dedos al tocarle la parte de atrás de la cabeza, entré en pánico—. Estás bien, estás bien.

Empezó a cerrar los ojos y la sacudí.

“No...”.

—Q-quédate, Katie, q-quédate.

—Eli —gritó Katie mientras me tiraba de la camisa—. Eli... Eli... E...».

Me incorporé de un salto del sofá de TJ y salí de un sueño que era demasiado real. Tenía el cuerpo empapado en sudor. Las pulsaciones me iban a toda velocidad y no podía quitarme de la cabeza la imagen de Katie mientras moría. Había vuelto a morir en mi sueño...

Siempre se me moría en los brazos.

—Eli —susurró una voz, que hizo que me girara hacia la izquierda. Jasmine estaba de pie con los ojos abiertos de par en par, llenos de pánico y preocupación—. Estabas gritando en sueños.

Cerré los ojos con fuerza y sacudí un poco la cabeza.

Ella cambió el peso de pierna y me sonrió sin abrir la boca.

—He terminado pronto de trabajar y me he dado cuenta de que me había dejado las llaves de casa aquí. Puedes irte a casa si quieres. Me quedaré esta noche.

Me levanté del sofá y miré la hora. «Medianoche».

—¿Estás...? —empezó a preguntar, pero se detuvo porque sabía la respuesta.

«No».

No estaba bien.

Nunca volvería a estarlo.

Me fui hacia el Daze. Jason estaba trabajando detrás de la barra y yo me senté en un taburete delante de él. En el momento en que me miró, frunció el ceño y me sirvió un vaso de *whisky* con hielo.

—¿Pesadillas? —me preguntó.

Asentí.

—¿Despierto o dormido?

Me lo bebí.

—Ambos.

Me sirvió otra copa.

—¿Quieres hablar del tema? —Siempre me lo preguntaba.

—No. —Yo siempre respondía lo mismo.

Se apoyó en la barra y arqueó una ceja.

—¿Quieres oírme hablar de la boda y de que hoy hemos elegido las flores?

Me reí un poco y me apreté el puente de la nariz con los dedos.

—Sí.

Jason esbozó una sonrisa de bobalicón y sacó el móvil para enseñarme fotos, porque, claro, había hecho fotos.

—Ella quería peonías y ranúnculos, pero yo soy mucho más tradicional y quería rosas, pero no rosas rojas, sino de un naranja ocre. Y unos toques de jazmín de Madagascar. Creo que pegan más con una boda otoñal, en noviembre, que las rosas rojas. Al final nos hemos quedado con un poco de cada uno y lo hemos mezclado todo. —La forma en la que se le iluminaba la cara por la emoción era lo mejor que veía desde hacía mucho.

No había nadie más ilusionado por convertirse en marido que Jason. Kelly era la chica más afortunada del mundo por tener a alguien como él. Su boda no sería hasta el otoño del año siguiente, pero él y Kelly la estaban planeando como si fuera a ser el mes siguiente.

Él me hablaba del día de su boda y yo le agradecía que me ayudara a alejarme de la realidad. A veces, lo único que necesita el alma para descansar es un *whisky*, unas peonías y un mejor amigo que te quiera, con tus cicatrices y todo.

Pasaban las semanas y a TJ le costaba cada vez más adaptarse a su nueva situación. No lo hacía adrede, pero la vida no le permitía sentirse fuerte. Él era el que siempre había cuidado de los demás.

No estaba hecho para que cuidaran de él.

—¡No, no, no! —Oí que decía una noche cuando le preparaba algo para comer.

Fui corriendo hasta la habitación de la música y me lo encontré en el suelo, intentando levantarse.

—TJ —murmuré, y corrí a su lado para ayudarlo a ponerse en pie.

Él hizo gestos para que me alejase, con la cara seria y malhumorada.

—¡No! No me toques —me ordenó mientras intentaba levantarse.

No podía, así que ignoré sus gritos y lo senté en una silla.

—¿Qué haces? —le pregunté, sin entender por qué estaba en la habitación de la música.

Él negó con la cabeza.

—Quería leer música —me dijo—. Solo quería leer mi música.

Tenía las paredes cubiertas de arriba abajo de libros sobre música. Había planes de estudios que había usado con muchos alumnos a lo largo de su vida, también conmigo. Hacía años que no enseñaba, pero, hasta jubilado, había sido capaz tocar su propia música. Hasta ahora.

—Me podías haber pedido que te bajara lo que quisieras —le dije.

—¡Estoy harto de pedirle ayuda a la gente! —gritó, lo que me sorprendió. TJ nunca gritaba. Sí que reñía, pero nunca gritaba. Bajó la mirada hasta la mano izquierda y vi los temblores que la sacudían. Arrugó el ceño y se recostó en la silla—. Lo siento, es que... ya no puedo tocar —susurró.

—Puede que, con algo de rehabilitación, vuelvas a tocar.

—Tengo ochenta y seis años y me ha dado un infarto, Elliott. Ni siquiera puedo coger el instrumento —protestó, completamente derrotado—. No podré volver a tocar nunca.

—Bueno, no pasa nada.

—¿Qué?

—La música no lo es todo.

TJ se puso algo rojo.

—¿Qué acabas de decir?

—Digo que la música no lo es todo.

—¿Es broma? —me preguntó—. La música es lo único que hay.

Hubo un tiempo en el que yo también pensaba eso.

—¿Sabes lo que veo cuando cierro los ojos? —me preguntó, y los cerró—. Veo notas, veo compases, veo melodías y veo letras. Veo música. Cuando cojo aire, pienso en el *jazz*, cuando lo suelto, quiero *jazz*. Y, sin poder tocar el saxo... Sin la música... —Le resbaló una lágrima por la mejilla y yo intenté ignorar la incomodidad que me producían sus emociones—. Sin la música, no me importaría estar muerto.

Me atraganté un poco.

—No lo dices en serio. Mira, ya sé que parece difícil, pero la música no lo es todo. Yo tocaba el saxo, lo dejé y estoy bien.

Abrió los ojos y me dirigió una mirada severa.

—Tú elegiste no tocar el saxo. Tú elegiste alejarte de la música, pero a mí me la han arrebatado. Tú y yo no somos iguales.

Bajé la cabeza, me sentí culpable por su dolor y no supe qué decir. Me pidió que me fuera y lo hice. Mientras salía de la habitación, lo oí llorar desconsoladamente. No podría hacerle sentir mejor, porque no sabía qué era eso. Solo sabía lo que era estar desolado, así que pedí ayuda a alguien que sí podría ayudarme.

Llamé a Jasmine y vino inmediatamente. Tenía el día libre y estaba en casa, durmiendo, así que no tardó mucho en llegar. Subió al primer taxi que vio y, al cabo un momento, estaba en casa de TJ.

—¿Dónde está? —preguntó en cuanto entró a la sala de estar, con los ojos llenos de preocupación.

Mi mirada bailó por su cuerpo y vi que no llevaba la gabardina abrochada. Ella se miró y pareció darse cuenta de que vestía unos pantalones muy cortos y una camiseta de tirantes ceñida, sin sujetador, a través de la que se le marcaran los pezones. Ahogó un grito de asombro y se la ató. Se sonrojó y aparté la vista.

—Lo siento —me disculpé en voz baja.

—Lo siento —respondió—. Es que he salido de casa deprisa, sin pensar.

—Puedes ponerte ropa mía si quieres antes de ir a ver cómo está. He traído ropa de deporte y todavía no la he usado.

—Estaría muy bien —aceptó.

Fui a por mi camiseta de tirantes blanca y los pantalones de chándal negros. Ella los cogió y entró en el baño para cambiarse. Cuando salió, se le formó una sonrisita en la cara y se me aceleró el corazón. Estaba preciosa. La ropa era exageradamente grande para ella y le sentaba increíblemente bien. Se había doblado la goma de los pantalones varias veces para que le quedaran en su sitio y mis ojos fueron directos a su cadera, que se asomaba un poco.

«Ay, Dios...».

Sentí un pinchazo en el estómago y aparté la mirada.

—Está en la habitación de la mu-mu-música —tartamudeé—. Lleva ahí metido todo el rato.

—Gracias —me dijo, y se dio prisa por entrar a verlo.

Cuando cerró la puerta, me senté en el sofá y esperé a saber que TJ estaba bien.

Le llevó un rato, pero Jasmine terminó acompañando a TJ a su habitación y lo acostó. Cuando volvió a aparecer en la sala de estar, me puse en pie y la miré.

—Está bien —me confirmó—. Solo ha sido un pequeño ataque de pánico.

—No sabía qué hacer —le dije—. Él... —Tragué con dificultad—. No sabía qué hacer.

—Gracias por llamarme.

—Gracias por venir.

—De nada. Puedo quedarme el resto de la noche si quieres, ya que estoy aquí.

—Vale, gracias.

Permanecimos de pie durante un instante, mirándonos, incapaces de apartar la vista. Su comisura derecha se curvó hacia arriba y la mía izquierda hizo lo mismo hasta que me percaté de ello. Entonces, la volví a curvar hacia abajo.

Se me había vuelto a meter en la cabeza.

—Vale, bueno, adiós, Jasmine —me despedí, y recogí las cosas para marcharme.

Ella seguía sonriendo.

—Adiós, Elliott.

Salí de la casa y ella me siguió para cerrar con llave. Antes de bajar los escalones, me volví y entrecerré los ojos.

—¿Qué le pasa? —le pregunté, refiriéndome a TJ.

—Se siente inútil. La música le hacía sentir válido, le daba sentido a su vida, digamos. Y que eso haya desaparecido... hace que se sienta perdido.

—¿C-c-cómo lo has consolado? ¿Qué le has dicho?

—Nada.

—¿Qué? —pregunté, confundido.

—No le he dicho nada, simplemente me he sentado a su lado.

—¿No le has dicho nada?

Negó con la cabeza.

—No. A veces la gente no necesita palabras, Elliott. A veces, solo necesitan un espacio en el que sentir lo que tienen que sentir, con alguien presente para recordarles que no están solos.

Capítulo 34

Jasmine

Un día de finales de noviembre, estaba sentada detrás de los bares, escuchando la música de Frenchmen Street después de trabajar. Aún me sorprendía un poco sentirme tan en casa allí detrás, en un lugar tan sucio. Mientras escuchaba la música del bar de *bluegrass*, cerré los ojos y respiré hondo. Allí, detrás de los bares, me permitía darle más vueltas a las cosas. El noventa y ocho por ciento de las veces, estaba perfectamente bien. Era feliz, tenía salud y mi mente no vagaba por lugares oscuros.

Pero el otro dos por ciento de las veces, mi mente se escapaba.

Mi madre no me había llamado ni una vez.

Cuando hablaba con Ray, le preguntaba si le había llamado a él, pero la respuesta siempre era negativa. No debería sorprenderme. Las cosas no habían acabado bien entre nosotras, así que no era raro que no me hubiera escrito ningún correo ni me hubiera dejado ningún mensaje.

Y, sin embargo...

Si yo tuviera una hija, por lo menos querría saber que estaba bien.

Si tuviera una hija, lo haría mejor que mi madre.

—Jasmine.

Abrí los ojos al oír mi nombre y, cuando vi a Elliott delante de mí, me tensé.

—¿Qué haces aquí? Ay, Dios, ¿es TJ? ¿Está bien? —pregunté, y bajé del contenedor de un salto.

—Está bien. Le he dicho a mi madre que fuera a su casa y se quedara con él esta noche. TJ me ha dicho que vienes aquí cuando acabas de trabajar. Y yo... —Los ojos le iban de un lado a otro del callejón y tenía los puños apretados.

«Dios mío...».

—Eli, ¿fue aquí? —susurré.

Cerró los ojos un segundo y asintió.

—Sí.

—¿Habías venido desde que...?

—No.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás bien? ¿Qué pasa? —pregunté, y reparé en lo intenso que estaba siendo aquel momento para él.

Le caía sudor por la frente e hizo una mueca.

—Necesito que me ayudes.

—Claro, en lo que sea —le aseguré—. En todo lo que necesites.

—TJ se siente perdido y quiero ayudarlo. Ha t-tenido una mala noche y quiero hacer algo. No puedo seguir viéndolo tan destrozado.

—¿Has venido aquí, a este callejón, porque estás preocupado por él? —le pregunté.

Él asintió.

—Eli, ¿por qué lo has hecho? No puedo ni imaginarme lo difícil que tiene que ser para ti estar aquí.

—Cuando nosotros no teníamos a nadie, él nos ayudó. Cuando no teníamos nada, nos salvó. —Le tembló la voz—. Mi padre se fue y TJ nos ap-poyó sin dudar. Cuando Katie... —Hizo una pausa y tragó con dificultad—. Cuando Katie murió y yo huí, TJ se quedó y ayudó a mi madre. Él siempre nos ha salvado y ahora está hecho polvo. Y yo quiero ayudarlo.

—¿Cómo? ¿Cómo podemos ayudarlo?

—Él p-piensa que su música ha muerto. Solo tenemos que demostrarle que no es verdad.

—¿Cómo?

Elliott empezó a contarme su plan, y cada palabra que decía hacía que el corazón me diera saltos. Cada idea que proponía era perfecta. En ese momento, volvió a ser el chico dulce que defendió a su hermana, a su madre y a mí. Elliott hacía lo que siempre había hecho: cuidar de los demás.

—¿Crees que servirá? —me preguntó.

—Creo que sí.

—Bien —dijo para sí mismo—. Muy bien, muy bien. Bueno, pues adiós. —Empezó a alejarse; yo tenía el corazón en un puño.

—¡Elliott, espera!

Se volvió.

—¿Qué pasa?

Me quedé en blanco. Temblé y me froté el brazo.

—Nada, ve. Buenas noches.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar.

Di un paso hacia él y luego retrocedí. Mi cuerpo se peleaba con mi mente, y él se dio cuenta de ello. Se me acercó.

—Jasmine...

De pronto, me lancé sobre él y le rodeé el cuerpo con los brazos. Lo abracé, aunque estaba segura de que me apartaría. Estaba invadiendo su espacio y, por todo lo que había aprendido sobre él últimamente, sabía que no le iba a gustar, pero no pude evitarlo. Sabía dónde estaba, lo difícil que debía haber sido volver a ese callejón, y no podía no abrazarlo. No podía dejar que se fuera sintiéndose solo. Mi abrazo era para recordarle que no estaba solo. Era una red de seguridad por si necesitaba caer.

No me apartó, pero tampoco me devolvió el abrazo. Yo sentía su tristeza, su dolor y su corazón... No podía ni imaginar cuánto tiempo llevaba ahogándose en esa tristeza.

Entonces, inesperadamente, ocurrió un milagro. Me puso las manos en la espalda y me atrajo

hacia él. Me dejó abrazarlo y me devolvió el abrazo. El simple hecho de que no me soltara hizo que se me saltaran las lágrimas. Elliott Adams, el chico que apenas se abría a nadie, estaba dejando que me acercara a él, y yo sentía cuánto necesitaba que lo abrazaran esa noche.

Estaba agradecida de que me hubiera devuelto el abrazo.

Capítulo 35

Jasmine

El invierno llegó deprisa a Nueva Orleans y, con él, el frío. Elliott y yo nos habíamos pasado las últimas semanas trabajando juntos para preparar la sorpresa que había pensado para TJ y todo estaba saliendo bien. Mentiría si dijera que no me gustaba que pasáramos tanto tiempo juntos. Aunque no hablábamos mucho, solo estar cerca de él ya me parecía valioso, teniendo en cuenta toda la gente a quien mantenía alejada.

Una semana antes de Navidad, estaba hecha un ovillo con el pijama puesto, viendo películas navideñas y bebiendo chocolate caliente. Mi madre nunca la celebraba y, normalmente, pasábamos la mayor parte de las fiestas trabajando. Así que, aunque me encontraba sola, ya me parecía especial estar sentada viendo películas navideñas con un pijama de renos.

Hacia las nueve de la noche, oí un tintineo en la puerta de entrada que me hizo dar un brinco, asustada, y me giré para ver quién entraba. En lugar de una persona, vi un árbol.

—Pero ¿qué...? —mascullé antes de que el árbol entrara por completo al piso y Ray apareciera sonriente detrás.

—¡Feliz Navidad, Blancanieves! —exclamó.

—¡Dios! ¿Qué haces aquí? —le pregunté, y corrí a abrazarlo.

—Es casi Navidad. ¿Creías que iba a perderme nuestras primeras Navidades juntos?

Me reí.

—Eres judío.

—Ya, pero decorar árboles siempre me ha parecido divertido. —Cargó el árbol hasta la sala de estar—. Por cierto, en el coche llevo unos setecientos dólares en decoración y dos árboles más pequeños para el comedor y la cocina.

—¿En serio? —Sonreí y me llevé las manos al pecho de la ilusión—. ¿Un árbol para la cocina?

Se encogió de hombros.

—Son nuestras primeras Navidades. El año que viene podemos tomárnoslo con más calma.

—El año que viene celebraremos la Janucá —le dije.

—¿Y si el año que viene encendemos la menorá y también ponemos el árbol?

Sonreí y asentí.

—Hecho.

Nos quedamos despiertos hasta tarde para acabar de decorar el piso. Nos reímos y cantamos todos los villancicos que se habían escrito. Cuando terminamos, parecía que estuviéramos en mitad del Polo Norte. La decoración nos quedó bordada.

—¿Qué te parece? ¿Crees que debería intentar cocinar cerdo y pavo para el día de Navidad? —propuso Ray.

—No, por Dios —respondí entre risas, y me dejé caer sobre el sofá—. En realidad, estaba pensando que podríamos invitar a alguna gente a cenar el día de Navidad. Solo a algunos amigos, como a TJ. Lo ha pasado muy mal estas semanas y sé que está bastante decaído. Creo que cenar un día de fiesta con la gente a la que quiere lo animaría.

—Me parece un buen plan. De todos modos, puedo ayudar en la cocina —se ofreció.

—No, de verdad, no quiero que muera nadie —bromeé.

Me tiró un cojín y yo se lo devolví.

—Me alegro de que hayas vuelto.

—Y yo.

A la mañana siguiente, cuando llegué a casa de TJ, Elliott estaba de pie frente a la puerta con una taza en la mano.

—Es café solo. —Me la tendió.

Sonreí por lo atento que era.

—Gracias. ¿Cómo se ha levantado? ¿Qué tal fue anoche?

—Está bien. Le puse un documental de Miles Davis y creo que se relajó un rato.

—Bien.

—Bueno, nos vemos —se despidió.

—Espera. Oye, por casualidad no tendrás planes para el día de Navidad, ¿o sí?

Negó con la cabeza.

—No la celebramos desde que Katie... —Se metió las manos en los bolsillos—. ¿Por?

—Bueno, es que había pensado que estaría bien hacer una cena en mi casa e invitaros a todos. Ray ha vuelto y quizá tu madre, TJ y tú queráis venir.

—Normalmente tomo algo con Jason ese día —me explicó—. No es un plan muy elaborado, pero... Se podría decir que me obliga a hacerlo.

—Ah, bueno, no pasa nada. —Me encogí de hombros—. No perdía nada por preguntar.

—Vale, ¿gracias? —dijo en forma de pregunta, y el corazón me dio un vuelco.

—Vale, pues gracias otra vez por el café. Espero que pases un buen día. —Abrí la puerta de casa.

—¿Igual podrían venir él y su prometida, Kelly?

Cuando me giré, Elliott aún tenía los ojos puestos en mí y en ellos vi algo que no había visto desde que había vuelto a Nueva Orleans: esperanza.

—Claro, cuantos más, mejor.

—Mi madre querrá ayudar a cocinar —me avisó.

Sonreí.

—Qué bien, necesitaré toda la ayuda posible.

—¿A qué hora?

—Pues... ¿A las doce del mediodía te parece bien? —le pregunté.

¿Me estaba diciendo que sí?

—Sí, está bien. Se lo diré a la gente y allí estaremos.

—Gracias, Eli. —Le dirigí una sonrisa y no sé si se dio cuenta del error, pero, claramente, me la devolvió.

—Blanca, respira. —Ray se reía mientras yo daba vueltas por el piso como una loca el día de Navidad.

No dejaba de poner y quitar la mesa del comedor. Las servilletas tenían que estar perfectamente dobladas y los cubiertos, relucientes.

—Es que quiero que todo esté perfecto —le dije, y repasé que toda la comida estuviera en el lugar adecuado para que Laura me ayudara a preparar la cena.

—Y lo estará —me aseguró, subido a una pequeña escalera plegable para volver a colgar el muérdago, que se caía cada dos por tres—. Ya lo está. Tú respira.

Le hice caso y, mientras soltaba el aire, se me atascó en la garganta al oír el timbre.

—¡Ay, Dios, llegan temprano! ¡No tenían que venir hasta las doce! —exclamé, y me peiné el pelo con los dedos.

Ray soltó una risita y guardó la escalera.

—Son las once y cincuenta y tres.

Se acercó a mí mientras yo me quitaba el delantal de encima del vestido negro. Me agarró de los hombros y me sacudió un poquito.

—Respira.

Exhalé y fui rápidamente a la puerta. Cuando la abrí, vi a Laura, sonriente, detrás de una silla de ruedas en la que iba TJ.

—¡Feliz Navidad! —exclamó, y empujó a TJ hasta dentro del piso.

Jason y su prometida, Kelly, iban justo detrás y llevaban fiambreras en las manos.

—Perdón por llegar temprano.

—¿Qué? ¿Llegáis temprano? No me había dado cuenta —respondí con aire despreocupado.

Ray se rio por lo bajo detrás de mí.

—¡He traído ponche de huevo con alcohol! —exclamó Jason, rebosante de orgullo.

—No te lo bebas si no quieres morir lentamente —bromeó Kelly.

—Lo tendré muy en cuenta. —Sonreí y miré hacia el rellano—. ¿Dónde está Elliott?

—Aparcando. La calle estaba bastante llena, así que hemos dado un rodeo —me explicó Laura.

Jason y Kelly se quedaron de piedra y miraron fijamente a Ray, boquiabiertos. Yo me reí un poco al ver su reacción.

—Gente, este es mi padre, Ray Gable. Ray, la gente. —Y mientras le presentaba a todo el mundo, él les daba la mano.

—Encantado de conocerlos a todos —dijo Ray con una sonrisa—. Si queréis, os cojo todos los abrigos y los dejo en la habitación de invitados.

—¡La hostia! —gritó Jason, que todavía estaba perplejo.

—¡La hostia! —repitió Kelly con la boca abierta aún—. ¿Tu padre es Ray Gable?

Sonreí al ver un atisbo de orgullo en la cara de Ray. Que unos fans lo reconocieran era el mejor regalo de Navidad que podían darle.

—Sí.

—No hace falta que os pongáis así —les dijo con una sonrisita, y sacó un poco más de pecho—. Soy una persona normal y corriente, como vosotros. Voy al váter y echo gasolina yo solo. Venga, dadme los abrigos.

Kelly soltó una risita y se tocó el pelo.

—Ay, Ray... —Se sonrojó y le dio un golpecito juguetón en el brazo.

Jason también se rio y se pasó la mano por el pelo corto, todavía anonadado por haberse encontrado con él.

—Ay, Ray... —Se sonrojó y le dio un golpecito en el brazo.

Acababa de conocer a Kelly, pero estaba claro que ella y Jason eran idénticos. Era muy bonito ver cuánto se parecían.

—¿Elliott sabe que tu padre es Ray Gable? Es tu mayor fan —le contó Jason a Ray mientras le daba la chaqueta—, después de mí, claro.

Kelly asintió deprisa.

—Sí, es tu mayor fan —repitió, se quitó el abrigo y se lo dio—, después de mí, claro.

Ya me lo veía venir: el ego de Ray iba a explotar.

Como si estuviera en una nube, Ray se volvió hacia Laura para que le diera su chaqueta y ella le dedicó una amplia sonrisa.

—Lo siento, yo no tengo ni idea de quién eres —dijo con amabilidad.

Y el globo de ego de Ray se pinchó.

—No pasa nada —respondió, y se lamió las heridas en silencio—. No soy de los más conocidos. No soy Adam Levine.

Los ojos de Laura se iluminaron.

—¡Ay, me encanta Maroon Five!

Eso me hizo reír.

Laura y Kelly se fueron hacia la cocina para empezar a preparar la cena mientras Ray iba a guardar los abrigos y Jason empujaba a TJ hasta la sala de estar.

—Feliz Navidad.

Me di la vuelta y vi a Elliott con una botella de champán envuelta con un lazo en la mano.

Sentí un torbellino de emociones.

—Feliz Navidad.

Se quitó la boina gris; luego, el chaquetón negro de marinero y, por último, la bufanda. Estaba guapísimo. Más de lo que puede describirse con palabras, y los latidos de mi corazón se habían dado cuenta. Llevaba unos pantalones de vestir negros y una camisa de color vino. La forma en que las mangas de la camisa le apretaban los brazos muscudos era suficiente para dejar embarazada a una mujer.

—Estás... —empecé a decir, pero se me apagó la voz.

Parpadeé una vez y me esforcé por apartar la vista de su cuerpo, pero era más difícil de lo que parecía.

—¿A quién tenemos aquí? —preguntó Ray, y se acercó a la puerta.

—Ray Gable. —Elliott lo saludó con la cabeza y le tendió la mano—. Cómo olvidarlo. Me alegro de volver a verte.

—¿Volver a verme? —preguntó Ray, confundido.

—Sí, eh... Os conocisteis cuando éramos pequeños. ¿Te acuerdas del chico con el que tocaba en las esquinas? —le pregunté.

Ray asintió y levantó una ceja.

—Sí. Y este tío... ¿Se lo ha comido o qué? —bromeó, y señaló con la cabeza el cuerpo de Elliott.

Todos nos reímos y reímos hasta que la risa se desvaneció. Entonces, Elliott y yo nos miramos fijamente. Yo me preguntaba si su corazón latía tan desbocado como el mío.

—Vale, pues... Deja que... —Ray se metió en el espacio que había entre Elliott y yo—. Deja que te coja el abrigo, Elliott.

Nosotros dejamos de mirarnos y carraspeamos.

—Voy a ayudar a las chicas en la cocina —dije, e intenté deshacerme de las mariposas que Elliott Adams me hacía sentir siempre.

—Sí, eh... Yo voy a la sala de estar. —Me dio la botella de champán.

Y, poco a poco, todo fue saliendo bien aquella tarde. Después de una cena maravillosa, los hombres se sentaron delante de la tele, pero, en lugar de fútbol, vieron sus conciertos preferidos en YouTube. Igual que los hombres corrientes hablaban de los Green Bay Packers y los Dallas Cowboys, estos hablaban de Prince y de Michael Jackson.

—Qué frikis son —comentó Laura, que se rio mientras metía platos en el lavavajillas. Justo entonces, la risa de TJ llenó la casa y nos hizo estremecer—. Cuánto me alegra verlo sonreír.

—Sí —coincidí—, me alegro de que se lo esté pasando bien.

—De que los dos se lo pasen bien —dijo ella, e hizo un gesto con la cabeza para que mirara a Elliott, que no tenía una sonrisa tan ancha como la TJ, pero sí una sonrisita.

—Parece que está algo contento, ¿no? —le pregunté.

Ella se puso melancólica y asintió.

—Está más feliz de lo que lo he visto en mucho tiempo. Gracias a ti.

—No creo que sea por mí —la contradije—. Solo se está reencontrando consigo mismo.

Ella negó con la cabeza y me puso una mano en el hombro.

—Ojalá vieras cómo te mira cuando no prestas atención.

—¿Qué? —pregunté, perpleja.

Kelly asintió.

—Hace cuatro años que lo conozco y esta es la primera vez que lo he visto... No lo sé... ¿Esperanzado?

—El solo hecho de que esté ahí hablando de música... Pasó años sin siquiera mencionarla. La apartó de su vida porque le hacía sentir bien. Y Elliott no creía merecer nada que le hiciera sentirse así.

Sonreí mientras seguíamos limpiando.

—Jasmine. —Elliott me llamó y me hizo una señal con la cabeza.

—¿Ya es hora? —le susurré.

Asintió y miró el reloj.

—Creo que deberíamos ir hacia allí para no llegar tarde.

—Me parece bien.

Se aclaró la voz para que todo el mundo le prestara atención.

—Disculpad todos, pero Jasmine y yo le hemos preparado un regalo de Navidad a TJ y nos gustaría dárselo.

TJ levantó una ceja.

—¿Un regalo? ¿Para mí?

—Sí, pero no está aquí. Tenemos que ir hasta él. Si podéis estar todos en Frenchmen Street dentro de quince minutos, sería genial.

Jason abrió los ojos de par en par. Vino hacia mí y me tiró un poquito del brazo.

—¿Ha dicho Frenchmen Street?

—Sí, ¿por?

Negó con la cabeza una y otra vez.

—No ha vuelto a Frenchmen Street desde que Katie... —Se puso las manos en la cara, atónito—. Pero ¿qué clase de unicornio mágico eres tú?

Reí.

—Jason, ¿sabes cuál es la esquina en la que toca TJ?

—Sí.

—¿Te puedes asegurar de que esté ahí sentado?

—Por supuesto.

—Gracias —le dije con una sonrisa.

—No —susurró, incrédulo—, gracias a ti.

Capítulo 36

Jasmine

Desde detrás de un edificio de Frenchmen Street, me asomé para mirar la esquina donde tocaba TJ y vi que todo el mundo estaba en su sitio. Cuando me di la vuelta, Elliott estaba justo a mi lado.

—¿Todo listo?

—Todo listo.

Asintió en señal de aprobación y se volvió hacia la gente que tenía detrás. Había cientos de personas con instrumentos, listos para tocar. Y, muy al estilo de Nueva Orleans, cuando Elliott les hizo una señal con el brazo, todos empezaron a tocar y a desfilar por Frenchmen Street.

La gente se unió a la fiesta mientras caminábamos juntos, bailábamos por la calle, hacíamos ondear las cintas y cantábamos a pleno pulmón por una persona: Theodore James. Íbamos hacia él y yo sentía escalofríos que me recorrían de arriba abajo. La energía de aquella noche, la energía de Nueva Orleans, era de otro mundo.

Cuando llegamos hasta donde estaba, le caían las lágrimas mientras miraba a los músicos. Aquellos centenares de personas eran sus alumnos. Él había formado parte de todas y cada una de esas vidas a través de la música. Les había enseñado a tocar, a expresarse y a elevarse. Había ayudado a cada uno de ellos a lograr la magia. Había ayudado a cada uno a encontrar su verdad.

Mientras la música sonaba, cada música iba bailando hasta TJ y le dejaba una llave en el regazo. Él lloraba mientras sus alumnos se las entregaban en señal de amor, respeto y honor. Se iba emocionando más y más a medida que se amontonaban. Eran un recordatorio de que, a pesar de que fueran tiempos duros, nunca estaba solo. A pesar de la oscuridad, siempre tendría un hogar.

Cuando pensaba en mi casa, no pensaba en un sitio, sino en personas. En las que nos convertían en quienes estábamos destinados a ser, en las que nos querían con nuestras cicatrices y nos decían que esas cicatrices eran bonitas y en las que nos dejaban cometer errores y nos seguían queriendo.

La casa de TJ era grande y estaba llena de luz. Y, esa noche, él lo sintió.

La música se silenció y todo el mundo cantó su nombre. Justo cuando TJ se dispuso a hablar, Frenchmen Street se llenó con un sonido que nos hizo estremecer a todos.

Elliott y su saxo.

Lo miré y me quedé perpleja mientras tocaba las primeras notas.

Los sonidos eran dolorosamente sinceros y reales. La forma en la que sus dedos se movían por

las llaves hacía que quisiera romper a llorar. Me arrodillé junto a TJ para reconfortarlo, porque estaba muy emocionado por escucharlo tocar. Ray abrazó a Laura cuando se derrumbó al oírlo.

A mí me inundó una oleada de recuerdos. Tocaba mil veces mejor de lo que recordaba y los sonidos me hacían estremecer. Con cada nota, recordaba su música... La que me había curado cuando era más joven y me había enseñado que las cosas podían ser bellas y tristes a la vez; la que me había mostrado el camino hacía seis años, cuando estaba perdida.

La que hacía que el mundo se elevara.

—Es nuestra canción... —susurró TJ, y me apretó la mano—. Etta James, *At Last...* Fue mi canción de boda. —Sollozó—. ¿Sabías que iba a tocarla?

—No —le respondí—. Ni siquiera sabía que esta noche iba a tocar.

«Elliott...».

Me levanté lentamente, me aclaré la voz y fui junto a él. Cerré los ojos y empecé a cantar su música. Mi voz armonizó con las notas y los compases que bailaban desde su saxo. Su sonido me envolvió mientras mi voz cantaba la preciosa letra de *At Last* de Etta James.

Me dejé llevar por completo, me entregué a la música, a Elliott Adams y a su alma.

Cuando terminamos, las calles se llenaron de silencio y los ojos avellana de Elliott se encontraron con los míos. El corazón me latía desbocado y me pregunté si el suyo hacía lo mismo. Vino hacia mí, me tomó de la mano y la apretó un poco.

—Gracias —susurró.

—No hay de qué —le respondí.

Entonces fue hasta TJ, se metió la mano en el bolsillo y sacó una llave. Sonrió mientras se la daba a lo más parecido que tenía a un padre.

—Sé que crees que después del infarto has perdido la música. Sé que te sientes perdido, pero mira a tu alrededor. Mira toda esta gente, todas las vidas que has cambiado y todas las vidas que has salvado. —Respiró hondo y, cuando abrió los ojos, los tenía llenos de emoción—. Nos salvaste a todos. No has perdido la música, TJ, ¿no lo ves? —le explicó Elliott, y señaló a toda la gente—. Tú eres la música.

Capítulo 37

Elliott

—Ha sido lo más bonito que he visto en mi vida —exclamó Kelly cuando ella, Jason, Jasmine y yo nos sentamos en la mesa del fondo del Daze.

Después del homenaje a TJ en la calle, ninguno de los cuatro quería irse a dormir, así que nos dirigimos al bar a tomar algo.

—Nunca me había emocionado tanto —coincidió Jason, y le pasó un brazo por detrás a Kelly—. ¡Dios mío, Elliott, tu música! Hacía demasiado tiempo que no te oía tocar...

—¡Y qué voz, Jasmine! —exclamó Kelly con un grito.

Suspiró complacida y nos sirvió un poco más del ponche de Jason en los vasos de chupito.

—¡Sí, sí! Qué voz —asintió Jason, y levantó el vaso—. ¡Por Elliott y Jasmine! —dijo para que brindáramos.

Todos levantamos los vasos.

Jasmine me sonrió y me dio un golpecito en el hombro.

—Por tu música.

Yo incliné la cabeza hacia ella.

—Por tu voz.

Nos bebimos el chupito y, sin darnos cuenta, bebimos copa tras copa y chupito tras chupito para celebrar la Navidad.

No me acordaba de la última vez que había celebrado algo.

De vez en cuando, Jasmine miraba el móvil. La había visto hacerlo continuamente durante todo el día y toda la noche. Cuando apartaba la mirada del teléfono, le veía un destello de tristeza en los ojos, pero pronto se deshacía de él. En realidad, solo yo me daba cuenta. Me había pasado las últimas semanas fijándome en ella a todas horas.

Me preguntaba qué buscaba en el móvil.

Jason y Kelly fueron los que más hablaron. Nunca me había parado a conocer a Kelly, pero, cuanto más la conocía, más veía que eran una pareja perfecta. Pensaban igual, se reían igual y se querían en alto. Eran la definición de quererse en público: se mostraban afecto constantemente.

—Por si os lo preguntabais —dijo Kelly mientras se servía vino tinto a sí mismo y luego a Jasmine, para descansar un rato del ponche—, planear una boda es lo más estresante del mundo.

—¿Sabéis cuantos tipos diferentes de cobertura de vainilla hay en la pastelería de Cake &

Pie? —nos preguntó Jason.

—Ay, ay... —dijo Kelly mientras se reía y levantaba las manos—. ¡No tenéis ni idea de cuantos tipos diferentes de cobertura de vainilla hay en la pastelería de Cake & Pie! ¿Les decimos cuántos?

—Sí, digámoselo.

—Treinta y cuatro tipos diferentes de cobertura de vainilla —exclamaron al unísono.

—Los probamos todos —nos contó Jason.

—Y sabíamos que queríamos la cobertura de chocolate, pero las muestras gratis son algo que todo el mundo tendría que aceptar —nos explicó Kelly.

Jasmine se rio. Me encantaba ese sonido.

—Siembre he querido fingir que voy a casarme para ir a comer tarta.

—¡Oooh, hazlo! No vives hasta que no pruebas treinta y cuatro tipos diferentes de cobertura de vainilla —contestó Kelly—. Pero ¿sabes qué es lo peor de planear una boda?

—¡Las mesas! —volvieron a decir a la vez.

—Betty no puede ir al lado de Nancy porque las dos salieron con Eddie. Y Eddie no puede ir en una mesa que tenga marisco. Jackie no puede estar cerca de su hermana Sarah, porque Jackie se quedó con la casa cuando murió su madre, aunque fue Sarah la que cuidó de la madre. Mark odia a Eva a muerte y, aunque parezca raro, Eva está enamorada de Mark. Jane no quiere saber nada de Rob, porque votó a Trump, y Rob no quiere saber nada de Harley, porque todavía apoya a Bernie Sanders y tiene pegatinas de Vermont en el coche. Y ni se te ocurra poner a los gemelos en la misma mesa, porque son personas individuales y no quieren tener que ir juntos a todos los sitios toda la vida... —Kelly no dejaba de hablar. Era posible que hablara más que Jason, algo increíble.

—Es muy cansado y nada barato —dijo Jason, y la acercó a él—. Vamos a fugarnos y nos casamos por ahí.

Ella se rio.

—Uy, sí, a mis padres les encantaría... Ya están muy contentos de que me case con un demócrata.

—Es verdad, no nos fuguemos.

Kelly se llevó las manos a las mejillas y negó con la cabeza.

—Madre mía, estamos hablando demasiado sobre cosas de gente sosa. Perdonad, chicos.

Jasmine soltó una risita, porque estaba borracha. Parecía que, cada vez que no veía lo que esperaba ver en el móvil, tomaba un chupito.

Iba muy lanzada.

—Venga, ya está, dejemos de hablar de la boda. ¡Juguemos a «Yo nunca»! —dijo Kelly, y dio una palmada.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Jasmine abrió los ojos de par en par.

—¿Nunca has jugado a «Yo nunca»? —me preguntó, pasmada.

—¿No?

Se rio.

—¿Es una pregunta?

Estaba muy risueña, con la tontería del alcohol, y era lo más mono que había visto en mi vida. Tenía las mejillas sonrojadas, los ojos de corderito y también estaba muy cariñosa.

Yo no me quejé.

Ella sonrió y se rio por lo bajo.

—No te preocupes, yo tampoco he jugado nunca.

—Es un juego de beber en el que alguien dice «yo nunca» y luego una frase. Quien lo haya hecho, tiene que beber. Y vamos rotando hasta que nos dé un coma etílico —explicó Kelly—. Empieza tú, Jason.

Él asintió.

—Vale. Yo nunca he hecho pellas.

Todos bebimos.

—Yo nunca he llorado con una peli de Disney —dijo Jasmine.

Ella, Kelly y yo bebimos.

Jason levantó una ceja mientras me miraba.

—Tío.

—¿Nunca has visto *Hermano Oso* o qué? —solté.

—Joder, sí. —Jason bebió—. Es verdad.

—Estas preguntas son muy aburridas, vamos a hacerlo interesante. Yo nunca he hecho un trío —dijo Kelly, y subió el listón.

Cuando miré a Jasmine, ella tenía los ojos puestos en mí. No bebí y ella sonrió.

—Me toca —dijo Jason de pronto—. Yo nunca he perdido la virginidad en un rancho para turistas, en la parte de atrás de un cobertizo con cinco paraguas morados colgando del techo.

—Eso es un poco e-e... —Hice una pausa y cerré los ojos. «Específico. Dilo, di la palabra»—. E-e... —Empecé a notar como me subía la sangre a la cara. Estaba avergonzado. Me sentía como un idiota por ser un hombre adulto que no sabe decir ciertas palabras. Sentía que todo el mundo tenía los ojos puestos en mí, esperando a que la dijera; esperaban a que me decidiera a decir algo. Justo cuando estaba a punto de desmoronarme, por debajo de la mesa sentí que una mano se posaba en mi pierna. Abrí los ojos y miré a Jasmine, que me sonreía con dulzura, y respiré—. Eso es un poco específico, ¿no? —conseguí decir.

Puse la mano sobre la suya y la apreté suavemente.

«Gracias».

Ella me sonrió como si me hubiera oído y me respondió.

«De nada».

Kelly carraspeó y bebió un trago despreocupadamente.

—Fue en un campamento cristiano y no era un cobertizo, era un establo. Y había dos caballos que lo vieron todo. Gracias.

Todo el mundo se rio y seguimos jugando. Yo reparé en que la mano de Jasmine seguía sobre mi pierna. Me acariciaba con los dedos, la iba moviendo hacia la parte interior de los muslos y sus respiraciones se iban volviendo más pesadas.

—Yo tengo una —dijo, y levantó la copa de vino con la mano que tenía libre—. Yo nunca me he enamorado cubierta de mierda de caballo.

Solté una carcajada.

Literalmente, me reí a carcajadas.

Jason y Kelly arquearon las cejas y me miraron con incredulidad, pero los ignoré, levanté el vaso, brindé con Jasmine y los dos bebimos un trago.

—Eh... Pero ¿qué me estáis contando? —soltó Kelly.

—Vosotros teníais una amistad rara de cojones, ¿no? —apuntó Jason.

La noche siguió con más chupitos de tequila y más risas. Jasmine estaba cada vez más cariñosa y, aunque yo sabía que deseaba estar con ella, también era muy consciente de lo borracha que iba.

—Creo que es hora de irse a dormir —les dije con una sonrisa.

Jason estuvo de acuerdo.

—Me parece bien. Voy a llamar a un Uber —informó a Kelly, que se estaba riendo con Jasmine por algo que solo ellas dos entendían.

Cuando Jason y Kelly se marcharon, Jasmine se volvió hacia mí y perdió un poco el equilibrio. La agarré antes de que cayera, se sonrojó y me puso las manos en el pecho.

—¿Puedo quedarme a dormir?

—Claro. Si quieres, sí. Yo dormiré en el sofá.

—Ooo... —moduló la voz mientras me acariciaba el pecho con un dedo—. Puedes dormir conmigo.

Solté una risita y negué con la cabeza.

—Estás borracha.

—Sí, pero dicen que cuando he bebido soy mucho más flexible.

«Ay, Dios».

Estaba borrachísima.

—Si estuvieras sobria y oyeras lo que acabas de decir, te pondrías roja como un tomate. Venga, voy a llevarte a la cama.

Le pesaban los párpados y me tiró de la camisa.

—No, vamos a hacerlo aquí —me pidió; me suplicaba que la tomara allí mismo, en ese momento.

Bajó las manos hasta mi bragueta y se las volví a subir.

—Jasmine. —Hice una mueca—. Estás borracha.

—Por favor, Eli. Por favor... Te necesito —me susurró mientras me desabrochaba la camisa lentamente—. ¿No quieres sentirme, probarme, tenerme?

«Dios, sí que quiero».

Mi cuerpo reaccionaba cada vez que me tocaba; la deseaba de todas las formas imaginables. Muchas noches, me había imaginado lo que sería estar encima de ella, debajo, a su lado, dentro de ella... Jasmine era todo lo que siempre había soñado, física, mental y emocionalmente. Era la persona a la que quería a mi lado cada mañana y cada noche, pero no estaba preparada.

—Vamos, Elliott —me susurró al oído—. Por favor.

Respiré hondo.

«No».

Jasmine no tenía la cabeza donde debía. No podía expresar adecuadamente lo que quería. Me estaba ofreciendo solo lo físico, mientras que yo lo necesitaba todo. Necesitaba a Jasmine: su

cuerpo, su mente y su espíritu.

Necesitaba que fuera plenamente consciente de lo que hacía.

Si no, el sexo solo sería como lo que había hecho con otros antes: algo vacío.

—No podemos —me negué, mientras sus labios me recorrían el cuello. Puse los ojos en blanco y se me erizó la piel con el contacto de sus manos—. Jazz, no.

—Pero... Por favor, Eli...

—No. —Conseguí apartarme de ella. Me fui al otro lado del bar y me deshice del veneno que me había metido por debajo de la piel—. No podemos.

—¿Por qué? —me preguntó, avergonzada, aunque lo intentó esconder bajo una falsa confianza—. Sabes que me deseas.

—Sí.

—Y, entonces, ¿por qué no te acuestas conmigo? —me preguntó—. ¿Por qué no follamos?

—Porque me importas.

Se le pusieron los ojos vidriosos y negó con la cabeza. Entonces, dijo lo más triste que he oído en mi vida:

—No le importo a nadie, Elliott. La gente solo coge de mí lo que le interesa y tira el resto a la basura.

Y, en ese momento, fui testigo de la tormenta que había tras sus ojos.

¿Cuánto llevaba ahí?

¿Cuánto tiempo había estado formándose en su corazón?

Mentía y decía que era feliz porque era más fácil que darse cuenta de lo triste que estaba. Algunos días era mejor mentir que enfrentarse a las verdades más oscuras.

Tenía el corazón roto y me dio rabia no haberme dado cuenta hasta verla borracha y perdiendo el equilibrio en el Daze.

Presionó su cuerpo contra el mío y me suplicó que la tocara, que la quisiera y que hiciera como si no viera la tormenta que bailaba detrás de esos ojos de chocolate, pero yo la veía y veía a Jasmine y, joder, eso me rompía el corazón.

—Bésame —susurró.

—No.

—Fóllame —me rogó.

—No puedo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y empezó a golpearme el pecho.

—¡Te odio! —me gritó.

Me pegó cada vez más fuerte. Levanté las manos y dejé que me golpeará, porque sabía que no era a mí a quien gritaba, no era a mí a quien pegaba, era a los demonios a los que ignoraba. El alcohol hacía esas cosas: sacar partes de ti que no querías ver.

Después de algunos golpes, su rabia se convirtió en dolor. Empezó a llorar. Al principio fue suave, pero, luego, los sollozos se volvieron más intensos. Los golpes se detuvieron y cayó contra mi pecho. Empezó a tirarme de la camisa. Yo seguía con las manos levantadas. Al verla llorar, solo quería consolarla. Solo quería recoger todas sus penas y quedármelas.

—Dime qué quieres, Jasmine. Estoy aquí. Dime qué necesitas —le rogué.

—Abrázame —susurró.

—Sí.

—Quiéreme.

«Siempre».

La rodeé con los brazos de inmediato y atraje su oscuridad hacia mí. Me aferré a ella durante lo que me pareció una eternidad. Y, aun así, no me pareció suficiente.

La llevé a mi habitación, la dejé en la cama y la arropé. Ella se secó los ojos que, con todo el maquillaje corrido, parecían los de un panda.

—¿Estás seguro de que no quieres quedarte a dormir? —murmuró, y me hizo sonreír.

—Puede que mañana.

Se dio la vuelta en la cama y se abrazó a una almohada cuando me disponía a apagar la luz.

—No me ha llamado ni me ha enviado ningún correo.

Me apoyé en el marco de la puerta y levanté una ceja.

—¿Quién?

—Mi madre —dijo en un susurro, y empezó a llorar otra vez—. Es Navidad y no me ha escrito. Nunca me contesta. Le he escrito cada día desde que volví y no me ha respondido ni una vez.

—Es tonta —le dije.

Ella se rio y abrazó un poco más la almohada.

—Tú tampoco me contestaste.

—Yo soy imbécil.

—No pasa nada, Elliott Adams. No entiendo por qué mi madre no me escribe, porque yo siempre he intentado hacerla feliz, pero entiendo que no me escribieras tú. Katie murió por mi culpa.

Se me encogió el corazón y sentí un pinchazo.

—¿Qué has dicho?

—Te trataban así por mi culpa —confesó en un bostezo—. Si yo no hubiera existido, no habría pasado nada de eso. Puede que mi madre tuviera razón. Igual no debería de haberme tenido. Así todo el mundo había estado bien.

Se durmió antes de que pudiera responderle y empezó a roncar suavemente.

¿Por qué pensaba eso? ¿Por qué pensaba que la muerte de Katie era culpa suya?

Se me rompió el corazón. No podía imaginarme por lo que había pasado al tener que lidiar con el desprecio de su madre. Una madre que deseaba que su hija no hubiera nacido.

Mi madre daría la vida a cambio de la de mi hermana.

Me había pasado los últimos seis años pensando en mi propia tormenta, sin reparar en el dolor que sentían los demás.

Jasmine también estaba destrozada, como yo.

Normalmente, lo escondía con su sonrisa, pero, esa noche, me había mostrado sus sombras.

Estaba dormida, pero no me fui de allí inmediatamente.

Le sonreí e intenté ser lo más valiente posible. Le dije que nada de todo aquello era culpa suya. Le dije que era la definición de amor. Le pedí que, por favor, no se culpara a sí misma por algo que era obra del diablo.

Y, luego, me dormí fuera, apoyado detrás de la puerta de la habitación, porque, egoístamente,

no quería que estuviera sola.

Capítulo 38

Jasmine

Me desperté sola en la cama de Elliott y me sentí como una idiota. Un dolor agudo me atravesaba la cabeza y tenía muchas ganas de vomitar.

«Demasiado ponche y demasiado vino».

—Uf...

Me incorporé en la cama y me alisé el vestido arrugado. Hice lo que pude por domar mi pelo, pero ni haciéndome un moño alto con una goma conseguí que esa bestia que tenía en la cabeza pareciera menos salvaje.

Dirigí la mirada hacia la mesita de noche que tenía al lado y, cuando vi un vaso de agua, unas galletas saladas y dos analgésicos, le di las gracias a Elliott para mis adentros por aguantarme la noche anterior. Deseaba que hubiera sido una de esas noches en las que bebes y se te olvida todo lo que has hecho y lo que has dicho, pero, por desgracia, no lo era. Me acordaba de todo. De cada cosa vergonzosa que hice y de cada cosa vergonzosa que dije, de cómo me lancé sobre él y le supliqué que lo hiciéramos y de cómo me humillé.

De que le había dicho que me follara.

Y de que me había derrumbado...

Después de tomarme las dos pastillas, me levanté. Recogí mis cosas y, cuando abrí la puerta de la habitación, me dirigí de puntillas a la salida, agradecida de no ver a Elliott.

No estaba preparada para mirarlo a la cara.

No después de lo de la noche anterior.

—¿Me estás evitando? —preguntó Elliott, que salió del baño mientras yo abría la puerta.

Me di la vuelta y me lo encontré sin camiseta, secándose el pelo con una toalla. Le sonreí sin abrir la boca.

—No, no. Solo me iba a ver cómo está TJ.

—He llamado a mi madre. Está bien.

—Ah, vale. Bueno, será mejor que me vaya a casa a ayudar a Ray a limpiar lo de ayer. Lo dejamos todo hecho un asco.

—Jazz... —empezó a decir, con mucha dulzura en los ojos—. Anoche...

—Bebí demasiado —lo corté—. No me sienta muy bien mezclar, así que siento mucho todo lo que dije o hice.

—No hiciste nada malo.

—Sí, fue vergonzoso. Lo siento.

Él se me acercó y se me erizó el vello de los brazos.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir?

Se me acercó más.

—¿Qué te pasa?

Cerré los ojos.

—Nada. Lo siento, de verdad, pero estoy bien. Fue solo que bebí demasiado.

—No estás bien.

Se me acercó más.

—Elliott...

—Trabajaste con TJ, ¿no? ¿Te dio clases?

—Muy pocas. —Me pasé las manos por los brazos—. ¿Por qué?

—¿Cuál es tu verdad? —me preguntó.

Me tensé.

—¿De qué hablas?

—Todas las personas a las que les ha dado clases TJ tienen que buscar en lo más profundo. Tienen que mirarse al espejo cada día para llegar a ese lugar y encontrar su verdad. Es duro y da miedo llegar, pero tienes que encontrarla.

Tragué con dificultad.

—No puedo, no puedo hacerlo.

Asintió una vez y se metió las manos en los bolsillos del pantalón de chándal.

—Lo entiendo. Vamos a boxear.

Solté una risita.

—¿Qué?

Se fue a la sala de estar y cogió un par de guantes de boxeo.

—Si no quieres hablar sobre ello, por lo menos sácalo todo.

—¿Boxeando?

—Sí. —Seguía con la mirada sombría—. Boxeando. —Me dio los guantes y se puso detrás del saco para evitar que se moviera—. ¿Lista?

Me erguí.

—Lista.

Empecé a darle puñetazos al saco y Elliott hizo de entrenador.

—Si algo te carcome por la noche, pégale. Si algo te saca de quicio, dale. Si algo t-te hace daño, hazle daño tú.

Al principio me sentía tonta, pero, a medida que me iba diciendo esas cosas, golpeaba con más fuerza, y llegué a un punto en el que no podía parar. Golpeaba el saco con la respiración desbocada y el pulso por las nubes. Empecé a darle patadas mientras Elliott seguía hablando:

—¿Qué es lo que te cabrea? ¿Qué te vuelve loca? ¿Qué te duele? —me preguntó.

«Todo».

Me cayeron lágrimas por las mejillas y seguí golpeando. Las emociones me inundaron toda y

no paré hasta que las piernas me empezaron a fallar. Di un paso atrás, a punto de caerme al suelo, empapada en sudor, y Elliott estaba ahí para cogermme.

—Te tengo —susurró, y me ayudó a sentarme en el sofá—. Te tengo.

Mientras recuperaba el aliento, me trajo un vaso de agua.

—Gracias —le dije—. La verdad es que me siento más ligera.

Sonrió.

—Me alegro. Y, Jasmine, puedes hablar conmigo siempre que quieras si lo necesitas.

—En realidad, no es para tanto —le respondí—. Es que me he pasado tanto tiempo guardándome las cosas para hacer feliz a mi madre..., que nunca me había dado cuenta de lo infeliz que me hacía. Se lo di todo y, aun así, no fue suficiente.

—¿Por qué te fuiste?

Suspiré al pensar en ello.

—No tienes por qué contármelo si no quieres... —me prometió.

Negué con la cabeza.

—No, no pasa nada, de verdad. No es para tanto. Pensarás que soy tonta.

—No.

Me puse el pelo detrás de las orejas.

—Estuvimos años intentando firmar un buen contrato con alguna discográfica. Ya me había cansado, pero mi madre decía que lo único que tenía que hacer era esforzarme más. Y lo hice. Pasaba más tiempo en el estudio con Trevor y me desmayaba en clase de danza. No comía mucho y tampoco dormía, pero quería que se sintiera orgullosa de mí. Quería cumplir su sueño. Y lo conseguí.

»Este julio nos ofrecieron un contrato con una discográfica. Era muy bueno. Era todo lo que siempre habíamos querido y más. Por supuesto, dimos una gran fiesta. Trevor alquiló una discoteca e invitó a todo el mundo al que conocía, que era muchísima gente. Y, en la fiesta, cuando nos lo estábamos pasando bien, me fui al baño. Era un baño individual y... Y, cuando me estaba lavando las manos, se abrió la puerta y entró Trevor. Le dije que se fuera y él estaba borrachísimo, claro. Y, cuando intenté pasar por su lado, me cogió, me puso las manos en el culo y me apretó. Yo lo empujé varias veces y le dije que no, pero no me escuchaba. Entonces me tocó los pechos y yo le di un rodillazo muy fuerte y me fui. Cuando encontré a mi madre, estaba llorando y temblando, sentía que Trevor había violado mi intimidad y, en lugar del amor de mi madre, me encontré con su rabia.

—¿Qué? —me preguntó, desconcertado.

—Sí. Ella... se puso de su parte y me dijo que era culpa mía.

—¿Cómo pudo decir eso?

—Pues, ya sabes, si no me vistiera como una puta, no me tratarían como si lo fuera. Era el vestido que ellos me habían elegido. Yo hacía todo lo que ellos me decían, pero, al final, era mi culpa que su novio se pasara de la raya. Todo era culpa mía.

A Elliott se le marcó una vena en el cuello y se dio con el puño derecho en la mano izquierda.

—Si alguna vez me lo encuentro...

—No importa —le dije—. Me escapé.

—No.

—Sí. Me fui. No llegó a tocarme... Y me fui. Me vine aquí antes de que pasara nada.

—Jazz... Ya había pasado algo. Lo que te hizo...

—Pudo haber sido peor —le juré mientras negaba con la cabeza—. No me violó... No... —A medida que esas palabras salían de mi boca, empecé a temblar—. No fue demasiado lejos. Tuve suerte.

Elliott se inclinó hacia mí y me cogió de las manos.

—Lo que te hizo estuvo mal. Lo que cogió sin pedirte permiso, cómo te puso las manos encima, fue asqueroso.

—Me marché a tiempo —le prometí—. Me fui antes de que hiciera algo más. Hay otras que lo pasan peor.

—Escúchame: que a otras personas les hayan hecho daño de otras maneras no significa que tu dolor no se pueda expresar. Puedes sentirte herida. Puedes sentirte invadida. Puedes querer gritar y chillar.

—Mi madre tenía razón. Llevaba un vestido corto y, además, era escotado —le expliqué, y sentí náuseas mientras las palabras salían de mi boca.

—Aunque te hubieras presentado en esa discoteca desnuda, él seguiría sin tener derecho a ponerte una mano encima. ¿Lo entiendes?

Asentí, aunque no del todo convencida. Toda la vida, me habían dicho que todo era culpa mía, que el peso del sufrimiento de mi madre era culpa mía, y, esa mañana, Elliott se sentó delante de mí y me dijo que me equivocaba, que no lo era y que los defectos de mi madre eran culpa suya y de nadie más.

Fue como si me quitara un peso enorme de encima y me dijera que todo iría bien.

—Anoche d-dijiste algo que me preocupó —confesó—. Dijiste que la muerte de Katie era culpa tuya.

—Sí.

—¿De verdad lo crees? —me preguntó.

—Se me pasa por la cabeza. O, por lo menos, creo que, a veces, te cuesta estar conmigo porque te recuerdo el peor momento de tu vida, pero lo entiendo, de verdad.

Entrecerró los ojos y miró la moqueta.

—El día después de q-que saliéramos por primera vez, Katie vino, me sonrió y me dijo: «Estaba equivocada, Eli. Es una buena chica». —Se pasó las manos por la nuca, levantó la vista y me miró a los ojos—. Creía que eras buena para mí.

—Eli...

—Soy una persona difícil —admitió—. Estos años he sido frío y seco y, a veces, desagradable. Y, sin embargo, tú has estado ahí. Has seguido sonriéndome, porque eres buena. Eres muy buena y me cuesta afrontarlo, p-porque me recuerdas el pasado, pero no los peores momentos. —Negó con la cabeza—. Me recuerdas los mejores momentos de mi vida y yo no creía merecerte —me confesó—. He pasado mucho tiempo creyendo que no merezco sentirme bien.

Me incliné y le cogí las manos.

—Te lo mereces, Eli. Te mereces ser feliz más que nadie.

—A veces me cuesta estar cerca de ti —susurró.

—¿Por qué?

Frunció el ceño y dijo, todavía más bajo:

—Porque haces que me lata el corazón.

—¿Y qué tiene eso de malo?

Se encogió ligeramente de hombros.

—Cuanto más late, más fácil es que se rompa. Eres increíble, Jasmine. Llevo seis años muerto y, de pronto, apareces tú y me recuerdas lo bien que siento estar vivo y cómo es volver a respirar. ¿No ves lo importante que es que existas? ¿No ves por qué el mundo te necesita? ¿No ves que la mejor decisión que tomó tu madre es tenerte? Eres la música en un mundo mudo. Eres la letra de todas las canciones. El corazón me late porque tú estás aquí.

Capítulo 39

Jasmine

Mi conexión con Elliott crecía cada día y eso no podía hacerme más feliz. Poco a poco, se iba abriendo a mí y al mundo, y verlo era maravilloso. TJ también estaba mucho mejor gracias a la rehabilitación, lo que era un milagro. Y, además, había vuelto a darle clases a Elliott y eso hacía que TJ estuviera en paz con el mundo.

A mí aún no me cabía en la cabeza que Elliott me hubiera ayudado tanto a ver mis cicatrices. Me había pasado mucho tiempo fingiendo que no existían y me resultaba asombroso que él me hubiera ayudado a abrirme de una forma que no creía posible. Había aparcado un poco su vida para ayudarme a lidiar con la mía y, cuando llegó el momento de que yo hiciera lo mismo, estaba preparada.

El tercer jueves de enero, me quedé dormida una hora y corrí a casa de TJ para sustituir a Elliott para que pudiera irse a trabajar. Cuando aparecí, estaba de pie delante de su antigua casa, mirando al frente con la mirada perdida.

—Hola, Eli —dije, y le puse una mano en el hombro con dulzura.

Se dio la vuelta para mirarme y me dirigió una media sonrisa.

—Hola.

Me pasé las manos por los brazos e intenté calentarme un poco. Me sorprendió que estuviera ahí plantado con una camiseta de manga corta y que no se estuviera congelando.

—¿Estás bien?

—Sí.

Su lenguaje corporal decía lo contrario.

—¿Estás seguro?

Él asintió, se aclaró la garganta y cambió de tema.

—TJ no tiene una buena mañana.

—Oh. —Se me encogió el estómago—. ¿Por la música? Pensaba que ya estaba mejor. Y la rehabilitación le va bien...

Elliott siguió sombrío, con la frente arrugada.

—No es por la música.

—Vaya, entonces ¿por qué no tiene una buena mañana?

—Porque hoy es el aniversario de la muerte de Katie.

—Ay, Dios, Elliott... —Me dio un vuelco el corazón y, sin pensarlo, le toqué el brazo para darle ánimos—. ¿Estás bien? —«Qué pregunta más tonta. Claro que no».

Inclinó un poco la cabeza para mirar el punto en el que mi mano había entrado en contacto con su piel, pero, por algún motivo, yo no podía apartarla. Quizá no se diera cuenta de lo que estaba pasando. Su cabeza era un mar de oscuridad esa mañana, mientras permanecía allí plantado, y, al tocarlo, fui testigo del pequeño temblor que recorría aquel cuerpo lleno de tristeza. Volvió a mirar fijamente la casa.

—Yo siempre estoy bien.

—Elliott...

—Mi madre está ahí con él. Ella también está t-t-triste. Por mi culpa. —Carraspeó y me apartó la mano—. Es culpa mía que estén tristes. Es culpa mía que ella no esté.

Estaba regresando a la culpa y volviendo a meterse en la jaula en la que había estado encerrado durante años.

—No, no es verdad —le aseguré con voz severa.

Inspiró bruscamente.

—¿Puedes cuidar de ellos? —me pidió—. ¿Puedes asegurarte de que estén bien?

—Claro.

—Gracias. —Se metió las manos en los bolsillos y se fue hacia su coche.

—Elliott, ¿adónde vas?

—A casa.

—Hoy no deberías estar solo.

—No te preocupes por mí. —Se metió en el coche sin decir nada más.

Arrancó el motor y desapareció calle arriba. Se me rompió el corazón. Estaba muy perdido y muy lejos de vivir la vida. Apenas era un sonámbulo.

Yo entendía ese sentimiento más de lo que él se imaginaba.

Entré en la casa y encontré a Laura y a TJ en la sala de estar, viendo vídeos caseros. La cara de Katie apareció en la pantalla. Sonreía y bailaba con un Elliott pequeño.

Parecían muy libres y muy felices.

—Jasmine —dijo Laura al reparar en mí, y se levantó del sofá.

Vino hacia mí con los ojos vidriosos.

—Lo siento mucho, Laura. Elliott me ha dicho qué día es hoy y yo...

—¿Ha hablado contigo? —me preguntó, anonadada.

—Sí.

—A nosotros no nos ha dirigido ni una palabra en toda la mañana —me contó TJ—. Caminaba por aquí como un zombi.

—Está pasándolo mal —dijo Laura con lágrimas en los ojos y negando con la cabeza—. Se culpa a sí mismo, siempre lo hace.

—Lo que pasó no fue culpa suya —le confirmé.

—Todos lo sabemos, pero él no. No se permite entenderlo. —Las lágrimas se escaparon de sus ojos y volvió a negar con la cabeza—. No debería estar solo. Hoy no, pero no deja que se le acerque nadie.

Dirigí una mirada fugaz a la puerta y me crucé de brazos.

—¿Vosotros estaréis bien juntos? —pregunté.

Ella asintió.

—Sí, estaremos bien.

—Pues, si estáis bien, voy a ver cómo está. Sé que seguramente no me deje acercarme, pero... quiero intentarlo. Sé que no se abrirá a mí, pero no debería estar solo.

—Jasmine. Te ha hablado. Durante los últimos seis años, no ha hablado con nadie en este día. ¿No lo ves? —TJ me dedicó una sonrisa y una mirada con los párpados caídos—. Ya se ha abierto a ti.

El corazón se me aceleró mientras me despedía de ellos con un abrazo. Subí a un taxi y me dirigí al Daze. Cuando entré, Jason dijo:

—Lo siento, hoy no abrimos.

—Perdona, yo solo...

Se dio la vuelta y me vio. Se le dibujó una pequeña sonrisa rota en la cara.

—Jasmine. ¿Has venido por Eli?

—Sí.

—Hoy no te abrirá. Hace años que lo hace. Es como hablarle a la pared.

Me quité el abrigo y la bufanda.

—Antes me ha hablado. Me ha dicho qué día era.

Abrió los ojos de par en par y me enseñó los antebrazos.

—Te parecerá una tontería, pero me has puesto la piel de gallina. No sé qué hay entre vosotros dos, pero hay algo. Tendrías que ver cómo te mira cuando tú no miras.

Me reí un poco.

—He oído rumores sobre el tema.

Cogió una botella de *whisky* y vino hacia mí.

—Y deberías ver cómo lo miras tú.

Esa frase me erizó la piel a mí.

—Vamos, te acompaño arriba. —Me condujo hasta una escalera que había al final del bar y me dio la botella de alcohol—. Que le ofrezcan bebida nunca le sienta mal. Y si no te vuelve a hablar, no te lo tomes personalmente. Lidia con muchos demonios dentro de su cabeza.

—Gracias, Jason.

Él inclinó la cabeza.

—Es mi persona favorita del mundo. Sé que es cerrado y mucha gente no lo entiende, pero Elliott sigue demostrando amor a su manera, ¿sabes? No lo hace tan explícitamente como otros, sino en silencio, pero te juro que lo hace. Así que el hecho de que hayas venido hoy a estar con él... Que te importe... Solo necesita más gente así, ¿sabes? Más gente que se preocupe por él, aunque esté destrozado. Gracias por preocuparte.

Cuando se alejó, tragué con dificultad y subí las escaleras. A medida que subía los escalones, pensé que estaba invadiendo su espacio personal. Cada escalón me provocaba un chispazo que me recorría la columna. Llamé a la puerta varias veces sin estar segura de que fuese a abrirme.

Justo cuando iba a dar media vuelta, se abrió la puerta y allí estaba Elliott, con su mirada severa.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó muy seco.

Me hablaba.

«Eso es buena señal».

—Eh... Yo... Es que he pensado que...

—¿Qué quieres, Jasmine? —me preguntó con tono derrotado.

—¿*Whisky*? —le pregunté levantando la botella.

—Son las ocho de la mañana.

—Si tienes café, lo podemos echar ahí —bromeé.

No se movió ni un milímetro. Me miró fijamente a los ojos y le sonreí un poco.

—Creo que no tendrías que estar solo.

—Ya te he dicho que estoy bien.

—Sí, pero, aun así... —Me encogí de hombros y levanté más la botella—. ¿*Whisky*?

Se le contrajo la boca y se apartó para dejarme entrar.

Intenté esconder mi sorpresa y aproveché la oportunidad que me daba.

El piso era pequeño y estaba totalmente amueblado y limpio. Lo único raro que había era el saco de boxeo en el centro de la sala de estar y la pared llena de pesas. Elliott fue directo a la cocina y sacó dos tazas. Luego encendió la cafetera.

Colgué el abrigo y el bolso en el respaldo de una silla y me senté.

El único sonido en todo el piso era el agua hirviendo en la cafetera y, cuando terminó de hacerse el café, Elliott llenó las dos tazas y le echó un chorro de *whisky* a cada una.

—Gracias —le dije.

Asintió.

—Pues... —empecé a decir.

Apoyó la espalda en la nevera y negó con la cabeza.

—No quiero hablar. —Tragó con dificultad y cerró los ojos—. Por favor.

—Vale. —Me acomodé en la silla y golpeé con los dedos un lado de la taza—. No quiero pasarme de la raya viniendo aquí, Elliott. Sobre todo hoy. Así que, si quieres que me vaya, me iré.

Siguió con los ojos cerrados y respiró hondo.

No dijo nada, pero, cuando los abrió, expresaron justo lo que yo deseaba que dijeran sus labios.

«Quédate».

Pasé con él esa mañana, esa tarde y esa noche. Nos movíamos de la cocina a la sala de estar y, de vez en cuando, volvíamos a la cocina. Todo sin mediar palabra. Ese día, el silencio fue nuestra voz. La oscuridad fue nuestra cura. Y yo fui su ancla. Ese día, entendí a Elliott y entendí que necesitara silencio, pero también que quisiera a alguien cerca.

Él no necesitaba las palabras, solo un espacio en el que sentir lo que tenía que sentir, conmigo presente para recordarle que no estaba solo.

A medianoche, se levantó y fue hasta la puerta de entrada. Me puse el abrigo, me colgué el bolso y lo seguí. Nos despedimos tranquilamente, como el día anterior. No nos abrazamos, ni siquiera nos dijimos adiós. Yo, simplemente, bajé por la escalera, dispuesta a dejarlo atrás, pero me llamó.

—Jasmine.

Me di la vuelta y lo vi mirándome.

—Dime.

—¿Pregúntame sobre ella? —me pidió en forma de pregunta.

—¿Qué?

Él cambió el peso de pierna y se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

—¿P-puedes preguntarme sobre ella? —susurró.

Fruncí el ceño y le sonreí un poco.

—Háblame de tu hermana.

—Vale.

Me senté en un escalón y él se sentó en el último. Apoyé la espalda en la barandilla. No me miró. Tenía la mirada fija en sus puños, pero yo no podía apartar la vista de él. Él y su corazón tenían toda mi atención.

—Le encantaba el morado —me contó—. Todo lo que fuera morado le apasionaba. Creía en los cuentos de hadas. Llevó aparato durante tres años y, por lo menos una vez a la semana, se le quedaba un caramelo blando enganchado en él. Rezaba todas las mañanas y t-t-todas las noches. No sabía silbar, pero saltaba a la comba como una p-p-profesional. —Cerró los ojos, respiró hondo y soltó el aire lentamente.

Vi que las lágrimas le bajaban por las mejillas hasta las manos.

—Quería adoptar niños en algún momento. Y no so-so-soportaba la idea de que haya niños que nunca se sientan queridos. Me quería más de lo que yo me merecía, y a mi madre también.

Me acerqué un poco a él.

—Dime lo que necesitas. Si quieres que me vaya, me iré. Si quieres que me quede, me quedaré. Lo que sea, Eli. Haré lo que sea.

Me apretó un poco las manos y se levantó. Tiró de mí y me levantó a mí también. Bajó un escalón para que estuviéramos uno al lado del otro.

Abrió la boca y me dijo la única palabra que necesitaba:

—Quédate.

Solté un suspiro de alivio.

Lo único que quería hacer era quedarme.

Capítulo 40

Jasmine

Las semanas siguientes me parecieron un cuento de hadas. Elliott se estaba mostrando de formas que yo no creía posibles, de formas por las que Laura había rezado cada día desde hacía seis años. Cuando nos cruzábamos, nos poníamos muy nerviosos. Cuando lo veía, el corazón me daba un salto.

Cada vez que tartamudeaba, juro que me enamoraba un poco más.

No estaba segura de lo que éramos, pero estaba muy contenta de que volviera a formar parte de mi vida. Algunas mañanas, cuando llegaba a casa de TJ, me lo encontraba en la sala de estar dando clases de saxo con él. Me apoyaba en el marco de la puerta y nunca reparaban en mí, porque, cuando ensayaban, lo daban todo. Presenciar aquella escena era mágico. En una vida anterior, TJ tuvo que ser el padre de Elliott y Elliott su hijo. Sonreían igual, refunfuñaban igual y querían del mismo modo.

TJ iba redefiniendo el sentido de la vida paso a paso. Lo veía en su mirada. Eso era lo más increíble de la vida. A veces, giraba hacia lugares a los que creíamos que nunca iríamos, pero lo mejor de las personas es nuestra capacidad de adaptación.

Puede que TJ ya no pudiera tocar, pero era evidente que escuchaba su música a través de Elliott Adams.

—Llegarás tarde al trabajo —le dije a Elliott, y sonreí cuando terminó de tocar un tema de Stan Getz.

Él se miró el reloj.

—Ostras, vale. TJ, lo retomamos cuando termine de trabajar. Me dejo el saxo aquí.

TJ asintió.

—Tú repasa esos compases en la cabeza mientras trabajas, ¿vale? Ya casi los tienes. Tú puedes.

Me encantaba verlos interactuar.

Elliott pasó junto a mí y me dirigió una sonrisa amable.

—Está sonriendo más —comentó.

—Es por ti —le dije.

Todos sonreíamos más porque Elliott sonreía.

—Volveré hacia las cuatro. Que tengáis un buen día los dos.

Salió de la casa y, luego, de pronto, entró rápidamente.

—Jazz, ¿puedo...? ¿Podemos hablar fuera un segundo?

—Claro. —Me puse en pie, salí al porche con él y cerré la puerta detrás de mí—. Dime, ¿qué pasa?

Cerró un ojo y se pasó las manos por la cabeza.

—¿Ha pasado algo malo?

—No, no ha pasado nada. Es que... —Entrecruzó las manos en la nuca y se puso derecho—. ¿Salgamos un día?

Las mariposas me dieron vueltas por el estómago y sentí calor en las mejillas.

—¿Es una pregunta?

—Bueno, no. Bueno, sí. —Respiró hondo—. ¿Quieres salir conmigo este sábado?

—¿Qué?

—Puedes decir que no, pero yo... —Se mordió el labio inferior y sus ojos de color avellana se encontraron con los míos—. Estoy loco por ti y me gustaría que saliéramos, pero puedes decir que no.

—El sábado es San Valentín —apunté.

Se metió las manos en los bolsillos y se meció un poco hacia adelante y hacia atrás.

—Sí.

—¿Quieres que sea tu cita en San Valentín, Elliott Adams?

—Quiero que seas mi cita en San Valentín, Jasmine Greene.

—¿Puedo ponerme elegante?

—Hazlo, por favor.

—Vale.

—Vale.

Nos quedamos allí, mirándonos y sonriendo como si volviéramos a tener dieciséis años. Las mariposas y la piel de gallina eran iguales que hacía tantos años y, justo como entonces, Elliott parpadeó una vez y dijo:

—Bueno, vale, adiós.

Y se fue deprisa.

Volví a entrar en la casa y me senté en el sofá al lado de TJ.

—¿Va todo bien? —me preguntó.

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

Sonreí todavía más.

—Me ha pedido salir.

—¿Salir? —exclamó TJ, y dio una palmada—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por traerlo de vuelta a casa.

—Ha sido algo mutuo. Él también me ha traído a mí.

El sábado, Elliott me recogió en casa. Y, como el padre sobreprotector que era, Ray estaba a mi lado en la puerta y lo miraba de forma intimidatoria.

—¿Seguro que no puedo llevaros en coche como hice la otra vez, Blanca?

Me reí por lo bajo.

—Creo que esta vez no hace falta.

—Vale, pero si se pone cariñoso... —le advirtió.

«Ay, Dios, espero que sí».

—No te preocupes —le dijo Elliott, y alzó la vista al cielo—, no voy ni a mirarla.

—Bien —respondió Ray—. Me parece perfecto.

—Por cierto, tu nueva canción, *Walker's East*, es literalmente la mejor canción que he oído en mi vida —comentó Elliott.

A Ray se le dibujó esa gran sonrisa bobalicona en la cara y sacó pecho.

—Jasmine, si no te casas con este cachas, lo haré yo.

Me sonrojé.

—Buenas noches, papá. Nos vemos luego.

—Tráemela a casa a medianoche —le ordenó a Elliott.

Me reí.

—Puede que a medianoche no hayamos vuelto, no me esperes despierto. —Le di un beso en la mejilla y corrí hacia el coche de Elliott. Me abrió la puerta sin dejar de mirar el cielo. Me reí de nuevo—. Sois los dos hombres más tontos que he conocido.

—Bueno, Ray parece capaz de matarme y no quiero morir antes de salir contigo.

No había querido darme ninguna pista sobre lo que íbamos a hacer. Solo me había dicho que lo único necesario era que apareciera y eso fue lo que hice. Fuimos un rato en coche y, cuando aparcó, miré a mi alrededor, confundida.

—¿Dónde vamos, exactamente?

—Ya verás —respondió. Salió del coche de un salto y lo rodeó deprisa para abrirme la puerta—. Ah, y, por favor, no le des muchas vueltas a esto, porque forma parte del teatro de esta noche.

—¿Del teatro? —le pregunté mientras me daba la mano para ayudarme a salir.

—Sí. —Y, entonces, buscó en un bolsillo y sacó un anillo—. Tienes que llevar esto en el dedo.

Sabía que me había dicho que no le diera muchas vueltas, pero soy mujer y nosotras le damos vueltas a todo. Y una vez le habíamos dado unas cuantas vueltas, le dábamos unas cuantas más.

—¿Por qué llevo un anillo de pedida?

—Es falso —me aseguró mientras doblábamos la esquina—. Y lo llevas por esto. —Señaló un edificio y me reí sin parar.

—¿En serio?

—Sí, hoy estamos prometidos y vamos a probar treinta y cuatro tipos diferentes de cobertura de vainilla en la pastelería de Cake & Pie.

—¡Ay, Dios, los sueños se hacen realidad! —exclamé dando saltos—. Espera, pensaba que no comías azúcar.

Se encogió de hombros.

—Lo haré por ti. Contigo pruebo lo que sea.

—Ten cuidado con lo que dices —le advertí—, porque me encanta comer y, si te juntas

conmigo, te puedes poner rellenito.

Fuimos hasta la puerta y, antes de entrar, se volvió hacia mí.

—Vale, estamos preparando la boda para el primer fin de semana de junio. La temática es rústica. Estamos superilusionados e impacientes por dar el sí quiero. Creo que eso es todo lo que necesitas saber. Y, Jasmine...

—Dime.

—Haz como si me quisieras.

«Será fácil».

Entramos en la pastelería y probamos todas las coberturas de vainilla que tenían. Y también cinco coberturas de chocolate. Estábamos muy cómodos. Cuando nos reíamos, nos reíamos en alto y, cuando no decíamos nada, estábamos en paz. Fluíamos juntos como cuando éramos pequeños.

Me resultaba muy fácil ser yo misma cuando estaba con él.

—La que más me ha gustado ha sido la veintiocho —le dije.

Hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Todas saben a un futuro ataque al corazón.

Me incliné y tomé lo que le había sobrado del número trece y del quince. Lamí la cobertura de los vasitos de muestra.

—Dios, me saben a paraíso.

—No sé si tendría que ponerme cachondo o asustarme al verte lamer la cobertura de los vasitos esos.

Tomé la muestra de chocolate que le quedaba, la lamí con una lentitud dramática y pasé la lengua por los bordes del vasito.

—Mmm —gemí—. Este es el chocolate que más me gusta.

Elliott resopló, se rio y levantó una ceja.

—¿En serio? ¿Ese es el chocolate que más te gusta?

Solté una risita por su comentario.

—Pues una noche intenté probar otro chocolate y el vendedor me dijo que la tienda estaba cerrada.

—Debió de ser por Navidad. Hay muchas tiendas que cierran el día de Navidad, pero no te preocupes. —Se recostó en la silla—. Dicen que los dulces cuestan la mitad después de las fiestas —dijo con un ardor latente en la voz.

Me partí de risa.

—Espera, tiempo muerto, perdón. Para que me quede claro, estamos hablando de tu pene, ¿no? Él asintió.

—Sí, perdona, ¿te he entendido mal? Porque estaba seguro al noventa y nueve por ciento de que estábamos hablando de lo mismo.

—Sí, no, perdona, yo sí que estaba hablando de tu pene. —Seguí riendo y me sequé las lágrimas de los ojos—. Es que... Acabas de decir que tienes el pene rebajado al cincuenta por ciento después de las fiestas. No sé, ¿cuánto cuesta un pene tuyo de nueva temporada? ¿Cobras la comida antes del postre? ¿Hay que dejar una propina muy «glande»? ¿Cuántos clientes prueban el chocolate cada año? ¿Hay política de devolución? ¿Sabías que vender este tipo de chocolate es ilegal en todos los estados menos en Nevada? En *Pretty Woman*, Julia Roberts vendía chocolate

blanco y era un trabajo muy duro. ¿Hay reseñas de tu pene en internet? ¿Y cuántas estrellas tiene?
—No podía detener las lágrimas que me caían por las mejillas.

Elliott se mordió el labio inferior y negó con la cabeza.

—Jasmine.

—Dime.

—¿Puedes parar de decir «pene»? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—Sí, perdona, te juro que soy madura. —Me aclaré la garganta, miré a un lado y a otro y susurré—: Pene.

—Gracias —dijo entre risas—. Estaba intentando ser guay y tú me has desmontado t-todas las frases chulas.

Yo no podía ni respirar de la gracia que me hacía aquella situación. Estaba segura de que para Elliott se había vuelto algo incómoda, pero ver cómo se ponía nervioso y apreciar ese brillo juguetón en sus ojos valía la pena.

—Lo siento, lo siento. —Exhalé y me sequé las lágrimas.

—No pares —me dijo con su sonrisa de satisfacción.

—¿De qué?

—De reír. Es mi sonido favorito.

Su comentario hizo que se me apagara la risa y sentí mariposas en el estómago.

—Para. —Me sonrojé mientras me recolocaba en la silla.

—¿De qué?

—De mirarme así.

—¿Cómo?

—Como si estuvieras loco por mí.

Sonrió, pero no dijo nada.

La dueña de la pastelería, Carol, se acercó a nuestra mesa con una voz muy alegre.

—¿Cómo estaba todo? —nos preguntó, y recogió los vasitos de muestra de la mesa.

—Increíble, de otro planeta —le dije.

—Me alegro de oírlo. Sois monísimos, me encanta veros. ¿Cuánto hace que estáis juntos?

—Desde los dieciséis —dijimos al unísono.

Cuando sonreímos, se encontraron nuestras miradas y me encantó.

—Qué bonito. Bueno, pues si queréis encargar una tarta, estaré encantada de ayudaros.

—No. Es que... —empecé a decir.

—Sí, perfecto —me cortó Elliott.

—¿Qué? —pregunté.

Él continuó hablando con Carol.

—Si nos trae los papeles, los rellenaremos juntos.

—Por supuesto. Cuando llamaste, dijiste que la fecha de la boda era el dos de junio, ¿verdad?

—Sí —respondió.

Ella se fue.

—El dos de junio es mi cumpleaños —le dije.

Él asintió.

—Lo sé, me acuerdo. He pensado que qué mejor que la cobertura que más te gusta en tu tarta

de cumpleaños. Así tendremos más ganas de que llegue junio.

Yo estaba encantada con él.

—No me mires así —me dijo en voz baja.

—¿Cómo?

Me tomó de las manos.

—Como si estuvieras loca por mí.

Encargamos nuestra tarta de boda falsa; las mariposas que tenía en el estómago se negaban a irse.

—Pues muchas gracias por venir —nos agradeció Carol con una sonrisa—. Y, si me permitís decir algo, hace treinta y seis años que trabajo en esto y nunca he visto a dos personas que parecieran más enamoradas que vosotros dos. Se nota que estáis locos el uno por el otro.

Elliott sonrió y me tomó de la mano.

—Sí, es una chica genial.

Le dimos las gracias por dejarnos engañarla para comer cobertura de vainilla y Elliott me llevó a nuestra próxima parada. Cuando paramos delante del barco de vapor Natchez, sentí una presión en el pecho.

—¿En serio? —le pregunté.

Solo había subido a ese barco una vez y había sido con él.

—He pensado que estaría bien. Esta noche celebran San Valentín y hay *jazz* en directo y una cena.

El crucero fue justo como la otra vez, pero en esta ocasión había mucha más gente que había ido a celebrar su amor.

Bailamos toda la noche. Nos dejamos llevar y disfrutamos de la compañía del otro. La música en directo era electrificante y la gente estaba alegre. Parecía que el muro que Elliott había construido durante aquellos años por fin se derrumbaba, y ver al hombre en el que se había convertido era una de las mejores cosas que me habían pasado.

Cuando terminaba el crucero, Elliott me llevó a una punta del barco. Me agarré a la barandilla, él se puso detrás de mí y me rodeó la cintura con los brazos. Vimos la ciudad de Nueva Orleans iluminada mientras el barco navegaba por el río Misisipi.

Cuando llegó a los edificios llenos de grafitis que habíamos visto de niños, me rozó la oreja con los labios y me dijo al oído:

—Eres p... Eres... —Sentir su respiración sobre mi piel hizo que se me acelerase el pulso. Escuché cómo respiraba hondo antes de pegarse más a mí—. Eres... preciosa —me dijo en voz baja.

Me volví para mirarlo.

—Eli... Lo has dicho. Has dicho «preciosa» —exclamé—. Antes no podías decirlo nunca.

—Bueno, sí. He practicado cada día desde hace seis años.

Ahí estaba.

Pequeño, diminuto pero real.

El amor.

Sabía que era joven y que era una tontería, pero, en ese momento, empecé a enamorarme de un chico tímido que se preocupaba por mí en silencio. El chico que me había defendido cuando había

mil razones para no hacerlo. Yo no sabía mucho sobre el amor. No sabía cómo era, qué era tenerlo ni probarlo. No sabía cómo cambiaba ni cómo fluía, pero sabía que se me había encogido y detenido el corazón. Sabía que se me había erizado la piel de los brazos. Sabía que ese chico tartamudo, que a veces estaba tan asustado, era alguien a quien valía la pena querer por segunda vez.

Sabía que Elliott Adams era amor.

Y yo me estaba enamorando de él muy deprisa.

La verdad es que nunca había dejado de quererle.

Pero esta vez, a diferencia de la anterior, me negaba a dejarlo marchar.

—¿Jasmine?

—Dime, Elliott.

—¿Voy a besarte?

Me reí por lo bajo.

—¿Es una pregunta?

Cuando sus labios se encontraron con los míos, me dio la respuesta que quería oír. Al principio lo hizo lentamente, y me saboreó entera. Después me besó más fuerte y, esa vez, yo saboreé su esperanza. Cuanto más nos besábamos, más crecía mi amor. Tenía los brazos a mi alrededor y me atrajo hacia él para profundizar el beso.

Le besé los labios y le puse las manos en el pecho. Allí descubrí sus latidos.

Cuando el barco atracó, subimos a su casa. No dijimos ni una palabra, pero estábamos de pie, uno frente al otro, y nos mirábamos con complicidad. Mientras se desabrochaba los puños de la camisa, yo bajé de los tacones. Mientras él se quitaba la camisa y mostraba sus fuertes abdominales, yo me solté el cabello. Le di la espalda y me coloqué el pelo sobre el hombro izquierdo.

—¿Me lo desabrochas? —le pedí.

Me puso las manos en la cintura cuando se inclinó y me rozó la curva del cuello con los labios. Fue un contacto muy leve entre sus labios y mi piel. Sus besos eran los susurros de un para siempre con el que siempre habíamos soñado.

El vestido cayó al suelo y me di la vuelta lentamente para mirarlo. Sus ojos no bailaron por mi cuerpo, estaban fijos en los míos.

—Eres preciosa —dijo con un suspiro mientras me pasaba una mano por la cadera y me atraía hacia él—. Eres preciosa. Eres preciosa.

Se le dilataron las pupilas y el corazón me latió con fuerza cuando su boca rozó la mía. Me lamió el labio inferior con suavidad y un escalofrío me recorrió la espalda. Estaba nerviosa, pero no era nada malo. Eran como los nervios que sientes cuando sabes que tus sueños van a hacerse realidad.

—Quiero que pasemos juntos la noche y que también estés por la mañana. Di que sí.

Le pasé las manos por el cuello y tiré un poco de él hacia abajo.

—Sí.

Me puso las manos debajo del culo, me levantó y me llevó hasta su cama. Cuando me dejó sobre ella, dio un paso atrás y me observó. Su mirada bailó por mi cuerpo y me guardó en su memoria mientras se desabrochaba los pantalones de vestir y dejaba que cayeran al suelo.

Se agachó poco a poco y me puso las manos alrededor de la pierna izquierda. El corazón se

me aceleraba incluso antes de que me tocara. Su boca se posó en la parte interior de mi muslo, por donde me pasó la lengua. Fue subiendo, tomándose su tiempo, e hizo que me revoliera mientras me obligaba a rendirme ante mis gemidos. Cuando su boca llegó a la costura de mis braguitas, me las bajó lentamente y las tiró a un lado.

—Por favor —le supliqué mientras su lengua recorría mi centro y hacía que empujara con la cadera hacia él—. Eli... —susurré cuando metió la lengua en mi interior, profunda.

Mientras me saboreaba entera, grité y sentí que deslizaba dos dedos dentro de mí, lo que me hizo retorcerme todavía más.

—Eli, por favor...

Metió otro y subió con la lengua hasta el clítoris a la vez que me lamía, me chupaba y me follaba con la boca. Mi cuerpo respondía cada vez que me penetraba con los dedos. Los metía deprisa y los sacaba lentamente. El corazón se me había vuelto loco y tenía la mente nublada. Cuanto más placer me daba, más lo deseaba y más cerca me llevaba...

Rápido, lento, rápido, lento...

—Más —le supliqué, incapaz de callar, incapaz de desearlo más de lo que lo hacía en ese momento.

Añadió un dedo más. Subió la mano que tenía libre para agarrarme un pecho mientras que con la otra tomaba el control aún más. Su respiración era cada vez más entrecortada y deseo, tan grande como el mío.

—Voy a... Voy a... —dije mientras respiraba con fuerza y sentía que un temblor me recorría la espalda y que iba a perder el control.

—No —me dijo, y paró dentro de mí. Subió hasta mi boca y me besó con fuerza, tiró del labio inferior entre sus dientes antes de hablar—: Todavía no.

Tenía las pupilas dilatadas y vi las ganas que me tenía, cuánto me deseaba; me necesitaba tanto como yo a él.

—Elliott...

—Cuando te dejes llevar... —me susurró. Se puso encima de mí y recorrió las curvas de mis pechos con la lengua... quiero sentirlo. Cuando te dejes llevar... —repitió, y respiró fuerte mientras metía su erección dentro de mí, muy profundo... quiero hacerte temblar. —Soltó un gruñido y me hizo gritar de placer—. Cuando te dejes llevar, Jazz... —dijo entre dientes, y me mordió el lóbulo de la oreja—. Joder... Quiero que grites.

Mientras se deslizaba dentro de mí, sentí todos los momentos de felicidad que han existido. De éxtasis. De placer. De amor. Y él siguió tomándose hasta que me quedé sin voz.

Todavía seguía ahí, intacta: nuestra canción de amor.

Nuestro amor existía en cada segundo y cada caricia que compartíamos.

Cuando él me agarró del pelo, sentí la cabeza aturdida. Mi corazón era suyo mientras empujaba y penetraba en mi cuerpo, mi mente y mi espíritu.

Una parte de mi alma había pensado que, al marcharme, él había pasado página, pero otra más grande sabía que el amor que compartíamos no se perdería con la distancia ni con el tiempo.

Esa noche hicimos exactamente lo que siempre habíamos querido hacer: nos convertimos en nuestra propia canción. Hicimos el amor en todas las habitaciones, en todos los rincones y de todas las maneras. Yo le quería más y más cada vez que sentía su respiración contra mi piel y cada vez que oía mi nombre en su boca.

Cada segundo, cada caricia...

—Eres... Eres... Eres mi mundo —me prometió con la respiración cansada, y se tumbó a mi lado en la cama cuando empezaba a salir el sol—. Joder. Eres mi mundo.

Y él era el mío.

Era mi amante, mi amigo, mis principios y mis finales. Era todo lo que había querido tener y que pensé que jamás volvería a ver.

Me encantó cómo conectamos esa noche físicamente, pero mi parte favorita vino después del sexo, cuando nos tumbamos entrelazados uno en los brazos del otro.

Nos pesaban los párpados, pero no queríamos soltar aquel sentimiento de felicidad que habíamos encontrado. Yo no dejaba de pasarle los dedos por el pecho y él me besaba la piel sin cesar mientras nos contábamos historias. Las que más me gustaban eran las que hablaban de Katie. Antes, ni siquiera podía decir su nombre, pero, ahora, sonreía al hacerlo. Era como si los recuerdos ya no le quemaran. Eran chispas de amor, y él le rendía homenaje a su hermana contando esos recuerdos en voz alta.

—Le encantaban los sándwiches de salami frito, pero se le daba fatal cocinarlos, así que eran sándwiches de salami muy quemado. Te juro que les ponía mayonesa y se los comía a todas horas. Durante una temporada, los comió para desayunar, para comer y para cenar. Durante tres semanas seguidas —recordó entre risas.

Yo sonreí.

—Es bastante asqueroso, la verdad.

—Sí. La casa olió a salami quemado durante días. Mi madre volvía a casa de trabajar y gritaba: «Katlyn Rae Adams, si te casas algún día, por favor, no cocines para tu marido o lo matarás».

—Debe de ser cosa de familia. Una vez, TJ intentó que me comiera un sándwich de crema de cacahuete y rosbif —me quejé—. Qué asco.

—Eh, no lo critiques hasta que lo hayas probado. Igual que con los de jamón de York y mermelada.

—Ay, Dios... —Negué con la cabeza varias veces—. Pasáis demasiado tiempo juntos.

—A mi madre no le gustan nada sus sándwiches, pero se los comía siempre porque le hacía feliz.

—Tu madre es una de las personas más dulces que he conocido nunca.

—Es demasiado buena para este mundo —me dijo—, es una santa.

—¿Sale con alguien? —me pregunté.

—No, le cuesta confiar en la gente después de lo de mi padre. Le hizo mucho daño. Y creo que se siente sola. Una vez le pregunté sobre el tema y me dijo que prefería estar sola y sentirse así a veces que tener una mala relación y estar triste. Estaba convencida de que tener una relación mala te hacen sentir diez veces más solo que estar solo de verdad.

—Cualquiera sería afortunado de estar con ella.

—Sí. Si algún día pasa... Cuando pase, espero que él la quiera como si fuese lo último que fuera a hacer. Si no, lo mataré.

Sonreí al ver cuánto quería a su madre. Ella lo quería a él del mismo modo. Eran afortunados de tenerse.

—He sido un hijo de mierda —confesó, y se pasó las manos por la nuca—. Mi madre lo

habría dejado todo por mí y yo me he pasado los últimos seis años intentando alejarme de ella, porque yo no era lo bastante fuerte.

—¿Qué quieres decir?

—Es igual que ella —admitió—. Cada vez que veo a mi madre, también veo a mi hermana. Desde el pelo oscuro y rizado hasta los ojos chocolate. Desde su pequeño cuerpo hasta su forma de reír. Y su forma de llorar. Por eso he estado evitándola.

—Pero eso parece una bendición —le dije, y me acerqué a él—. Ver a tu hermana en los ojos de tu madre es casi como si hubiera engañado a la muerte de algún modo. Es como si una parte de su alma todavía viviera de una forma preciosa.

—Nunca lo he pensado así.

—A veces cuesta ver las cosas de otro modo cuando te has acostumbrado a la oscuridad.

Me puso los labios en la frente.

—Jasmine.

—Dime.

—Te quiero. Más que a nada. T-te quiero.

Mi corazón se detuvo en el mismo momento en que él tartamudeó.

—Yo también te quiero, Eli. —Siempre lo había querido. Lo quería cuando tenía dieciséis años y, aunque hubiera pasado el tiempo, no había dejado que ese amor se fuera.

Ese era el significado que tenía para mí la llave que llevaba colgada al cuello.

Él era mi casa.

No volvimos a acostarnos ese día, pero yo sentía su alma pegada a la mía. Lo que más me gustaba de Elliott era que podía hacerme el amor con solo mirarme.

Me gustaba que me quisiera en silencio mientras nuestros ojos se iban cerrando y daban paso a la noche.

Y me encantaba saber que me querría igual cuando nos despertásemos.

Capítulo 41

Elliott

Se despertó antes que yo. Me revolví en la cama, levanté la vista y la vi de pie cerca de la ventana. Llevaba puesta una camiseta mía que le iba grande. La luz del sol inundó la habitación. Yo no entendía del todo lo que había pasado.

No recordaba la última vez que había sido tan feliz.

Ella estaba ahí. Había vuelto a mi lado.

No tenía ni idea de lo que había hecho por mí. Me había pasado seis años encerrado en una jaula y ella era la llave de mi libertad.

—Buenos días —la saludé, y se sobresaltó.

Se dio la vuelta para mirarme. En las manos tenía una libreta... Una de tantas que había en mi cómoda.

—¿Qué haces?

Los ojos se le llenaron de preocupación y negó con la cabeza.

—Lo siento. He ido a la cómoda a coger una camiseta y me he encontrado esto. Estaba abierta encima de todo lo demás y he visto mi nombre y...

—No pasa nada —la tranquilicé, y di unos golpecitos sobre la cama.

Ella vino a mi lado y se sentó derecha.

—¿Qué es esto, Eli?

—Cartas que te he escrito —le dije—. Yo... TJ hacía que escribiera mis esperanzas y mis miedos en libretas para mejorar en la música. Después de lo que pasó, lo dejé prácticamente todo. Abandoné todo lo que me hacía sentir bien, pero no pude dejar de escribirte, aunque no fueras a leerlo. Creo que por eso funcionaba. Sabía que no las leerías e intentarías hacerme sentir mejor. Me desangraba sobre el papel todas las noches y escribía todo lo que tenía en el corazón; todo lo que sentía. Escribirte me hacía sentir menos solo, supongo. Era duro conmigo mismo, pero, por lo menos, de alguna forma, no estaba solo. Tú siempre estabas ahí conmigo. Siempre lo estabas.

Le cayeron lágrimas por las mejillas y se las sequé.

—No llores. No quiero hacerte llorar nunca.

—Lo siento, es que... —Suspiró—. Estas cartas... Tu dolor... Lo siento mucho, Elliott.

—Oye —dije, y negué con la cabeza—, ahora puedo respirar. Puedo respirar.

Ella asintió y le rocé los labios con los míos.

—Tú has escrito las cartas y yo he llevado tu llave. Nos hemos tenido el uno al otro todo este tiempo.

—Y siempre nos tendremos.

—Mi parte favorita es cómo firmas cada carta. Tu posdata.

Le besé la frente con dulzura y nos tumbamos.

La atraje hacia mí.

—«Ah, y aún te quiero» —le dije, susurrándole la posdata.

—Y yo todavía te quiero a ti —me respondió en voz baja—. ¿Podemos quedarnos aquí? ¿Podemos ignorar el mundo un rato?

Sonreí.

—Ojalá, pero tengo que ir a casa de TJ, porque tengo clase con él y me matará si llego tarde.

—Muy cierto.

La besé en los labios.

—¿Nos vemos después?

—Sí, ¿quieres que cenemos con Jason y Kelly?

—Me encantaría, pero ¿mañana, quizá? Esta noche tengo algo que hacer. En realidad, iba a preguntarte si puedes quedarte en casa de TJ esta noche un rato.

Ella sonrió.

—¿Por? ¿Otra va a probar tu chocolate esta noche?

—Depende. ¿Te pondrías celosa? —bromeé.

—¿Celosa? Por favor, si apenas me gustas. —Puso los ojos en blanco—. Ni siquiera eres mono. En realidad, eres bastante feo.

—¿Ah, sí? —Me levanté y la cogí en brazos.

Ella me rodeó con las piernas.

—¿Adónde me llevas? —me preguntó.

—A ducharnos juntos para enseñarte lo feo que soy.

Cuando terminamos de ducharnos, nos vestimos y, justo cuando íbamos a salir de casa, me llamó mi madre.

—Hola, perdona que lleguemos un poco tarde. Ya estoy en camino.

—No te llamo por eso, Elliott. Tenemos que hablar.

—Voy para allá. —Cogí el abrigo y las llaves mientras Jasmine me miraba preocupada.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—No lo sé, pero tenemos que irnos.

Llegamos a casa de TJ; él y mi madre estaban en el sofá. Mi madre nos puso al día.

—Tendría que habérselo dicho enseguida, pero sabía que anoche salisteis y...

—Tendrás que habérselo dicho enseguida —repliqué enfadado, apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

—Lo sé, lo sé. —Asintió con la cabeza—. Lo siento. Es que estaba sorprendida, ni siquiera se lo he contado a TJ hasta esta mañana. Él me ha hecho llamarte de inmediato.

—Esto no es cosa de tu madre, Elliott. Tenlo en mente —intervino TJ.

—¿Te dejaron una nota? —preguntó Jasmine, que le tendió la mano a mi madre y tomó la hoja de papel.

La recorrió con la mirada y soltó un suspiro.

—Sí, estaba en el buzón de mi casa ayer por la tarde. No estaba segura de qué hacer ni de cómo sentirme.

—¿Puedo verla? —le pedí a Jasmine.

Ella se levantó y me la dio.

Señora Adams:

Sé que esto está fuera de lugar y espero que algún día me perdone por cruzar esta línea. Después de todo lo que su familia ha sufrido, no está bien que me ponga en contacto con usted, pero sé que, si no lo hago, siempre viviré en un pozo de arrepentimiento y culpa por no haberlo intentado.

Como sabe, Todd fue condenado a cadena perpetua sin posibilidad de optar a la libertad condicional. Mi hijo no tiene vida. Pasará el resto de sus días entre barrotes por lo que hizo hace seis años. El día que usted perdió a su hija, yo también perdí un hijo. Claramente, no de la misma forma que usted perdió a la suya, pero, aun así, sigo sintiendo un vacío en mi interior.

No fui buena madre.

Nunca estuve a su lado cuando debí estarlo. Me centré demasiado en el trabajo y no le di ningún amor a mis hijos. Crecí en un hogar en el que no abundaba el amor y parece que es algo que ha seguido formando parte de mi familia en la forma en que eduqué a mis hijos.

Dejé que se autodestruyeran porque nunca les proporcioné un orden.

Pensaba que, si yo había sobrevivido en una casa que nunca fue un hogar, mis hijos también podrían.

Mi hijo mayor se metió en líos, pero no como Todd.

Todd fue un insensato. Durante años, pidió a gritos que su padre y yo le hiciéramos caso, pero lo ignoramos. Pensábamos que se le pasaría cuando madurara. Creíamos que conseguiría ir a la universidad, aun siendo un rebelde, y que saldría con una carrera, una mujer e hijos.

La verdad es que la oscuridad planeaba sobre él. Era una nube pesada y hoy me doy cuenta de que yo fui la que la atrajo hasta él. Ignoré sus gritos y sus días se fueron nublando.

Mi hijo fue el que lo hizo, sí. Él le quitó la vida a su hija, pero, si hay que culpar a alguien, es a mí.

Tendría que haberlo querido más. Tendría que haber hecho más.

Hace cinco años, mi hijo mayor se mudó y no he sabido nada de él desde entonces. Hace tres meses, mi marido se suicidó. Todo esto era demasiado para él.

Ha sido demasiado para todos.

Todd me escribió hace unas semanas y me pidió que me pusiera en contacto con usted y con su hijo. Quería que les transmitiera cuánto le pesa todo lo que pasó y cuánto le duele.

Quería saber si hay alguna manera de que se lo pueda decir él.

Quería que le preguntara si estarían dispuestos a visitarlo en la Prisión Estatal de Luisiana.

Sé que es mucho pedir y, si no recibo noticias tuyas, lo entenderé perfectamente y no me volveré a poner en contacto con usted nunca más.

Le vuelvo a expresar mi gran pena por la pérdida de Katie. Sé que mis disculpas nunca serán suficientes y siempre le parecerán vacías, pero sepa que las tiene. Sepa que no pasa ni un momento en el que no piense en su sufrimiento y desee poder hacer que desaparezca.

Espero tener noticias tuyas pronto.

Si no es así, lo entiendo y le deseo lo mejor.

Marie Clause

—Q-qué puta mierda —solté—. ¿Cómo se atreve a escribirte? ¿Cómo se atreve a ponerse en contacto con nosotros? —grité.

Me hervía la sangre. Estaba furioso por sus palabras, por sus disculpas y por su atrevimiento al ir hasta el buzón de mi madre y dejarle ese mensaje.

—Tranquilízate, hijo —me pidió TJ.

—No. —Caminaba por la habitación con los puños apretados—. Tendríamos que denunciarlo. Tendríamos que hacerle saber a la policía que esta gente... Que estos monstruos se están sobrepasando. Van a pagar por esto. No puede ser que ellos...

—Su marido se ha suicidado y su otro hijo se ha ido, Elliott. No son «ellos». Solo es ella —me contestó mi madre.

—De todos modos, no tiene derecho a...

—Voy a visitarlo.

El corazón se me partió y me di la vuelta para mirarla.

—¿Qué?

Lloraba y el cuerpo le temblaba. TJ intentaba consolarla.

—Voy a visitarlo. Ya lo he decidido, Eli. Solo te he llamado para saber si querías venir conmigo.

—Que vas a... Tú... vas... —Tenía la cabeza hecha un lío y las palabras ni siquiera me salían. Hablaba como si estuviera loca. Estaba jugando con el diablo que se llevó a mi hermana; a su hija—. No puedes.

—Voy a ir.

—Eli... —empezó a decir Jasmine, y se levantó para venir hacia mí.

Yo levanté una mano para que se detuviera.

Miré a mi madre a los ojos y negué con la cabeza.

—¿Cómo puedes hacer esto? —le pregunté, perplejo por su decisión. No le debíamos nada a esa gente. Ellos eran los que nos habían quitado a alguien y no al revés—. Vas a cometer el mayor error de t-tu vida.

Salí de la casa y no transcurrió mucho tiempo hasta que Jasmine apreció detrás de mí y me cogió del brazo.

—¡Eli, espera! —exclamó.

Me tensé cuando me tocó. No podía mirarla. No. Intentaría hacerme razonar. Intentaría llegar hasta mí.

—Jasmine —susurré.

—¿Qué?

—Suéltame.

—No, Elliott. No voy a soltarte, no puedo. Vamos a hablar con ella. Vamos a...

—¡Jasmine! —grité. Me hervía la sangre. Me volví hacia ella, que me miraba con los ojos muy abiertos, llenos de preocupación—. Que me sueltes.

Me dejó ir lentamente y yo me marché hecho una furia, sin volverme para mirarla.

Porque, si lo hacía, le suplicaría que viniera conmigo y que me ayudara a escapar de mi cabeza. Le habría pedido que me ayudase a entenderlo.

Pero, en ese momento, no quería entender nada. En ese preciso instante, lo único que quería era escapar de la realidad.

Capítulo 42

Jasmine

—¡Jason! —grité mientras entraba en el Daze a toda prisa.

Él se estaba preparando para abrir el bar en un par de horas.

Cuando oyó su nombre, se volvió hacia mí.

—¿Jasmine? ¿Qué pasa?

—¿Está Elliott?

—Sí, ha subido al piso hace unos diez minutos hecho una furia. ¿Por qué? ¿Va todo bien?

—No. —Negué con la cabeza—. No.

Puse a Jason al día de lo que había pasado y la preocupación que vi en sus ojos era tan grande como la mía.

—Va a explotar —me dijo.

—Sí, lo sé. Por eso nos necesita ahora mismo. Necesita que estemos cerca, si no, empezará a reconstruir el muro, pero seguro que ha cerrado con llave.

Jason cogió su manojó de llaves.

—No te preocupes, yo tengo una. Vamos.

Subimos a toda prisa por las escaleras y, cuando entramos, allí estaba Elliott, golpeando sin parar el saco de boxeo. No llevaba guantes. Daba puñetazos al saco una y otra vez y se le formaban cortes y heridas en los nudillos.

—Hermano, ¿qué haces? —preguntó Jason mientras se acercaba a él poco a poco.

—No p-p-podéis entrar aquí así —rugió mientras seguía golpeando el saco.

—Eli —dije con una mueca—, estábamos preocupados por ti. Lo de casa de TJ es algo muy difícil de asimilar. ¿En qué estás pensando?

Él siguió golpeando y no respondió.

—Eli, hánblanos, por favor —le pedí.

—No quiero —susurró.

—Venga, tío, estamos aquí —se ofreció Jason.

—¡Y yo no os quiero aquí! —gritó, y le dio un último golpe al saco antes de volverse hacia nosotros. Jadeaba y el pecho le subía y bajaba cada vez más rápido—. Marchaos.

Jason se irguió.

—No.

Los ojos salvajes de Elliott se posaron en mí.

—Marchaos —repitió.

Yo imité la postura de Jason.

—No.

Cada vez estaba más furioso. Tenía la respiración desbocada y esos ojos preciosos llenos de locura.

—Vale —respondió, y nos empujó para abrirse paso—. Pues me voy yo.

Lo llamamos, pero no se dio la vuelta.

Cuando salimos, empezó a correr sin mirar atrás ni una vez.

—Lo hemos buscado por todas partes, Laura —le dijo Jason a la madre de Elliott por teléfono desde su coche, donde estábamos los dos. Acabábamos de salir del último gimnasio al que creíamos que Elliott podía haber ido y no habíamos tenido suerte—. Seguiremos buscando. —Hizo una pausa—. No, de verdad, tú quédate con TJ. Aparecerá, ya lo verás. Te llamaremos si hay novedades. Vale. Adiós. —Colgó y soltó un suspiro apesadumbrado—. Joder, qué mierda.

—Me imagino el lío que debe de tener en la cabeza. Se me rompe el corazón...

Elliott llevaba horas desaparecido y no nos había hablado. El sol se había puesto hacía horas y él seguía sin volver.

—Lo sé, a mí también. No me imagino dónde puede estar —suspiró—. Hemos mirado en todos los gimnasios, en todos los bares de *jazz* y en todos los rincones con música de Frenchmen Street y nada. Es que no tengo ni idea... Igual deberíamos esperar a que se calmara. Seguro que vuelve al Daze.

La cabeza me iba a toda velocidad y tenía el estómago encogido por los nervios.

—Jason, ¿podemos ir a ver si está en un último lugar? —le pregunté.

Encendió el motor y asintió.

—Dime dónde.

Aparcamos el coche y fuimos corriendo hasta el callejón de Frenchmen Street. Jason soltó un suspiro de alivio cuando vimos a Elliott sentado encima del contenedor.

—Gracias a Dios —susurró—. ¿Vamos los dos o...?

—Iré yo —le dije—. Estaría genial que pudieras avisar a Laura de que lo hemos encontrado. Gracias por todo, Jason. —Lo atraje hacia mí para darle un abrazo.

—De nada, aquí estoy para lo que sea.

Se alejó y yo me tomé unos instantes para observar a Elliott. Tenía los hombros caídos y se aferraba con las manos al borde del contenedor. Parecía completamente derrotado.

—Hola. —Sonreí y caminé hacia él.

Levantó la mirada y me dirigió una sonrisa rota.

—Hola.

—¿Puedo sentarme contigo?

Tardó un momento en apartarse para dejarme sitio.

—Lo siento mucho —se disculpó con la voz temblorosa—. Siento haberte gritado. Es que...

—Estabas dolido, lo entiendo. Nos has preocupado. —Apoyé la cabeza en su hombro y me acerqué un poco más a él—. Háblame.

Cambió un poco de postura antes de tomarme de la mano.

—Es que no lo entiendo. Le he estado dando vueltas todo el día. No entiendo por qué querría ir a verlo. No lo entiendo.

—Tu madre es una mujer preciosa e inteligente. No tomaría esa decisión sin tener una buena razón para hacerlo. Lo sabes. La conoces.

—Es demasiado buena.

Negué con la cabeza.

—Necesitamos más gente como ella. Necesitamos más gente demasiado buena.

Hizo una mueca y se frotó la nuca.

—Sigo sin entenderlo.

—Ya, pero puede que tenga que ser así. Puede que no sea una cosa que tengamos que entender.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene sus motivos. No te ha llamado para que la convencieras de ir ni para que la disuadieras. Ya lo había decidido, Eli.

—Y, entonces, ¿para qué me ha llamado?

—Para que le dieras la mano.

Tragó con dificultad y cerró los ojos.

—No se trata de que Todd o Marie se sientan mejor, ¿verdad?

—No, se trata de tu madre.

—Gracias —susurró—. Por no dejar que me fuera muy lejos.

—De nada. —Miré a ambos lados del callejón y oí la música que llegaba de los bares—. ¿Por qué has venido aquí? —le pregunté.

—Porque quería seguir enfadado. No quería que se me pasara la rabia por lo que pasó. No sé si tiene sentido.

—Sí. ¿Te cuesta volver aquí?

—Sí —confesó, y me atrajo hacia él—, pero contigo es más fácil. Todo es siempre más fácil contigo.

Capítulo 43

Elliott

—¿Qué haces aquí? —me preguntó mi madre la mañana que iba a visitar a Todd. Negó con la cabeza una y otra vez—. Mira, Eli, te quiero, pero, si has venido para convencerme de que no vaya... —empezó a decir.

—No he venido por eso.

—Y, entonces, ¿por qué has venido?

Me metí las manos en los bolsillos y me mecí hacia delante y hacia atrás.

—Hay que conducir tres horas y veinte minutos para llegar a la Prisión Estatal de Luisiana. He pensado que te gustaría tener compañía.

Ella me miró sorprendida.

—¿Qué?

—No creerías que te iba a dejar pasar por esto sola, ¿verdad? —Se le saltaron las lágrimas y se tapó la boca con la mano, embargada por la emoción. Yo sonreí—. Venga, mamá, no llores.

—Lo siento, lo siento... Es que... —Respiró hondo—. Hoy me haces mucha falta, Eli. No quería pedírtelo, pero me haces mucha falta. Durante años pensé que te había perdido. Pensé que te me habías ido.

—He vuelto —le prometí—. He vuelto y siento mucho haber tardado tanto tiempo, porque te he echado de menos. Eres la persona más maravillosa que conozco —le dije.

—Eli... —Se le llenaron los ojos de lágrimas de nuevo, pero yo seguí hablando.

—Me he pasado años intentando ser fuerte. Pensaba que la fuerza estaba relacionada con la parte física de la vida. Pensaba que la fuerza se ganaba levantando pesas, boxeando y siendo capaz de pelear con los puños, pero he estado equivocado todo este tiempo. —Me aclaré la garganta e intenté contener las emociones, mientras que las de mi madre fluían—. He aprendido que ser fuerte es salir de la cama cada mañana cuando tu mundo se viene abajo. He aprendido que ser fuerte es aparecer el día del cumpleaños de tu hijo hasta cuando él se muestra distante.

»Ser fuerte es querer a tus seres queridos hasta cuando están rotos. Ser fuerte es llorar todas las noches antes de dormir y seguir creyendo en la belleza. Ser fuerte es perdonar. Lo que vas a hacer hoy, eso es ser fuerte. Tú eres todas estas cosas, mamá. Tú eres mi apoyo y mi heroína. Sin ti no sería nada. Cuando perdimos a Katie, me perdiste a mí también y lo siento muchísimo. Siento mucho todo lo que te he hecho pasar.

—No pasa nada, Elliott. Lo volvería a hacer todo igual sin dudar si así consiguiera que volvieras con nosotros. Volvería a pasar por todo esto por ti. Siempre me tendrás a tu lado.

Sonreí.

—Ya lo sé, porque eres la definición de fuerza. —Fui hasta ella, le di un abrazo y ella se aferró a mí como si temiera no volver a abrazarme nunca más—. Tienes sus ojos —susurré, y la abracé con fuerza—. Y su sonrisa, mamá.

La abracé tanto tiempo como ella necesitó y, luego, un poco más.

Cuando llegamos a la prisión, había un grupo de trabajadores esperándonos para registrarnos. Se aseguraron de que no llevábamos armas ni objetos ilegales. Eso fue un toque de atención. Nunca había estado en una prisión, pero, al entrar, me pareció un lugar aterrador.

La madre de Todd nos esperaba dentro. Estaba delgada, parecía enferma. Nunca había visto unos ojos azules con una mirada tan triste.

—Eh... Hola. Yo... —Tartamudeaba y temblaba. Toda ella estaba rota. No se parecía en nada a la mujer que recordaba—. Yo... Gracias. Gracias por venir —consiguió decir finalmente.

Mi madre no dijo nada, pero le dirigió una sonrisa.

El corazón se me aceleró cuando nos hicieron firmar los papeles de la visita. Pasamos por unos detectores de metal y caminamos por un pasillo hasta llegar delante de un separador de cristal. Había dos sillas frente a la ventana y Marie nos hizo una señal para que nos sentáramos. Ella se colocó detrás de nosotros.

Un trabajador de la prisión entró por la puerta y trajo con él a Todd, que tenía las manos y los pies esposados.

Me entraron náuseas al verlo. Quería salir corriendo y no volver a enfrentarme al pasado nunca más, pero mi madre necesitaba pasar página. Necesitaba liberarse y puede que yo no entendiera su forma de sentirse mejor, pero la quería lo suficiente como para quedarme a su lado.

Todd tenía peor aspecto que su madre. La barba le cubría la cara y estaba pálido. Mientras se sentaba, vi que era prácticamente un saco de huesos. Se aclaró la garganta, levantó el telefonillo de su lado del cristal y mi madre hizo lo mismo con el de nuestro lado. Mientras él le hablaba, mi madre empezó a llorar; yo solo oía lo que le contestaba.

—Sí. Gracias. Ya lo sé. —Hubo un momento en el que cerró los ojos y respiró hondo. Le cogí la mano, entrelacé nuestros dedos y la apreté. Cuando terminaron de hablar, los dos me miraron. Mi madre se quitó el teléfono de la oreja—. Quiere hablar contigo.

Dudé, pero agarré el teléfono y me lo llevé a la oreja.

—¿Sí?

—Hola, tío... —dijo Todd, nervioso. No paraba de moverse en la silla, parecía incapaz de quedarse quieto—. Vaya, te has puesto c-cachas, ¿eh? —tartamudeó. Los nervios se lo comían vivo. Se rio—. Seguro que nadie te acosa ya.

No dije nada.

—Oye, ya sé... Sé que no hay nada q-que pueda decir para... —Se le amontonaban las palabras. No conectaba los pensamientos. Era una sensación que yo conocía demasiado bien. Cuando, finalmente, reunió algunas palabras, levantó la vista para mirarme con los ojos vidriosos y me dijo—: Lo siento mucho, Elliott.

Y se volvió a mirar las manos.

—Te perdono —le respondí.

Él volvió a levantar la mirada rápidamente. Las lágrimas le inundaron los ojos.

—¿Qué?

—Te perdono. No por mí —aclaré. Señalé a mi madre con la cabeza—. Por ella. Te perdono por ella.

Él rompió a llorar desconsoladamente y yo lo miré mientras se esforzaba por respirar.

—Gracias, Elliott, gracias.

Me quedé quieto mientras decía nuestras últimas palabras.

—No quiero volver a saber nada de ti nunca más —sentenció—. Se acabó. Se acabó.

Asintió, sin dejar de llorar. Cuando nos levantamos, vimos como Marie también temblaba detrás de nosotros. Observaba nuestras manos, que seguían entrelazadas. Entonces miró a su propio hijo, atrapado detrás del cristal. Ella no podía tomarle de la mano, no podía acercarse a él y consolarlo cuando se derrumbaba. De modo que hizo lo único que podía hacer: también se derrumbó.

Se tapó la boca y lloró con fuerza contra la palma de su mano. Su pequeño cuerpo temblaba sin parar y estaba a punto de caer al suelo por el peso que sentía en el corazón. Vi cómo le ardía el alma.

No dejaba de pedirnos perdón. No dejaba de repetir palabras que yo conocía demasiado bien. No dejaba de culparse por lo que había pasado hacía seis años. Seguramente, también se culpaba a sí misma por el suicidio de su marido.

Su hijo estaba entre rejas, pero la señora Clause también vivía en una prisión. Estaba completamente sola. No tenía nada ni a nadie. Ni una sola mano que agarrar para consolarse durante los días más difíciles de su vida. Cuando las piernas le fallaron y su respiración se detuvo, corrí y la sostuve. La abracé y ella lloró contra mí y se derrumbó mientras mis brazos hacían lo que podían por que no cayera.

No sé por qué lo dije.

No sé por qué salieron aquellas palabras de mi boca.

Ni siquiera estaba seguro de pensarlo de verdad, pero le dije lo que necesitaba oír.

La abracé con fuerza y le susurré que no era culpa suya.

El aullido de dolor que soltó después fue suficiente para romperme el corazón.

Nos quedamos con Marie hasta que se recompuso. Dejamos que se sentara para hablar con su hijo. Vi cómo ponía la mano en el cristal y a él colocar la suya al otro lado. Exhalé.

Le pasé el brazo por los hombros a mi madre y le besé la cabeza mientras nos alejábamos.

—Gracias, mamá.

—¿Por qué?

—Por no dejarme ir nunca.

Esa noche, hizo la cena para los dos. Cocinó las guarniciones preferidas de Katie. Hablamos toda la noche. Fue una conversación de verdad, con risas. No recordaba la última vez que la había oído reír.

—Echaba de menos esto —me dijo. Preparó dos tazas de café y se sentó conmigo en la mesa

—. Algunos de mis mejores recuerdos sucedieron alrededor de esta mesa.

—Y de los míos —coincidí.

—¿Te cuesta estar aquí sin tu hermana?

—Creo que me costaba más estar solo que estar aquí.

Asintió.

—Pensabas que te merecías la soledad. Ya no lo crees, ¿verdad?

—No, ya no. Me habéis ayudado mucho. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y me reí—. Venga, mamá, no llores.

—Lo siento, lo siento. Es que... Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti. Tienes el corazón más grande del mundo. Ves las cosas como la mayoría no las ve. Lo que has hecho hoy por Marie... La mayoría de la gente habría dejado que sufriera.

—Yo sé qué es sufrir. Además, no dejaba de pensar qué habría pasado si tú hubieras perpetrado ese acto de odio. ¿Y si un hijo mío hubiera cometido un error de ese calibre? ¿Cómo lidiaría yo con ello? Sé que me culparía a mí misma. Es el instinto materno. Le das mil vueltas a todo desde el primer día. Te sientes culpable por todo, desde no llegar a un concierto del colegio hasta olvidarte de ponerles el zumo en la mochila. Si fueras tú el que estuviera entre rejas... Si no pudiera tocarte nunca más, me sentiría más encarcelada que nadie. Marie estará atrapada en un mundo de soledad y culpa para lo que le queda de vida. Necesitaba lo de hoy. Y yo también.

—Creo que todos lo necesitábamos —coincidí.

—Cuando la has ayudado, cuando la has abrazado... Ha estado muy bien. Muy bien, Eli. Eres el mejor hombre que conozco.

—Bueno —alargué la mano y le tomé la suya—, cada parte buena de mí existe gracias a ti.

A partir de esa noche, cenamos juntos todas las semanas. Y cada semana estábamos más unidos. Cuanto más aprendía sobre mi madre, más razones me daba para quererla. Un domingo por la noche, estábamos sentados en la mesa del comedor y me miró con esos ojos que eran iguales que los de mi hermana.

—Creo que deberíamos expandir estas cenas —me dijo—, invitar a más gente. Tenemos una familia grande. Podemos comer todos juntos.

Le sonreí.

—Nos hará falta una mesa más grande —bromeé.

—Cenemos en casa de TJ. Le encantará.

Capítulo 44

Jasmine

Una mañana, después de haberme quedado a dormir en casa de Elliott, rodé por su cama y me lo encontré durmiendo todavía. Yo había sostenido la llave del collar en la mano mientras leía el correo electrónico.

Elliott se despezó y se volvió para mirarme.

—Buenos días —susurró.

Me rodeó con los brazos y me atrajo hacia su cuerpo.

—Buenos días.

Levantó una ceja.

—¿Qué pasa?

—¿Qué te hace pensar que pasa algo?

Me besó suavemente la nuca.

—Te conozco, Jazz. ¿Qué pasa?

—He recibido noticias de mi madre.

Se incorporó, alerta.

—¿Qué?

—Bueno, no me ha hablado ella directamente. Le escribí a Trevor y me ha dicho que vuelva para hablar con ellos.

—¿En serio? —preguntó Elliott, y arqueó una ceja—. ¿Tan fácilmente ha querido quedar contigo?

—Puede que le haya mentido y le haya dicho que estaba pensando en volver a intentar lo del contrato con la discográfica.

—Jazz... —dijo Elliott con un suspiro—. Yo...

—Hace meses que no sé nada de ella, Eli. No quiere verme. Así que sí, he mentido. Y no está bien, pero mi madre no quiere verme y necesito intentarlo por última vez. —Respiré hondo—. Sé que no tiene sentido. Sé que seguramente soy idiota por creer algo que no es, pero...

—Iré contigo.

—¿Qué?

—No tienes que darme ninguna explicación de por qué lo haces. ¿Crees que necesitas hacerlo?

—Sí.

—Vale, pues vamos a hacerlo.
Me pasé las manos por el pelo.
—No tienes por qué venir, puedo ir sola.
Él me dirigió una mirada severa.
—No hacemos las cosas solos. Ya no. ¿Ray lo sabe?
Negué con la cabeza.
—No, si se lo dijera, intentaría protegerme, pero es algo que necesito hacer.
—Pues hagámoslo.

Esperamos dos semanas antes de subirnos a un avión que volaba a Londres. Durante todo el vuelo, sentí un nudo en el estómago.

Cuando llegamos al hotel la noche de antes de ver a mi madre, lloré apoyada en Elliott. Estaba más nerviosa que nunca. No estaba preparada para encontrarme con ella.

Elliott me abrazó mientras lloraba. Estuvo ahí.

Yo estaba muy agradecida de que hubiera venido conmigo.

Era sábado por la tarde cuando subimos las escaleras que llevaban al piso de mi madre. Cuando llamé, Trevor abrió la puerta y Elliott me puso una mano en el hombro para darme fuerzas.

—Hola, Jasmine —me saludó con frialdad. Su mirada se posó en Elliott—. ¿Ahora vas con guardaespaldas?

—Este es Elliott. Mi... —Se me apagó la voz mientras me giraba para mirar a Elliott.

—Novio —dijo él a la vez que le tendía la mano a Trevor.

—Joder, cómo aprieta —dijo. Apartó la mano y la sacudió.

—Lo siento —murmuró Elliott.

Sonreí, porque sabía que lo había hecho por mí.

—Pasa, Heather está en la sala de estar. Hablaremos allí. Te seré sincero, me sorprende que te haya costado tanto recobrar el juicio —dijo Trevor, y negó con la cabeza.

Llevaba gafas de sol dentro de casa. ¿Quién hace eso? Trevor, cómo no.

Nos condujo hasta la sala de estar y me dio un vuelco el corazón. Mi madre estaba sentada en un sofá, cruzada de piernas. Estaba erguida y rígida. No había cambiado mucho. No se levantó para saludarme. Ni siquiera me dijo hola.

Yo solo quería abrazarla y decirle que, a pesar de su frialdad, la echaba de menos.

—Sentaos —nos ordenó Trevor, y señaló un sofá enfrente del de mi madre.

Me senté junto a Elliott y Trevor, al lado de mi madre. Por fin, se quitó las gafas. Tenía los ojos inyectados en sangre. Seguramente estaba colocado, borracho o ambas cosas, pero no mencioné el tema. No estaba allí por él.

Se frotó las manos y se aclaró la garganta.

—No voy a mentirte, Jasmine. Nos dejaste un marrón de cojones. Estábamos a pocos días de lograr el mejor contrato y tú te piraste. Jodiste a mucha gente con esa puta decisión y conseguir las mismas condiciones es imposible.

—¿Cómo estás? —pregunté mientras miraba a mi madre. Ella me observó con esos ojos

marrones iguales a los míos. Me incliné hacia delante y entrelacé los dedos—. ¿Has recibido mis correos?

No dijo ni una palabra.

—Escucha, esto no es una reunión familiar —me cortó Trevor—. Dejemos claro que es solo una cuestión de negocios.

—¿Es verdad, mamá? —pregunté—. ¿Siempre ha sido una cuestión de negocios?

—Heather, vete —le ordenó Trevor.

Ella se levantó como un robot y se dispuso a salir de la habitación.

Me puse en pie de golpe.

—Mamá, ¿alguna vez te he importado?

Ella dejó de andar.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¿Alguna vez te he importado?

Dio media vuelta para mirarme lentamente y ladeó la cabeza.

—Lo único que has hecho es decepcionarme.

—No —repliqué—. No es verdad. Lo único que he hecho es intentar que te sintieras orgullosa.

—Has fracasado.

—Eh... —empezó a decir Elliott, pero negué con la cabeza.

—No pasa nada —le aseguré antes de volver a mirar a mi madre—. Te equivocas. Ya tenías problemas antes de mí. Yo no soy tu fracaso.

—¡Y una mierda que no! —gritó mientras se acercaba a mí—. Lo único que has hecho es romperme el corazón. Me has decepcionado desde el día en que naciste, cuando me quitaste la única oportunidad que tenía de forjarme una carrera de verdad. Así que, ¿qué hice? Matarme a trabajar para convertirte en algo y para darte lo que yo siempre había soñado. ¿Y tú qué hiciste? ¡Lo mandaste todo a la mierda porque te habían herido los sentimientos! Eres una niña y ojalá no fueras hija mía —exclamó, con la mirada llena de desdén y la voz saturada de odio.

Yo también sentí odio, pero el amor seguía existiendo en mi interior.

Sus palabras me erizaron la piel, pero no me desmoroné ni me tambaleé.

—Háblame de mi padre —le dije en voz baja.

Ella se trabó un poco.

—¿Qué?

—Háblame de mi padre.

—Tu padre era un monstruo. Era un drogadicto que me robó más que nadie y me dejó en el momento en el que se enteró de que iba a tenerte. Era débil como tú.

Negué con la cabeza.

—No, ese no es mi padre.

—¿Qué dices?

—Mi padre se llama Ray Gable. Es el cantante de Peter's Peaks y muy buen hombre. Tiene un corazón de oro y haría lo que fuera por asegurarse de que estoy bien. Y, ahora, háblame de mi madre.

—Tu madre soy yo.

Negué con la cabeza.

—No, tú no eres mi madre. —Ella no respondió y yo me aclaré la voz—. Mi madre no me trataría como me has tratado tú. Mi madre no me obligaría a ser algo que nunca he querido ser. Mi madre me querría en los peores momentos y me escucharía.

—Qué egoísta eres —me espetó—. Te lo di todo. Podrías haber sido una estrella del pop.

—Nunca he querido ser una estrella del pop. Yo canto soul.

—No, ¡tú nunca has sido una cantante de soul!

—¡Es lo único que soy!

—Quiero que te vayas —me dijo—. Quiero que te vayas y que no vuelvas. Nunca.

Respiré hondo y, por primera vez en mi vida, sentí que me liberaba. Fue lento y doloroso, pero sabía que después del dolor vendría la paz. Con el tiempo, las cosas mejorarían. Con el tiempo, la respiración se me calmaría. Por lo menos me marchaba sabiendo que lo había dado todo y que lo había intentado.

Y eso tenía que ser suficiente.

Era suficiente.

Me volví hacia Elliott y le dirigí una pequeña sonrisa.

—¿Estás listo?

Se levantó y me puso una mano en la parte baja de la espalda.

—¿Estás bien?

—Sí, lo estaré. Vámonos a casa.

Empezamos a caminar y oí a mi madre gritar:

—¡Estás cometiendo el error más grande de tu vida! Abandonas la oportunidad de tener una carrera, ¿por qué? ¿Por amor? Qué niña más tonta. Siempre has sido muy tonta.

Respiré hondo y lo sentí.

Cerré los ojos y me volví hacia ella. Cuando abrí la boca, las palabras fluyeron libremente de mis labios. La canción era *Palace*, de Sam Smith, y resumía todo lo que yo sentía por mi madre. Mostraba mi amor, mi necesidad y mi deseo de ser su hija, de que se sintiera orgullosa y de ser quien siempre había querido que fuera. Con mi carrera, construimos un palacio en el que nunca quise vivir. Y, durante años, viví en él porque quería ser su princesa y porque la quería.

Pero sabía que había llegado el momento de demolerlo. Necesitaba liberarme de ella y necesitaba dejar que se me rompiera el corazón para que sanara. Y, para lograrlo, tenía que sentirlo todo.

Canté y me entregué toda: el alma, el corazón y la oscuridad. Dejé que salieran todas las partes de nuestra dolorosa relación. Recordé cada segundo de dolor y cada destello de felicidad. Lo reviví todo mientras las palabras salían de mi boca.

La quería y no me arrepentía.

No me arrepentiría nunca.

Pero estaba lista para pasar página, por lo que le dije adiós. Pasaría a ser un fantasma en mis recuerdos. A veces, me traería consuelo y, otras veces, dolor, pero, fuera como fuera, formaba parte del pasado.

Había llegado el momento de liberarme y seguir con el futuro.

Cuando terminé de cantar, Elliott me sonrió, y eso me dio ánimos.

—La has encontrado —dijo.

Asentí.

—Sí.

—¿Qué ha encontrado? —gritó Trevor.

Miré a mi madre y solté un suspiro que había estado aguantando toda mi vida.

—He encontrado mi verdad.

Pasar página es un concepto raro. Yo siempre había tenido en la cabeza que se pasaba página cuando las dos partes de un conflicto hablaban desde el corazón y se liberaban juntas. Pensaba que nunca se pasaba página del todo si una de las dos partes no estaba dispuesta a abrirse y a expresar sus verdades, pero pasar página no consistía realmente en eso. No era un final de cuento de hadas con un adiós justo. Era, simplemente, que una persona encontrara su voz, su propia fuerza, y aprendiera a ser libre por sí misma.

Pasar página significaba que una persona escribiera el final de una canción tóxica que no volvería a cantar más desde el alma. La mejor forma de hacerlo era ser lo bastante valiente como para empezar una canción nueva con una letra y una melodía más bellas.

Pasar página era seguir adelante, y había llegado el momento de que yo lo hiciera.

Salimos del edificio y Elliott me abrazó. Cuando me apoyé en su pecho, no lloré. Solo le devolví el abrazo con fuerza.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —afirmé con sinceridad—. Estoy bien.

—Vale. —Me soltó y señaló la calle con la cabeza—. Porque creo que habría empezado una guerra si no estuvieras bien.

Levanté la vista y vi a Ray apoyado en un coche. Miré a Elliott.

—¿Se lo has contado?

—Tenía que hacerlo. Pensé que te iría bien estar con tu padre.

Ray me sonrió y se nos acercó con las manos en los bolsillos.

—¿Has tenido un buen día, Blancanieves?

Sonreí y corrí hacia él para abrazarle.

—Sí —susurré—, he tenido un buen día.

Puede que no fuera convencional, pero tenía una familia. Una familia que había creado con el corazón. Una familia que se preocupaba por mí en los momentos malos y en los buenos. Una familia que empezaría una guerra por mí y por la que yo empezaría una guerra también.

Tenía el corazón repleto de amor.

Y la mejor sensación del mundo era la de saber que sus corazones también me querían.

Capítulo 45

Elliott

Nuestra primera cena familiar oficial fue el día del cumpleaños de Katie. Era perfecto recordarla mientras se expandía nuestro amor. Vino todo el mundo. Kelly, Jason, TJ, mi madre, Ray, Jasmine y yo nos sentamos alrededor de la mesa del comedor de TJ.

Todo el mundo compartió sus historias preferidas sobre Katie, pero, durante la conversación, no nos centramos en vivir en el pasado. No, miramos al futuro. Planeamos el mañana, porque ya no estábamos presos entre los barrotes del ayer.

La verdadera libertad llegaba junto con la última etapa del duelo: la aceptación.

Yo pensaba que nunca la alcanzaría y que nunca sabría lo que significaba la verdadera aceptación. No era asumir la tragedia que había puesto mi mundo patas arriba. No era dejar a un lado todo ese dolor.

Era, simplemente, aceptar una forma nueva de felicidad. Era permitirte llorar, pero también permitirte ser tan feliz que pensaras que te iba a explotar el corazón.

La verdadera aceptación era aprender a vivir otra vez.

Yo estaba listo para vivir.

—Será mejor que empiece a recoger. Se está haciendo bastante tarde —anunció mi madre, y se levantó de la mesa.

—Espera, un momento. ¿Puedo decir algo? —pregunté—. ¿Ahora que estamos todos aquí?

—Claro que sí, Elliott —contestó, y se volvió a sentar.

Me puse de pie.

—Solo quería que supierais que haberos tenido a mi lado estos años, apoyándome, es más de lo que me merecía. Sois mi mundo y estoy muy agradecido de teneros en mi vida. Me habéis apoyado durante los tiempos más oscuros y esperaba que por fin pudierais estar a mi lado en un momento de luz. —Me volví hacia Jasmine y le tendí la mano. Ella me dio la suya y me arrodillé—. Jazz...

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ay, Dios... —murmuró, temblando.

—Cuando éramos pequeños, me preguntaste qué era el *jazz* para mí y mi respuesta sigue siendo la misma. Jazz me recuerda que cuando estoy solo, no estoy realmente solo. Es mi mejor amiga cuando es difícil vivir. Jazz es belleza. Es única. Es poderosa sin ni siquiera intentarlo. —

Rebusqué en el bolsillo y saqué una cajita.

—Eli —dijo con un suspiro.

—Tú eras, eres y serás siempre mi Jazz. Eres el ritmo, las notas y los compases. Eres la letra, la armonía y la melodía. Eres y siempre serás mi canción favorita. —Abrí la caja y dentro había una llave unida a un anillo de compromiso—. Por eso te doy esto. Es la llave de mi corazón y puedes quedártela, pero tienes que saber que a veces tengo el corazón duro. A veces no late como debería. Algunos días está magullado y herido, pero te prometo que, mientras yo siga respirando, mientras esté aquí, este corazón latirá por ti. Lo daré todo por ti todos y cada uno de los días de mi vida. Así que, por favor, Jazz... —Me acerqué a ella y puse la frente contra la suya—. Cásate conmigo.

Las lágrimas le recorrieron el rostro.

—¿Es una pregunta? —susurró con suavidad.

—No. —Negué con la cabeza—. Es una petición. Y lo único que tienes que hacer es decir que sí, ¿vale? Di que sí, por favor.

Me puso las manos en la nuca, me atrajo hacia ella y presionó sus labios contra los míos.

—Sí.

Cuando pronunció esa palabra, toda la casa lo celebró. Esa celebración era el principio de una nueva vida. No solo para Jasmine y para mí, sino para todos. Estábamos creando una canción nueva, con una letra nueva, y estábamos dejando el disco anterior atrás.

Pero sabíamos perfectamente que, si alguna vez necesitábamos recordar el pasado, siempre tendríamos esas canciones en el corazón para volverlas a escuchar.

Después de cenar, salí de la casa y me senté en el porche de TJ. Miré la casa de mi infancia al otro lado de la calle. La puerta de la casa de TJ se abrió lentamente y apareció Jasmine. Vino hacia mí y se sentó a mi lado. Apoyó la cabeza en mi hombro y miró al otro lado de la calle conmigo.

—¿Eres feliz? —me preguntó.

—Muchísimo —respondí.

—Eres mi sonido preferido —susurró. Me miró con sus ojos de corderito y esbozó una sonrisa—. Siempre lo has sido.

Por primera vez desde hacía muchísimo tiempo, escapaba de la jaula del pasado. Aprendía a ponerme en pie y a volver a caminar. Sentía como regresaba la luz a mi vida, como me llenaba de esperanza, de amor y de finales felices.

Me había pasado seis años en una jaula y Jasmine Greene era la llave de mi libertad.

Era música, era mi vida y mi todo. Cuando nuestro amor se unía, creaba los sonidos más maravillosos. Cuando nuestro amor se unía, nuestras almas se volvían una.

Le besé los labios y susurré contra su boca:

—Eres preciosa.

Epílogo

Jasmine

Dos años más tarde

—Ya está —dijo Laura, y sonrió al terminar de atarme el corsé del vestido de novia.

Dio un paso hacia atrás para mirarme.

—¿Estoy bien? —le pregunté.

—Más que bien. Estás radiante, Jasmine.

Empezó a abanicarse los ojos con la mano cuando se le formaron las lágrimas.

—¡No llores! Me harás llorar a mí y se nos correrá el maquillaje a las dos —bromeé.

—Ya, ya lo sé, es que... Siempre he soñado con este día y estoy muy feliz de que seas tú la que tiene el corazón de mi hijo. Sé que tú lo cuidarás.

—Te lo prometo.

Me atrajo hacia ella y me abrazó con fuerza. Cuando me susurró al oído, no pude retener las lágrimas.

—Siempre he querido dos hijas.

La abracé todavía con más fuerza.

—Yo siempre he querido una madre.

—Ya nos hemos estropeado el maquillaje —me dijo ella al oído mientras reía.

—No pasa nada, siempre estamos a tiempo de retocarlo.

—¿Tienes un buen día, Blancanieves?

Laura y yo nos soltamos y sonreí al oír la voz de Ray. Nos dimos la vuelta y vimos que se asomaba por la puerta del vestidor. Llevaba su mejor traje y su mejor corbata.

—Vaya —exclamó—. Las dos estáis increíbles.

—Ella está que quita el hipo —dijo Laura.

—Lo dice la reina de la belleza. —Sonreí.

—Voy a dejaros un momento solos —se despidió Laura, y pasó junto a Ray.

Cuando lo hizo, sus manos se rozaron suavemente.

—Estás preciosa, Laura —le dijo él.

—Tú tampoco estás mal, Ray.

Ella salió de la habitación y Ray la siguió con la mirada hasta el pasillo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté, sorprendida.

—¿El qué?

—¡Eso! Ese momento entre Laura y tú.

Ray sonrió y se encogió de hombros.

—No sé de qué hablas.

—¡Sí que lo sabes, papá! Ay, Dios. ¿Tú y Laura?

—Calla —susurró—. Simplemente le he pedido que salgamos a cenar un día, no es para tanto.

—Ay, Dios, sabes que Elliott te va a dar mucho la lata con esto, ¿verdad?

Asintió y vino hacia mí.

—Lo sé muy bien. Sobre todo porque yo lo he hecho con él desde los dieciséis años. Espero que no me coma ni nada.

Me reí.

—Para.

Se plantó delante de mí y se cruzó de brazos.

—Vaya, vaya, vaya...

El estómago se me llenó de mariposas.

—Para.

—Blanca, pareces la princesa que siempre he sabido que eras. Este es el día más feliz de mi vida. —Se le formaron lágrimas en los ojos y se mordió el labio inferior—. Elliott es el hombre más afortunado del mundo.

—Los dos lo somos.

—Ah, tengo una cosa para ti. —Se metió la mano en el bolsillo trasero y sacó una cajita—. El regalo de tu padre.

—Papá, no hacía falta que me regalaras nada.

—Sí, tenía que hacerlo. No es nada grande y va a juego con la pulsera de colgantes.

Tomé la caja y la abrí. Gracias a Dios, llevaba máscara de pestañas resistente al agua.

—Papá...

—Es mi llave. Y ahora, te leeré mis votos. —Sacó un papel—. «Cuando necesites volver a casa, pase lo que pase, estaré aquí. Sé que Elliott te dará más de lo que necesitas. Te dará todo lo que un hombre debe dar. Estará a tu lado, te protegerá y te cuidará, pero yo también me entrego a ti, Blanca. Yo también estaré siempre a tu lado. Como tu padre, te prometo mi amor, para siempre. Siempre seré el primer hombre de tu vida y, cuando hoy te acompañe hasta el altar y te entregue a tu final feliz, quiero que sepas que estaré en la sombra, dándote fuerzas. Eres la mayor bendición que he recibido en mi vida. Eres mi mundo. En la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe y para el resto de nuestras vidas, estaré a tu lado. Te quiero». —Bajó el papel y se secó las lágrimas—. Te quiero.

—Y yo a ti, papá.

Le di un beso en la mejilla.

—Bien, ahora vayamos a tu boda.

Elliott

Me quedé atónito al verla.

Me dejó sin aliento.

En el momento en que echó a caminar hacia el altar, sentí como se me curaba el corazón. El vestido era perfecto, llevaba el pelo recogido y tenía los ojos fijos en los míos. Me temblaron las manos mientras Ray avanzaba con ella del brazo. La alegría me iba invadiendo el cuerpo a medida que se acercaban más y más.

Por fin.

Para siempre.

Cuando llegaron a mi lado, me acerqué a ellos. Ray me tendió la mano. Le di la mía y después lo atraje para darle un abrazo.

—Cuidala, hijo —me susurró.

—Para siempre —respondí.

Tomé a Jasmine de las manos y nos acercamos al altar.

—Hola —me susurró.

—Hola —respondí.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Delante de todos nuestros seres queridos, nos prometimos el uno al otro. Nos entregamos el alma y el corazón. Empezamos un nuevo capítulo de nuestra historia de amor que duraría para siempre. Dijimos «sí, quiero» y nunca dejaríamos de decírnoslo. En los días oscuros y en los luminosos. En la pérdida y en los nuevos comienzos. Jasmine fue mi primer amor y sería el último.

Después de la ceremonia, nos dirigimos al lugar del banquete para celebrar nuestro amor. Todos los que nos importaban en el mundo estaban allí, con una sonrisa enorme en los rostros. Honramos el amor de Katie, encendimos una vela en su nombre y pasamos la mejor noche de nuestras vidas. Eso era lo que ella habría querido: que fuésemos felices.

Cuando llegó el momento del primer baile, Jasmine y yo nos quedamos sin aliento al ver a TJ acercarse al micrófono con su saxo.

—Sé que vosotros habéis elegido una canción y estoy seguro de que es perfecta. Pero, si me lo permitís, me encantaría tocar una de mis favoritas para vosotros.

—Por favor —le pidió Jasmine, con lágrimas en los ojos.

—Por favor —dije yo.

Hacía años que no veíamos tocar a TJ. Yo sabía que había estado esforzándose por hacerlo con los médicos encargados de su rehabilitación, pero no había visto el resultado.

Cuando empezó a tocar, cogí a Jasmine entre mis brazos y nos pusimos a bailar.

—*At Last* —susurró Jasmine. Era la canción que estaba tocando. *At Last*, de Etta James—. Fue su canción de boda.

—Y ahora es la nuestra. —Sonreí mientras la acercaba más a mí.

—Este es el mejor día de mi vida —dijo ella, y se meció conmigo.

—Sí, y el mío.

—Elliott.

—¿Sí?

—¿Vas a besarme esta noche?

Sonreí y puse los labios sobre los suyos. Respiré su aroma. La besaría durante toda la eternidad. Nuestro beso era una promesa de todo lo que nos íbamos a encontrar.

Por ella, había vuelto a la vida.

Por ella, sonreía.

Por ella, era libre de los barrotes de mis días más oscuros.

Y, por eso, pasaría el resto de nuestras vidas demostrándole mi amor en cada canción.

Sobre la autora



Brittainy C. Cherry siempre ha sentido pasión por las letras. Estudió Artes Teatrales en la Universidad de Carroll y también cursó estudios de Escritura Creativa. Le encanta participar en la escritura de guiones, actuar y bailar... Aunque dice que esto último no se le da muy bien. Se considera una apasionada del café, del té chai y del vino, y opina que todo el mundo debería consumirlos. Brittainy vive en Milwaukee, Wisconsin, con su familia y sus adorables mascotas. Es la autora de *Querido señor Daniels*, *El aire que respira*, *El fuego que nos une*, *El silencio bajo el agua* y *La gravedad que nos atrae*.

BRITAINY C. CHERRY

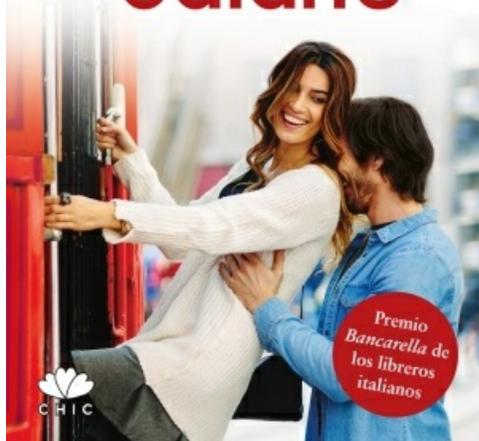


EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

Anna Premoli
Por favor,
démame
odiarte



HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

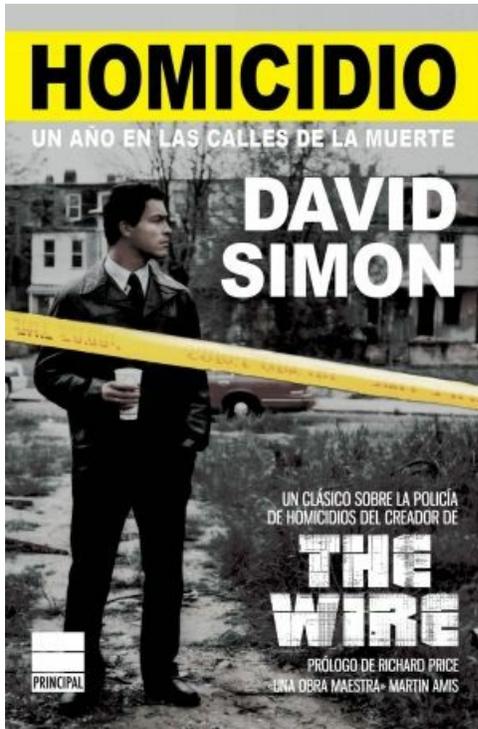
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
UNA OBRA MAESTRA • MARTIN AMIS

PRINCIPAL



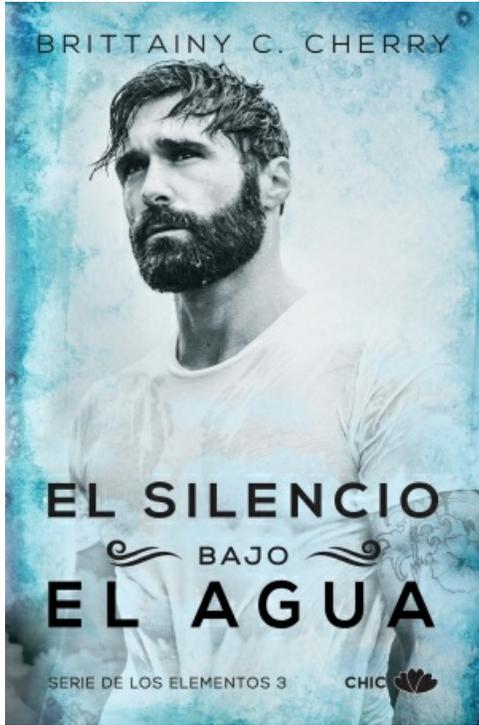
REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

BRITTAINY C. CHERRY



EL SILENCIO
BAJO
EL AGUA

SERIE DE LOS ELEMENTOS 3

CHIC 